

MARIA DOMINGA GRASSIANO

selva patria del corazón



Cubierta:

MACAS con el Sangay al fondo
(dibujo de Luis Zonta)

G. Maggio

Quito : 9-1-74 (M. Jopelbrice, Sr. Giulio Carlsberg)

SELVA
PATRIA DEL CORAZON



MARIA DOMENICA GRASSIANO

SELVA PATRIA DEL CORAZON

SOR MARIA TRONCATTI
HIJA DE MARIA AUXILIADORA
MISIONERA ENTRE LOS JIBAROS

HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

DECLARACION

Esta biografía es históricamente cierta. Los episodios de la infancia y primera juventud de la protagonista,

SOR MARIA TRONCATTI

los obtuve de sus dos hermanas, Catalina y Lucia, a las que visité en Corteno de Bressià, a últimos de abril de 1970. Ellas me entregaron las cartas autógrafas de su misionera que conservaban celosamente desde 1908.

Antes había estado en el Ecuador, preguntando diligentemente a misioneros y misioneras, colonos de ambos sexos, jibaros y jibaras que encontré en Guayaquil, Quito, Cuenca, Méndez, Sucúa, Macas.

En Italia interrogué también a las pocas hermanas que aún viven, compañeras suyas de los años 1908-1922. Y fui a Pietrasanta (Luca) a hablar con el coadjutor salesiano, señor Fabián Bonato, reintegrado a la patria después de pasar casi toda su vida en el Oriente ecuatoriano.

Por lo tanto, no he hecho más que ordenar el material recogido.

Terminado el trabajo, lei el manuscrito a los reverendos misioneros del Ecuador, Padres Pedro Gabrielli, Juan Shutka, Germán Delgado, Natalio Pulici y Domingo Barrueco, historiador de Macas, quienes provisionalmente y también providencialmente se hallaban en Roma, hospedados en las Catacumbas de San Calixto. Me sugirieron algunas precisiones y correcciones, especialmente sobre los nombres shuar, que he procurado tener en cuenta.

Por las notas a pie de página podrá verse cómo he tratado de ser honrada, seria y documentada.

M.D.G.

Las fotografías constituyen un documento precioso y auténtico de la vida de Sor María Troncatti y de las misiones salesianas del Ecuador.

Conoci a Sor MARIA TRONCATTI siendo yo estudiante en Nizza Monferrato. Era ya entonces, para todas nosotras, un auténtico «testimonio de la bondad del Señor».

Pasaron cuarenta y seis años (de 1922 a 1969) durante los cuales nuestra «heroica» misionera continuó, paso a paso, en situaciones difíciles y a veces difficilísimas, sembrando a manos llenas aquella bondad por la que los corazones se abrían a la gracia.

Piadosa, humilde, sencilla, amable, salesianamente alegre y hasta chistosa, fue una auténtica Hija de María Auxiliadora, firme en la brecha —siempre ecuánime, a pesar del cambio de los tiempos y de las circunstancias— hasta su trágica muerte acaecida en accidente aéreo el 25 de agosto de 1969.

Su figura revive en estas páginas que tengo el gusto de presentaros a vosotras, amadísimas Hermanas, a las alumnas y exalumnas, oratorianas, grupos misioneros, cooperadoras y simpatizantes de nuestra obra, con el deseo de que sean fecundas para gloria de Dios y bien de las almas.

Puesto que Sor María Troncatti fue un regalo de la Virgen al Instituto, estas páginas pretenden ser una piedra viva del Monumento que Don Bosco soñó para María Auxiliadora, en las celebraciones centenarias: 1872-1972.

Roma, 24 de mayo de 1971.

Sor ERSILIA CANTA
Superiora General

Guayaquil, 31 de mayo de 1971

Mientras seguía el féretro de nuestra heroica misionera Sor MARIA TRONCATTI —el 26 de agosto de 1969— meditaba en su vida...

Ahora la tengo ante mis ojos en SELVA, PATRIA DEL CORAZÓN escrita con amorosa precisión y riqueza de detalles.

Aplaudo este homenaje a la primera misionera del Oriente ecuatoriano. Es un testimonio de vida que merece ponerse de relieve.

Es evangelio vivo que producirá sus frutos.

Bendigo de todo corazón este trabajo.

P. ANGEL BOTTA
Inspector Salesiano del Ecuador

La autora de la presente biografía me pide unas palabras de presentación... Su clara inteligencia y su elegante pluma, después de haber hurgado en los archivos, estudiado en los libros y en el rostro de las personas que conocieron a Sor MARIA TRONCATTI, interrogando atentamente, mientras, paso a paso, recorría durante algunos meses los caminos donde vivió la protagonista, nos ofrecen una figura bien tallada y real en la curva de los largos años consumidos al servicio del prójimo por exclusivo amor de Dios, en la selva ecuatoriana.

Es para mi un deber de justicia y motivo de gran satisfacción hacerme portavoz de los que vivieron junto a Sor MARIA TRONCATTI y ofrecer, por mi y por ellos, como un ramillete de siemprevivas, la más profunda gratitud a su memoria.

El Vicariato Apostólico de Méndez debe muchísimo al intrépido celo de las Hijas de María Auxiliadora que en numero de 65 trabajan actualmente en diversos sectores de nuestro Oriente ecuatoriano.

Fue en 1925 cuando un grupito de Hermanas, al frente de las cuales iba Sor Maria Troncatti, se dirigió al norte del Vicariato, partiendo de Cuenca. Más de diez días de camino se necesitaban entonces para realizar un viaje que hoy se hace en treinta y cinco minutos de vuelo. La imagen poética de las sandalias cubiertas de polvo que la Mistica Doctora de Avila cita en sus viajes se traducía entonces, e incluso ahora, en la realidad de botas enfangadas por caminos en los que se hundía hasta los estribos de la caballería. ¡Qué temple el de aquellas religiosas que avanzaban por caminos imposibles para no encontrar, al fin, más que una pobre cabaña —en Macas— y una penuria extrema! Afortunadamente la población las recibió como un regalo del cielo. Y allá empezaron su apostólica labor.

Más de una vez oímos afirmar al gran pionero Monseñor Domingo Comin que, sin las Hijas de María Auxiliadora, a las que conocía a fondo y amaba como un padre, la evangelización y formación cristiana entre las tribus shuaras o jíbaras hubiera sido nula. La idiosin-

crasia de aquellas gentes exige absolutamente la acción conjunta de instrucción y educación de ambos sexos en el mismo Centro misionero. Y es el tacto fino y delicado de estas madrecitas, como las solemos llamar aquí, unido a un amor sin límites y a una paciencia infinita, el que logra cimentar los hogares shuaras cristianos en los que la presencia de la mujer, interna varios años en la misión, constituye la garantía de la perseverancia y también de la conversión de los paganos.

De otro modo no hubiéramos podido conseguir la crecida cifra de un par de miles de familias cristianas que hoy perseveran, mientras a la llegada de las primeras Hermanas, según afirma Monseñor Comín, apenas si existía una familia que lo fuera totalmente. El espectáculo que se contempla cada domingo en nuestras iglesias y capillas cuando las jóvenes madres se acercan a la santa comunión, profundamente recogidas, mientras sus hijos las siguen en su regazo con sus ojos bien abiertos, es un índice consolador de cuanto acabamos de decir.

Sor MARIA TRONCATTI fue luz y guía desde un principio para sus Hermanas. Las páginas de esta biografía lo confirman multitud de veces, subrayando con particular atención lo que fue su mayor delicia: ayudar a los que sufren, a los débiles con su experta mano de enfermera y el ojo clínico de que Dios la había dotado para diagnosticar el mal y curarlo.

No olvidemos que estamos hablando de unos años en los que no se conocía médico estable en el Oriente, ni existían hospitales, ni había casi otros remedios que los que ofrecía la madre selva. En más de una ocasión, como nos dirán estas páginas, Sor María tuvo que practicar ella sola operaciones delicadísimas ante la alternativa que le ponía algún cacique jibaro de curar al enfermo si quería salvar la vida... Este fue, sin duda alguna, el aspecto que le atrajo la más grande admiración y gratitud. Y los esfuerzos por crear el dispensario de Macas primero, y el hospital Pío XII después, en Sucúa, nimbaron su cabeza de una verdadera aureola. Su figura bondadosa, su amable sonrisa, sus sabios consejos llenaban, no sólo las salas del hospital, sino hasta los pasillos y la entrada... Aún nos parece oír el ruido de los pasos de aquellos pies, tan doloridos los últimos años, cuando iba ella de cama en cama consolando a los pacientes y abriendo sus ojos a esperanzas ultraterrenas, igual que de joven, iba a las lejanas jibarias y se quedaba allí algunos días curando a los enfermos.

Ella intuyó la necesidad de dotar nuestros hospitales de salas de maternidad, ampliar pabellones, modernizar las salas de cirugía, solicitar la presencia de buenos médicos y hábiles enfermeras, creando un

equipo sanitario a la altura de su misión en los tres hospitales de Gualaquiza, Méndez y Sucúa en los bien provistos dispensarios de Indanza, Taisha Chiguaza, Sevilla Don Bosco, Cuchanza, Jampi, Santiago, Limón y Bomboiza donde se atiende a centenares de necesitados, según el mandato divino de evangelizar a los pobres y curar a los enfermos.

En dos ocasiones oí a Sor María expresiones de amargura y de pena que demostraban cómo antepone a ella el bien de las almas a cualquier otro interés terreno o pecuniario: que no se ofendiera al Señor y quedara siempre a salvo la moral cristiana. ¡Y cómo sufría cuando le parecía entrever una desatención para los jibaros que indicase discriminación!... Ella se colocó siempre al lado del más pobre, del más débil.

Son muy acertadas las páginas que dedica esta biografía al celo de Sor María por favorecer la creación de escuelas y sostener incluso económicamente a la juventud en los estudios. Estaba convencida de que la instrucción y la educación son los pilares del desarrollo de un pueblo como el nuestro, donde hay demasiadas desigualdades injustas que deben caer, para que se establezcan las sólidas bases de una auténtica convivencia cristiana entre las razas que habitan la zona.

Se escribe esta biografía en el centenario de la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Será un testimonio real y eficiente de los abundantes frutos cosechados en América. Un gracias a las Superiores Mayores que lo han intuido. Coincide también su aparición con el homenaje, a Sor MARIA TRONCATTI, de un sencillo monumento levantado frente al hospital de Sucúa, que ella tanto amó. Se trata de una fuente que vierte continuamente sus cristalinas aguas en una piscina en la que se reflejan la amable figura y las letras marmóreas de una lápida donde está grabado su nombre.

Termino esta introducción abriendo a los lectores las páginas del libro Selva, patria del corazón que nos muestra la realización del mensaje evangélico en la figura de Sor MARIA TRONCATTI y de quien, como ella, da de comer al hambriento, de beber al sediento, visita a los enfermos, da posada al peregrino...

† JOSÉ FÉLIX PINTADO
Vicario Apostólico de Méndez

Conocí a Madre María en mi adolescencia. Ya salesiano, la traté con más frecuencia, sobre todo cuando iba de vacaciones a Sucúa para visitar a mis familiares. Después de ver a mis queridos padres y hermanos, la visita inmediata era para Sor María, la abuelita.

¡Con cuánto cariño y cordialidad me recibía siempre! Y la última de esas visitas fue, precisamente, a primeros de agosto de 1969, unos quince días antes de su muerte.

Sor María Troncatti... ¡qué mujer!, ¡qué misionera!, ¡qué religiosa!... ¡Sólo al recordarla se siente uno impulsado a la virtud!

A los pocos días de su trágica y repentina muerte, empecé viaje a la que fue su patria natal, Italia.

Un año después, en Roma, conocí a la autora de SELVA, PATRIA DEL CORAZÓN, Sor María Dominga Grassiano, y con ella y otros salesianos ecuatorianos, tuve la gratísima oportunidad de leer los dactilografiados en los que, con mano maestra, trazaba la figura heroica y admirablemente humana de Sor María Troncatti.

Al finalizar dicha lectura no pude menos que decir: «Sor María, yo creo que usted no debe contentarse con publicar esta biografía en italiano. Es preciso que piense en publicarla también en castellano, para que puedan leerla, sobre todo, los miles y miles de personas que disfrutaron del amor materno de Madre Troncatti».

Pocos meses después, antes de partir de Roma, la misma autora de estas páginas ponía en mis manos una copia de SELVA, PATRIA DEL CORAZÓN con el encargo de traducirla.

Aunque me sentí incapacitado para ello, no pude negarme. Y fue precisamente en Sucúa, último campo de trabajo de Madre María, donde comencé la traducción de su biografía.

Creo que quienes la conocieron y trataron podrán decir al finalizar la lectura de estas páginas:

—Sí, es ella. ¡Es Madre María!

P. GERMÁN DELGADO Z.

Quito, 15 de octubre de 1971.

S.D.B.

Atardecía. De una cabaña adosada a la roca salió un hombre.

—María, María —llamó, vuelto hacia el torrente que bajaba.

Una voz, como un eco, respondió:

—¡Voy!

Poco después, de entre las piedras del torrente asomó una cabecita con trenzas tiesas y apretadas.

La niña —tendría sus diez años— caminaba despacio para no derramar el agua que traía de la fuente.

El hombre, Santiago Troncatti, se adelantó y le quitó los cántaros de las manos.

—El fuego ya está encendido. Ahora haremos la *polenta*.

—Sí, papá.

—Pero, ¿y las cabras?, ¿dónde están las cabras?

—Estaban aquí hace un minuto.

—Corre, María, corre a buscarlas.

El agua hirvió pronto y Santiago comenzó a espolvorear la harina. La removía sin parar para que no se formasen grumos y entretanto pensaba en las palabras del párroco que, en la catequesis dominical, había explicado a los padres de familia la encíclica *Rerum Novarum*.¹ A decir verdad, él no había entendido mucho, pero le habían quedado grabadas en la mente dos ideas claras y consoladoras. León XIII decía que la propiedad privada es legítima y útil. Y, segundo, que hay que hacer buen uso de ella: debe mejorar moralmente a quien la posee y debe servir para ayudar al prójimo...

Santiago Troncatti no era rico, pero aquella cabaña, con un buen pedazo de terreno en los Alpes y la casa de Corteno, eran suyas. Las había heredado de su padre, y su padre de su abuelo... En la ciudad, en Brescia, en Milán, en Padua, podían hacer huelgas: que fueran a ver con cuánta fatiga lograba él dar de comer a su familia...

1 *Rerum Novarum* 1891. Estamos en 1892-93.

Pero, ¿y las cabras?, ¿y María?

Vació la *polenta* y salió. No se veía la montaña. Una espesa niebla descendía hacia el valle, disolviéndose y haciéndose más densa azotada por el viento.

—¡María! ¡María! ¡María!...

Apagado el eco, el silencio era inmenso. Aguzó el oído para escuchar el ruido de unos pasos que no oyó. Cruzó la llanura, se dirigió hacia la parte alta del río en dirección a la frontera (Suiza no estaba lejos) y volvió sobre sus pasos llamando siempre:

—¡María! ¡María! ¡María!...

Escaló el monte Bático y de nuevo volvió a la cabaña con la esperanza de encontrar el pequeño rebaño y a su hija. ¡Nada!

Todo su ser se estremeció. Su paternidad sensible, fuerte y tierna, hasta los celos, que le caracterizaba, lo lanzó a todo correr por el camino de Corteno.

Maria Rodondi, su esposa, había acostado ya a los otros hijos. Sólo Catalina, de doce años, estaba levantada y cosía a la luz de una candelá: aprendía el oficio de modista. En la cuna lloraba el último retoño, la pequeña Inés. La mujer reconoció los pasos de su marido y corrió a abrir la puerta.

—¿Está aquí María?

—¿No estaba contigo, Santiago?

—Se debe haber perdido en el monte...

Llamaron al padrino. Acudió la tía Dominga. Se hizo correr la voz entre los vecinos:

—¡Se ha perdido María en la montaña!

—Vamos en seguida.

Provistos de linternas salieron los hombres en la oscuridad de la noche. Maria Rodondi se arrodilló junto a la cuna y sacó el rosario del bolsillo. Catalina se arrodilló a su lado. (Lucía y Angelita temblaban de miedo en su camita. Por todas partes les parecía ver lobos, ladrones, brujas.)

Al primer toque del *Angelus* la madre se puso en pie, cubrió su cabeza con el pañolón oscuro, dio una mirada a sus pequeñas que dormían y salió sin hacer ruido. La parroquia estaba unos veinte pasos.

El aire fresco despertó sus pensamientos. «Por gracia de Dios —se dijo— el domingo recibió la comunión. Suceda lo que suceda, *Fiat, Fiat*», y entró en la iglesia para asistir a la primera misa como todas las mañanas.

En aquella iglesia, grande y hermosa, se había casado ella. En aquella fuente bautismal habían sido regenerados sus hijos: los ocho primeros muertos de pañales, después Catalina y luego Maria, bautizada a las veinticuatro horas de nacer. El 17 de febrero de 1883 había amanecido con medio metro de nieve. Envuelta en la toquilla de la abuela, la niña —ahora perdida en la montaña o precipitada en algún barranco— había recibido la filiación divina. Tres años después había sido confirmada y, a los siete años, había recibido la Primera Comunión.

Maria Rodondi recordaba que don Bortolo, cuando preparaba personalmente a los niños de Primera Comunión, quería que estuvieran presentes también las madres. Todos los años lo hacía así. Ella, que tenía entonces cinco hijas, iría aún tres veces a repasar el catecismo con preguntas y respuestas. Se lo sabía todo de memoria y cuando iba a confesarse no se limitaba a hacer únicamente el examen de conciencia sobre los Mandamientos y los «Principios de la Doctrina Cristiana», sino que daba una mirada a todo el libro cuyo jugo se había ido condensando en aquel *Fiat* que brotaba muchas veces de sus labios, única respuesta a los imperativos de la vida y a las exigencias de cada momento.

La maestra, señora Buila, había dado su autorizada opinión para que Maria Troncatti, alumna de la primera clase elemental, fuese admitida a la Primera Comunión. La niña era muy inteligente y, aunque en la fila de las neocomulgantes era la más baja en estatura, sabía muy bien a «Quién iba a recibir»...

Desde entonces habían pasado tres años y Maria tenía aprobado con buenas notas el cuarto grado. En el pueblo no había quinto, pero la maestra Buila estaba dispuesta a inaugurarlo privadamente aquel año 1893, sólo para Maria Troncatti.

Santiago, enfocando la luz de la linterna sobre los hocicos palpitantes de las cabras, intentaba leer una respuesta a la angustiada pregunta: «¿Dónde está Maria?».

—Separémonos, de dos en dos, y recorramos los senderos —dijo el padrino.

La encontraron al alba, dormida junto a un matorral. Descansaba serena, acurrucada, con los brazos en cruz sobre el pecho, la cabecita húmeda y las trenzas deshechas.

Su padre la contempló un instante antes de despertarla. Le temblaba la barbilla. Se oyó el toque de las campanas de Corteno. Los hombres descubrieron su cabeza.

La niña se despertó al murmullo del rezo del *Ave María* y sonrió.
—*Maria, ¿no has tenido miedo?*

—*No.*

—*¿Posible?* —exclamó el padrino que sabía lo miedosa que era su ahijada.

—*No.* Conservaba aún en mi corazón la gracia de la comunión recibida hace tres días. El Señor me ha custodiado. Me di cuenta de que me había perdido; ya no veía nada. Entonces me acurruqué aquí. Recé las oraciones y le dije a mi ángel de la guarda que buscara él las cabras...

Mientras le daba la manita a su papá, reía.

Aunque era jueves, el padrino la llevó a Corteno para tranquilizar a su mamá. Catalina se ofreció para ir a la montaña en su lugar.

El verano se pasaba así: en la cabaña de lunes a sábado. El domingo, en el pueblo para la misa, el catecismo, las vísperas y la bendición. Se turnaban el padre y la madre. Los hijos estaban más a gusto en la montaña que en el pueblo. Pero, ahora que Catalina trabajaba de modista, alguien se tenía que quedar con ella.

Maria narró su aventura ante el pequeño público familiar. Poseía un arte singular para explicarse. Se la escuchaba sin pestañear.

Lucía, terminado el relato, le preguntó:

—*¿Te ha dado más miedo esto o lo del fuego?*

—*Mucho más lo del fuego. Pero también entonces me protegió el Señor.*

Le brillaban los ojos. Lucía suplicó:

—*Cuenta, cuenta la historia del fuego, que se parece a la del Evangelio.*

Maria lanzó un suspiro.

—*Han pasado ya más de dos años, ¿verdad, mamá?*

—*Sí, tú tenías entonces poco más de siete años...*

—*Estábamos allá arriba, en la montaña, un grupo de pastorcitos de Corteno. Jugábamos en el prado junto al arroyo. Bordeaba el otro extremo del prado el camino que conduce a Tirono. Habíamos juntado las vacas y nos turnábamos para vigilarlas. Así nos quedaba más tiempo para jugar. Aquí y allá quedaban aún manchas de nieve. Hacía bastante frío. Yo llevaba un precioso vestidito de seda estampado de rositas amarillas y rosadas. Aquel vestido me gustaba mucho y, para lucirlo, me quité la chaquetilla de lana. Uno de los muchachos sacó de la mochila algunas patatas. «Vamos a asarlas en las cenizas», dijo.*

Pusimos algunas piedras de canto, y colocamos la leña. El muchacho de las patatas llevaba también cerillas.

—Pero, ¿dónde estaba papá?

—Había ido al bosque cercano a cortar leña. El fuego se encendió rápidamente. Nos sentamos alrededor y acercamos las manos para calentarnos. Yo estaba muy cerca de las llamas. Pasados unos momentos metimos las patatas entre las brasas. De pronto sopló el viento lanzando contra mí una llamarada infernal.

El vestidito de seda comenzó a arder y también las medias. Fché para atrás la cabeza para no quemarme el cabello. Gritaba. Gritábamos todos.

—Y por el camino...

—Sí, por el camino apareció un hombre. Corrió hacia mí. Me arrancó el vestido de encima y con sus manos apagó el fuego de mi cuerpo. Las medias de lana de oveja se habían quemado totalmente: ardían sobre mi piel... El forastero...

—Como el buen samaritano...

—Sí, el forastero mandó a un muchacho, a toda prisa, a Aprica a comprar aceite y vino. Mientras tanto me quitó los zuecos, apagó el fuego, nos hizo algunas advertencias y, cuando regresó el muchacho, me curó las piernas, las manos y los brazos. Algunos fueron corriendo a llamar a papá.

Y cuando llegó papá, todo asustado, el forastero ya había reemprendido su camino.

—Pero antes, ¿qué dijo?

—Pobre niña, ya no podrá servirse de las manos.

En efecto, no podía abrir los puños: la piel se había pegado a una y otra parte de la palma...

—En cambio, ¡hay que ver qué bonitas tienes las manos!

No le había quedado la menor señal de quemaduras, ni en las manos ni en los brazos. En cambio, en las piernas le quedaron cicatrices profundas para toda la vida.

Arriba, en la montaña, el invierno comenzaba pronto. Entre septiembre y octubre se almacenaba el heno bajo el pórtico. La cabaña se cerraba. Volvían a juntarse todos alrededor del fuego y, sobre la parrilla, comenzaban a saltar las castañas. La parroquia recobraba su fervoroso ritmo. Eran poquitas las mujeres y jóvenes que no asistían a misa diariamente.

El cura párroco era muy diligente en las cosas de iglesia. Algunos

decían: «Es demasiado», pero siempre había quien les tapaba la boca.

La asociación de «Hijas de María», de la que Catalina era miembro, reemprendía sus reuniones. El primer domingo de octubre, fiesta de la Virgen del Rosario, una solemne comunión general inauguraba los retiros, las novenas, los octavarios con los que don Bortolo nutría a su grey durante los meses de ocio forzado. También la maestra Buila comenzaba su tarea, desde el a, b, c, de los nuevos inscritos, hasta la tercera para todos los niños del pueblo, y la cuarta para los pocos privilegiados.

María Troncatti volvió a la escuela loca de contento. Todos los meses recibía la señora Buila una revista de Turín y María tenía permiso para leerla. Se titulaba: Boletín Salesiano y narraba conquistas pacíficas de misioneros y misioneras en lejanas tierras. Se relataban gracias extraordinarias obtenidas por intercesión de María Auxiliadora, la Virgen de Don Bosco.

Por la noche, María contaba en casa lo que había leído y todos la escuchaban sin perder una sílaba. El programa era siempre el mismo: primero se rezaba el rosario, después se hacía punto de media conversando y frecuentemente se cantaba bonitas canciones, religiosas y populares. María desentonaba, pero Catalina la sostenía... Si entraba el padre, las chicas callaban. Pero él, cuando volvía de hacer su tertulia en la plaza y las oía cantar, se paraba a la puerta de casa para escucharlas, más contento que unas pascuas.

El 2 de enero de 1895 les llegó a los Troncatti el hijo esperado, y le pusieron el nombre de Santiago, como su padre. La alegría era completa, tanto más que las hijas crecían sanas y juiciosas, piadosas, prudentes, trabajadoras, bajo la mirada vigilante del padre, custodiadas por la dulce austeridad de la madre y bien dirigidas espiritualmente por el párroco.

María se desahogaba con Catalina: «Yo quiero ser religiosa y misionera. Quiero ir con los leprosos. Pero no se lo digas a nadie». Catalina sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

—¿Por qué quieres irte tan lejos? Y además, necesitarás dote... Yo no me casaré: viviré para el Señor aquí. Haz tú lo mismo.

—Tú puedes quedarte en el mundo. ¡Yo, no! Yo tengo que irme...

Nacía el nuevo siglo: María tenía ya sus diecisiete años. Llevaba las trenzas en forma de corona alrededor de la cabeza. Aún la peinaba su madre cada mañana. Y las manos maternas se posaban sobre aquella joven cabeza, como una caricia, como un deseo de intimidad. No obstante, la muchachita parecía tan serena que, quizá, no había nada detrás de su frente límpida. En cambio un día se decidió: fue a lla-

mar a la puerta del párroco. Habló largo rato con Don Bortolo, que era del mismo parecer que Catalina.

—Puedes hacer mucho bien en el pueblo, entre los tuyos...

—¡No! Tengo que irme.

—Pero no tienes ningún título. ¿Quién quieres que te admita?

—Iré de Hermana lega. Me aceptarán.

—De Hermana lega. ¡Ni pensarlo!

El párroco la mandó a casa bruscamente. Decía para sí: «Es muy inteligente. Podría llegar a ser un talento».

Lo peor fue cuando María habló con sus padres. Su madre callaba, como de costumbre. Su padre levantaba la voz:

—Pero, ¡qué idea tan extravagante! ¿Quién te la ha metido en la cabeza?

También él fue a hablar con Don Bortolo y ambos quedaron de acuerdo para probarla.

Ella esperaba y maduraba sus planes. Seguía cantando y desentonando. Iba a la montaña o se quedaba en casa, según disponían los suyos. Cuidaba de los más pequeños con una chispa de severidad no exenta de afecto.

—Santiago, es hora de ir a la escuela.

—¡María, mamá está en la cabaña, y también Lucía, y papá, y las vacas!...

—Santiago, es hora de ir a la escuela.

El niño agarraba la cartera de mala gana... Cierta día salió arrastrando los pies, pero con la intención de hacer novillos.

«Parece que vaya al matadero», se dijo María. Recordó con cuánto gusto iba ella. Terminado quinto elemental, la maestra había sugerido a su padre que le hiciera continuar los estudios. Pero para ello habría tenido que bajar a Sondrio. Y Santiago Troncatti no acertaba a separarse de sus hijos...

María levantó los ojos del barreño —estaba lavando la ropa— y le pareció ver a Santiago enfilarse el camino de la montaña, rápido como una ardilla. Corrió tras él con las manos enjabonadas, saliéndole al paso por un sendero más corto.

—¿Quién te ha enseñado a hacer novillos?

Lo cogió de una oreja y se lo llevó.

—Es inútil que grites. Ahora vuelves conmigo y ya veremos...

La hora de la escuela había pasado. Se lo llevó a casa y continuó lavando.

El, de morros. Ella, callaba. Después de un gran suspiro dijo:

—María...

—A ver si eres bueno, porque malo ya eres un rato largo.

—María, perdóname.

—Pide perdón a Dios.

Santiago se arrodilló en el suelo, delante del crucifijo que estaba colgado en la pared.

—María, perdóname. El Señor ya me ha perdonado.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha bajado la cabeza.

—¡Mentiroso!

El asunto vocacional estaba arrinconado y se vivía en relativa calma. Santiago Troncatti no quería oír hablar ni siquiera de matrimonio. Y aquí era Lucía la que suspiraba...

Cumplidos los veintiún años María escribió secretamente una carta a don Miguel Rúa, sucesor de Don Bosco, pidiéndole la admitiera como religiosa y misionera. La petición fue remitida a la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora, Madre Catalina Daghero.

Un día el cartero llevó una carta para la señorita María Troncatti, que se hallaba en la montaña.

—Entréguemela a mí —le dijo Catalina.

—¿Y si fuera urgente? —repuso el hombre que estaba acostumbrado a resarcirse la fatiga escuchando las noticias que llevaba.

—Mandaré a un muchacho a llamar a mi hermana —dijo ella—. Y se metió la carta en el bolsillo.

María la leyó después, a la luz de la vela, en la habitación donde dormía con Catalina.

—Me contesta la Superiora. Me dice que vaya a Tirano y me presente a la directora del jardín de infancia en la calle Garibaldi para que me vea... ¿Tendrá miedo de que sea coja, ciega o bizca?

—¡Por desgracia le harás buena impresión!...

Con sus trenzas bien peinadas, sus flamantes zapatos, su vestido de fiestas, con encajes y botones de un mismo color, María Troncatti subió a Aprica y de allá bajó a Tirano. Catalina había acertado. La directora de la casa quedó satisfecha.

—Ha de saber que entre nosotras, en esta Congregación, no sólo se reza sino que se trabaja mucho. Se obedece...

—Para mí, esto no es difícil. Quiero ser religiosa: ésta es la voluntad de Dios.

—Bien. Escribiré a la Madre General. Creo que puede considerarse aceptada. Si quiere volver dentro de unas semanas, tendrá la respuesta.

O si prefiere escribirme: me llamo Sor Judit Torelli. Estoy contenta de haberla conocido...

Maria volvió a casa satisfecha. El camino parecía seguro. Era verano. ¿Vería todavía la nieve en los montes y el pueblo convertido en estampa navideña?

¿Y su padre? Tembló. No le gustaba tener que servirse de la mayoría de edad para marcharse de casa. Deseaba el permiso y la bendición paterna.

Bajando hacia Corteno se dio cuenta que lloraba. Lanzó un profundo suspiro. Se detuvo, contempló el cielo azul y dijo: «Pero, después de todo, aunque tuviera que vivir cien años, jamás me olvidaría de mis seres queridos».²

Don Bortolo se decidió a pronunciar su «sí» y «trabajó» para convencer a Santiago, al menos en el plano de las ideas, para que no se opusiera a la tan temida separación.

Catalina atendía durante el día a la clientela y de noche cosía el ajuar de Maria. La madre, teje que teje, confeccionaba las medias y camisetas. Maria cantaba y Lucía reía. Angelita estaba de ama de cura en un pueblo cercano, donde un pariente suyo, don Angel, era cura párroco de la localidad.

De Nizza Monferrato habían escrito diciendo que esperaban a la nueva postulante para mediados de octubre.

El almanaque de 1905 colgado en la pared y ennegrecido por el humo, anunciaba que el día estaba al caer. Arriba, en la montaña, silbaba un viento frío, que preludiaba la proximidad de la nieve. La cabaña se había cerrado. Catalina planchaba las camisas de tela y las colocaba, de una en una, en la maleta. La madre suspiraba. Santiago pasaba fuera de casa el mayor tiempo posible. Todo el pueblo sabía que María Troncatti, el 15 por la mañana, abandonaría Corteno.

El 14 todas las Hijas de María fueron a despedirse de la viajera. Catalina, que era la vicepresidente de la Pía Asociación, sacó fuerzas de flaqueza para bromear, con lo que la despedida transcurrió sin demasiadas emociones. Aún más, Maria acompañó a sus amigas hasta la plaza, lugar de tertulia en Corteno y se despidió de todos, con su característica cortesía y mesurada gentileza, un poquito solemne.

La velada de aquella noche transcurrió sin palabras ni cantos. Los corazones se comunicaron a través de las *Avemarias* que se desgranaban intercaladas de profundos suspiros.

A la mañana siguiente, la primera en levantarse fue María Rodondi. Contemplando el crucifijo pronunció su *Fiat* y aguardó a las hijas con el peine en la mano. Luego fueron a misa. Al final, María Troncatti no salió como todos los demás. Puso en las manos de la Virgen a su familia y repitió, saboreándolas, las palabras esculpidas en el frontispicio de la iglesia: *Paradisi portae per Te Virgo Maria nobis apertae sunt*. Se despidió de los santos, rezó un *de profundis* por los muertos y salió.

Encontró la casa llena de gente. Don Bortolo estaba sentado junto a su padre. Un primo, que se había ofrecido a acompañarla hasta Milán, esperaba tomando café. La abuela le daba golpecitos en la espalda y decía:

—Bien, bien.

Catalina, abrochaba la funda de la maleta. La madre estaba de pie, como la Virgen junto a la cruz. Todos callaban como en un funeral.

«¿Qué digo ahora? ¿Cómo hago para marcharme?», se preguntaba María. Por fin se decidió. Se acercó a su madre y le dijo:

—Bendígame, madre mía, antes de salir de casa.

Sin derramar una lágrima, María Rodondi la abrazó.

—Te bendigo de corazón. Ve donde Dios te llama.

Santiago rompió a llorar. Don Bortolo, con voz emocionada, trató de animarlo. María esperaba.

—Bendígame, padre.

El hombre no lograba dominarse. A su alrededor no se oían más que sollozos.

—Si es un paso que hay que dar, que se dé. ¡Vete, María! —dijo finalmente la madre.

—¡Adiós, papá!

María avanzó resuelta hacia la puerta. Detrás de ella, un alboroto, un grito sofocado. Se volvió: su padre se había desmayado. Don Bortolo lo sostenía por los brazos.

¿Marcharme? ¿Quedarme? Un instante de indecisión; momento que quedó para siempre esculpido con fuego en su memoria. Luego salió.

Traspuesto el umbral, sin una lágrima ni un lamento, María avanzó rápida hasta el puente sobre el río: tras ella, Catalina y el primo. Tomaron el coche para Sondrio, pero cuando llegaron, ya no había ningún tren para Milán.

El primo se fue a dormir a casa de un amigo. Las dos muchachas se hospedaron en una pensión. Aquella noche durmieron muy mal. No hablaron apenas.

—Catalina, nunca me has negado nada... No dejes de escribirme a menudo. Si no puedes escribir largo, mándame, al menos, alguna tar-

jeta con noticias detalladas de nuestros padres. ¿Me darás este gusto? ³

Cuando se levantaron todavía era de noche. El tren partía a las cuatro.

—María, ¿quieres que te peine?

—¡Oh, no! No me toques las trenzas. Me las ha hecho mamá...

Salieron para la estación. El primo las esperaba con los dos billetes en la mano.

María subió la primera. Catalina, desde el andén, alargaba el cuello.

—¡Adiós, María, adiós! ¡Buen viaje!

—¡Nada!

Un silbido. Un golpeteo de puertas y... únicamente la cola del tren que desaparece en lontananza.

Catalina entró en una iglesia. Sollozó largo rato y después reemprendió, sola, el camino hacia Aprica.

3 De sus escritos.

El primo la había dejado en Milán. Le colocó la maleta en el vagón casi vacío y bajó al andén. En su mente quedaron grabadas las dos palabras del último vagón: Milán-Turin.

Pero María bajó en Chivasso. Esperó una combinación para Asti, subió al nuevo tren y se sentó. Llevaba dos días de viaje. Mechones de cabello negros le caían por la frente y por el cuello. No había más remedio que deshacer las trenzas y hacerlas de nuevo, ella sola.

En Asti, otra espera y otro transbordo. Cuando llegó a Nizza salían las estrellas. Tiró del cordón de la campanilla que pendía del portón verde del colegio y, cuando abrieron, una cosa le maravilló: que le hicieran tanta fiesta. Hasta la Madre General fue a saludarla.

A pesar de todo, durmió mal en aquel dormitorio tan largo, quizá porque estaba muy cansada.

Se levantó con los ojos cargados. En la iglesia lloró, como no había llorado nunca.

A medida que pasaba el tiempo, las Hermanas se preguntaban si aquella muchacha estaría en sus cabales. No respondía más que con monosílabos: sí, no, gracias. Ella se sentía árida, seca. ¡Qué lejos estaba Corteno! ¡Qué insignificantes eran las colinas de Monferrato!... ¡Qué hacía allí, en aquella casa tan enorme? ¡Para qué iba a servir ella, pobre campesina?...

Fue a vendimiar con las postulantes, pero sin ilusión alguna. De haberla visitado un psiquiatra hubiera dicho: «reacción psicológica, complejo de culpa». Efectivamente, María se acusaba en lo íntimo de su ser de haber realizado aquel santo ideal por espíritu de soberbia: «He mirado demasiado arriba. ¡Soy incapaz!»

Las superiores decían:

«Le pasará, se acostumbrará». Un día se encontró con la Madre General.

—¿Qué tal, postulante? ¿Cómo vamos?

Maria no supo responder. El nudo que tenía en la garganta se desató otra vez en lágrimas.

—Ven, ven conmigo —añadió la Madre—, pasaremos un poco por la huerta.

Se pararon ante una calabaza redonda y brillante como una luna.

—Llora, llora, postulante. Tienes motivos para llorar. También yo lloré mucho... Mira, estas calabazas están tan grandes y tan hermosas porque las han regado las lágrimas de las postulantes.

Tras esta ocurrente intervención, Madre Daghero se fue, dejando que María Troncatti se sonara y suspirara.

Finalmente también las montañas de Nizza se cubrieron de nieve y llegó Navidad. María cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no escribía a casa. Pero coger la pluma y empezar a llorar era una misma cosa.

Catalina le había escrito una larga carta dándole noticias detalladas de la familia y del pueblo. Después le había vuelto a escribir quejándose de su silencio: su padre y su madre estaban preocupados.

Por fin consiguió dominarse. Se sentó a la mesa, mojó la pluma y empezó la carta con la fecha 17 de enero de 1906... Se enjugó las lágrimas y, con una caligrafía de rasgos característicos, comenzó:

«Queridísimos padres: Siento haberos preocupado con mi silencio. Creedlo, vuestra carta me ha hecho llorar. (Aún lloró un poco, después continuó.) ¿Creéis que ha disminuido mi amor hacia vosotros? Queridos padres, no quisiera que esta idea pasara por vuestra mente, ni por casualidad. Aunque haya dado este paso generosamente por el Señor, a quien doy gracias y pido la santa perseverancia, el amor se conserva siempre vivo en mi corazón. Por tanto, amadísimos míos, si el demonio con sus malignas astucias os ha hecho pensar lo contrario, arrojad fuera tales pensamientos; metámonos, en cambio, todos juntos en el Corazón de Jesús que es nuestro Padre y nos sabrá consolar a todos...»

Escribió cuatro páginas completas. Mandó saludos para el señor párroco y para todos. Recomendó a Santiaguín que fuera «bueno y obediente» y terminó, con un profundo suspiro: «Adiós, queridos padres y hermanos, rezad también por mí».

Nos preguntamos: ¿era sincera María Troncatti cuando decía que daba gracias de todo corazón al Señor por haberla conducido a Nizza? Ciertamente que sí. Pero había un contraste grandísimo entre pensamiento, voluntad y sentimiento. Se parecía a su padre, que era ternísimo en sus afectos: el sentimiento la dominaba.

Ya se pensaba devolverla a la familia cuando ella, midiendo el pe-

benedici abbia fatto questo passo
generosamente per Signora e lo
ringrazio di tutto cuore e tanto
intimamente vado pregando che
mi dia la grazia di un buon
perseguimento. O che dopo tutto
se amare e ampare ^{non} non
non sarà mai uno che mi possa
dimenticare, e ma che l'amore
si conserva sempre ardente nel
mio cuore. Dunque miei cari,
se il demonio ebbe sue maligne
assurdità in a messa, giurante qua
sare cacciato, fosse via, e mettia
non invece tutte assieme al
Cuore di Gesù che è il nostro
padre e che ^{sa} tutto conoscere

ligro que corría, comenzó una novena a Don Bosco para que le ayudase a vencer aquellas tremendas luchas y tentaciones.

Contaba, muchos años después, que en seguida se había sentido liberada del peso que la oprimía. Y volvió otra vez a sonreír.

A los «sí» y «no» lacónicos y tristes, sucedió una fluidez de conversación que nadie hubiera podido imaginar, después de casi seis meses de obstinado silencio. Sin embargo, se le hizo esperar la vestición religiosa hasta cumplidos los diez meses de su llegada. Sí, era piadosa. Trabajaba como pocas en la huerta y en el lavadero. Planchaba, cosía, trajinaba, sin dar nunca la menor muestra de cansancio. Obedecía a la mínima insinuación y con inteligencia. Observaba los reglamentos escrupulosamente a medida que los iba conociendo, pero... ¿No se repetiría la crisis?

Superadas las dudas, las superiores la admitieron a la vestición el 12 de agosto de 1906 y pudo verse coronada de rosas blancas y oírse llamar Sor María.

Ninguno de los suyos estuvo presente en la función. Se consoló de esta ausencia permaneciendo largo rato en la capilla. Fue, quizá, entonces, cuando empezó a saborear la dulzura de la adoración, a cuyo influjo maduró rápidamente, poniendo en orden, con inteligencia y equilibrio, las relaciones de su existencia bajo una escala de valores insuperable: Dios, los otros, y, si queda sitio, yo.

Subió al noviciado llamado «La Bruna» purificada por los sufrimientos de la primera prueba, plenamente convencida de que para ella no había otro camino. No cabía otra salida: Dios la quería allí; jamás se volvería atrás. Pero, casi inmediatamente, comenzó otra prueba.

La salud se había resentido por aquel largo sufrir. Dolores de cabeza por días enteros, insomnios, inapetencia y una furunculosis persistente que le desfiguraba el rostro, la atormentaron durante casi todo el tiempo de la segunda prueba. Pero, ahora, ya no lloraba, ni sus males le impedían atesorar las enseñanzas que recibía, de las que conservaba hasta los mínimos detalles.

Era maestra de novicias Sor Rosina Gilardi, que guiaba los espíritus con mano fuerte y corazón magnánimo, poniendo en la base de su dirección la doctrina de dos insignes doctores de la Iglesia, elegidos por Don Bosco como patronos y modelos de sus hijos e hijas: San Francisco de Sales y Santa Teresa de Jesús.

En una libretita que, por el frecuente uso se deterioró y hubo de copiar de nuevo,¹ la novicia Sor María Troncatti anotaba fragmentos

1 En Guayaquil, en 1938.

de sermones, conferencias, buenas noches y, aquí y allá, pensamientos suyos, a veces un poco mezclados, pero siempre concretos, sólidos y transparentes como su alma.

«Ahora ya soy tuya, Señor. Quiero ser tuya para siempre. Jesús, he dejado lo que más amaba para venir a servirte, para santificarme, para salvar muchas almas. Sí, lo he dejado todo. Sólo me quedas tú, pero tú me bastas. Jesús, ayúdame a ser buena, concédeme la perseverancia en el estado a que me has llamado; haz que yo te sirva siempre con fidelidad. Haz que sea olvidada de todos, apártame de todos para ser sólo tuya. Dame mucho amor, mucho espíritu de sacrificio, de humildad, de abnegación, para servir de ayuda a muchas pobres almas...» He aquí uno de sus pensamientos. Y muy bien podemos afirmar que se encarnó en ella penetrando hasta los linderos del alma y del espíritu, hasta las articulaciones y las médulas y, como una espada tajante, quebró todas las resistencias.²

Pensando en las «pobres almas» veía las de los leprosos, pero vivía completamente abandonada en Dios. Segura del camino emprendido, hacia el final del noviciado, escribió resuelta la carta de petición para ser admitida a hacer los votos y la entregó a la maestra.

—Está muy bien —le dijo Madre Rosina—. Las superiores están contentas de ti. Pero hay un pero... ¡Tu salud!

Sor María suspiró: tenía otra vez un furúnculo enorme...

Fue admitida a profesar pobreza, castidad y obediencia por un año, con una condición:

—Si al finalizar los votos anuales tu salud es deficiente, no podrás ser admitida a los votos trienales. Tendrás que volver a la familia.

El rostro de Sor Troncatti se puso blanco como la cera, pero sus labios pronunciaron humildemente:

—Gracias, Madre Maestra.

Y el 12 de septiembre de 1908 fue Hija de María Auxiliadora por un año. Diez días después, con su hatillo de ropa y el rollo de pecherines en la mano, llegó a su primera casa: Rosignano, en la región del Monferrato. Allí recibió su primera obediencia: cocinera.

¿Quién conocía entonces los electrodomésticos?... Había un depósito en la cocina, pero el agua había que ir a sacarla al pozo.

Con dos cubos en las manos (no era éste un trabajo nuevo para ella), por la mañana, a mediodía y a la noche, la joven cocinera iba y venía de la casa al pozo calculando, no los pasos que daba, ni el trabajo, sino el amor que la sostenía. Una modesta sonrisa iluminaba

de continuo su rostro. Y las oratorianas corrían a ayudarla, siempre que podían, bajo la mirada complacida de su asistente.

Han pasado, desde entonces, 52 años. Aquella asistente vive todavía.³ Declara que Sor Troncatti «correspondía a la atención con una amable sonrisa» y las oratorianas volvían a casa contentas de aquel inapreciable don, sencillo, vivo, delicado y luminoso que brotaba de su semblante.

Aquella misma Hermana se dio cuenta un día de que Sor Troncatti tenía un dedo, el índice, hinchado y enrojecido.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—¡Bah!, me habré clavado alguna astilla al partir la leña para el fuego.

Pasado unos días, presentaba el dedo tan mal aspecto que la directora mandó a Sor María al médico del dispensario. La Hermana antes mencionada la acompañó una, dos, tres veces...

Se trataba de un panadizo. Todos sabemos lo doloroso que es. «Pero ella —escribe su acompañante— lo soportaba con serenidad, sin quejarse nunca. Yo —prosigue— me impresionaba tanto que no me atrevía a acercarme, me quedaba junto a la puerta, en el primer escalón.»

Después de inútiles curas (la Hermana dice: «después de habérselo maltratado no poco») el doctor sentenció:

—Hermana, hay que amputar el dedo.

Sor Troncatti no se inmutó; como si el dedo no fuera suyo. La otra sintió un escalofrío por todo el cuerpo y, cuando llegaron a casa, se fue más que derecha a la directora:

—... Pero, ¿le parece bien esta solución? ¡Mándela a Casale!

—Sí, será mejor.

Cuando se lo dijeron, Sor María respiró; apenas llevaba allí cuatro meses y aquél era un año de prueba para su salud...

El 22 de enero la acompañaron a Casale para una visita médica. Aquella tarde la directora anotó en la crónica: ⁴ «Por orden superior Sor María Troncatti se traslada a la casa de Casale para estar mejor atendida».

El panadizo fue vencido. El dedo se curó. Pero cogió el tifus. Y los meses iban pasando. En Rosignano esperaban su regreso, pero el 17 de marzo, en vista de que la enferma empeoraba cada vez más, fue trasladada a Nizza donde estaba de inspectora Madre Rosina Gilardi, su

3 Sor Leticia Lavagno.

4 Monografía de Rosignano, 1909.

ex maestra de noviciado, la que debería admitirla o no a la renovación de votos.

La crónica de Rosignano dice así: «Comenzamos una fervorosa novena a San José para que le obtenga (a Sor María) la curación».

El 17 de abril, exactamente un mes después, Sor María volvía a su pequeña comunidad, y reemprendía su trabajo.

Los meses de mayo y junio los pasó regular, pero el calor de julio la aplastó de nuevo. Con todo, Madre Gilardi, que conocía muy bien el temple de aquella Hermana, la hizo acompañar a Varazze para una cura de baños. Y comprobado que el aire de mar le sentaba bien, después de renovar los votos, en Nizza, la envió de nuevo.

Allí estuvo, casi diez años, como sepultada en el silencio de una vida de sacrificio que ella amaba y para la que parecía haber nacido. Su libreta de apuntes lo revela: «Tener presente a Dios en todo: en los trabajos que hacemos, en el comedor, en el dormitorio, por los pasillos, por las escaleras. Tener la vista recogida y guardar silencio. Dios está a nuestro lado. Hablemos con él por medio de jaculatorias y de la exacta obediencia».

Las Hermanas, las alumnas, las oratorianas, a las que se dedicaba especialmente, la veían siempre serena, sonriente, bromista, pero recogida y silenciosa, servicial y desenvuelta. Siendo de Dios únicamente, se prodigaba a todos sin distinción, como quien no hace nada. Sólo salía de Varazze para ir a Nizza a hacer los Ejercicios Espirituales y renovar los votos, hasta que el 12 de septiembre de 1914 se consagró *in perpetuo* al Dios de su corazón.

Estaba a punto de estallar la primera guerra mundial. Sor María pensaba, con el corazón encogido, en su hermano Santiago que había cumplido veinte años. Si la guerra se extendía a Italia, ¿qué sería de él?

Comenzó el año 1915 y, desde los primeros meses, se empezó a comer pan negro. A principios de mayo el municipio de Varazze organizó un curso especial para enfermeras. Por expreso deseo de la Madre General participaron dos Hermanas: Sor Troncatti y Sor Clara Novo.⁵

El 24 de mayo Italia declaró la guerra a Austria. Aquel día acudió el pueblo en masa a postrarse ante la imagen de María Auxiliadora de la capilla del colegio. Se vieron correr muchas lágrimas por las mejillas de las madres cuyos hijos habían partido ya para la guerra.

Las cosas se apresuraban. En Varazze, el colegio municipal fue transformado en hospital militar. Se requisaron camas de una y otra parte (quince del Instituto Santa Catalina). Las enfermeras asistían

a los cursos, preparándose para la asistencia en cuanto estuviese a punto el hospital.

Ya empezaban a cerrarse las escuelas. En «Santa Catalina» se pensaba en habilitar la casa para recibir a las veraneantes, como en años anteriores. La maestra de pequeños decía: «Sólo quedan cinco días y después, ¡vacaciones!» En efecto, era el 25 de junio. Sor María Troncatti y Sor Clara habían ido al curso de enfermeras. Aquel día parecía como si el sol no pudiera salir.

Y no salió. El cielo se mantuvo cerrado, negro, cada vez más negro, hasta que comenzó a caer sobre la ciudad una lluvia torrencial.

A mediodía, durante la comida, hubo que encender la luz. Mientras los niños pequeños y las pocas alumnas que se quedaban a comer jugaban en el patio, se oyó gritar: «El Teiro (torrente) ha roto los diques: ¡salvaos!»

Sor Clara y Sor Troncatti acababan de llegar. Estaban empezando a comer. Las demás ya habían salido del comedor. Los niños y las alumnas fueron trasladados al primer piso. La sacristana, una Hermana anciana, llena de achaques, corrió a la sacristía para salvar los vasos sagrados. Otras dos la siguieron apremiándola para que se diera prisa. Pero ella decía: «¡Oh, hasta que el agua llegue aquí!... Yo me salvaré por la parte que da al patio».

La calle, a la otra parte del muro que rodeaba la casa, era un río caudaloso: arrastraba muebles, animales, troncos... La directora había subido al primer piso y preguntaba: «¿Estamos todas?, ¿estamos todas?» Los niños, atemorizados, repetían las invocaciones de su maestra: «Jesús, misericordia. María, Auxilio de los Cristianos, ruega por nosotros».

Un ruido, como de avalancha, heló la sangre en las venas. El muro que circundaba la casa había caído por completo al ímpetu de las aguas. El patio se convirtió en un mar borrascoso...

Sor María y Sor Clara se levantaron de un salto. Se dieron cuenta en seguida que no podían salir ya, pues por la única puerta que había entraba el agua impetuosamente. En seguida se vieron con agua hasta la cintura. La mesa inició una danza loca, en remolinos. Sor María intentó bromear: «Saltemos a la barca», gritó a Sor Clara. Se estiraron sobre la mesa. Y el agua subía y subía...

«Aquí —se dijeron— morimos como ratones.»

Sor Troncatti creyó, en efecto, que su última hora había llegado. En un abrir y cerrar de ojos repasó su vida para entregarla a Dios. Se acordó de los coscorriones que le había propinado a Santiaguín y, no tanto por los coscorriones, sino porque se lo imaginaba en el frente

su corazón tembló. Interiormente repasaba la Regla: «¡Pobre de mí —dijo— algunas veces he hablado por las escaleras»... Sus ojos median la altura del agua. Dentro de poco estarían sepultadas allá dentro.

«Pero, tú tienes que ser misionera», exclamó en el interior de su alma. «Sí, sí»... El monólogo se convirtió en oración: «*María Auxiliadora*, os prometo que si me salváis de esta inundación, me iré misionera. Os lo prometo, pero salvad también a Santiago».

La mesa, como guiada por una mano misteriosa, se dirigió hacia la puerta. Colocada al través se encontró en el cruce de las corrientes. El mar, no lejano, no podía recibir más agua y la devolvía en oleadas espantosas.

«*Monstra Te esse matrem, monstra Te esse matrem*», repetían las dos. De pronto lanzaron un grito: la barca se había volcado. El agua, ahora, les llegaba al cuello. Sor María se sintió lanzada contra la pared y sus manos tocaron una persiana. No supo explicar cómo hizo para agarrarse, ni cómo se las arregló para subir, o tuvo la impresión de que subía por los barrotes de la persiana; lo cierto es que se encontró sobre el último travesaño y pudo alcanzar la barandilla de la terraza del primer piso. Estaba salvada.

Se volvió: Sor Clara braceaba desesperadamente para impedir que la corriente la arrastrara. «¡No, Madre mía, yo sola no!», repetía Sor María.

—Sor Clara, agárrese a la persiana. Haga como he hecho yo.

Una oleada arrastró a la pobre náufraga hacia la ventana.

—Suba, suba arriba.

—Pero, ¿cómo hago?

Sor Clara se sentía sin fuerzas. El peso del hábito empapado y lleno de fango se le hacía insoportable. Sor María, sujeta a la baranda por una mano, alargó el otro brazo lo más que pudo. Se estiraba haciendo el mayor esfuerzo posible. Las dos estaban a un palmo de distancia una de otra y no lograban tocarse. Nuevas marejadas amenazaban arrastrar lejos a Sor Clara, que, finalmente, merced a una ola que la empujó en dirección favorable, pudo agarrarse a las puntas de los dedos de Sor María.

... Y se encontró también ella, de pie, sobre la persiana.

Saltaron la baranda. Se dirigieron a la tribuna de la iglesia: allí un grupo de Hermanas intentaba salvar con sábanas, a guisa de cuerda, a la sacristana, prisionera de las aguas. ¡No fue posible!

Cuando se retiraron las aguas se encontró a Sor Magdalena Forzani, en un rincón, como un montoncito de harapos...

La respuesta del cielo para Sor Troncatti había sido clarísima.⁶ Iría, por tanto, a las lejanas misiones de América, entre los leprosos.

Pero la guerra la retuvo tres años más en Varazze donde, asistiendo a los heridos, adquirió una práctica que había de servirle más allá de toda previsión.

Después de la inundación, añadió a su trabajo ordinario el de sacristana. Y todos podían admirar su exactitud y, sobre todo, su devoción. Es verdad que no siempre llegaba a todo...

El capellán, Don Gresino, licenciado y naturalista de reconocida fama, llevaba a veces consigo hierbas raras o flores para catalogar, fotografiar o poner a secar. Iba a buscarlas al rayar el alba y se las entregaba a Sor María para que se las cuidara y les cambiara el agua a su debido tiempo.

—Tengo que ausentarme de Varazze por algunos días. ¡Se las encomiendo!

Especialmente en la estación veraniega, el tiempo escaseaba por regla general.

—¡Oh, qué desastre! —exclamaba el licenciado cuando volvía y encontraba sus plantas secas o corrompidas—. ¡Sor María, Sor María!...

—Pero, Padre, ¡si han dado la vida por el Señor entre la sacristía y el coro!...

La guerra terminó. Santiago Troncatti, hijo, volvió al pueblo sano y salvo. Y Sor María fue trasladada a Nizza Monferrato, después de haber pasado un año en Génova, en una casa *Pro prófugas*, la cual iba vaciándose poco a poco, a medida que las refugiadas iban saliendo reclamadas por sus padres reintegrados a las *tierras reconquistadas*.

A la casa madre de Nizza afluían las enfermas de las casas filiales que, en aquella inmediata postguerra, no eran pocas. Una sola enfermera no daba abasto a todo, puesto que también el colegio, con más de doscientas internas, que no salían de vacaciones ni siquiera por Navidad, daba su trabajo.

Sor Troncatti fue nombrada enfermera de la comunidad de Hermanas.

El campesino mira al cielo para saber de qué parte soplará el viento. La enfermera observa cada rostro para descubrir en su palidez o en

6 La crónica de Varazze habla de "maravillosa protección... Maria Auxiliadora, invisible pero sensible, acudió allí donde faltaban los auxilios humanos... Sor Novo y Sor Troncatti están salvas por milagro".

su color demasiado encendido, en las pupilas dilatadas o en unos ojos apagados, el principio de un malestar o el agravarse de una enfermedad... Saber ver. Y proveer.

Contaré tan sólo un hecho de aquel tiempo, siendo ella enfermera, que bastará, según creo, para darnos la figura auténtica de Sor Troncatti: un hecho que nos revela su madurez plena y responsable.

Marzo, al que nuestros antiguos silabarios apellidaban el loco, agitaba los árboles en las colinas y las hojas tiernas y las hierbas recién nacidas temblaban, con movimientos infinitos, bajo la caricia del sol primaveral: había llegado el tiempo de los resfriados. Sor Troncatti estaba al tanto para descubrir los menores síntomas.

En la línea de un programa bien determinado el jueves era día de paseo. Hiciera viento o no, las internas salían bulliciosas. Las filas, que pronto se deshacían, estaban salpicadas, aquí y allá, de asistentes, tan jóvenes, a veces, como sus mismas asistidas.

Precisamente una de aquellas asistentes caminaba, un jueves de marzo, junto a su grupo, sin hacer otra cosa que sonarse y estornudar.

—Hermana asistente, ¡qué resfriada está!

Al atardecer resonó en el amplio patio un ruidoso taconeo de zapatos acompañado de alegre bullicio. Las internas regresaban.

La enfermera, Sor Troncatti, estaba aguardando. Dejó pasar las filas hasta que llegó la de la asistente resfriada.

—Sor Claudina, venga un momento.

—Voy, Sor Maria.

—¿Con este resfriado ha salido usted de paseo?

—¿Y qué iba a hacer? Tengo mi grupo.

—Bueno, ahora venga conmigo.

—Pero, ¿y la asistente general?

—Ya está avisada.

—¿Y las niñas?

—Ya tiene sustituta.

Una Hermana se hizo cargo del grupo de Sor Claudina, que siguió a Sor Troncatti sin proferir palabra.

Poco después la joven asistente estaba acostada, mientras la silenciosa enfermera trajinaba a su alrededor. Con los ojos cerrados, la sentía ir y venir, colocarle botellas de agua caliente, acercarle a los labios leche bien caliente con ron...

Muchos años después recordaba Sor Claudina: «Lo mismo que hace una madre, así hizo Sor Maria. Y, como existía el peligro de una bronconeumonía, por espacio de ocho días gocé las delicadísimas atenciones de Sor Troncatti, a quien las niñas pedían noticias».

—¿Cómo está nuestra asistente, Sor María?

Se leía en sus ojos el deseo de saludarla, al menos desde la ventana. Y Sor María —viendo que la sustituta no era del mismo parecer— consultó el caso con Madre Clelia Genghini, Secretaria General.

—Tus asistidas —dijo ésta a la Hermanita cuando fue a visitarla— desean venir a saludarte desde la ventana. Esta noche te las mandaré y tú les dirás dos palabritas...

Sor María procuró encontrarse en la habitación en el momento preciso y, cuando las niñas gritaron «¡Viva Jesús, Hermana asistente, rezamos por usted», abrió la ventana y les hizo una señal para que esperasen.

Sor Claudina, que ya no estaba ronca ni tenía apenas fiebre, las saludó: «Viva Maria, sed buenas. Dentro de dos días estaré con vosotras. Buenas noches».

Un hecho, un episodio, una cosa insignificante. Pero nos permite tomar el pulso a Sor Troncatti y encontrarle un corazón de ritmo firme y seguro, condensado en esta frase: «Caridad aun a costa de triturarme».⁷

Mientras Sor Claudina gozaba de los cuidados de aquella amable enfermera, un salesiano, joven y ardiente misionero, era preconizado obispo por el Papa, Benedicto XV.⁸

Naturalmente Sor Troncatti no sabía nada de esto. Leyó después en el *Boletín Salesiano* que aquel nuevo obispo, monseñor Domingo Comín, había sido nombrado vicario apostólico de Méndez y Gualaquiza (en qué parte del mundo?). No se imaginaba, ni podía imaginárselo, que cuando aquel obispo, llegado a Italia, confesara amargamente al Papa: «Santidad, estamos regando un palo seco», iba a encontrarse ella allí, con el encargo de regarlo... y hacerlo florecer.

7 De sus escritos.

8 Bula Apostólica del 8 de marzo de 1920.

Se estaban preparando los festejos para el cincuentenario del Instituto¹ y el nuevo mes de marzo, asomando a las colinas de Nizza, observaba el gran fervor de preparativos y las largas sesiones capitulares de las Madres Generalicias que programaban las recepciones, las conmemoraciones, las llegadas, los destinos, las nuevas fundaciones.

Sor María Troncatti pasaba, en cambio, sus horas en una habitación del llamado pabellón de aislamiento, asistiendo a una joven —Marina Luzzi— enferma de pulmonía doble. La enfermera de las niñas estaba en Asti a la cabecera de otra interna: Alicia Scaglione, operada de mastoiditis.

El 7 de marzo llegaron a Nizza los padres de Marina. Angustiados, pidieron llevársela a casa, pero el médico les hizo comprender que era imposible. Además Marina repetía: «Quiero morir en la casa de la Virgen». Llevaba al cuello la cinta verde de aspirante y suspiraba: «Quiero ser Hija de María».

—¿Podría ser? —preguntó la mamá.

—Claro que sí —respondió Sor María y, saliendo de la habitación, fue a avisar a la directora.

Poco después el capellán con roquete y estola, las superiores con el *manual* y la cinta azul, estaban junto a la enferma y la sencilla ceremonia se desarrollaba en un clima de gozo nimbado de dolor: todos veían acercarse vertiginosamente la hora suprema.

Siete días pasó la jovencita entre la vida y la muerte. Siete noches veló Sor María su afanosa respiración.

La última tarde —Marina besaba con transportes su medalla de Hija de María—, hallándose solas unos momentos, se dijeron palabras cuyo eco resonaría en los collados eternos:

—Marina, cuando veas a la Virgen, la saludarás de mi parte, ¿verdad?

1 Fundado el 5 de agosto de 1872. Estamos en 1922.

—Si, Sor Maria.

—Marina, dile que me obtenga de Jesús la gracia de ir misionera entre los leprosos...

La moribunda, con los ojos semicerrados, calló un largo rato. Sor Troncatti volvió a insistir:

—Marina... la gracia... de que me manden entre los leprosos.

Por aquel rostro pálido se esparció un suave tinte rosado; los labios lividos esbozaron una sonrisa.

—No, Sor Maria. Usted irá misionera al Ecuador.

¿Deliraba?

—Marina, no me he explicado bien: entre los leprosos...

—No... Usted irá al Ecuador.

¿Le habría quedado grabada en el subconsciente la última lección de geografía?

¡El Ecuador, el Ecuador!... Sor Maria recordaba que el Ecuador es una línea, y hasta lo sabía de memoria: es el círculo máximo de la Tierra cuyos puntos equidistan de los polos... (¡Bendita maestra Buila!)

Entretanto Marina se había agravado. Ya no hablaba. La madrugada del 14 de marzo murió.²

Salían las Madres de una de las sesiones más laboriosas. Por el corredor, Madre Daghero se encontró con Sor Troncatti.

—Precisamente tú. ¿Has hecho la petición para misionera?

—Sí, Madre; sí, señora.

—Pues bien. Irás al Ecuador. Pero se necesita el permiso firmado por los padres. Escríbeles una cariñosa carta. Diles también que, antes de partir, iras a casa a despedirte de ellos. ¿Te parece bien?

—Sí, Madre, gracias.

Marina Luzzi hacía sólo tres días que estaba enterrada...

La maestra Buila enseñaba que había también un estado llamado Ecuador, pero... ¿dónde estaba eso? Ciertamente en América... Bueno, escribiremos a casa...

Después del «queridísimos padres», las palabras llovieron por sí solas con calor y arte. Sor Maria, ya lo hemos dicho, era narradora nata. Recordó la inundación de Varazze. Dijo que en tan terrible momento había pedido la salvación de aquel único varón, el soldadito Santiago... Y ahora debía mantener la promesa y partir para el Ecuador.

La respuesta se hizo esperar, pero el *sí* llegó. En casa la esperaban con una alegría grande e impaciente.

Llegaban entretanto a Nizza, de todas las partes de Europa y del mundo, misioneras italianas y extranjeras. El trabajo en la casa madre no daba lugar a tregua y Sor Troncatti, además de la enfermería, acudía a donde había necesidad, pasando por las minucias como un rayo, aunque sin abdicar jamás de aquella innata gentileza suya que era el fruto más tangible de su caridad.

«Desempeñaba el cargo de asistente de comedor de internas —recuerda una Hermana—. ³ Era muy callada. Hablaba con su sonrisa bondadosa y abierta. Diligente y recogida desempeñaba su oficio con gentileza y espíritu de servicio.»

Otra Hermana, que sentía la necesidad de tomar mucha leche, recuerda que Sor María le daba el tazón más grande. ⁴ Y una tercera: «Era silenciosa y apacible. Hablaba siempre en voz baja. Su cara delgada aparecía, a veces, demacrada. ⁵

¿Así se presentó ante Monseñor Comin? El 7 de mayo llegaba el obispo a Nizza, celebraba la misa a las 9 y *dirigía* a la comunidad su palabra animada y fervorosa». ⁶ Visitó después la casa y se encontró con Sor María.

—Monseñor, ésta es Sor Troncatti, destinada al Ecuador, precisamente para las misiones de la selva.

Delgada, aunque sufrida, no debió causar una gran impresión a aquel hombre alto y bronceado que conocía, por dura experiencia, las enormes dificultades de la evangelización de los jíbaros en la selva amazónica. ⁷

Ella escuchaba con serena atención, sin pestañear, la descripción que hacía el obispo de los peligros sin cuento a los que se expone diariamente el misionero: peligros del clima, de la naturaleza, de los animales feroces, de los salvajes... «Esta raza —decía Monseñor— es sumamente orgullosa y al mismo tiempo terriblemente vengativa. El jíbaro,

3 Sor Ana Viola.

4 Sor María Faré.

5 Sor María Gaiotti.

6 Crónica.

7 Jíbaro significa *salvaje*. Pero el verdadero nombre del grupo étnico que ocupa un vasto territorio de la vertiente que, desde la última cadena andina descende hacia la llanura amazónica en el Ecuador oriental, es *Shuar*, palabra de doble significado: indica raza Shuar y quiere decir también enemigo. Lo que hace suponer que, para los jíbaros, todos los demás son considerados enemigos.

De *Caratteri amazzonici della guerra presso i Chivaro*, de Mario Forno.

celoso de su libertad e independencia, no reconoce más rey que a sí mismo, y la selva es su imperio absoluto. Nadie lo domina; a nadie ha de rendir cuenta de sus actos... La ferocidad parece su elemento natural. La venganza, su primera virtud.»

Eran tantas las Hermanas llegadas de las misiones para las celebraciones cincuentenarias, que no siempre encontraban lugar en la mesa, por lo que algunas tomaron la costumbre de llevar la cuchara en el bolsillo... Entre todas, se hallaba la inspectora del Ecuador, Madre Carolina Mioletti, contenta de poder *pescar* nuevas reclutas entre las Hermanas jóvenes: Sor Virginia Cattorini, Sor Victoria Grande, Sor María Valle y, para el salto a la selva, Sor María Troncatti, no tan joven... Las Hermanas de Nizza se decían: «Pero, ¿cómo? ¿Sor Troncatti va a las misiones, a su edad?» Tenía 39 años.

El Cardenal Cagliero y Monseñor Comín predicaron los ejercicios espirituales en preparación al 5 de agosto, el día de las Bodas de Oro que gozó de la presencia del nuevo Rector Mayor, don Felipe Rinaldi. A las 20'30 tuvo lugar una solemnísima velada.

Sor María, desde el fondo del salón, logró oír algunas palabras que grabó en su corazón. Don Rinaldi, de pie en el escenario, decía: «Estoy aquí como representante de todo el Capítulo Superior, porque mis Hermanos os aman de verdad. Ellos trabajan por vosotras, os ayudan, para que se conserve en todos y en todo, el espíritu de nuestro Padre Don Bosco».⁸

Si, ella partiría en el nombre de María Auxiliadora y de Don Bosco, y llenaría de su espíritu todos sus días, todas sus acciones.

Hasta después de las fiestas conmemorativas con octava, del congreso internacional de exalumnas, los congresillos diversos, los ejercicios capitulares, predicados también por Monseñor Comín, y la celebración del Capítulo General,⁹ Sor María no pudo abandonar su puesto. Llegó a saber entretanto que una prima suya, Catalina Rondondi, después de hacer la petición para ser admitida como Hija de María Auxiliadora y de presentarse en Tirano, como ella, no había sido aceptada.

Llegado el día de partir para Corteno habló sobre el asunto con Madre Daghero, quien le respondió:

—¿Qué quieres, Sor María? Aquella directora me escribe que tu prima parece un cadáver ambulante... Aunque tampoco tú dabas nin-

8 Crónica de Nizza.

9 El 9 de septiembre era reelegida Madre Daghero. El 18 se clausuraba el Capítulo.

guna esperanza respecto a la salud y en cambio... En fin, vete, ve a verla y si te parece que es capaz de resistir, la traes...

Durante diecisiete años Maria Troncatti, hija de Santiago, no había vuelto a respirar aquellos aires penetrantes y puros que ahora acariciaban sus mejillas y tonificaban sus pulmones... Todo su ser sintonizaba con su tierra, cada paso más que el anterior... Dos vueltas le quedaban de camino. Ahora, nada más que una... Ya atravesaba el puente. El campanario invitaba: un poco más arriba, todavía un poco más. A mi sombra está tu casa.

Los padres lloraban, embargados de emoción. Catalina y Lucía, que sostenía un niño en sus brazos, lloraban también y a la par reían. Santiago no había logrado consolarse aún de aquella separación que ahora iba a ser definitiva.

—Hace cinco años que murió tu hermana Angelina. Hace cuatro años, falleció tu hermana Sor Inés, en la casa de cura de Castagneto; al menos pudimos verla. Pero tú, tú, en cambio...

Sor Maria hubiera podido estar en casa una semana, según le indicaron las superiores. Pero no fue capaz de resistir: cada instante era un nuevo desgarrón y la herida se prolongaba, de su corazón al corazón de los suyos... Es siempre verdadero el antiguo adagio: «¡Partir es morir un poco!» ¡El *Fiat* de Maria Rodondi llamaba incesantemente al corazón de Dios!

Pero el pueblecito montañés estaba orgulloso de aquella valerosa coterránea que se disponía a llevar anclas hacia países ignotos...

Del caserío más distante llegó Catalina Rodondi, que dijo sin rodeos a Maria:

—¡No me habéis querido!, así que tengo la maleta a punto para irme a otro instituto.

—Verdaderamente tienes cara de estar en pie por milagro, pero sé que eres fuerte. Si quieres, puedes venir conmigo; en Nizza te espera la Madre General. Me lo ha dicho ella misma.

Catalina desanduvo el camino, saltando entre piedras y arroyos cantarines.

—¡Me voy, me voy con Maria! —gritó al padre y a la madre en cuanto los vio. Y preparó la maleta.

En Galleno, otro caserío del alto Val Camónica, estaba de párroco un pariente de los Troncatti, don Juan Bautista Stefanini.

—Se comprende —dijo Catalina, ya entonces modista de fama— tenemos que ir a saludarlo. Y no sólo a él, sino también a su madre y a sus hermanas. Viven todos juntos. Tienen además a una señorita como huésped...

—¿Ah, sí?

—Sí. Dicen que es hija única de un señor que la ha mandado aquí arriba porque está agotada. Pero parece también medio atea. Don Juan Bautista la ha aceptado para complacer al padre, conocido suyo.

Fueron a Galleno. En el despacho parroquial Bettina (la muchacha atea), volvió las espaldas por completo a la Hermana, con desdén, sin saludarla.

—No le gustan las monjas. ¡Qué se le va a hacer! —dijo sonriendo bonachón don Juan Bautista.

También Sor Troncatti sonrió. Despacito, despacito, se acercó a Bettina y le dijo, mirándola fijamente con ojos radiantes:

—Si no quieres verme a mí, no importa. Pero al Señor, crucificado por nosotros, ¿no le darás un beso?

Bettina, venciéndose a sí misma y saltando por encima de sus propias convicciones, apartando con esfuerzo la mirada de aquel rostro luminoso, se inclinó a besar el crucifijo que le acercaban dos manos consagradas.

Y se retiró a su habitación.

A la hora de la cena, cuando subieron a buscarla, la encontraron desfigurada de tanto llorar: Cristo había entrado en su corazón como Rey y Señor... No cenó aquella noche.

Al día siguiente volvió a la ciudad. Su padre, que nunca le había negado nada, vióse obligado a darle el permiso para hacerse religiosa... y misionera.¹⁰

Al tercer día de su llegada a Corteno, Sor María, rompiendo toda atadura, se despidió de los suyos. También esta vez la separación fue dolorosísima. Ante toda la familia, Santiago Troncatti pronunció palabras de duelo:

—Al bendecirte, nos hacemos la cuenta, tu madre y yo, de que bendecimos tu tumba... Y tú, hazte la cuenta de que estás ante nuestros dos féretros.

El 4 de noviembre Madre Daghero ofreció a las misioneras un almuerzo de despedida, servido en la *Bruna* entre cantos, poesías y... envidia de las novicias. Sor María había estado hasta entonces en Chieri,¹¹ ciudad textil, aprendiendo el manejo de los telares porque, decía Madre Mioletti:

10 Relación recogida por la autora de estas páginas, en abril de 1970, de labios de Mons. Estefanini.

11 De la Monografía. Estuvo en el Colegio Santa Teresa del 25 de septiembre al 6 de octubre.

—Usted, Sor María, está destinada a la selva y allá, especialmente los niños, van vestidos de aire y sol...

La fría mañana del 9 de noviembre, las misioneras del Ecuador se dirigieron a la estación. Sor María abrazó rápidamente a su prima y salió por el portón verde, por última vez, no sin derramar lágrimas.

Nizza Monferrato, Turin, Lyon, Marsella, en tren. Días de traque-teo, kilómetros y más kilómetros por vías interminables. Madre Mioletti se prodigaba lo más que podía a sus compañeras, visiblemente mareadas, deseosas, nada más embarcarse, de tenderse en la litera y dormir. Y entre sueño y sueño, recordar a los seres queridos y dar libre curso a las lágrimas para desahogar el corazón.

Pero Sor María Troncatti tenía un talismán: ¡Su crucifijo!... «Señor, ¿qué quieres de mí?», había escrito en su cuadernito. Y ahora leía: «Tú hablas al alma y le haces sentir la invitación: ¡Ven y sígueme! Tu grito desgarrador en la cruz resuena en mi corazón y lo inflama de ardentísimo amor. Sí, quiero aplacar tu sed, Señor, y, sedienta también yo de almas, quiero arrancar a toda costa de las llamas del infierno a los pobres pecadores; quiero darte a conocer en lejanas tierras, donde no ha sido aún plantada tu cruz».

No eran meros arranques sentimentales los suyos. A renglón seguido, he aquí otro fragmento sobre el crucifijo: «Cuando nos sentimos despreciadas, o calumniadas, o abandonadas, o tenidas por inútiles, pensemos en nuestro Esposo, en Aquél al que hemos escogido por modelo y digámonos: ¡Todavía no me he visto con sudor de sangre, ni he sido crucificada, como El, sobre una cruz con tres clavos! ¡Y volverá el valor para sufrir!»

Paseando sobre cubierta miraba a un punto fijo... Y le parecía escuchar, como un eco, las palabras: «Déjame hacer, déjame entrar, déjame reinar; quiero reinar yo solo».¹²

El Atlántico, pasado el Estrecho de Gibraltar, mostró sus bellas islas; Sor María supo que eran las Canarias. Después, sólo cielo y mar.

Sor Victoria, Sor Virginia, Sor María Valle, las compañeras de viaje, aprendían con facilidad el castellano que Madre Mioletti enseñaba en aquellas largas horas de veintidós días de viaje hasta Panamá. Sor Troncatti, en cambio, no tenía inclinación por las lenguas. Su pensamiento se dirigía con más facilidad a la misión ignota que le aguardaba... ¿Cuál sería la lengua de los jibaros? No quería pensar en el pasado para no conmovirse. Leía en su cuaderno: «Al partir,

12 De sus escritos.

hemos de dejar, con paz, patria y parientes... Jesús va delante de nosotras suavizando las espinas, pero quiere que le sigamos con valor... Hemos de tener una gran humildad, una gran obediencia, que es sumisión a la voluntad de Dios y a las superiores y es observancia exacta de las Constituciones... Yendo a las misiones preparaos a sufrir... Sufrir, jamás hacer sufrir».¹³

Llegadas a Panamá tuvieron la desagradable sorpresa de verse obligadas a desembarcar porque el Ecuador había puesto veto a la entrada de religiosos y religiosas extranjeros en la república.

Madre Mioletti conocía personalmente al jefe del Estado. Le escribió una afectuosa carta y se la entregó a don Carlos Izurieta, salesiano ecuatoriano con el que habían viajado desde Italia.

—Usted que, de derecho, entrará, haga llegar cuanto antes esta carta al presidente Tamayo.

Panamá, plácidamente asentada sobre las costas del Pacífico, no era un alto desagradable, tanto más cuanto Madre Mioletti albergaba buenas esperanzas. Aguardaban, por tanto, tranquilas.

Las esbeltas palmeras que se erguían majestuosas traían a las misioneras el pensamiento de la selva.

—Madre Inspectora, ¿cómo es la selva?

—Yo no la he visto nunca. Está al otro lado de la cordillera... Dicen que hay flores bellísimas...

Madre Mioletti no añadió más para no impresionar a sus cuatro heroínas que inmediatamente le hicieron otra pregunta:

—Madre Inspectora, ¿cómo son los jibaros?

—Yo no los he visto nunca... He leído algo sobre ellos en un viejo libro. Un Padre dominico, que trabajó varios años en la selva y luego tuvo que retirarse, escribió: «Así como no hay ninguna raza en el mundo tan celosa y autócrata de la propia libertad como ésta, así tampoco existe otra raza tan sanguinaria, cruel, feroz y suicida consigo misma, como ésta».¹⁴

Las cuatro se miraron conteniendo la respiración. Pero sólo Sor Troncatti sabía con seguridad que iba a encontrarse con ellos.

Por correo especial le llegó a Madre Mioletti la respuesta del presidente Tamayo: «No sólo cuatro. ¡Ojalá Dios nos mandase cuarenta! Embarquen en buque ecuatoriano *Mantara* y sean bienvenidas».

13 Conferencia de Madre Vicaria, Madre Enriqueta Sorbone.

14 Padre Enrique Vacas Galindo.

En Guayaquil las Hermanas vivían en una casita hecha de madera y cañas de bambú. Eran tan pobres que las buenas señoras de la localidad les mandaban frecuentemente la comida. Los salesianos del colegio *Cristóbal Colón*, cuando tenían que renovar la vajilla y los cubiertos, autorizaban a las Hermanas para que se llevaran lo que les pareciera de cuanto estaba en desuso. De ahí la variedad que presidía su mesa... Pero las niñas estaban locas por aquellas religiosas que, no sabiendo decir *no*, conseguían apiñarlas prodigiosamente en la casita, en número exorbitante, dejando caer, entre la *a* y la *b*, entre dos más dos, entre un río y un monte, un canto y una poesía, la savia del Evangelio, con una alegría tan difusiva que daba la impresión de estar sorbiendo los rayos del hermoso sol ecuatoriano.

El cartero, una mañana, llevó a aquella casita llamada «Colegio María Auxiliadora» un telegrama: Madre Mioletti anunciaba su llegada con cuatro misioneras.

Las pocas Hermanas, viendo que faltaban escasamente veinticuatro horas para el desembarco, dieron vacaciones y, bien remangadas, se pusieron a barrer, lavar, fregar y a transformar dos aulas en cuartos de dormir. La noticia cundió por la ciudad y una gran señora mandó decir que la comida corría de su cuenta.

La expectación era grande.

Aquella noche las Hermanas jóvenes, cansadas y felices, se durmieron en seguida. Y una soñó, precisamente, con las misioneras que llegaban. Las vio entrar por el patio, pero sólo habló una. Avanzaba sonriente y decía: «Sí, estoy muy contenta de haber venido». Representaba unos cuarenta años; no muy alta, de aspecto delgado, de modales discretos y distinguidos al mismo tiempo.

Aquella mañana, al contemplar la tierra preanunciada, resonaron como un eco, en Sor Maria, las palabras de Martina Luzzi.

La pequeña embarcación, costearo la isla Puná, se adentró por los brazos de mar, cada vez más estrechos, hasta el río Guayas y atracó en el muelle, en plena ciudad.¹⁵

Sor Delia,¹⁶ la que había soñado con las misioneras, lanzó un grito: «¡Pero si es ella, si la he visto esta noche!» Y corrió a abrazar a Sor María Troncatti, a la que reconoció perfectamente.

15 Actualmente no es así. Se ha construido un gran puerto en el golfo de Guayaquil.

16 Sor Delia Naranjo, ecuatoriana.

La Inspectora y sus compañeras pasaron la fiesta de Navidad en la casita de madera y el 26 de diciembre reemprendieron el viaje, primero por ferrocarril y luego a caballo, hacia la cordillera.

A paso de tortuga el trenecillo las había llevado arriba, arriba, costeanado un largo trecho el río Chan-Chan hasta Sibambe, entre horribles precipicios y escarpadas montañas. Los viajeros eran casi todos *indios*¹⁷ que venían, como las Hermanas, de Guayaquil donde habían vendido sus pobres productos y comprado artículos de primera necesidad que para ellos consistían en: petróleo, velas, mechas, balas, quinqués, cuerdas, algún metro de tela, un sombrero...

Sor María observó que eran muy silenciosos llevaban cabellos largos, incluso los hombres, de mirada dulce, estatura más bien baja... Oía de vez en cuando la exclamación: *¡hombre!*, sin saber, naturalmente, que su uso correspondía al bajo pueblo o al trato confidencial...

Montó por primera vez a caballo en Chan-Chan para ir a Chunchi, y mientras el camino fue llano, le hizo la impresión de que cabalgar era cosa fácil e incluso agradable.

Desde Chunchi¹⁸ habían venido los caballos con una comisión presidida por el párroco, doctor Adolfo Astudillo, los mayores, Sor Consuelo Iglesias y varias exalumnas a recibir a la Inspectora y a las nuevas misioneras.

Todos los hombres vestían su *poncho* y, para Sor María, que de español sabía poco más que *hombre*, eran todos iguales. Cabalgaban por la cordillera, en fila, por un sendero estrecho o por caminos fangosos. El caballo de Sor María resbaló de improviso y ella, viendo a su lado otro caballo con su jinete en *poncho*, gritó:

—*¡Hombre, tiéneme el caballo!*

Y Madre Mioletti:

—Pero, Sor María, ¿cómo trata así al doctor?

—Perdón. ¡No sabía que debajo del *poncho* hubiera un doctor!

—Se dice *señor*.

—Gracias. Perdonen.

Llegadas a la casa, pobre como la de Nazaret, terminados los recibimientos y atendidas las visitas, Madre Mioletti presentó a la comunidad a Sor María Troncatti como directora.

17 Indígenas de América. Navegantes del siglo xv, que creyeron haber llegado a las Indias occidentales, les dieron este nombre. Los *indios* del Ecuador y del Perú son descendientes de los incas. Todavía hoy hablan entre ellos la lengua quechua.

18 Pequeña ciudad en la provincia de Chimborazo (6.310 m.). Atravesada hoy por la carretera panamericana.



—¿Yo, Madre?

—Sí, usted. Será la directora hasta que vaya a la selva.

Chunchi era entonces un pueblo bastante grande, sin médico, sin farmacia, sin más escuelas que la de las Hermanas que tenían, además, un pequeño colegio con unas quince internas en aquel final de año de 1922.

Llovía sin cesar. El 31 de enero (1923) —como señal de la pobreza e inseguridad de la casita— cayó el techo de dos habitaciones que servían de refectorio. No había allí ni maestro de obras ni albañiles. Y de haberlos, ¿quién los hubiera pagado?

Sor María Valle, que nada más llegar recibió el encargo de redactar la crónica, nos ha dejado, en pocas palabras, un cuadro típicamente misionero: «Se disponen a arreglarlo (el techo) el señor párroco y algunos voluntarios que trabajan gratis. ¡Deo gratias!»

El año 1923, desde sus comienzos, vio desfilar enfermos de toda la

comarca por el ambulatorio que Sor María preparó a toda prisa en el pequeño despacho farmacéutico llamado *botiquín*. Pronto corrió la voz de que por fin, Chunchi tenía un médico. Del uso francés *physicien* que equivale a médico, tanto los indios como los blancos comenzaron a llamar en seguida a Sor María la *Madre física*. Y la pobre directora eventual se vio de repente metida en tantas y tan diversas ocupaciones, que le era imposible llegar a todo; pero recuerda una de aquellas primeras Hermanas: «Se mostraba siempre sonriente, sencilla, buena».¹⁹

Sor Consuelo tenía el encargo de darle clases de español, y las dos se lo proponían. Sor María era una alumna inteligente, aunque no muy aplicada. Pero, ¿cómo se podía pensar en estudiar la lengua cuando a cualquier hora del día y de la noche era un continuo llamar a la puerta del colegio porque en la tal choza había un enfermo grave, o llevaban un herido, o un niño moribundo?

Entre el *quechúa*, el español y el italiano, lograban entenderse sin mucha dificultad, por la fuerza del amor. En efecto, tanto los blancos como los indios, empezaron en seguida a amar entrañablemente a su *Madre física*. Y ella, que ya no decía *hombre*, trataba a todos como verdaderos señores.

Cuando Madre Mioletti estaba en casa (aquella era la casa *inspectorial*) a Sor María la vida se le hacía fácil: era tan sumisa a la Inspectora que, después, espontáneamente, todas se sometían a ella. ¡Qué digo a ella! Todas juntas, en un clima de familia y con gran sentido de responsabilidad, se sometían a la Regla, verdadero péndulo que regulaba su tiempo.

En aquellas lejanas tierras, con la única diferencia de los husos horarios, todo transcurría como en Nizza, la Casa Madre.

Un día de fiesta, estando a la mesa, dijo la Inspectora::

—Demos la comida al tal (y lo nombró) que está trabajando en la huerta.

—Sí, sí, Madre, voy en seguida a llamarlo —respondió Sor Troncatti. Y salió.

En Chunchi hace siempre un poco de frío. El hombre trabajaba con el *poncho* puesto.

—Señor Fulano, señor Fulano, venga a comer...

—Pero, ¿por qué llama *señor* al hortelano —le dijo después Madre Mioletti.

—¡Qué sé yo!... Debajo del *poncho*...

19 Sor María Flores.

¡Debajo del *poncho* ella veía solamente a su verdadero Señor!

También en aquellos lejanos tiempos el camino para subir a Quito pasaba por Chunchi. Pero las dos vías de ferrocarril que arrancaban, una de Guayaquil y la otra de la capital, no se habían unido aún y, precisamente, la primera terminaba en Chan-Chan y la otra en La Nariz del Diablo... El trayecto entre ambas se realizaba a caballo, tal como hemos visto hacer a las misioneras, y para el transbordo no había más remedio que aguardar una noche.

Los Salesianos tenían la casa inspectorial en Quito (como hoy las Hermanas) y sucedía con bastante frecuencia que pasaban superiores, Hermanos, Clérigos, Digámoslo claro: siempre agasajadas, siempre bendecidas. Recordando aquellos lejanos tiempos, dijo un misionero con aire de nostalgia: «Chunchi era una verdadera familia, también para nosotros Salesianos».²⁰

Sor María, trasplantada allá arriba, totalmente absorbida por su quehacer misionero, afligida por tantas necesidades a las que había que atender, desolada ante la extrema pobreza de los pobres indios, había escrito a casa la primera carta pidiendo ayudas, y después, ¡se acabó! No se daba cuenta de que, con los días, pasaban también los meses.

Los suyos estaban preocupados: por entonces América se consideraba mucho más lejana que ahora, si tenemos en cuenta que ningún avión se había aventurado a atravesar el Atlántico. Catalina escribió a Nizza, a las superiores. Mandó cinco liras para una misa a fin de que Dios protegiera a su hermana. Dijo que tenía preparado un paquete de ropa y una oferta en dinero para Chunchi, pero que, entre tanto, sus padres estaban preocupados.

Contestó la sobrina de Don Bosco, Madre Eulalia, diciendo que no había motivo para alarmarse pero que, de todos modos, ella misma escribiría a Sor María. Que mandaran a Nizza lo que habían preparado, ya que estaban para partir misioneras al Ecuador. Les dio buenas noticias de la novicia Catalina Rodondi y concluyó así: «Aprovecho esta ocasión para encomendarme a sus oraciones y a las de todos los suyos, implorando para toda la familia las bendiciones de María Auxiliadora y del venerable don Bosco».

En casa Troncatti había otro Santiaguín. Decía al abuelo:

—¿Son religiosas y piden oraciones?

Todas las noches mamá Lucía le hacía rezar una *Ave María* por la tía María ¡que estaba tan lejos!

¡Si la vieran entonces en su ambulatorio médico! Un muchacho de dieciocho años, un blanco contestatario o hastiado de la vida, se había disparado un tiro al corazón.

Por fortuna para él, no era muy valiente. El miedo le había hecho temblar la mano y la bala pasó rozando, causándole una herida superficial. Pero su madre no lo sabía y, desesperada, cargo a su hijo en un carro de labranza que pasaba por delante de su casa y se lo llevó a la *Madre física*.

Sor María lo tendió sobre la mesa. Taponó la herida. Y entre tanto:

—Muchacho, muchacho, ¿qué has hecho?

La madre:

—¿Está grave?

Sor María:

—Muchacho, muchacho, tu alma está mucho más grave que tu cuerpo. Has pecado contra Dios... ¡Arrepiéntete, hijo!

Mientras tanto, vertía alcohol en una cubeta e introducía las pinzas, el bisturí y las agujas. La cara del joven estaba como la cera.

—Haz un acto de dolor bien sincero, hijo, mientras yo curo tu cuerpo.

—¡Sí, *Madrecita*, sí, me arrepiento!

—¿De todo corazón?

—De todo corazón. Y si me curo iré a confesarme.

—¿Y después? (aplicaba la anestesia local).

—Después... prometo ser un buen cristiano.

—Bien, así se hace. Y tú, madre, reza una *Ave María* mientras yo le coso para que quede bien (y enhebró la aguja con el *catgut*).

El joven cerró los ojos. La madre volvió la cabeza hacia atrás.

El 11 de julio de 1923 Sor María recibió una carta de casa. Esperó dos días para contestar, porque el corazón le saltaba. Después escribió:

«Queridísimos padres: Hasta anteayer no he recibido vuestra suspirada carta. Cada vez que recibo vuestras noticias es para mí como un rayo de luz que ilumina y alegra mi pobre corazón. Las pocas líneas que me escribe mi amadísima madre, acompañadas de la bendición del querido papá, me han emocionado muchísimo: he llorado de alegría. Me sentía la criatura más feliz del mundo. Me parecía haber conquistado toda América. Pero, ¿qué digo? ¿Qué vale todo el mundo? No

puede compararse al amor de una madre!... Y tú, queridísima Lucía, ¡cuánto me has alegrado con tu carta! ¡Gracias! Puedes estar segura de mi recuerdo en la oración por ti, por tu esposo y por tus hijos... ¡Cuánto me consuela saber que mis padres rezan y hacen celebrar misas por mis intenciones! Si, tengo mucha necesidad de la ayuda de Dios. La misión que me ha confiado el Señor es difícil y arduo el camino. Pero confío que el mismo Dios que me ha dado tanto valor no me abandonará: siento muy cerca a Jesús. Diría que experimento sensiblemente su compañía. En efecto, ¿cómo hubiera podido yo, débil criatura, tener semejante valor? ¿Y cómo iba a ser capaz de vivir tan alegre en un desierto extranjero, casi bárbaro?... Mientras está en casa la Madre Inspectora, todo es más fácil debido a su gran experiencia. Y además tiene un gran corazón de madre. Pero ha de hacer la visita a las otras misiones, lo cual supone días y más días a caballo. Algunas veces he ido yo a acompañarla. Desde mi llegada a Chunchi tengo a mi cargo la dirección de la casa, pero sólo provisionalmente: será por pocos meses y, en cuanto podamos, penetraremos en la selva, entre los salvajes. Yo estoy destinada a aquella misión, si Dios quiere, pero tengo necesidad de ayuda. Me dice Ernesta que también en Corteno se ha establecido una junta de misiones. ¡Estupendo!, me alegro muchísimo, pero ante todo ayudad a esta misión. Es la más necesitada.. Pensaréis que también en otras partes hay verdaderos salvajes... Y aquí (en la selva), ¡cuántos miles! Viven como animales feroces. Casi ninguno muere de muerte natural; perecen, en su mayoría, ferozmente asesinados. No tienen necesidad de nadie, porque viven de la caza (y de la pesca) y su mayor penitencia es llevar encima, aunque no sea más que una simple camisa. Un medio para atraerlos es éste: tener dinero y comprarles espejos o adornos, como los que hay por ahí; les gustan mucho, tanto a los jóvenes como a los viejos... Me preguntáis si la casa donde estoy es de barro. Claro que sí, y es una de las más bonitas. Desde que han cesado las lluvias, que duran seis meses, se está bien. ¡Era un verdadero problema estar dentro de casa sin poderse proteger del agua! Las construcciones podrían estar un poco mejor, pero ¡qué se va a hacer! ¡No hay dinero!... Me preguntáis qué como. Un poco de maíz hervido, pero sin ningún sabor, algunas hierbas que se encuentran por aquí y, a veces, judías. La bebida es el agua y no muy limpia; hay que esperar a que se deposite el fango. Dios da fuerzas y, en efecto, yo me encuentro muy bien. Hasta dentro de seis meses no volverá a caer una gota de agua. En las montañas que tenemos enfrente nieva cada noche y por la mañana se nota bastante frío. Por lo demás, el clima es bueno: hay flores de colores maravi-

llosos. Catalina, en cuanto tenga semilla de violetas te mandaré. Ahora os envío un pensamiento y una violeta.»

Siguen los saludos.

El cuadro está al vivo.

El eco es grandioso.

... Y ya nos asomamos a la misteriosa selva.

Del año 1924 no tenemos más que una carta escrita por Sor María a la familia el 4 de noviembre: una carta serena y grave, suave y fuerte, tierna y viril, sincera y apasionada.

«Amadísimos padres: Hoy es un día inolvidable: hace siete años, una noche como ésta, a las siete, nuestra queridísima Angelina nos dejaba para siempre. ¡Oh Angelina, tú dejaste en nuestro corazón una profunda laguna!... Nos consuela el pensamiento de que pronto nos reuniremos en el cielo para no separarnos jamás.»

Decía: *pronto*, pero aún quedaba mucho camino por recorrer. No lo sabía, no lo deseaba: pronto... Algo doloroso debió ocurrir aquel día, pero no nos perdamos en conjeturas. Sabemos que Sor María hablaba muy poco de sí misma, fiel a sus propósitos: «El alma que aspira a la vida interior debe *hablar poco, rezar mucho, no tener miedo de nada* y una se hace santa cuando no pretende nada, ama el olvido y sufre en silencio.»

Sigamos leyendo: «Hoy más que nunca siento necesidad de la protección del cielo, de que alguna alma generosa rece por mí. ¡Jamás hubiera imaginado que la vida de una pobre misionera pudiera ser tan dura, tan difícil! Es una gracia muy grande que no decaiga de ánimo. Antes bien, os confieso que, a medida que pasa el tiempo, me siento más animada y no dejaría a mis queridos indios ni por todo el oro del mundo...»

¡Pobre Sor María! Chunchi no era más que un ensayo. Hemos de tener en cuenta este dato real: Sor Troncatti no era, por naturaleza, valiente, audaz, intrépida, y, mucho menos, temeraria. Era cordial, tierna, afectuosa, expansiva, amable y tímida a un tiempo, miedosa. ¿Quién podrá medir la acción de la gracia divina en su corazón, en su largo camino, en la ininterrumpida sucesión de aventuras, peligros, travesías, calamidades?

«Hace pocos días —seguía escribiendo— que he recibido vuestras noticias. Siento haceros sufrir con mi silencio; creedme, no es por mala

voluntad, pero a veces, ni de noche tengo tiempo. Soy la *médica* del pueblo. Me llaman a cualquier hora. ¡Pobre gente! ¡Si vierais cuánto me quieren! Cuando me ven montar a caballo, se me acercan y me dicen: «*Madrecita*, ¿a dónde vas? Vuelve pronto. Nosotros te queremos mucho». Ahora, que estoy para ir con los salvajes, lloran y, cuando ven a Madre Inspectora, le ruegan que no me lleve de Chunchi. Creo que faltan aún algunos meses para partir. Estad tranquilos, que en cuanto pueda os escribiré, aunque sólo sean unas líneas, pero os escribiré...»

Se había hecho de noche. Fuera silbaba el viento de la montaña. Sor María se estremeció: el *infierno verde* la esperaba... Una vez dentro, ¿volvería a salir?

«Lo que más me preocupa es pensar en mis queridos padres. ¡Qué ganas tengo de verlos y abrazarlos una vez más!... ¡Paciencia! Recomiendo a mis hermanas y mi queridísimo hermano que hagan mis veces: que los consuelen y no les den el menor disgusto... ¡Cuánto se sufre cuando se está lejos!...»

Sor María prosigue la carta agradeciendo un generoso donativo enviado por los suyos, pero digamos entre paréntesis que Catalina, cuando llegaban las cartas del Ecuador, leía a los padres —casi analfabetos— sólo lo que le parecía bien, después de haber llorado a escondidas...

La extensa carta terminó así: «Queridos míos, no os preocupéis ni sufráis tanto por mí. Rezad, eso sí, por mis intenciones, no sea que, queriendo salvar las almas de los demás, pierda la mía... Para vosotros, queridísimos míos, un abrazo muy fuerte...».

Se fue a dormir. La voz de la sangre clamaba. ¡La voz del Espíritu vencia!

¿No era el Espíritu de Dios el que entregaba el corazón de Madre María a tantos pobres infelices, ajenos toda su vida a las realidades eternas? Un corazón grande, comprensivo, lleno de compasión.

Leemos en el *Notiziario* (n. 5-Mayo 1924) que «desde Chunchi Sor Troncatti manda noticias consoladoras... Muchas jóvenes, bautizadas, pero completamente faltas de instrucción religiosa, acuden a la escuela: vienen de lejos y parece realmente que la Virgen misma las conduce por caminos extraordinarios a la casa de sus hijas... Muchos enfermos y moribundos piden ayuda y consuelo...».

Un infeliz, sobre cuya conciencia pesaban muchos delitos, cayó gravemente enfermo. Viéndose en punto de muerte mandó llamar a Sor Troncatti, que acudió inmediatamente a visitarlo en su pobre choza.

—*Madrecita* —dijo el moribundo—, soy un criminal, un asesino.

No quiero medicinas... Prepáreme a confesarme, a bien morir...

Recibidos los sacramentos, el pobrecillo seguía suplicando a Sor Troncatti:

—Quédese conmigo hasta el final, *Madrecita*, porque usted impedirá que el demonio meta la desesperación en mi alma.

Murió besando el crucifijo.

Otra nota conmovedora, que nos llega también a través del *Notiziario* es la siguiente: Habla Sor Troncatti: «Cuando entro en las miserables chozas donde están reunidos indios e indios, éstos se descubren en seguida con reverencia. Después se arrodillan todos y me piden la bendición».

Una jovencita, llegada de Cuenca, pedía ser Hija de María Auxiliadora. Madre Mioletti la aceptó y dispuso mandarla al Perú, ya que en el Ecuador no había noviciado aún. Aquella joven¹ que habría de compartir pan, trabajos y fatigas con Sor Troncatti, ante la idea de dejar la patria, lloraba:

—*No llore, Carlota...* No llores; la vida pasa, llega la muerte, la eternidad nos espera. Todo es humo excepto el deber, el sacrificio, el amor a Dios.. Repite: ¡en todos mis actos buscaré agradar a Jesús!²

—Sí, Madre María.

Y las estaciones pasaban: dos al año. Había vuelto la de las lluvias. El 18 de marzo, el río Alausí y el Chiu-Chan se desbordaron, arrasando once puentes, y el Huigra, veintiocho casas. El tren quedó bloqueado. Sor Valle escribió patéticamente en la crónica: «... ¡Estamos completamente aisladas! Se calcula que los daños causados no podrán repararse en menos de seis meses, trabajando 1.500 obreros por día (no contando, naturalmente, con otras herramientas que el pico y la pala, pues las excavadoras estaban aún en potencia)».

Las alumnas lloraban. Sor Troncatti procuraba calmarlas: «Buscaremos a alguien que esté dispuesto, pagándole, a bajar a Guayaquil para llevar noticias a vuestros padres». Pero hasta el 25 de marzo, puesto que seguía lloviendo, no se encontró a nadie que se sintiera con ánimo de afrontar, a pie, los caminos devastados en una longitud de cuarenta y cuatro kilómetros por montes y valles.

El 5 de abril, necesitando víveres y medicinas, la misma Sor María emprendió viaje a Guayaquil en compañía de una postulante³ que

1 Sor Carlota Nieto.

2 De sus escritos.

3 Carmelita Arias.

tenía que empezar los estudios en aquella ciudad.⁴ Siete días más tarde estaba de regreso. Sor Valle la describe «cansada y abatida». Traía cartas para las alumnas y noticias para las Hermanas...

A Monseñor Comín se le espera en Guayaquil para sus bodas de plata,⁵ pero hasta ahora no ha regresado del Oriente⁶ ni se tienen noticias en Cuenca...

¡Cómo tembló después, cuando le oyó contar dónde y cómo había celebrado el veinticinco aniversario de su Primera Misa! Entretanto, bajaba nuevamente a Guayaquil, entre el 28 de abril y el 5 de mayo, un trecho a caballo y mucho más a pie.

La víspera de María Auxiliadora Monseñor llegaba a Chunchi, de paso para Cuenca. Se detuvo tres días. Predicó, habló de la selva...

—He celebrado mis bodas de plata en la pobre choza de un colono, sobre un altar improvisado por los Padres Albino del Curto y Telesforo Corbellini, con la asistencia de unos pocos jibaros, cerca del río Shiru, casi a mitad de camino entre El Pan y Méndez. Rugía el huracán. La selva gemía estremecida. ¡Yo era inmensamente feliz!⁷

Y habló de Macas⁸ donde, desde hacía un año, residía un misionero salesiano:

—Los primeros religiosos llegados a Macas fueron los Jesuitas, en tiempos de García Moreno.⁹ En 1888 los reemplazaron los Dominicos, que asimismo se retiraron en 1891, aunque siguieron haciendo visitas esporádicas hasta 1898. A partir de entonces quedó casi abandonada por completo. En 1916, el teniente político que asumía todos los cargos de la *civitas*, envió una súplica a Monseñor Costamagna¹⁰ firmada por todos los maquenses, colonos de raza blanca, españoles o ecuatorianos, para que les mandara un misionero. En 1921 se recibió nueva súplica por parte del señor Juan Velín, maquense. Finalmente, el obispo de Riobamba, Monseñor Carlos María de la Torre,¹¹ me pidió

4 En toda la región costera, a causa del mucho calor, empezaba y empieza el curso escolar el 1.º de mayo.

5 14 de abril de 1925.

6 Al decir Oriente, entendemos siempre aquí la selva, o sea, el Oriente ecuatoriano que comprende cuatro provincias: Napo, Pastaza, Morona-Santiago, Zamora-Chinchipec.

7 De *Un gran pionero*, de Antonio Guerrero.

8 Capital de la provincia Morona-Santiago.

9 García Moreno (1821-1875) ingeniero y estadista, nacido en Guayaquil, fue Presidente de la República de 1861 a 1865 y después, nuevamente, de 1869 hasta su muerte. Fue asesinado. Sus últimas palabras fueron: "¡Dios no muere!".

10 Primer Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza.

11 Después, primer Cardenal ecuatoriano.

que me cuidara de aquella población: «Le ruego —me dijo— que tome bajo sus cuidados esas pobres almas».

Sor María escuchaba sin perder sílaba.

Ya en junio de 1918, los Padres Albino y Martínez habían predicado una misión en Macas, entre el delirante entusiasmo de aquellas pobres gentes. En 1921, el Padre Duroni visitó la colonia. El Padre Corbellini fue en 1922 y volvió en 1924. Ahora las bases están echadas, aunque el Padre Duroni no haya encontrado en pie más que el esqueleto de la iglesia de cañas de bambú construida por los Dominicos en su tiempo.

Sor Troncatti suspiró. Y Monseñor, que tenía un oído muy fino, dijo sonriendo:

Los Padres Duroni y Alberto Castagnoli, matemático e ingeniero, están preparando una casita de obra (la primera de Macas). Me han comunicado que van a intentar cocer ladrillos y tejas...¹²

El 30 de mayo Monseñor tenía que celebrar la misa de sus bodas de plata en la catedral de Cuenca, donde se habían preparado grandes festejos. Al despedirse dijo:

—La próxima vez vendrán también a Cuenca las misioneras de Macas. Y desde allí, ¡daremos el salto!

Madre Mioletti comunicó que la novicia Carlota Nieto regresaría pronto del Perú para formar parte de la expedición, junto con otra joven misionera llegada hacia poco de Italia: Sor Dominga Barale.

—¡Bien! —concluyó Monseñor Comín—, procuremos cumplir la voluntad de Dios con alegría, deseosos de agradecer al Padre Celestial.¹³

Una indiecita, gravemente enferma, había sido curada por la *Madre física* quien, para salvarla, hubo de poner en juego todo su saber profesional, los recursos de su botiquín y todas las maravillosas disposiciones de su corazón. La criaturita, reducida a un puro esqueleto, logró reaccionar y un buen día su madre se oyó decir que podía llevársela a casa: la niña estaba curada. Pero los ojos de la india no se transfiguraron. ¿Por qué?

Todos sabían que Madre María se marchaba...

Aquella misma tarde, al anochecer, volvió la mujer en compañía

12 La crónica de 1925: *Salesianos de Macas*, narra que, después de pruebas y trabajos sin cuento, salieron del horno 4.200 ladrillos y 3.800 tejas. ¡Un gran triunfo!

13 De la crónica de Chunchi.

de su pequeño clan: cuatro hombres, un muchacho, cuatro mujeres, dos pequeñines. Llamaron a la puerta del ambulatorio y, cuando la *Madre física* abrió, sacaron los hombres los instrumentos musicales de debajo del poncho: un violín, dos tambores, las castañuelas y le hicieron la serenata.

Estaba de paso, en Chunchi, un Padre salesiano.

—¡Quietos, quietos todos! Y usted, Sor María, pose con ellos: os saco una fotografía.

Delante de la casa, junto a la pared, había un banco. Sor María se arrodilló encima; la mamá de la niña curada se sentó a su lado; las otras mujeres se acomodaron en el suelo con el sombrero bien calado hasta los ojos. Los hombres se colocaron detrás. Es una fotografía que conmueve y es todo lo que nos queda de Chunchi...

A fines de septiembre recibieron al visitador extraordinario, Don Nai, enviado por el Rector Mayor para darse cuenta, *de visu*, de la obra misionera en América Latina. Toda Chunchi le suplicó que no dejara marchar a Madre María, no sólo porque con ella se les iba el médico, sino porque reconocían el gran bien que hacía al pequeño colegio. En una carta de agradecimiento por la visita, firmada por los principales de la población, se lee: «...Las Madres salesianas son modelo de todas las virtudes, especialmente de piedad, de la que llenan su corazón, y derraman torrentes sobre sus discípulas, algunas de las cuales son ya mujeres virtuosas, totalmente dedicadas al cumplimiento de sus deberes, esperanza de la patria, capaces de resistir con valentía las seducciones de la impiedad».

Tenemos ante la vista el borrador de aquella carta: debió escribirla don Adolfo, en nombre de los padres de familia, a quienes no les pasaba nada inadvertido.

Sor Troncatti no se paraba a escuchar palabras de elogio: preparaba el equipaje para una casa, todavía en construcción, en plena selva, donde se carecía de todo. Y madre Mioletti, a su lado, metía alguna cosa más en las cajas, paquetes y maletas.

El 14 de octubre llegó a Chunchi Sor Dominga Barale. La novicia Carlota Nieto las esperaba en Cuenca, su ciudad. Conocedora de la selva les serviría de gran ayuda. La Inspectora, que tomaba parte de la expedición, había escogido por compañera de regreso a la jovenísima Sor Manuela Cobos, primera Hija de María Auxiliadora ecuatoriana.

Los indios no lloraban tan sólo porque Sor María los dejaba: lloraban de miedo por ella... «¿Los jibaros?... ¡Oh Madre santa, Virgen María!»



Es una fotografía que conmueve y es todo lo que nos queda de Chunchi.

Toda Chunchi estaba en la estación la mañana del 26 de octubre. Todos ayudaron a cargar el equipaje.

Don Adolfo Astudillo había dejado la parroquia hacía unos tres meses, pero al menos él estaba en Guayaquil, de Vicario Episcopal. Ella, en cambio... «¡Hombre! ¡Hombre!»... ¿A dónde iba ella?

El trenecillo, separado del ramal principal, llegaba hasta Azogues, último pueblo de la provincia del Cañar, del que era capital. Después había que servirse de otros medios, entrando por la tierra Azuaya, en dirección a Cuenca. Pero ahora, parado en Chunchi, no se decidía a partir. El jefe de estación no daba la *salida*; el maquinista miraba por la ventanilla de la locomotora asombrado: hacía esfuerzos por no llorar y los retrasos del horario ni tan siquiera le preocupaban.

Fue forzoso separarse. Tras una sacudida, el tren se puso en mar-

cha. La gente, de vuelta a casa, se sintió más pobre... Sor Valle tomó la pluma y anotó la despedida. Concluía así: «Dejan un vacío inmenso en la casa y en el corazón».

A caballo, por caminos terribles, escribirá después Sor María, las viajeras llegaron frente a la amenísima cuenca que da nombre a la capital de la provincia azuayana: Cuenca, precisamente. Los Salesianos residían allí desde 1893 y la habían inundado del nombre de la devoción a María Auxiliadora («Confíad en María Auxiliadora y en Jesús Sacramentado y veréis lo que son milagros», M. B. XI, 395; decía Don Bosco) hasta el punto de merecer el título de «Valdocco ecuatoriano».

Las Hermanas, que sólo tenían entonces una casa en las afueras, llamada «El Corazón de María», eran conocidísimas. La caravana no pasó inadvertida. Y cuando Madre Mioletti con Sor Troncatti, Sor Dominga y Sor Carlota iban a comprar a las tiendas, la gente comentaba: «Son *las Madrecitas* que van al Oriente... ¡Pobrecitas!»

El 9 de noviembre, un carruaje esperaba delante del «Corazón de María». En el patio se había reunido, apenada, toda la comunidad. Las viajeras se habían despojado del hábito y el velo: era demasiado preciosa la lana de sus vestidos. ¿A qué hubiera quedado reducida?... Llevaban un sombrero de amplia ala, un delantal de tela, largo hasta los tobillos, un guardapolvo y, a los pies, botas altas con tacón también alto; nada más apropiado para los enfangados caminos de la selva.

Las Hermanas las miraban como se mira a las máscaras en carnaval, pero nadie osaba reír. Se abrazaron como si nunca más hubieran de volver a verse.

Sobre el puente del río Tomebamba, que baña los pies de Cuenca, el carruaje se cruzó con el de los misioneros. Monseñor agitó el sombrero en señal de saludo. Pronto la hermosa y antigua ciudad quedó lejos.

Sor Carlota Nieto se volvía hacia atrás, alargaba el cuello: allá a lo lejos su padre y madre, desde una ventana, seguían con los ojos el camino... Sus hermanos estaban en Quito, en la universidad. Lutgarda, la hermana pequeña, de unos nueve años, lloraba; a gusto se hubiera marchado con ella.

Madre Mioletti, que sentía en su corazón el flujo y reflujo de todos aquellos sentimientos, procuró distraer la atención de la joven:

—Sor Carlota, ¿conoces la historia de tu ciudad?

—Mi ciudad, Madre, se llama también *Atenas del Ecuador* y *Ciudad de la Paz*... Antiguamente, cuando era capital de los aborígenes cañaris, se llamaba Pondelic. Después vinieron los incas, como usted sabe, vencieron a los cañaris y tomó el nombre de Tomebamba, que significa llanura de las carreras.

—¿Llanura? Más exacto será decir meseta, si es verdad que estamos a más de dos mil metros de altura...

—Después vinieron los españoles. A mediados del siglo XVI, el capitán Gil Ramírez Dávalos declaró a Cuenca sometida al rey de España y estableció allí una guarnición.

—¡Ah, sí!, después de los incas, los españoles; pero ni unos ni otros lograron vencer a los jibaros...

—Los vencerá el Evangelio, Madre.

—¡Así sea!

El camino se hacía cada vez más difícil, cada vez más estrecho, hasta desembocar en un poblado tristón llamado *Descanso*, donde se imponía una parada forzosa. Sor Carlota hubiera querido decir que los patriotas conqueños, dirigidos por José María Vázquez de Nóboa, consiguieron la independencia de la ciudad en 1822.¹⁴ pero ya nadie la escuchaba.

El Padre Albino del Curto, contrataba hombres para llevar el equipaje, caballos y guías hasta El Pan, todo ello indispensable para la travesía de los Andes y la entrada en la selva.

Comieron un bocadillo. Montaron a caballo y, dejando el *descanso*, la comitiva enfiló el camino de suave pendiente a galope rápido para llegar antes del anochecer al último pueblo de la provincia. Luego, los Andes; después la selva.

Abrían el camino los Padres Albino y Crespi; después Monseñor y su familiar Tettamanzi, también salesiano (los dos formaban la casa episcopal); después el clérigo José Paredes y, a continuación, las cinco Hermanas.

En El Pan, el Padre Albino era más que de casa: era el amigo, el hermano de todos. La comitiva fue recibida con todos los honores por la población —con su párroco al frente—¹⁵ que ofreció hospitalidad a las Hermanas y a los Padres durante ocho días. La descripción, por demás pintoresca, la hará Sor María cuando escriba a los suyos.

Entretanto visitó y atendió a los enfermos, entre ellos a Monseñor, curó llagas. Los misioneros preparaban la difícilísima expedición: ha-

14 El 21 de febrero con la entrada del General Sucre.

15 Padre Matías Buil, salesiano.

cian falta bridas de repuesto, correas, cuerdas, picos, mazas, hachas, fusiles, cartuchos, esteras...

Ocho días son pocos y son muchos cuando se espera: Para Sor María aún pasaban demasiado aprisa: ¡todo su ser esquivaba aquel viaje!

Sor Carlota, Sor Dominga, Sor Manuela, las tres más jóvenes, ayudaban acá y allá, dando una mano a todos, alegres y vivarachas como pinzones,

Tettamanzi conocía la vida, virtudes y milagros del Padre Albino y hablaba de él con satisfacción. Y, por si se quedaba corto, allí estaba un muchacho de El Pan, Augusto Zúñiga, que, huérfano de padre, se había enrolado entre los operarios del buen salesiano para la construcción del camino.

—¿Sabían ustedes, reverendas Madres, que el Padre Albino entró por primera vez en la selva el año 1909?

—Espera, Augusto; hay que decir que antes ya había sido director de Guayaquil, de Ambato, de Cuenca. ¡Es un gran hombre!

—¡Un santo!, *Madrecitas*. Un día Monseñor Costamagna (en el año 1915) le dijo «Albino, yo soy el Vicario Apostólico de Méndez y no sé dónde está este Méndez: ¡vete a buscarlo!»... El se fue en seguida. Con peligros sin cuento, después de haber superado...

—Augusto, no asustes a las Madres...

—Llegó a Méndez...

—Estaba con él el Padre Francisco Torka. Construyeron una capillita y una choza para vivir.

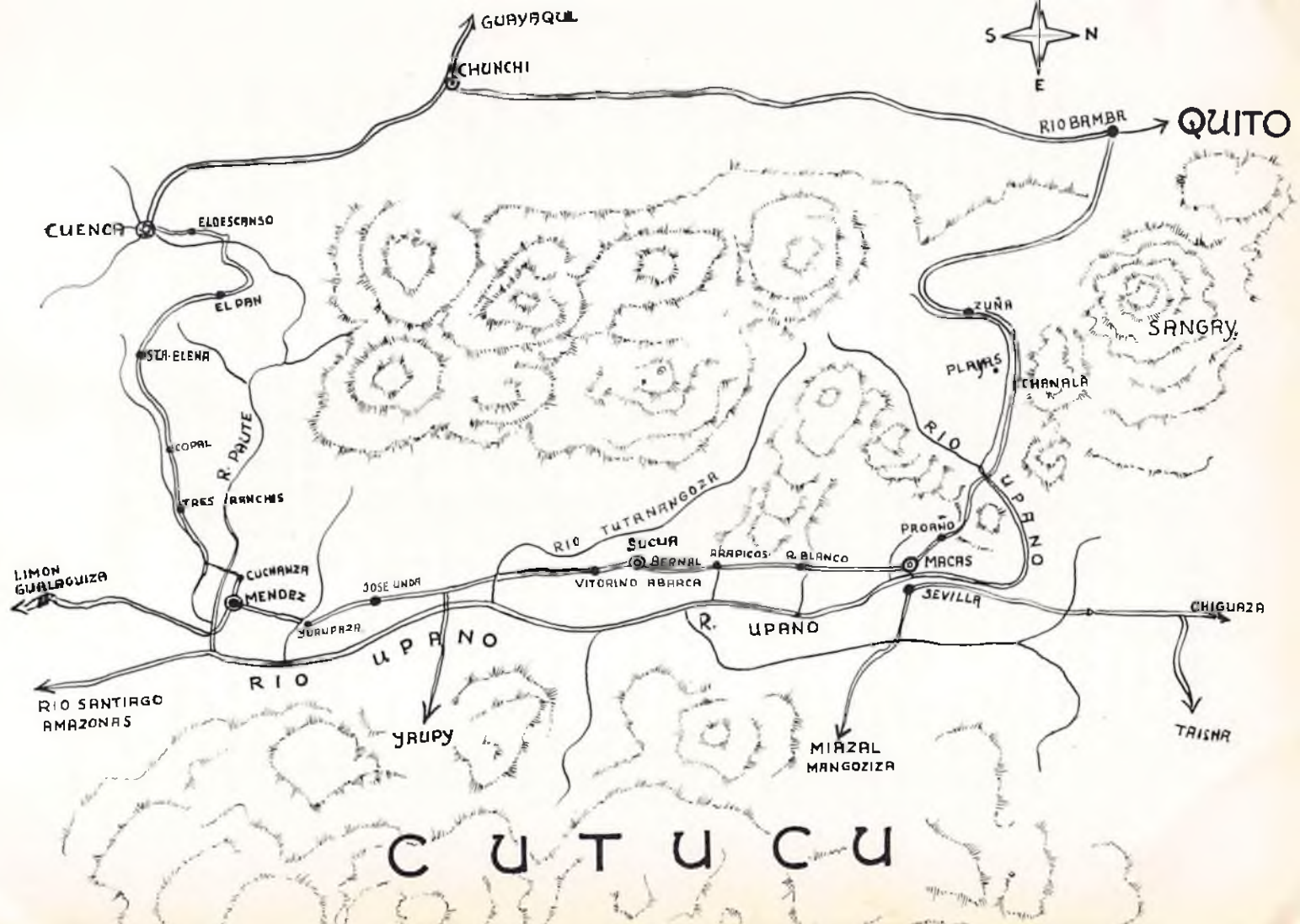
Sor Carlota intervino:

—Todo el Ecuador sabe lo que le sucedió al Padre Albino.

Sor Troncatti sintió un escalofrío por la espalda. El Padre Albino del Curto, en 1919, se había perdido en la intrincada floresta de árboles pluriseculares. Lo habían dado por muerto. Vagando meses enteros por la selva, siempre en dirección hacia la cordillera, atravesando ríos a nado, alimentándose de los frutos que la naturaleza le ofrecía, refugiándose de noche sobre los árboles, logró llegar, por fin, a una aldea cristiana donde se presentó al párroco pidiendo hospitalidad. Con la barba y los cabellos largos, la sotana hecha jirones, completada, para cubrirse, con hojas de plátano, los zapatos atados a los pies con bejucos, el cuerpo magullado por tantas caídas y arañazos, estaba irreconocible: la gente se asustó al verlo.

—¿Cuál es la dificultad mayor para llegar a Méndez y a Macas? —preguntó Sor María.

—La falta de camino, *Madrecita*.



—¿Y cómo haremos?

—Hasta Pailas se llega a caballo...

—¿Y después?

Tettamanzi y Zúñiga se miraron.

—Con el Padre Albino y el Padre Crespi no hay que temer.

Sor María había visto al Padre Crespi una o dos veces, de paso por Chunchi. Era un hombre más bien austero. A primera vista imponía un poco, quizá por la espesa barba negra que le cubría el pecho. Pero la dulzura de sus ojos revelaba una alma de bondad excepcional. Profesor y arqueólogo de reconocida fama, se convertía de vez en cuando en arquitecto, ingeniero, músico, mecánico, fontanero, electricista, carpintero. Su *hobby* era el museo de arqueología inca. Su amor más fuerte: María Auxiliadora, émulo en esto del Padre Joaquín Spinelli.¹⁶

Al octavo día Monseñor Comín anunció que se podía partir. Las Hermanas se calzaron sus flamantes botas. La caravana se enriqueció de doce portadores, más cinco palafreneros para las *Madres*.

Méndez, el centro del vicariato, estaba a 80 kilómetros de El Pan. El Padre Albino había prometido juntar los dos centros ante el tabernáculo de la humilde capillita donde se había encontrado, vivo, después de tanto vagar por la selva impenetrable.

En 1925 el camino era ya una realidad hasta Pailas, localidad a más de 3.000 metros de altura, donde los vientos y las tormentas azotan las cumbres sin piedad.

Por aquel camino avanzaban ahora los mensajeros de Cristo. Ninguno hablaba. Abismos sin fondo, rocas escarpadas, aullidos de fieras, gorjeo de pájaros en la inmensa soledad... Una tristeza implacable oprimía el corazón de Sor María: creía agonizar a medida que se alejaba del mundo civilizado; se sentía perdida. Con todo, avanzaba ofreciendo a Dios toda su desolación, todo su miedo.

Llegaron a una laguna de aguas turbias, a cuya orilla se alzaba una cruz. A medida que iban llegando a la cruz se paraban. Los hombres se quitaban el sombrero. El Padre Albino dejó caer la cabeza sobre el pecho y dos pausadas lágrimas surcaron su demacrado rostro... Monseñor rezó un *De profundis* y se prosiguió la marcha.

Sor Carlota explicó a Sor María, situándose a su lado durante un corto trecho:

—Esta laguna, desde el 15 de julio de 1917, se llama *laguna de las lágrimas*.

16 *Vida del Padre Joaquín M. Spinelli*, de Antonio Guerriero.

El palafrenero intervino:

—Madrecita, ¡qué espanto! Más de setenta obreros trabajaban con el Padre Albino para abrir este camino. Derribaban árboles, hacían saltar rocas. Con la sotana remangada a la cintura, un sombrero de paja a la cabeza, pico en mano, el Padre Albino estaba allí el primero... Había enseñado a cargar la mina, a preparar la mecha con salitre. Sabíamos que era peligroso... ¿Fue una fatalidad? Un grupo de obreros luchaba con una roca: se oyó un estruendo espantoso. La roca saltó entre una nube de humo y polvo... Nueve hombres no respondieron ya a la llamada: la avalancha de granito los había sepultado en la laguna. Al día siguiente nueve viudas subían dando gritos y tirándose de los cabellos. El Padre Albino sollozaba, mientras Monseñor Costamagna, llegado a todo galope desde Cuenca, celebraba la misa por las víctimas...

Sor Maria sintió su alma invadida por las aguas amargas de la laguna de las lágrimas... Pero continuó subiendo. Nadie, bajo la ancha ala de su sombrero, observó su prolongado llanto.

Caían las primeras sombras de la noche cuando la comitiva llegó a Pailas.

¡Pailas! No era entonces más que una humilde casita de madera, construida por el Padre Albino para sus trabajadores. Pailas: camino cerrado.

Un riachuelo iba a morir quién sabe dónde, saltando hacia el abismo. Los caballos fueron abrevados y atados a un árbol en la pequeña pradera. Los guías y los portadores arrimaron los paquetes, cajas y maletas, atados con una cuerda, a la pared de la casa, no por miedo a los ladrones, sino por temor del viento de una posible tempestad.

Sor Manuela, al entrar en la casita, exclamó:

—¡Oh, qué providencia! Aquí podremos descansar.

Sor Carlota soplabá sobre la leña para preparar un caldo caliente. Sor Dominga y Madre Mioletti sacaban de un cesto algunas provi-

Sor Maria observaba cómo la noche lo invadía todo. Los árboles semejabán gigantes dispuestos a echárseles encima. Los rumores confusos de la selva la tenían en sobresalto. Se oyó un galope.

—¿Quién va? —gritaron los hombres.

—El superintendente...

—Buenas noches.

El oficial, que venía de un poblado del interior, se mostró satisfecho de pasar la noche en compañía. Se cenó alegremente. Después, las Hermanas, recogiendo la vajilla y demás enseres usados, los colocaron en las cestas.

Rezadas las oraciones de la noche, cada cual se retiró a su aposento. Pero el superintendente suplicó a Monseñor:

—Por favor, confíeseme...

Salieron fuera. Bajo un árbol (no se oía más que el piafar de los caballos) el misterio de la gracia llovía de lo Alto... Sobre el hombre, arrodillado en tierra, se alzó la mano de Monseñor para absolver.

Se despertaron bajo una lluvia torrencial. Ya estaba preparado un altarcito. Monseñor y los padres celebraron la misa. Las Hermanas, el clérigo y el superintendente comulgaron. Afuera, un gran alboroto: las voces de los hombres (*hombre, hombre*) y el relinchar de los caballos. Cuando las Hermanas salieron, los palafreneros estaban a punto. Cada uno sujetaba por las bridas un segundo caballo.

—¿Nos dejan?...

—Sí, Madre María, ahora ya no hay más que una senda estrecha.

—¡Oh, Dios mío!

Monseñor, con aspecto resuelto:

—Es preciso partir —decía—, no hay más remedio. No podemos demorar ni siquiera un minuto.

Sor Manuela Cobos, Sor Dominga y Sor Carlota, con el guardapolvo chorreando y las botas *Luis XV* llenas de barro, caminaban ya por el sendero.

Desfilaron los primeros, como de costumbre, los Padres Albino y Crespi, después los demás, en fila india, comprendidos los doce portadores. Subidas y bajadas. Resbalones y caídas. Levantarse y proseguir la marcha, ya apuntalando el bastón de *caña brava*,¹⁷ con toda la fuerza, para saltar un obstáculo, ya limitándose a pasitos de tortuga, ya hundiendo los tacones en el barro para evitar resbalar. ¡Y continuaba lloviendo!

La espesísima vegetación formada por árboles de chonta¹⁸ delgados y muy altos, majestuosos cedros, palmeras, gradúas o bambúes gigantes, con infinitas arcadas de bejucos, impedía ver el cielo.

Jamás penetra el sol en la espesura de la selva; el fango perdura de una estación a otra. Hojas secas, fruta corrompida, flores pútridas alfombran el suelo por el que pululan millares de insectos. Bambúes tronchados por el temporal y frecuentemente árboles arrancados de raíz se atraviesan en el sendero.

17 Especie de junco no flexible, muy fuerte.

18 Calidad de palma de corteza durísima.

Durante horas y horas aquellas veintidós personas desfilaron fatigosamente por aquel verde y chorreante túnel. Después, una ventolera y la voz soberana de la selva con sus ignotas melodías, anunció el cese de la lluvia. Pronto el calor húmedo y sofocante despertó la sed.

Monseñor Comín, oyendo el murmullo de un arroyo encajonado entre las rocas, pidió de beber. Y Tettamanzi:

—En seguida, Monseñor. Pero, ¿quién tiene un vaso?

La fila se había roto formando tres grupos: los primeros, los Padres Albino y Crespi, el clérigo, Sor Manuela y Sor Carlota. Desde el segundo grupo Tettamanzi volvió a gritar:

—Eh, quién tiene un vaso!

Sor Carlota se rió. Inmediatamente desapareció en la espesura, junto al sendero, para reaparecer triunfante.

—Quietos todos, que vamos a tomar un refresco.

Los cargadores apoyaron sus espaldas equipadas al tronco de un árbol. Sor Carlota enrollaba una gran hoja, todavía húmeda, a modo de vaso primitivo...

—¡He aquí el vaso del peregrino de la selva!

—¡Mira lo que son las cosas —comentó Monseñor, después de haber bebido el agua fresca del arroyo—, nosotros, sacerdotes, con todos nuestros estudios, no hemos sido capaces de inventar esta soberana copa!...

Todos rieron. Todos, menos Sor Troncatti.

En principio, le pareció a Sor Carlota que se había vuelto más pequeña; se miró a las botas.

—¡Pobre de mí, si he perdido los tacones!

—También yo, y yo...

Las cinco estaban sin tacones. Todos rieron otra vez. Todos, menos Sor María: con tacones o sin ellos, los demás regresarían por aquel camino, si es que tenía término aquel inmenso mar verde... Pero ella, ella se quedaría, como una cosa perdida, con dos Hermanitas jóvenes... bellas, inocentes, inexpertas; y la selva era el imperio de hombres bárbaros, brutales, feroces...

El primer grupo había llegado ya a una minúscula población formada por media docena de colonos: gente valiente o desesperada, escapada del consorcio humano, que se había construido dos o tres *ranchitos* en una área despejada llamada Santa Elena, en la que se extendía el cultivo de yuca, camote, bananas...

Sor Carlota y Sor Manuela corrieron al primer *ranchito* pidiendo poder encender el fuego y en seguida prepararon el café. Los porta-

dores, a medida que llegaban, uno tras otro, descargaban el equipaje y se secaban el sudor. El segundo grupo estaba a la vista.

—Ya tengo preparada una tacita de café para Monseñor —dijo contenta Sor Carlota. Pero alguien desde lejos gritó:

—¡Se ha desmayado Sor Troncatti! ¡Venid!

—¡Dios mío! —exclamó Sor Carlota y echó a correr por el sendero con la taza en la mano.

Sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra un árbol, Sor Maria empezaba a recobrar el conocimiento, a ver a su alrededor: ¡siempre aquella implacable selva! Madre Mioletti le abanicaba la cara con el sombrero. Sor Dominga lloraba mientras, inclinada, la sostenía.

—¡Beba, beba un poco de café!

Y Sor Carlota lloraba también.

Sor Maria bebía sorbo a sorbo... Dejó la taza, suspiró profundamente, apoyó los codos en las rodillas y prorrumpió en un llanto incontenible. Madre Mioletti trató de animarla:

—¡Vamos, Sor María, hay que hacerse el ánimo!...

—¡Pero qué valor, qué valor tiene usted de sepultarnos vivas, a nosotras tres, en esta selva sin principio ni fin!...

Ahora eran cinco las que lloraban. Monseñor les mandó a decir que se dieran prisa; no había tiempo ni para llorar...

El sol estaba en su cenit e inundaba de luz dorada Santa Elena.

—Rápidamente un bocadillo y a continuar la marcha, de lo contrario la noche...

Dócil, Sor María se levantó, caminando hacia la explanada luminosa; pero en su cielo interior continuaba la noche de la prueba; se sentía sumergida hasta el cuello en la laguna de las lágrimas...

Durmieron bajo un cobertizo abierto a los cuatro vientos (obra también del Padre Albino), después de haber cenado el acostumbrado caldo; ponían a cocer siempre la misma gallina, hasta que acabaron comiéndola deshecha, con bananas recogidas por el camino.

Monseñor tenía los ojos muy irritados de la humedad; las Hermanas le prepararon agua tibia de posos de café, se sentaron junto a las brasas —que se mantenían encendidas por miedo a las fieras— y se descalzaron; tenían los pies magullados, heridos, ensangrentados. Se los vendaron bien, deseando llegar a Méndez para poder sacar de los paquetes sus zapatos...

Durmieron; ¡es un decir! El frío era cortante, la niebla plumiza. Sus cuerpos doloridos no hallaban descanso en el desnudo suelo. Sor Dominga, a cierta hora de la noche, entre dormida y despierta, suplicó: —Por favor, ¿querriais cerrar las ventanas?...

El cuarto día fue terrible, aunque el Padre Albino, con su maravillosa voz, cantaba de vez en cuando fervorosos cantos a María Auxiliadora. Pronto las cinco Hermanas se quedaron en retaguardia. La distancia entre ellas, los portadores y los misioneros era cada vez mayor.

A un cierto punto se encontraron tan solas, que no oían ya ni los pasos ni la voz de los que iban delante; tan sólo el silbido del viento, el fragor tumultuoso de un río invisible, la sombra misteriosa y alborotada de aquel infinito *Sahara verde*...

—¡Ah! —exclamó Madre Miolietti—, ¿cómo se me ocurrió embarcaros en esta aventura? ¿Por qué no vine yo primero a ver si esto era posible?

¡Posible! ¿Posible qué?

¡El misionero es el hombre de las empresas imposibles!

Como estaban solas, las cinco se desahogaron llorando: era una descarga necesaria para un agotamiento físico-psíquico llegado al último extremo.

Monseñor había moderado la marcha y había acabado sentándose en un tronco tumbado por el huracán. Las esperaba...

Cuando las vio llegar con la nariz enrojecida y los ojos lacrimosos no dijo: ¡Qué fastidio! Era un hombre de sentimientos nobles, de una personalidad sólida y plurivalente, capaz de delicadezas exquisitas, franco y generoso, dotado de un humorismo tan elegante que bien podría llamarse *carisma*.¹ Conmovido, les animó:

—Valor, Hermanas. Tened en cuenta que para la conversión de los jibaros no basta la oración; se necesita el sacrificio!... Copal no está lejos; allí tomaremos algo y después...

Resonó seco un disparo de fusil que el eco repitió desde el monte hasta el valle... Las misioneras se estremecieron; pero no de miedo. Aquella señal de vida humana las había reanimado.

¿Quién había disparado? ¿Era la mano de un blanco o la de un jibaro la que había apretado el gatillo?... Ya entonces muchos habitantes de la selva tenían fusil. Trabajaban como esclavos un mes entero al servicio de un colono o cambiaban por un fusil una hectárea de terreno talado.

Aquí tendríamos que remontarnos siglos atrás para hacer justicia a un pueblo al que se llamó *jibaro*, es decir, salvaje, con injusta gratitud.

Se ha dicho, hasta hoy, que los orígenes de la raza jibara (aunque es más exacto decir raza shuar) se pierden en la noche de los tiempos. Sus caracteres somáticos la harían descendiente directa de las razas mongólicas o amarillas. El corte de los ojos, los pómulos, el ángulo facial, nos llevarían instintivamente a confrontarla con una raza asiática. La raíz de un buen número de palabras shuar es idéntica a la de algunos vocablos japoneses.² La Biblia nos narra, con profusión de detalles, una emigración en masa que duró cuarenta años (Exodo, números). ¿Hubo otras? No lo sabemos. O, como narra una leyenda jibara, ¿una sola pareja se salvó de un cataclismo en una isla lejana y navegó hasta el gran río Guayas, internándose después en la selva? ³ Un investigador de paleontología, arqueología y toponimia tendría con qué romperse la cabeza.

El pueblo shuar, según nos consta, es un pueblo que no tiene historia, ni literatura, ni monumentos, ni de su escasa tradición legendaria se puede deducir una hipótesis. Perdido en las florestas amazónicas, al

1 *Un gran pioniere*, A. Guerriero.

2 *50 años de Misión Salesiana en el Oriente Ecuatoriano*.

3 *Antropología prehistórica del Ecuador*, Jacinto Jijón Caamaño.

este de la cordillera de los Andes, sobre una extensión aproximada de 70.000 km², no apareció en la Historia hasta la época del gran imperio de los Incas que, a pesar de todo, no logró penetrar en el Oriente ecuatoriano (1475). Los incas, a su vez, fueron sometidos a la dominación española que llegaba al puerto de Esmeralda el 21 de septiembre de 1526 a las órdenes del comandante Bartolomé Ruiz.

Naturalmente, no podemos tejer la historia de todas las luchas y conquistas españolas en tierras ecuatorianas. Lo que no podemos silenciar es que a los conquistadores y civilizadores españoles se unieron gentes sin escrúpulos que, conocedores de que por los ríos de Oriente corría el oro y de que en la floresta abundan los árboles de quina y de canela, se lanzaron en su búsqueda entrando en contacto con el pueblo shuar...

Para lograr sus intentos obligaban a los indígenas a acompañar a las expediciones hasta la selva y fundando después, en los puntos clave, pequeños centros llamados pomposamente ciudades, con guarnición militar. Mencionamos, en la región que nos interesa, Logroño de los Caballeros y Loja (1548), Zamora (1549), Santiago (1557) y Sevilla del Oro (1575).

Igual que la tempestad ruge de improviso, así los jibaros, en un determinado momento, se levantaron como un solo hombre y pasaron a cuchillo y fuego las colonias fundadas por sus opresores. El jibaro recobraba de nuevo la soberanía sobre su imperio verde.

La selva no tiene secretos para sus hijos. Tienen como un instinto especial, una misteriosa brújula en el cerebro; se diría que captan la dirección exacta, tanto de día como de noche. Su oído finísimo les advierte, a distancia, el paso de cualquier desconocido.

Así es que nuestra caravana estaba ya descubierta. Ojos invisibles habían comprobado la novedad: Hermanas, esto es, mujeres...

El jefe de la misión de Méndez, Padre Corbellini, con otros dos incomparables salesianos: Solís y Zanfrini, habían creado, casi de la nada, la sede misionera en torno a la cual vivían agrupados seis familias de blancos de El Pan. La misión se alzaba casi en la confluencia del Paute con el Cuchanza y mantenía contactos esporádicos con los jibaros.

Los tres misioneros, a fines de aquel año 1925, hubieran podido vanagloriarse (ni siquiera les pasó por la mente) de dos hermosas construcciones de madera: la iglesia y una casita de dos pisos, que aún hoy se mantiene en pie (1970). Precisamente en aquella casita re-

cibió el Padre Corbellini el anuncio: «¡Vienen!» Y había salido con todos los hombres de la pequeña colonia y un buen número de jíbaros huéspedes de la misión. Había disparado un tiro al aire para decir: «Estamos aquí».

Se encontraron en Partidero, al otro lado del Paute.

Sor María vio por vez primera a los salvajes... «Algunos, desnudos, como el Señor los creó», escribió más tarde.

Pero el jíbaro, generalmente, no va desnudo. Usa una tunique de fibra llamada *itip* ajustada a la cintura por un cinturón. Cuando atraviesa un río se sube el *itip* a la cabeza... Por esto Sor María vio a algunos desnudos al vadear el Paute.

El Padre Corbellini y los colonos dispensaron una cordial acogida a todos, pero especialmente a las Hermanas; ahora ya se podría hacer algo por las mujeres y las niñas. Los jíbaros no se cansaban de mirar a aquellas cinco mujeres, tan distintas de las suyas (¿Tenían cabellos? ¿Se lavaban con leche, que estaban tan blancas?)

En canoa, la frágil embarcación de los ríos amazónicos, atravesaron el Paute y llegaron, finalmente, a Méndez después del mediodía.

—Esta es la capital del vicariato —dijo Monseñor—. ¡Veinte habitantes! (los blancos).

Pero aquel día, alrededor de la misión, acampaban unos ochenta jíbaros armados hasta los dientes: cerbatanas, cuchillos, flechas, fusiles.

El cabeza de familia, sin muchos cumplimientos, entró en la casa donde estaban los Padres y las Hermanas, seguido de siete u ocho compañeros suyos.

—¿Qué quieren? —preguntó Monseñor.

El Padre Corbellini explicó que, precisamente por aquellos días, había tenido lugar una dura batalla entre dos grupos de jíbaros enemigos entre sí. La hija del jefe (*unt* en lengua shuar), resultó herida por una bala y la habían llevado a la misión, pero él no se había sentido con ánimos para operarla.

—¡Lo creo! —dijo Monseñor.

—Sí, pero no es para estar tan tranquilos. Escuche al *unt* (jefe). Acércate, Juank, habla...

Los jíbaros conocían unas cuantas palabras españolas y se explicaban bastante bien, aunque usando siempre el gerundio, como los extranjeros que no saben bien el español y se hacen entender de nosotros empleando el infinitivo. Monseñor, estaba ya revestido de manto y cruz pectoral para su entrada en Méndez, pues había que causar impacto en aquellos hombres que valoraban extraordinariamente lo



*Misión de Méndez-Cuchanza
en 1929.*

*Para ir de la misión a la
parroquia o a las cercanías de
Méndez, se precisan dos
horas a pie. En 1929 era
teniente político don Emilio
Nieto, padre de Sor Carlota
y de Sor Lutgarda.*

*... Y llegaron, finalmente,
a Méndez... (Méndez-Cuchan-
za, 1970.)*



que les entraba por los sentidos. Juank se colocó delante de Monseñor y comenzó diciendo:

Tú curando, tú pasando. Tú bala quitando, nosotros ayudando. Tú no curando, tú a Macas no pasando. Tú no salvando, nosotros a todos muerte dando...

¡Qué escalofrío! Monseñor miró a Sor María, que bajó los ojos.

Los jibaros se habían alineado alrededor de las paredes de la habitación; parecían estatuas vengadoras.

¿Qué hacer? Ahora, todos miraban a Sor María con ojos suplicantes. El jefe abrió la puerta e hizo una señal: la mujer acercó a la niña herida y la colocaron sobre la sencilla mesa, desalojada a toda prisa.

—Sor María, ¡opérela! —dijo Monseñor Comín.

—Yo no soy médico, Monseñor. Y además, ¿con qué?, ¿dónde están los instrumentos?

El Padre Corbellini la animó:

—En el botiquín tengo un poco de tintura de yodo...

—Todos rezaremos mientras usted opera —insistió Madre Mioletti.

—Como Moisés, con los brazos levantados —prometió Sor Carlota.

También la niña —de doce o trece años— la miraba. Sor María le puso la mano en la frente: abrasaba.

—¡Tiene una fiebre atroz!

—Sor María, por favor, opere...

La bala, después de atravesar el brazo izquierdo, se había inscrito en el vientre y de esto hacía cuatro días.

Sor María desató el *tarach* a la niña (el *tarach* es el vestido de las jibaras; de una sola pieza, cubre el pecho y se ata con un lazo a un hombro mientras el otro y los brazos quedan al descubierto. Ajustado a la cintura con un cinturón, llega hasta más abajo de la rodilla. Es, por lo general, de color oscuro, tejido como el *itip*).

Juank dijo:

—Brujo no pudiendo no sabiendo salvando.

La habían llevado, por tanto, al brujo, sin conseguir nada.

Sor María Troncatti cerró un instante los ojos; le pareció estar en Varazze, en el hospital militar, cuando llegaban soldados heridos de varios días. Le pareció ver, hermosa y sonriente, la imagen de María Auxiliadora de la capilla donde ella había sido sacristana...

—Poned agua a hervir —dijo con decisión—. Usted, Padre Corbellini, tráigame la tintura de yodo y una sábana limpia, si tiene... Alguna toalla.

Misioneros y misioneras pusieron manos a la obra con toda rapidez. Después se fueron a la capilla a rezar. En la *sala operatoria* no quedaron más que Monseñor y Madre Mioletti con el rosario en la mano...

Sor María, que se había vestido una tela blanca, pidió jabón, se lavó escrupulosamente las manos, sacó del bolsillo un cortaplumas que llevaba siempre consigo y lo esterilizó en el agua hirviendo...

Lo primero había que curar el brazo herido, y esto supuso poco trabajo. Ahora venía lo difícil. Sor María lavó el absceso y le aplicó algunos paños calientes. Mientras muy despacio rezaba el Ave María, tintó de yodo la parte que tenía que operar.

Los jibaros se miraban unos a otros: ¿por qué la pintaba?

Introduciendo nuevamente el cortaplumas en el agua hirviendo. Sor María dijo: «*María Auxilium Christianorum*», y cortó con decisión.

Como si una mano invisible hubiera empujado la bala desde abajo, saltó fuera cayendo sobre el pavimento con un *tac* sordo, pero claro. El jefe se arrojó sobre ella, la tomó con dos dedos y se la mostró a sus guerreros. Una formidable risotada hizo retumbar la estancia: los jibaros saltaban jubilosos y se daban grandes palmadas unos a otros.

Sor María, entretanto, apretaba el absceso para que saliera todo el pus, lo desinfectaba con agua y sal, vendaba... Y sonreía a la niña que había soportado la operación sin un lamento.

Afuera, Sor Carlota y Sor Dominga llenaban sacos de hojas de maíz y Sor Manuela los cosía... Vieron pasar al jefe y a los suyos y oyeron que decía:

—Todos pasando, nosotros ayudando...

Reservada para ellas la *sala operatoria*, por fin las cinco Hermanas se acostaron bajo un verdadero techo. Sor Troncatti colocó su saco junto al de la jibarita. De vez en cuando le daba un sorbo de agua y de café...

Aquella noche el *tan tán* (tambor hecho con un tronco grueso y largo, vaciado, con ranuras y agujeros. Golpeado con una maza de madera emite un sonido que se oye a grandes distancias. Sirve para comunicar mensajes y para declarar la guerra) resonó a intervalos regulares. Decía: «Ha llegado una bruja, más bruja que todos los brujos; paso libre por siempre a ella y a todos los que van con ella».

Los viajeros —misioneros y misioneras— se quedaron en Méndez diez días. Sor María curó todos los pies heridos, ordenó el botiquín del Padre Corbellini y dejó en plena convalecencia a la jibarita ope-

rada que, al cuarto día, volvía a internarse en la floresta con todo su *clan*.⁴

Los portadores, procedentes de El Pan, habían emprendido el camino de regreso. Dos colonos de Méndez partieron para avisar a los maquenses de que Monseñor, los Padres y las Hermanas, estaban... al llegar: ¡a sólo cuatro días de camino!

La noticia produjo en Macas un júbilo extraordinario. En seguida dieciocho hombres se ofrecieron como portadores y acompañantes, dirigiéndose alegremente a Méndez.

El Padre Duroni había concluido la casa para las Hermanas; quizá la primera de ladrillos en todo Morona-Santiago. El gobernador, señor Ojeda, reunió en asamblea plenaria a los principales maquenses: don Juan Velín, que llegó a todo galope desde su cortijo, don Dionisio y don Mario Rivadeneyra, gente que sabía leer y escribir (gran cosa por allá en aquellos tiempos), la maestra, señorita Mercedes Navarrete, maravillosa criatura ante la cual los maquenses se inclinaban con gran respeto y admiración...

Macas tenía entonces de 700 a 800 habitantes blancos, a cuyo servicio, al menos en las familias más pudientes, se hallaban jibaros o jibaras sin empadronar.

Mientras Madre María visita en Méndez a los colonos, cura infecciones, sana pies, mientras Monseñor se lava los ojos inflamados y las misioneras ordenan la casa-misión: lavan, cosen, guisan y... descansan un poco, nosotros damos una escapadita al pasado para descubrir el origen de la capital de la provincia oriental Morona-Santiago.

Vela sobre toda la zona un soberano siempre alerta: el volcán Sangay (5.323 m.). Siempre cubierto de nieve, siempre con su penacho de humo (dicen que es el más activo del mundo), contempla la inmensa floresta y el río Upano, a sus pies.

A la derecha del Upano, cuatro kilómetros antes de su confluencia con el Jurumbaino, parece que vivieron desde tiempos remotísimos indígenas cañaris a los que se atribuye la fundación de Macas y Cauas, de los cuales no se conserva memoria alguna.⁵ No tenemos más noticias hasta el descubrimiento de América, hasta la conquista española del Ecuador, hasta el año 1540, cuando don Rodrigo Núñez de Bonilla entra en Macas —territorio—, pues nativos no encuentra ni uno.

El camino de la selva está abierto. Desde Riobamba, por el camino

4 Los jibaros no viven en poblados sino en chozas aisladas. Aquí usamos la palabra *clan* en sentido amplio, significando familia o parentela.

5 *Historia de Macas*, Domingo Barrueco.

de Zuña, siguiendo el curso del Upano, entran los conquistadores. Como hemos visto, al lado izquierdo del río, casi a la altura de Macas, en 1575 fue fundada Sevilla del Oro *con gente importada de Cuenca* y españoles venidos de Sevilla de España. Transcribimos literalmente del historiador Domingo Barrueco: «Poco resignados los indígenas a la presencia de los españoles en su territorio, agravada por la reiterada carga de nuevos tributos en oro, exasperados, respondieron en 1599 con la destrucción de la ciudad». Se ha conservado el nombre del jibaro que dirigió el asalto: Kiruwa.

Los poquísimos supervivientes, cruzando el Upano, se establecieron en Macas: en total, unas veinte personas.

Cuatro siglos después no quedaba rastro alguno de Sevilla y Macas se había quedado convertida en ciudad cantonal.

El 1.º de diciembre, veintiocho personas salieron de Méndez en dirección a Huambi y Sucúa, por los acostumbrados senderos que en seguida aparecieron tan peligrosos y escarpados que Madre Mioletti se dio por vencida.

—¡No puedo más!... (¿pensaba acaso volver a Méndez?).

Los maquenses, que en modo alguno querían renunciar a la presencia de la Madre Inspectora en Macas, tejieron hábilmente largos bejucos, los pasaron por la cintura y luego, entre dos, tirando cada uno de un extremo, la subieron monte arriba.

Después de tres horas de camino, otra dificultad: el río Tayusa, sin puentes y sin canoas. Los hombres, los misioneros, entre ellos Monseñor, lo atravesaron con el agua hasta el pecho, pero las Hermanas... dudaban (¿ya se acostumbrarían después!).

Entre los maquenses había un jibaro cristiano.

—Yo, Chinki, yo bautizado por Padre jesuita Sobero, yo raza pura verdadero shuar, todo sabiendo, todo haciendo...

Manejando hábilmente el machete, cuchillo grande y muy afilado, cortó algunas cañas de bambú; después, ayudado por los maquenses, las ató con bejucos, y el puente improvisado quedó tendido entre las dos orillas.

—Madres pasando, nosotros mano dando.

Escoltadas pasaron Madre Mioletti, Sor María y Sor Dominga, un poco temblorosas, y Sor Carlota, como si danzara. Pero Sor Manuela no se sintió con ánimos para pasar sobre las cañas de bambú, ni siquiera a gatas...

Chinki volvió atrás.

—No miedo teniendo, yo llevando...

—¡Sí, sí! —exclamaron los maquenses—, que pase a la silla...

En pocos minutos, sirviéndose del machete, estuvo lista una silla que, atada a las espaldas de Chinki, nuevo San Cristóbal, atravesó el río llevando auestas a Sor Manuela.

Camina que caminarás... encontraron otros dos ríos: el Yurupasa y el Chankachankas. Se repitieron las escenas del puente y de la silla y llegaron al anochecer a la jibaría ⁶ de José Unt (grande o jefe).

Recibidos por el furioso ladrar de innumerables perros y por clamorosos aplausos, instruidos sobre las costumbres shuar, se detuvieron a poca distancia de la choza principal y, a una señal de José, se adelantó Monseñor llevando a uno y otro lado a los Padres Albino y Crespi.

Inclinaciones, saludos. Encantados porque los misioneros hablaban su misma lengua, los familiares de José Grande prorrumpieron en gritos de alegría y corrieron a preparar la cena ayudados de los maquenses.

José hizo sentar a Monseñor en su propio sillón, la *kutan*, algo así como la silla curul de los romanos, ofreció otros *kutan* más pequeños a las Hermanas. Los Padres tuvieron que contentarse con tomar asiento sobre un tablón que rodeaba las paredes.

Entre los recién llegados y las cinco o seis familias de José, rayaba el centenar de personas, sin contar los perros que compartían con los niños casa y alimento, ni los cerditos negros que entraban y salían como dueños y señores.

La escena era variada por demás: unos preparaban la leña o avivaban el fuego; otros sacaban de las cestas miel, manteca, gallinas medio muertas y allí las desplumaban. Las mujeres llevaban ollas, platos, jarras y tazas primitivas. Se sirvió el *fresquito*, bebida preparada con agua, frutas amargas y azúcar de caña; después —¡ay!— la *chicha*.⁷

Todos hablaban fuerte, mezclando el español antiguo de los maquenses con el moderno de los misioneros o con el bárbaro de Sor María y sus compañeras y el *gerundial* de José con el jibaro o el

6 Choza grande, de forma elíptica, o incluso varias chozas, con paredes formadas por estacas de palma o de bambú, techo de paja, sin ventanas, pero con dos puertas, una reservada a los hombres, la otra a las mujeres.

7 Es mandioca muy masticada por las mujeres, colocada después en un recipiente para su fermentación. La masa resultante, mezclada con agua, da una bebida acidulada, ligeramente alcohólica. El nombre es *quechua*. En shuar se llama *ni-jiamanch*.

italiano. Pero, al contrario de la torre de Babel, ¡aquí todos se entendían!

La cena fue servida en hojas de plátano bien lavadas: Monseñor, los Padres y las Hermanas, a domicilio; los demás, sentados en el suelo a grupos...

Al final reanudaron la conversación. Uno de los hijos de José Grande, un muchacho fornido, pidió la palabra. (Advertimos que el tipo shuar no tiene pelos en la cara.) Vuelto al Padre Crespi, dijo:

—Te compro, al precio que quieras, aunque sea por cuatro ollas de sal o una de chicha, tu hermosa barba.

—Lo siento, amigo mío —respondió ceremonioso el Padre Crespi—, pero no puedo dártela.

—¡Dame, aunque sea la mitad, al mismo precio!...

Hubo de resignarse cuando comprobó, por sí mismo, que no era postiza.

Monseñor Comín observó que las Hermanas más jóvenes se caían de sueño. Se puso en pie y pronunció las palabras de clausura de la jornada:

—Verdaderamente esta casa de José Grande puede servirnos como ejemplo de una estación misionera completa. Tiene todos los elementos de la grey humana que la Santa Madre Iglesia nos ha confiado a nosotros y en cuyo nombre nos encontramos aquí: está el obispo, misioneros y misioneras, están los fieles (y señaló a los maquenses) y los infieles (con un amplio gesto señaló la familia de José, sus hijos y las mujeres de sus hijos).

La gran choza estaba dividida, con empalizadas, por familias. A las Hermanas se les reservó una parte, modestamente velada con hojas de plátano; las mujeres y los niños se acomodaron todos juntos en otro departamento. Todos los hombres, incluidos los padres, se acostaron en el suelo, excepto Monseñor, que ocupó el lecho de José. Consistía en una *quincha* de gaudúa (bambú) sostenida por cuatro horcas clavadas en tierra. Aquel lecho, a modo de plataforma, siendo más corto que la persona, dejaba las piernas en suspensión hasta un palo sobre el que se apoyaban los pies por los talones. Debajo ardían las brasas para calentarse.

El día siguiente amaneció nublado y triste. Monseñor celebró la santa misa al aire libre. Los jibaros reían estrepitosamente al verlo revestirse con los ornamentos litúrgicos. A la hora de la comunión querían también ellos *probar aquella cosa blanca...*

—Ya llegará vuestra hora, cuando conozcáis al Dios del cielo —dijo al final el obispo.

Rezada la oración del peregrino, bastón en mano, dejaron la jibaria de José Unt, obsequiándolos a todos con sencillos y apreciadísimos regalos: espejos, peines y baratijas.

Poco a poco, hasta los ladridos de los perros, se desvanecieron en el silencio inmenso, roto únicamente por el monótono repiqueteo de la lluvia. Chinki, con la silla a cuestas, estaba siempre a punto para cargar a éste o a aquélla que, caídos en tierra, no podían más.

Transcurrían las horas marcadas por el paso de los sembradores de Dios por senderos ora escarpados, ora resbaladizos hacia hondonadas de fango, o por los golpes de hacha para abrirse camino. Finalmente resonaron cantarinas las aguas del río Tutanangoza,⁸ cuya orilla derecha costearon un buen trecho.

Hacia mediodía divisaron a la parte izquierda dos o tres chozas. Los perros ladraban furiosamente. Asombrados los jibaros, hombres, mujeres y niños, siguieron un buen trecho a aquellos extraños caminantes, haciéndoles aparatosas señales de saludo e incluso algunos, en sus ágiles canoas, fueron a contemplarlos de cerca.

A Sor María le hubiera gustado hablar con ellos: preguntarles si, por casualidad, tenían algún enfermo. Se consideraba ya una más entre aquellas gentes de las que jamás había soñado su existencia... Pero no los entendía. No la entendían.

Preguntó a los misioneros:

—¿Hay libros para estudiar la lengua jibara?

—Estamos pensando en ello —respondió Monseñor.

Ya se habían puesto los fundamentos de una gramática shuar, aprovechando también las investigaciones de los primeros salesianos que entraron en contacto con el Oriente: los Padres Spinelli, Cadena y Mattana. El Padre Duroni se dedicaba con ahinco al estudio de la lengua jibara, pero por el momento aún no se había decidido nada de cara a la imprenta.

Otra vez en plena soledad. Otra vez se hizo de noche. En Huambi, el colono Fidel Ceballos hospedó a toda la comitiva.

Amaneció. Llegó la hora de partir... Sor Troncatti, igual que las demás, caminaba como una sonámbula. Tenía presente su casa natal. Suspiró: «Pensarán en mí; rezarán por mí. ¡Señor, dame fuerzas! Todo por tu amor».⁹

8 En lengua shuar *Utunkus*.

9 De sus escritos.

No se detuvieron más hasta el amplio valle de Sucúa¹⁰ donde el pastor protestante, Mr. Carlos Ohlson los recibió en su casa y les ofreció un buen café, mientras su esposa, Mrs. Mary, para obsequiar a los huéspedes, tocaba una partitura de órgano en un pequeño armario; fino detalle improvisado.

—Pero —dijo Madre Mioletti, que habría preferido más una palangana de agua para lavarse la cara— estamos en la novena de la Inmaculada; figurémonos que ha sido el *acompañamiento* de la bendición con el Santísimo.

De este modo, con la melodía en los oídos y las piernas que ya se resistían a caminar, prosiguieron la marcha.

En Sucúa había pocos colonos, casi todos católicos, pero sin otra asistencia religiosa que la del pastor protestante. Por eso fueron acogidos con los brazos abiertos. Aquella noche les pareció estar en el *Hotel Intercontinental*... El colono don Victorino Abarca, propietario de la casa más hermosa de la colonia, que constaba de tres habitaciones, se retiró con los suyos a una choza que servía de caballeriza.

—Excelencia —dijo galante—, es un gran honor para nosotros ofrecerle nuestra vivienda. ¡Considérela como suya!

—¡Oh... qué hermosura! —exclamaron las Hermanas al entrar—. ¡Aquella casa de madera les parecía una apacible clausura!

Con algunas provisiones que sacaron de las bolsas, además de cuanto generosamente puso don Victorino a su disposición, cenaron aprisa y después, las Hermanas se retiraron al dormitorio propiamente dicho, mientras los portadores se acomodaban en la cocina y los padres se acostaban, en el corredor central, sobre pieles de animales cazados por el dueño de la casa: pumas, tigres, jaguares.

El primer río que desemboca en el Upano, después de Sucúa, es el Arapicos. A la otra orilla tenía don Juan Velin su casa, y por eso iba a ser él el primero en recibir a los misioneros y misioneras. Y estaba tan satisfecho de ello que, reunida toda su familia, dijo:

—El caballo más hermoso de nuestra propiedad, el negro de coquete blanco en la cabeza, de hoy en adelante no lo montaremos más; está reservado para Monseñor.¹¹

En Macas ya no podían aguantar más: ¡eran tan pocas las novedades! Y además... además...

Algunas familias se habían puesto en camino hacia Arapicos. Marchaban jubilosos al encuentro de la expedición, sí; ¡pero buscaban a

10 El nombre deriva de un arbusto que crece allí llamado en shuar *Sukii*.

11 De los recuerdos de la señora Dolores Velin.

alguien más grande que todos, más grande incluso que Monseñor!

En uno de los cajones que llevaban los cargadores en sus robustas espaldas descansaba un cuadro de antigua y portentosa historia.

En tiempos de Sevilla del Oro, un soldado español, nacido en Asturias, llegado a América en nave real, había tomado parte en varias campañas militares en el Perú, pero un día, quizá porque sus ojos habían visto demasiadas brutalidades o porque él mismo las había cometido, dejó las armas, se retiró al Ecuador, se adentró en la selva y, siguiendo el camino de Zuña, subió hasta las faldas de la cordillera del Cutucú, que está frente al Sangay, a la otra parte del Upano, y se entregó a una vida de rigurosísima penitencia. En contacto con algunos jibaros los convirtió al cristianismo y los mandó a Sevilla del Oro para que el párroco los bautizara. Los sevillanos, enterados de su paradero, fueron a buscarlo.

—¿Quién eres?, ¿cómo te llamas?

—Soy un hombre que hace penitencia por sus pecados y por los de los demás. Me llamaba Juan de Gavilanes, pero ahora soy Juan de la Cruz.

Parecía un palo vestido. Su expresión era de una dulzura incomparable.

—Ven, ven con nosotros. Te haremos una ermita. Tendrás la gracia de los sacramentos. Tú cuidarás de nuestras almas...

El se resistía. Insistieron con una razón más fuerte:

—¿No sabes que un sínodo, reunido en Quito, ha prohibido la vida eremítica sin el permiso escrito de la autoridad eclesiástica?

Juan de la Cruz fue a Quito. El obispo, Monseñor Luis López de Solís lo escuchó, lo revistió del hábito de eremita, le dio su beneplácito y lo envió de nuevo a la selva. Era el año 1592.

La gruta que ahora servía de ermita al piadoso solitario se encontraba a unos cincuenta metros de la orilla izquierda del Upano, a un kilómetro aproximadamente del poblado. ¡Su único ornato era un crucifijo!

Devotísimo de María Inmaculada, Juan de la Cruz deseó tener, al menos, una estampa suya. Se la pidió, como un precioso regalo a los sevillanos: consagraría la ermita a la Purísima. Pero nadie en Sevilla poseía una estampa de la Virgen Inmaculada, salvo un tal Pedro de Almenara.

—Yo se la puedo dar, pero está tan deteriorada que a duras penas se reconoce la figura principal...

Una piadosa viuda, la señora Inés Toscano Calvo, se encargó de quitarle el humo de quién sabe cuántos años, y aún más, al verla tan estropeada por la humedad del clima oriental en una casa de madera con techo de paja, pegó por detrás un papel:

El 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de María en el Templo, habría una gran fiesta en la ermita. La tarde anterior, mientras se esperaba la hora de las primeras Vísperas, algunas personas adornaban la nueva capillita con guirnaldas y flores cuando, ante sus ojos, un muchachito gritó: «¡Veo brillar el cuadro!» La estampa adquirió belleza y colorido cual si estuviera acabada de pintar. Toda la población pudo presenciar este hecho increíble: en el centro estaba la Inmaculada con túnica blanca, manto azul, manos juntas, larga cabellera negra, la frente coronada, apoyados los pies sobre una nubecilla. Arriba, la figura del Padre con el mundo en la mano; alrededor, una cinta flotante con la inscripción: «Toda hermosa eres, María; no hay en ti mancha original». A la izquierda, de arriba abajo, un haz de dorados rayos y la inscripción: «Electa como el sol». Un castillo con un gran portón y, escrito sobre una banda azul: «Puerta del cielo». Después, dos hermosos ramos y «Rosal florido, raíz de Jesús». A continuación: «Cedro del Libano, fuente de agua viva, huerto cerrado», siempre con el correspondiente grabado. A la derecha: «Estrella del mar», sobre un cielo azul que servía de fondo a todo el cuadro; «Lirio de los valles, torre de David, olivo frondoso, espejo sin mancha, fuente de hermosos jardines, ciudad de Dios»...

El anónimo pintor había hecho todo un tratado de mariología en imágenes.

Terminada la fiesta, el vicepárroco Gonzalo Hernández y el capitán Antonio Alborno, juez supremo, extendieron acta del hecho prodigioso ante el público emocionado y la mandaron al obispo de Quito, quien envió una comisión a Sevilla para cerciorarse de los hechos.

Tres años más tarde, Sevilla ya no existía. Dicen los maquenses —que conservan la memoria de los hechos por tradición de padres a hijos— que los jibaros, la noche misma del asalto, robaron el cuadro; pero dos o tres sevillanos los persiguieron y lograron salvarlo milagrosamente cuando estaba a punto de ser devorado por las llamas. Después de esto, atravesado el Upano, lo conservaron como su única riqueza y salvación en aquel núcleo en el que, poco a poco, iba naciendo Macas.

Ante el peligro de nuevos asaltos a los sevillanos supervivientes y de profanación del cuadro, el mismo Juan de la Cruz pidió al obispo de Quito su traslado a la sierra. Seis años después, con gran pena

para los maquenses, pues la Purísima, llamada ahora *Nuestra Señora de Macas*, salvó varias veces a sus devotos, la sencilla pintura de don Pedro era colocada por el señor obispo López de Solís en el altar de la iglesia del convento de la Concepción de Riobamba.¹²

A partir de entonces, en los siglos que siguieron, los maquenses reiteraron multitud de veces su instancia para recuperar el precioso talismán. Finalmente, en 1862, por mediación de un tal don Daniel Cepeda, el cuadro volvió a Macas, pero treinta años después, en tiempo de los Jesuitas, un incendio destruyó la misión, la iglesia y la imagen milagrosa. Sin embargo Riobamba¹³ la había hecho reproducir por un pintor.

En 1924, el Padre Salvador Duroni se preocupó, conforme a las reglas de la ascética salesiana, de reavivar la devoción a la Purísima que, entre los maquenses, había quedado reducida a una incurable herida de amor y de nostalgia infinita. Así es que ordenó al pintor Vivar de Cuenca un cuadro que fuese copia exacta del que había en el convento de la Concepción de Riobamba.

Ahora toda la población esperaba a su Virgen que avanzaba, paso a paso, en un cajón cerrado, sobre las robustas espaldas de los cargadores...

12 Domingo Barrueco.

13 Capital de provincia a 2.754 metros de altura.

Las primeras luces de la mañana acariciaron suavemente las copas de los árboles y la casa de don Juan Velin recobró su encanto. En un momento estuvo el patio limpio como un salón y en él, un altarcito improvisado para la misa de Monseñor. Las Hermanas se presentaron con su verdadero hábito religioso. Dice la crónica de entonces que «muchas personas se arrodillaron con gran reverencia».

Las caravanas se habían encontrado la tarde anterior y el cuadro, sacado del cajón había colmado de consuelo los corazones de aquellos desterrados voluntarios: ¡la selva regalaba su flor más hermosa!

Ahora Nuestra Señora de Macas imperaba desde su altarcito y unas cuarenta personas la contemplaban amorosamente, mientras cantaban: «Vuelve, Señora, tus ojos llenos de misericordia... ¡Oh mi esperanza hermosa, dulce amor mío, María!...».

Acabada la misa se alzó la voz de don Juan Velin para leer la oración del sexto día de la novena: «¡Oh Purísima de Macas!, que, como resplandeciente aurora, apareciste en el horizonte de esta vida...».

Al final, rezaron todos el «Ave María» y el «Bendita sea tu pureza».

Nuevamente se reemprendió el camino de la última jornada: a la cabeza del cortejo, la Santísima Virgen, rodeada y seguida de los caballeros, entre los cuales, el primero, Monseñor, montado en su caballo negro; a continuación los demás, en masa, a lo largo del sendero que a Sor Troncatti le pareció *terrible* (la relación de la que nos servimos lo llama «*verdaderamente infernal*»). En cambio, a los maquenses les parecía que caminaban bajo pórticos suntuosos; entre maravillosas columnas de árboles de chonta; sobre alfombras de Persia... Los vientos dormían en las ocultas cavernas¹ y multitud de pajarillos entonaban sus *matines* a la Señora de la selva, que volvía...

Alrededor del mediodía llegaron a la confluencia de los ríos Ju-

1 Juan León Mera.

rumbaino y Upano. ¡Había un puente!... Uno de aquellos puentes primitivos, hechos con cañas de bambú atadas con bejucos, amarrados a gruesos árboles a una y otra orilla.

Unos riendo y otros temblando (el puente cedía por el peso a medida que se llegaba al centro), uno tras otro, pasaron todos. El policía llegado de Macas tendía la mano a las misioneras.

A la otra parte del río estaba ya don Dionisio Rivadeneyra y algunos otros maquenses. Habían preparado, con troncos de árbol, una especie de anfiteatro. Los misioneros y las misioneras se sentaron, para escuchar el *breve y cordial* saludo del señor Dionisio.

El policía, de pie detrás de las Hermanas, dejó caer:

—Don Dionisio es uno de los más leídos y *escritos* de este lugar.

Por espacio de otras tres horas aproximadamente, costearo el *Upano de extensísimo lecho*,² atravesando pantanos y barrancos, se continuó la marcha. Las misioneras ya no se acordaban del gran cansancio, de lo largo del viaje, de las muchas peripecias y peligros; estaban llegando a la meta.

La primera casa de Macas era la los Rivadeneyra. Si don Dionisio era uno de los más instruidos, su hermano don Mario era, quizá, el hombre más honrado, íntegro y leal de todo el contorno. Alcalde de Macas, varias veces, a falta de sacerdote, presidía los matrimonios, bautizaba a los niños y asistía a los moribundos. De vivir hoy, lo hubieran ordenado diácono en seguida.

Hemos dicho: casa, pero en aquellos tiempos las casas de los maquenses eran como las de los shuar: elípticas con el pavimento de tierra apisonada. Pero la de don Mario tenía algo más. A las mujeres Rivadeneyra les gustaban las flores. El amplio patio de la choza, limpiísimo, estaba rodeado de hortensias y, por detrás, de un seto de *chirinchagua*³ y de *pindo marañón*,⁴ la típica planta de Macas.

En el patio, el Padre Duroni, el señor Ojeda y la maestra Navarrete, colocaban a la gente junto al seto de flores rojas. Delante de la puerta de la choza había un sillón, el más hermoso de toda Macas, y a derecha e izquierda, sillas y taburetes. Una estera, que parecía recién estrenada, aguardaba los pies de los sembradores de la Verdad.

¡Qué aplausos, qué profunda emoción cuando entró la Purísima en el patio! A muchos ojos asomaron las lágrimas. Todos se arrodillaban

2 Un kilómetro.

3 Arbolito parecido al granado.

4 Arbusto de flores grandes de color rojo vivo. El *marañón* es el árbol del cacao.



... el Upano de lecho amplísimo... A la otra parte del río, Sevilla Don Bosco, misión fundada en 1943, y, al fondo, la cadena del Cutucú (Foto Cruz-Macas).

y Monseñor, que se había revestido nuevamente la capa episcopal, bendecía con solemnidad.

Se sentaron. A una indicación de la maestra, una niña, Juana de Lara, se adelantó hizo una graciosa inclinación y recitó algunos versos, parafraseando las palabras de Jesús. «Dejad que los niños vengan a mí». (Mc. 10, 14.)

Sor Troncatti se preguntaba cómo habría podido aquella gente —perdida en la floresta desde hacía cientos y cientos de años— conservar tanta finura, tanta cortesía, ser tan pulcra, tan (¿cómo decir?) elegante. Elegante, no. En la selva es casi imposible. Entonces, ¿qué era aquello? ¿Personalidad, decoro, gracia?

Le sirvieron el *fresquito* mientras ella continuaba buscando una definición para aquel pueblo del que iba a ser, a partir de ese mismo momento, médico y consuelo, consejo y ayuda, conciencia visible y, sobre todo, ¡madre! A su alrededor la conversación se animaba; todos iban a saludarla.

—¡Bien venida nuestra Hermana Directora! ¡Bien venida, Madre María!

Todavía quedaba una hora de camino por senderos tortuosos, cu-

biertos de espesísima vegetación, si bien ya se observaba la mano del hombre... Altísimas cañas de azúcar, a una y otra parte, se juntaban formando arco y, en algunos puntos, dificultaban el paso. Pero había quien al momento las apartaba y en los pasos difíciles tendía la mano a las misioneras... Recordaba después Sor Troncatti: «He dado mi mano a don Juan Velín... ¿y qué tiene de particular?».

Más adelante encontraron naranjos cargados de dorado fruto con suave perfume de azahar; plantas de *caimitos*, de *zapotes*,⁵ de la canela, con sus hojas en forma de copa, superpuestas unas a otras como un *bouquet* de novia.

Llegada la procesión a Macas, se dispersó en grupos festivos. Los muchachos disparaban morteretes y los hombres, tiros de fusil al aire.

Un esfuerzo más: la subida a la colina de la misión. Macas descansaba en la cuenca con sus casas diseminadas, a gran distancia unas de otras.

En cambio arriba, en lo alto de la colina, las chozas eran tres y parecían cogidas de la mano; dos, construidas por los Dominicos, estaban medio caídas; la tercera era la casa de las Hermanas.

En la plazoleta delantera, recién desbrozada y lucida, depusieron, por fin, los cargadores los bultos que transportaban. El gobernador, señor Ojeda, subió a una improvisada tarima y pronunció un discurso que dejó encantados a los maquenses. Hablaba con el corazón en la mano. No se podía decir más ni mejor. Hubo comentarios para días. Macas no había oído nunca nada semejante...

Después del *Te Deum* en la iglesia de piso de madera, podrido y carcomido, la gente bajó la colina con tan alegre algarabía, que Sor Troncatti recordaría siempre este momento. Después la plazoleta quedó solitaria y los grandes árboles, de la espesísima e intrincada selva, la hicieron estremecer...

Las Hermanas no quisieron, en modo alguno, alojarse en la casa nueva mientras estuviera allí Monseñor: ¡sería para él y para los Padres! Ellas se acomodarían en la escuelita, instalada en la segunda choza; arrimaron los bancos a las paredes de bambú, ya que la señorita Navarrete había dado vacaciones.

Sor María no olvidó nunca el despertar de aquella mañana del 5 de diciembre; aquella mañana nueva, herida bruscamente por el can-

⁵ Árboles que dan frutos semejantes a la sandía o al melón, pero más pequeños que los que se producen por aquí.



*Las dos chozas semicaídas que encontraron los misioneros a su llegada
(Macas 1925).*

to del gallo. Se levantó... Un sonido confuso, una melodía apenas perceptible la llevó a abrir la puerta de la desvencijada choza.

Aún no eran las cinco. Las voces procedían de la callejuela (Virgen Santa, purísimo lirio...). También las otras cuatro Hermanas salieron fuera, cruzaron la plazoleta intrigadas. ¿Quién cantaba?

Según una antigua tradición hispanoamericana, cada sábado se anuncia la aurora con el canto del rosario. Las mujeres, las niñas, se levantan antes del alba, salen a la calle y entonan el *rosario de la aurora* caminando en dirección a la iglesia...

La maestra Navarrete había devuelto a Macas esta loable costumbre. Salía de casa siempre la primera y, con su agradable voz de soprano, entonaba el canto.

De ahí que, aquella mañana (sábado y séptimo día de la novena) subían las jóvenes cantando... Las cinco Hermanas bajaron a su encuentro y unieron sus voces al coro. No tardaron en sumarse también los Padres; se armonizó perfectamente el contralto del Padre Albino del Curto...

Después de la misa, las jóvenes pidieron todos los baldes y cacerolas y bajaron a la fuente, a mitad de la colina del lado del Upano,

para abastecer el agua necesaria para el día. Para los misioneros y misioneras fue aquélla una jornada de continuas visitas. Cada jefe de familia se presentó a felicitar a las recién llegadas. Cada mujer fue a expresarles su satisfacción, su gran alegría. Y acudieron también, tímidos, algunos jibaros ya en contacto con los misioneros o en relación con los colonos. Todos llevaban algún regalo, todos se ofrecían para ayudarlas.

Al llegar la noche Sor Troncatti hizo el inventario de las provisiones con las que, de improviso, se había enriquecido la misión.

—Sor Dominga, escribe, y después lo pasarás a la crónica que Madre Inspectora está comenzando...

Madre Mioletti escribía en un cuaderno, designado al efecto: «... En el año del Señor 1925, bajo el pontificado de Su Santidad el Papa Pío XI, siendo gobernada la República del Ecuador por una Junta Militar...».

Sor Maria dictaba: «En el corral quince gallinas, veinte botellas de miel de caña de azúcar (Sor Carlota las alineaba encima de un banco), un centenar de huevos (gracias a Dios), muchos racimos de bananas y yuca»...

La víspera de la Inmaculada, entre aplausos y cantos de alegría, llevaron a las *Madrecitas* una vaca lechera, con el vaquero encargado de subir dos veces al día la colina para ordeñarla y arreglarla.

Fue memorable la fiesta de la Purísima. El cuadro colgado en la pared de detrás del altar, fue adornado con sedas blancas y azules que las Hermanas sacaron de sus atiborradas maletas. La sorpresa más agradable para ellas fue encontrar organizada la Asociación de Hijas de María, mérito absoluto de la señorita Mercedes Navarrete.

Sor Troncatti dispuso su farmacia, preparó el ambulatorio y comenzó en seguida su labor asistencial. Allí, en aquella misera sala, le fue revelado otro aspecto de la vida en la selva: desfilaron ante ella mujeres consumidas, muchachas macilentas, hombres embrutecidos, jóvenes alcoholizados. Auscultó pulmones congestionados, toses caver-nosas. Curó llagas purulentas, heridas de arma de fuego o de cuchillo, descubrió fiebres endémicas, vio esputos sanguinolentos, enfermedades crónicas...

Terminado el primer día de consultas, pensó que muy pronto sus dos Hermanas perderían el buen color y se quedarían débiles a fuerza de comer yuca, sólo yuca. ¡Las cinco sentían ya la falta de pan!

Madre Mioletti, entretanto, preparaba la maleta. Se hablaba de regreso. Todo había quedado organizado en la misión, incluido el

horario: Levantarse, a las 4'30. Desayuno, a las 6'30. Comida, a las 10. Cena, a las 17 y, a continuación, la lectura espiritual y el rosario. A las 20'30, oraciones de la noche, descanso.

Navidad estaba a las puertas. Sor Carlota enseñaba poesías y diálogos. Sor Dominga ensayaba cantos.

La maestra Navarrete había puesto en manos de las *Madrecitas* todo su alumnado.

—Yo puedo ayudaros de otro modo. Seré la cocinera...

La familia Navarrete contaba varios siglos. En 1636 un capitán «encomendado», llamado Navarrete, gobernaba Macas. Algunos años antes de que los Salesianos entraran en la selva, otro capitán Navarrete que residía en Riobamba había llegado a Macas, revestido de autoridad y llevando consigo a su hermana a quien dijo: «Merceditas, serás profesora y todos caerán a tus pies».

En efecto, la elegante señorita había ablandado muchos corazones, iluminado muchas inteligencias e infundido maravillosas esperanzas. Pero un día (nadie supo explicarse cómo ni por qué), depuestos los hermosos vestidos de seda y encajes, se vistió de negro, trenzó sus cabellos y los ocultó bajo un velo, que no se quitaba nunca.

Quizá el Padre Duroni hubiera podido decir algo sobre tan radical y repentino cambio, pero los secretos que le confiaba Mercedes murieron con él...

—Puedo ayudaros en lo que queráis, puedo cortar leña...

Sor Troncatti descubrió en ella un verdadero apoyo y, sin embargo, volvió a invadirle un miedo atroz. Las lágrimas brillaron de nuevo en sus ojos.

No se le escapaba nada a Monseñor Comín. Al darle la comunión vio lágrimas una, dos, tres veces... Ahora sí que comenzaba a ser una cobarde...

Aquella mañana, en la choza, las Hermanas enrollaban las esteras que servían de camas y, escoba en mano, limpiaban antes de la llegada de las alumnas, cuando he aquí que aparece Monseñor.

Bueno, hijas, escribid todas las cartas que queráis a vuestros parientes, amigos, conocidos, superiores, superiores. Nosotros las llevaremos a Cuenca y de allí...

¡Qué puñalada al corazón de sor María! Se volvió para que nadie advirtiera las gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Monseñor Comín se puso serio. Sor Carlota, para disculparla, dijo:

—La choza está medio caída... La Hermana directora tiene miedo de las serpientes.

—¡Vaya misionera! —exclamó el prelado en tono severo—. ¡Vaya

misionera! ¡Si es que pretendía vivir en un palacio podía haberse quedado en Nizza o en Turin!...

Y se fue.

Sor Troncatti se mordió los labios hasta hacerse sangre; pero es que, realmente, no podía más. Salió también ella con el pañuelo apretado a la boca y empezó a correr en dirección a la selva.

Sor Carlota y Sor Dominga, conscientes de su deber (empezaban a llegar las niñas), miraron significativamente a Sor Manolita que, a su vez, salió corriendo.

La voz del Upano retumbaba pavorosa en plena crecida. Sor María, llegada a lo alto de la colina, se detuvo en un minúsculo descampado y allí dio libre curso a su dolor. Sollozaba en alta voz, gritaba, lanzaba gemidos.

No sé lo que diría hoy un psicoanalista. Pero el que ha estado en la selva, aunque sólo por quince días, lo sabe bien. Es una agonía. El Señor mismo, en Getsemaní (y eso que había deseado ardientemente aquella hora), «empezó a sentir angustia y tedio» (Mc. 14, 33).

Como un ángel consolador, Sor Manolita se acercó a ella y la tomó de la mano.

—Si no fuera porque soy novicia, pediría quedarme en su lugar, Sor María.

¡Dichosa juventud, generosa e intrépida! ¡Dichosa ignorancia!

Regresaron poquito a poco, sin proferir una palabra. Pero no fueron a casa. Las dos sentían la necesidad de la ayuda, que viene sólo de lo alto, en los momentos dramáticos de la vida.

La iglesia-cabaña estaba en un total abandono. Ya hemos visto el estado del pavimento: acá y allá faltaban tablas. Sólo la lámpara palpitaba constantemente para indicar la más augusta presencia del mundo. Sor Manolita rezaba con toda su alma por Sor María. La miraba de reojo.

Así como al lucir el sol, después de la tormenta, recobra el cielo su color azul, más encendido que antes, así el rostro de Sor Troncatti experimentó tal transformación que la joven novicia no lo olvidó en su vida. En 1970, ciega y enferma, dirá: «*Creo que ella experimentó en aquel momento la divina presencia... Noté en ella una fortísima reacción. Oí que decía...*».

Sí, la gracia triunfaba. Sor María se desahogaba: «Jesús, ¿cómo es posible que tú estés contento en esta soledad, en esta pobreza e indigencia, en este abandono... y yo no?».

Una ligera sonrisa le iluminó el rostro. Recordó que había escrito en su cuadernito: «Cuando se me presente el sacrificio diré: he sido yo

quien lo ha querido al aceptar la vocación misionera». Así que, ¡adelante!

Una vez sosegada, escribió a los suyos una carta de ocho páginas contándoles las aventuras del viaje. No les ocultó ni las dificultades, ni las asperezas de la vida misionera.

«... Teníamos que atravesar *ríos* *horrorosos* valiéndonos de dos palos... Pasar la noche sin dormir, a causa del cansancio y el pánico a las serpientes... En algunos momentos el caballo me cansó bastante; se hundía en el barro hasta las ancas. No había parte de mi cuerpo que no me doliera... Muertas de cansancio, nos acostamos en el suelo diez minutos para cobrar aliento...»

Pero, junto a esta descripción (que hubiera hecho poner los cabellos de punta a Santiago Troncatti y a María Rodondi de no estar por medio Catalina para dulcificar la carta), he aquí su acostumbrado estribillo: «María Auxiliadora nos sostiene y también nuestro Ángel de la Guarda».

Asimismo recordaba «las flores maravillosas de la selva, jamás vistas... Esta gente, de rodillas, esparce flores a nuestro paso y agita palmas... La acogida de los *macabeos*⁶ ha sido solemnisima. Salieron a recibirnos a un día entero de camino... El paisaje es bellissimo. Estamos rodeados de salvajes y de bastantes fieras. Delante de nuestra casa (quiere decir enfrente, que se divisa a lo lejos), tenemos el gran Sangay, el famoso volcán, el más grande del mundo, que continuamente humea... Me olvidaba decirnos cómo es nuestra casa. No sé de qué modo describíroslo para que os hagáis una idea: son palos con algunas cañas alrededor. Donde dormimos es de madera, pobrísima, pero no importa con tal de que trabajemos por la salvación del alma».

Navidad y el día de san Esteban los pasaron alegres, pero el 27 de diciembre todos se esforzaban por disimular su propia tristeza. Las cartas de las misioneras y de los misioneros descansaban en una bolsa. Madre Mioletti y Sor Manuela preparaban su vestido de viaje. El caballo de Monseñor, ya ensillado, relinchaba, estiraba el cuello, piafababa: presentía la hora...

El 28, a las primeras luces del alba, Monseñor, el Padre Crespi y el Padre Duroni celebraron la misa. Las Hermanas comulgaron y luego, con toda la pena del caso, prepararon el desayuno.

Monseñor Comín les dio los últimos paternales consejos y las ben-

6 Así llamó siempre Sor María a los maquenses y ninguno se ofendió jamás.

dijo. Todos se daban prisa para no emocionarse demasiado. Madre Mioletti se sonaba como si tuviera un pertinaz resfriado. Sor Manolita lloraba sin parar.

Muy pronto, en la plazoleta de la misión, no quedaban más que tres figuritas negras.

El galopar del caballo se desvaneció. Allá, al fondo del camino, girando a la izquierda, desaparecieron uno a uno los viajeros: el Padre Duroni, el Clérigo José Paredes y numerosa escolta...

Las dos jóvenes se echaron en brazos de Sor Troncatti llorando. ¿Y ella? ¿Qué podía hacer ella sino imitarlas?

Se retiraron a la casa nueva, cerraron la puerta, se sentaron las tres juntas y empezaron a llorar a lágrima viva.

Sabían que estaban completamente solas en la colina y hasta el movimiento de las hojas les hacía temblar.

¡Solas! Hubieran podido trasladar a la casita las esteras, los paquetes. Hubieran podido alegrarse de encontrar allí una grandísima sorpresa: ¡la máquina de coser! Se hubieran podido congratular por el regalo que el Padre Duroni les había hecho: un borriquillo para transportar el agua. Hubieran podido pensar en las gallinas que cacareaban anunciando el huevo...

¡No, no! ¡No hubieran salido ni por todo el oro del mundo!

¡Solas!

De improviso, un galope.

Contuvieron la respiración.

Después, unos golpes a la puerta:

—Hermanas, Hermanas...

Corrieron a abrir. Era Tettamanzi.

—¿Cómo es esto?

—Monseñor me ha mandado a ver lo que hacen...

Gritaron:

—¡Llorar!

Tettamanzi giró el caballo a galope.

La caravana se había detenido a la orilla del Upano. Los maquenses se despedían de Monseñor. Y llegó Tettamanzi.

—¿Cómo las has encontrado?

—Hechas un mar de lágrimas, Monseñor...

Una brevisima pausa. Después:

Comenzad a atravesar el río. Llevará su tiempo. Yo... yo...

Un golpe de espuelas. El caballo volvió a Macas como una flecha.

Cuando las tres Magdalenas oyeron de nuevo el galope de un



Macas. — Al fondo el Sangay.

caballo y las palabras «Hijas mías, hijas mías», corrieron hacia la puerta como renacidas.

Reían y lloraban. Y Monseñor Comin:

—Pero, ¿cómo puedo dejaros así?...

Sor Troncatti se sintió transportada a una esfera superior, inmersa en una gran luz. Aquel gesto era en sí una bagatela, una cosita de nada, un minuto, pero era un nada y un todo, como el amor. Las tres se sintieron amadas no por deber, sino de corazón. Y dieron el gran salto:

—No, Monseñor, no tema... Ahora es todo distinto. Sabemos que tenemos un verdadero padre. Ya no tenemos miedo. Vaya, vaya tranquilo.

El caballo giró sobre sí mismo. Lentamente se puso en camino; iba al paso y Monseñor agitaba su sombrero colonial, volviéndose de vez en cuando. Cuando llegó al final del sendero, gritó antes de girar a izquierda:

—¡Pronto vendré a veros!...

—Salude de nuestra parte a Madre Mioletti —gritaron como respuesta nuestras heroínas. Después se miraron unas a otras y, olvidando la puerta abierta, se fueron a recoger los huevos.

Las alumnas eran 53, todas hijas de blancos, distribuidas en cuatro clases. Sor Carlota daba la primera y segunda; Sor Dominga Barale la tercera y la cuarta. Las tardes laborables, cuando llovía o no era urgente el trabajo de poda en las plantaciones de yuca, iban las jóvenes a aprender a coser: unas quince. Y antes de volver a sus casas, hacían cadena hasta la fuente para que no les faltase agua a las Hermanas, dado que el borriquillo estaba ocupado en el transporte de troncos para la construcción de la iglesia.

Sor Troncatti tenía su trabajo como médico. Los jíbaros iban a curarse, pero eran tan recelosos que estaban siempre con un pie fuera y el machete en la mano. Ella les daba a cada uno un espejito y una aguja de coser para la mujer y recibía, en cambio, pajaritos, plumas de pájaros, mandioca, chicha...

Mercedes Navarrete era el hilo de oro que unía a la población blanca en torno a las misioneras y hacía de intérprete a los jíbaros. Iba todos los días a visitarlas y les ayudaba en todo cuanto era preciso. Para lavar y coser había en abundancia: las mudas del Padre Duroni y del clérigo se hallaban en tales condiciones que era un verdadero problema a la hora de ponerse a remendarlas.

Un día cogió Sor Maria por su cuenta aquellos trapos y tomó una decisión:

—Habrá que hacer una sotana al Padre Director —dijo.

Sor Carlota se alarmó. Enseñaba a coser a las niñas, sí; pero de corte no sabía nada. Es verdad que una mañana, después de comulgar, oyó en lo más íntimo de su alma estas palabras del Señor en respuesta a sus lamentos: «Y yo, ¿qué es lo que hago aquí?». Pero... si es verdad que se atrevía a cortar camisas y calzones, faldas y blusas, no se encontraba apta para hacer de sastre. Así es que puntualizó:

—Hermana Directora, antes de coser la sotana se ha de cortar...

Y Sor Dominga:

—Pero, ¿dónde está la tela?

Madre Mioletti les había dicho que apuntaran en una hoja las cosas que fueran necesitando.

—Hermana Directora, ¡preparamos la lista!

Anotaron: «Tela buena para sotana Padre Director». Y, segundo: «Tela para colchones».

—Pero no podemos esperar un año a hacer los colchones —dijo Sor María—; hay mucha humedad. Si seguimos durmiendo en el suelo nos pondremos enfermas... Mirad en qué estado se halla el Padre Director.

—Cosamos, al menos, un colchón para él.

—Y otro para el clérigo, pobrecito.

En su exquisita maternidad, no pararon hasta encontrar algún pedazo de tela en las bolsas y baúles. Mercedes proveyó las hojas de maíz.

El 31 de diciembre de 1925, con los colchones listos, las Hermanas se sintieron como reinas. El vaquero llevó dos a la choza de los misioneros, mientras el Padre Duroni confesaba y José Paredes explicaba el catecismo a los niños.

Después del mediodía Sor María propuso un corto paseo.

—Ya está todo a punto para mañana. Vayamos a explorar nuestra floresta.

Era una de las formas de vencer el miedo.

La selva milenaria no alimenta sólo pumas, jaguares, tigres, serpientes. Hace nacer de microscópicos huevos, insectos imperceptibles y voracísimos; algo así como los pulgones de las plantas. Pero nuestras tres Hermanitas no tenían noticia de ello.

Recogieron algunas flores; contemplaron entre árboles, allá, a lo lejos, el cauce del Upano con su arena y sus guijarros negros. Escucharon su canto amenazador.

—Al otro lado del río están los jíbaros...

—Iremos un día. Lo ha dicho Monseñor.

De vuelta a casa empezaron a sentir un picor terriblemente angustioso por todo el cuerpo...

—¡Yo me vuelvo loca!

—Pero.. ¿qué será esto?

—¿Cómo hacer para quitárnoslo?

Corrieron a casa, cerraron la puerta con la tranca y, de cara a la pared, se desvistieron: tenían la piel encendida como el fuego.

En ese mismo momento llegó Mercedes Navarrete.

—Hermanas, Hermanas...

Respondió Sor Carlota:

—Espera un momento, Mercedes... Hemos estado en la selva... ¡Tenemos fuego en el cuerpo!

—No teman. Son insectos que en el cuerpo humano no viven más de tres días...

—¡Vaya por Dios, qué consuelo!

Se pasaron la última noche del año aplicando paños mojados sobre sus miembros.

El 1.º de enero de 1926 caía en viernes. Muchas niñas del oratorio hicieron la comunión reparadora. Sor Dominga, encargada de redactar la crónica, hizo mención de este particular con evidente consuelo. En Macas ya se notaba en las niñas y en las jovencitas un tono distinto; una piedad que traslucía modestia, recato, pudor. ¿Quedaría todo en fuego de pajas? Pero es que aquellas tres Hermanas, la modestia y el recato no lo enseñaban: lo transmitían con su misma vida. De ahí que se podían alimentar fundadas esperanzas.

Por la tarde, desgraciadamente, muchos jóvenes y hombres, padres de familia, se emborrachaban con chicha fermentada: propiamente como salvajes. Voces descompasadas, carcajadas, cantos obscenos se oían desde la colina...

—Padre Director, ¿cómo es posible?

—Decid más bien: ¡cómo no es posible! Estos pobres maquenses trabajan en las plantaciones tanto o más que los esclavos; la vida aquí es dura. Hace mucho tiempo que viven abandonados a sí mismos... Hay que rezar y hacer penitencia...

—Por caridad, Vuestra Reverencia está de pie por milagro. Creo que sería una grave imprudencia imponerse más penitencias y ayunos —exclamó Sor María.

Dicen que el Padre Duroni se le parecía, hasta físicamente, a Don

Bosco y que su mortificación semejaba a la de un cenobita. Mientras estuvo solo no se preocupó de cocinar para sí ningún alimento sustancioso. Se contentaba con yuca y plátanos... Cortaba árboles, preparaba prados para el pasto de los animales. Le enseñaba al joven José Paredes: «Recuerda que, para vivir en la floresta, lo primero que hay que hacer es preparar la *chacra*».⁷

Estaba tan agotado que, a veces, le sobrevenían mareos y dolores espasmódicos, con vómitos.

—Vuestra Reverencia tiene que cuidarse —le decía Sor María

—Estamos aquí para cuidarnos de las almas —respondía él.

Uno de aquellos días precisamente tuvo que atender a una pobre alma. Fueron a llamarlo de parte de los Rivadeneyra:

—Padre, venga pronto. Hermenegildo está todo negro. Le ha picado una serpiente...

Marchó y lo hizo trasladar inmediatamente a la misión. Sor María puso a prueba todos los remedios: Le inyectó un antiofídico que había traído de Cuenca, le hizo beber mucha leche, le practicó lavados... Pero a Hermenegildo sólo le valió la absolución del misionero...

Enero llevó, a grupos, muchos jibaros. Sor Dominga escribió: «Se quedan encantados. Nos miran de pies a cabeza; hablan animadamente entre ellos, pero nosotras no entendemos lo que dicen». Sor María curaba llagas y heridas con un arte maternal y resuelto.

—*Dame este brazo. No tiene miedo.*

Una triste mañana el misionero no bajó a la iglesia. José Paredes fue a llamarlo. Volvió corriendo, hizo la genuflexión al través y dijo:

—¡Creo que está muerto!

Sor María le tomó el pulso.

—Tiene una fiebre altísima. El corazón le falla... Voy a preparar la inyección de alcanfor...

El Padre Duroni estaba con la piel y el hueso y se agravaba cada día más. José con los niños y las dos Hermanas con las niñas rezaban incesantemente con los brazos en cruz. Sor María lo asistía día y noche.

Una mañana el misionero abrió los ojos y miró insistentemente a su enfermera.

—¿Qué desea Vuestra Reverencia?

—Quiero confesarme.

—Padre... (¿Cómo hacer? ¿Qué decir?) Padre, pero usted es sacerdote.

7 Es al mismo tiempo huerto, campo y plantación. El nombre es *quechua*.

—Sor María, el sacerdote vale para los demás, pero no para si mismo. Quiero confesarme.

Sor Troncatti dejó a Sor Carlota a la cabecera del moribundo y corrió a hablar con el gobernador de Macas:

—Es preciso mandar a alguien a Méndez antes de que el Padre Director muera...

—Inmediatamente.

Dos soldados salieron a todo galope con la promesa de ganar tiempo.

Los días pasaban con una lentitud desesperante. Sor María había matado una gallina y le daba al enfermo cucharadas de caldo en pequeñas dosis, yemas de huevo con café. Toda Macas rezaba.

El sexto día llegó el Padre Corbellini.

—¿Está vivo?

—Está fuera de peligro... Gracias a María Auxiliadora y... al médico divino..

Apenas sin primavera se había echado encima el verano. Las Hermanas habían colocado en su pequeño dormitorio otras dos colchonetes de hojas.

Un colono había llegado a caballo desde muy lejos, llevando consigo a dos pequeñitas demacradas, asustadas, de ojos desorbitados...

—Son... son medio salvajes —había dicho el padre—; nosotros vivimos en el interior de la selva y no salimos nunca de allí. No saben ni leer ni escribir... más parecen animalitos que...

—Yo me las quedo —respondió Sor María. Estarán con nosotras hasta que usted quiera.

Pero eran hijas de blancos. Y Monseñor Comin les había advertido: «Interesaos por los jibaros. La Santa Sede me los ha confiado. Son mi grey predilecta, mi porción escogida».¹

¡Interesarse! ¿Cómo? ¿Por qué caminos se podría llegar a ellos si rehusaban todo contacto?

El Padre Duroni había dejado Macas para ir a restablecerse fuera de la selva. Estaba en Cuenca, pero suspiraba por el regreso. Mientras tanto lo sustituía el Padre Corbellini.

Sor María había iniciado ya las visitas a domicilio, incluso para los jibaros que algunas veces iban a llamarla hasta de noche. Ante la imposibilidad de ir acompañada por una Hermana, que al día siguiente había de estar a punto para la clase, iba con los mismos jibaros —candil en mano— y, golpeando a la ventana de alguna casa de Macas, llamaba a una colona para tener consigo al menos una mujer. Bajaban hasta la orilla del Upano, saltaban a la frágil canoa o, si el río llevaba poca agua, lo cruzaban a pie y, una vez en la otra orilla, se internaban en la selva y... ¡adelante!

¡Había muerto, por casualidad, la niña miedosa de Col de Aprica? ¡O es que había cambiado de naturaleza esta mujer que en plena

1 De *Un gran pioniere*.

noche se iba con gente desconocida, salvaje? Esta Hermana, ¿ya no tenía miedo?

La niña de Col de Aprica, afortunadamente, vivía, aunque estaba muy callada en lo profundo del alma de Madre María. La mujer poseía en su interior la poderosa energía de una castidad esplendorosa; sin complejos. La religiosa estaba abandonada con plena confianza a la providencia del Padre, al amor del Hijo, al impulso del Espíritu Santo.

Hoy, con la moda y, diría, con el furor del sexo, se corre el gran peligro de ofuscar la mente y el corazón y empañar aquella alegría purísima que nace de un don total. No existe únicamente el placer o la inclinación de la violencia, del mal. Está también la alegría, la ilusión de realizar lo *imposible*, esto es, la integridad perfecta y la total disponibilidad, en la más absoluta libertad. Y si el mundo desprecia la vida de castidad es porque no se siente capaz de poseerla. Por eso la combate o la rechaza.

Sor María poseía una castidad gozosa, desenvuelta. Su perfecta continencia por el reino de los cielos le comunicaba una lozanía y juventud tales, que era, me atrevería a decir, plenitud de visión. No caminaba por la selva como una Eva cualquiera. No ignoraba la atracción del *fruto prohibido* y de las *aguas furtivas*. Pero estaba a la otra parte, ¡más allá!

Aquella vida extremadamente sencilla, reducida a lo esencial, las mantenía, a ella y a sus compañeras, en una línea de autodominio (control de los instintos) que ellas llamaban sencillamente mortificación o templanza. Participaban del anonadamiento de Cristo² de una manera gozosa, radiante, en virtud precisamente de su consagración a la Persona de Cristo, a su Obra, a su Cruz.

Los hombres —incluso los salvajes— las veían como algo sagrado, pero no lejano. Observaban en ellas una disposición de entrega que las impulsaba a cuidarse de ellos y al mismo tiempo las diferenciaba tanto, que no podían por menos de besar la orla de sus vestidos. Mujeres misteriosas; no eran hadas, ni ninfas, ni sirenas. Las llamaban *ángeles*, pero las consideraban hermanas, madres. Si hubieran sabido les habrían suplicado así: «Por favor, dejadnos contemplar en vuestro rostro a ese Dios al que no podéis contener».³

Hay semblantes, miradas, gestos, goces capaces de curar las más profundas heridas, de poner en fuga las más satánicas tentaciones, de

2 Fil. 2, 7.

3 Claudel.

suavizar todo dolor. Así era Madre María. Hasta los brujos se rendían ante ella.

Un buen día se presentó un brujo en la misión preguntando por la *curandera*.

—¿Qué medicinas tienes en tu botiquín?

—Brujo curioso... tú das a beber agua de plátano, ¿no es verdad?

—Sí, Madre María, pero puedo enseñarte cuáles son las hierbas buenas y malas de la floresta. Dime, ¿qué es lo que pones en tus medicinas que siempre curan?

—No siempre, porque al fin hay que morir. Yo en mis medicinas pongo una oración que es un rayo de cielo y, muchas veces, el Cielo responde...

—A mí me responde Iwianch. ¿Sabes quién es?

—Sí, nosotros lo llamamos Satanás.

—Es mi protector...

—¡Infeliz! Di conmigo: «Ave María».

El brujo se agitaba, contorneaba los ojos:

—No puedo, Madre María.

—¡Pobrecito!...

Sí, sentía compasión de aquel hombre desdichado y de todos sus compañeros. Ser brujo era doloroso y difícil. El periodo de iniciación obligaba al candidato a largos ayunos; debía acostumbrarse a tomar narcóticos fortísimos⁴ para poder ponerse en comunicación con Iwianch⁵ y corría también grave peligro cuando, en el ejercicio de su función, no lograba curar a un enfermo o prevenir un ataque enemigo. Entonces hacía recaer la culpa sobre otro brujo que, pronto o tarde, era asesinado; pero, como una malhadada cadena, las venganzas se multiplicaban.

Sor María les decía sin ambages a los jibaros: «No creáis a los brujos. Creed al Espíritu Santo».

El Padre Corbellini serraba las tablas para la nueva iglesia. José Paredes le ayudaba repasando en alta voz sus lecciones de teología y de filosofía. Sor María curaba a los enfermos y, cuando se encontraba sola en la casita, suspiraba: «Los jibaros!».

4 El *naten*, bebida hecha de hierbas fermentadas.

5 Iwianch es el diminutivo de Iwia gigante-demonio goloso destructor del mundo. Según los Shuar ninguno muere de muerte natural sino por instigación de Iwianch que se sirve del brujo o de algún guerrero enemigo.

Las otras dos Hermanas se pasaban casi todo el día en la choza-escuela. Ella se sentía, a veces, muy sola. Cuando podía iba a verlas.

—Así es que, de jibaritas, ni hablar...

—Los jibaros nos quieren, pero tienen miedo.

—Usted ya ha visto criadas jibaritas en la casa de don Juan Velín. A veces las roban.

—En casa de don Juan Velín, no.

—Pero en otras partes, sí. No sólo criadas, sino ¡esclavas!

Sor Carlota, que era la que estaba más informada, concluyó:

—A veces, desgraciadamente, a algunas jóvenes jibaras se las llevan a Guayaquil y a Quito y las venden...

—¡Qué horror!

La palabra más autorizada era la del Padre Corbellini:

—No es sólo el miedo, Hermanas, sino la sed de absoluta libertad, sin control de ninguna clase ni testigos; es la volubilidad, la inestabilidad, la inconstancia de la raza la que aleja de nosotros al jibaro... Os podría hablar de las tentativas realizadas en Méndez para fundar un internado de jibaritos.

Cuando nuestro querido Don Albino del Curto realizó su primera jira hasta Méndez, al dar después relación de ella a Monseñor Costamagna, le hizo notar la imposibilidad de conquistar para Cristo a los jibaros adultos y añadía: «La obra cumbre a la que debemos dedicarnos con absoluta preferencia es la de los niños; en ella hemos de concentrar todas nuestras energías».⁶

—¡Pero si no vienen! ¡Si no nos los traen!

—El Padre Duroni y yo comenzamos el internado en Méndez con tres jibaritos y al principio todo fue bien. Se los veía contentos, aprendían la lengua española, el catecismo...

—¿Después?

—Su misma madre los incitó a la fuga.

Sor María se quedó pensativa... Caminito arriba avanzaba un colono con una mano ensangrentada. Mientras se remangaba y disponía las cosas para curarlo suspiró: «Quizás María Auxiliadora en su mes me dé una señal de su predilección por esta obra».

Pocos días más tarde (*«era una hermosa tarde de mayo, mientras el viento soplaba con su acostumbrado furor»*), dice el manuscrito redactado por Sor Troncatti y Sor Dominga Barale en 1967) llegó

6 De *Un gran Pioniere*.

corriendo a la plazoleta de la colina *sagrada*, como la llamaban los maquenses, una graciosa niña de diez a doce años. Al ver a las tres Hermanas, se acercó risueña hasta ellas.

Hablaba, hablaba... No la entendían.

Sor Carlota se dirigió a la parte izquierda de la misión donde se estaba construyendo la choza para hospedar a los jibaros que, llegados de lejos para curarse, no podían regresar el mismo día y llamó a voces a una de las oratorianas que vivía cerca y conocía la lengua jibara.

Entretanto las Hermanas contemplaban y sonreían a la niña que no cesaba de acariciar sus manos y tocar sus hábitos.

¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres? —le preguntó la colona.

—Soy Yampauch... Vi pasar a las Madres cuando vinieron a Macas... Las vi por entre los árboles. Me gustaron mucho, muchísimo. Quiero vivir con ellas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He huido. Mi padre ha muerto. Mi madre se ha ahorcado (los ojos de Yampauch expresaban terror). Pero yo he cortado la cuerda y he llamado a gente. Después hui. Tenía mucho miedo. He caminado un día entero sin parar.

Dirigiéndose a las Hermanas, Yampauch suplicó:

—Tenganme, tenganme con ustedes... No quiero volver otra vez... ¡Yo soy Yampauch!

Sor María le sonrió:

—Sí, Yampauch, te quedarás en la casa de la Virgen. Pero dime. ¿Dónde está tu jibaria?

—Viene de Arapicos —tradujo la colona.

Sor Troncatti informó a don Juan Velín, que era precisamente de Arapicos, sobre Yampauch. Don Juan avisó a la familia, pero nadie fue a la misión a buscarla.

Yampauch aprendió con suma facilidad el castellano. Acompañaba a las Hermanas a todas partes. Estaba encantada con su camita y su vestidito, en lugar del *tarach*. Como todos los jibaros, tenía pasión por los huevos. Mercedes Navarrete le enseñó el catecismo en lengua shuar.

—Yo también quiero comer la blanca hostia —dijo un día Yampauch con ojos centelleantes.

—Primero tienes que recibir el bautismo.

—Sí. Y eso quiere decir que Dios está en mí, y que yo soy toda suya. Que Iwianch ya no podrá hacerme nada y que, cuando me muera iré al cielo.

El Espíritu Santo buscaba, en la selva ecuatorial, el corazón de aquella niña como tierra bien dispuesta para arrojar la semilla de la Verdad.. Y produjo fruto de sesenta, de ciento por uno (Mc. 4, 20).

Pronto Yampauch fue incapaz de contener su alegría desbordante. Cada vez que llegaban jibaros (a veces familias enteras) corría a la cocina, cogía un huevo, le hacía un agujerito con una aguja y, sorbiéndolo, se paseaba por delante de los improvisados espectadores. Entre sorbo y sorbo decía:

—Aquí, en la misión, se está muy bien. Iwianch no puede hacernos ningún mal. Aquí tengo una buena camita...

Sorbía otro poco y continuaba:

—¿Sabéis que en el cielo está Dios, que es único, inmenso, que lo puede hacer todo, que es bueno, que es capaz de perdonar y de hacernos felices para siempre?

Los jibaros creen en la inmortalidad del alma. Al que tienen más miedo es a Satanás (Iwianch). Creen también en un ser bueno que vela por la fertilidad de la *chacra* y el bienestar de la *choza*: Nunkui; pero, como es tan bueno, no es el caso de ocuparse de él... ¡Al otro, al otro es al que hay que aplacar!

La pequeña misionera les abría un resquicio sobre el misterio de Dios. Pero, aunque escuchaban sus palabras, sinceras y cariñosas, lo que más les atraía era el huevo, el vestidito, la camita de la que hablaba, el espejo...

—Ven, ven —decía Yampauch a las niñas, coetáneas suyas—, ven a ver dónde duermo...

Un día, un jibaro de Arapicos, que se había herido con el machete, se llegó hasta el botiquín para que lo curara Sor María. Vio a Yampauch.

—¡Ah!, ¿pero tú estás aquí?

—Estoy muy contenta. ¿Y tu hija Ewek?

—Está ahí fuera, esperándome.

Yampauch salió corriendo.

Ewek se alegró mucho de verla.

—¡Qué vestido tan bonito llevas!

—Ven y verás dónde duermo.

Cuando salió el jibaro con el brazo vendado buscó en vano a su hija. Al no encontrarla empezó a gritar:

—¡Me habéis robado a Ewek, yo quiero a Ewek!

Sor María salió a la puerta con las gafas en la punta de la nariz y las pinzas en la mano; estaba sacándole una astilla del pie a un jibaro.

—Búscala. Nosotras no robamos.

El hombre entró en la casita de las Hermanas y buscó por todos los rincones. Se fue a la iglesia, miró en la choza-escuela, en la de los Padres, inspeccionó toda la colina. No encontró de Ewek ni tan siquiera la sombra.

—Habrá vuelto a la jibaría —dijeron algunos.

Y el hombre se fue.

Despedido el último paciente, he aquí que salen de la despensa Yampauch y Ewek.

—Pero, ¿dónde estabais?

—Detrás de los racimos de bananas.

—¿Por qué habéis hecho esto?

—Es que Ewek quiere quedarse con nosotras. No quiere volver a la jibaría.

El sol acababa de ocultarse. Prepararon otro jergón en el pequeño dormitorio. Sor María dijo, con esperanza: «Veremos».

A la mañana siguiente se presenta de nuevo el jibaro.

Las dos niñas jugaban alegremente. Ewek llevaba un vestido de flores, la cabeza bien peinada...

Sor María insinuó:

—¿Quieres dejárnosla? Aprenderá muchas cosas y después volverá a la jibaría.

—¿Me prometes que no la mandarás a Italia?

—Te lo prometo.

—¿No la venderás a los *apach*? (*Apach* significa blanco, o mejor aún, extranjero, no shuar.)

—Te prometo que no la venderé.

El jibaro puso su mano sobre la cabeza de Ewek.

—Quédate, hija mía. Vendremos a verte de vez en cuando...

Y se marchó con los ojos humedecidos por la emoción.

Yampauch le enseñó el castellano a Ewek. Al comienzo del año escolar 1926-27 las dos jibaritas asistieron a clase con las hijas de los colonos; el hecho puede parecer insignificante, pero... ¡empezaba a caer un muro!

Cierto día el misionero, de regreso de una jira, se presentó llevando consigo una pequeñina, hija de una colona que vivía escandalosamente.

—No podemos dejarla en aquella guarida...

—De ningún modo —respondió Sor María—, pero Vuestra Reverencia tendrá que construirnos una choza-dormitorio. Ya no tenemos sitio en casa.

El Padre Corbellini empezó a levantar una choza grande para el internado.

El 24 de mayo, además de la solemnidad de María Auxiliadora, se celebraba en el Ecuador una fiesta patriótica.⁷ Desde ese primer año las Hermanas comenzaron a preparar, no sólo la solemnidad religiosa con confesiones y comuniones de las niñas y de sus mamás (mientras el misionero preparaba a los niños y a sus padres), sino que, a las diez, bajaban la colina con todo su alumnado en perfecto orden, la maestra Navarrete al frente, y desfilaban por la plaza cantando el himno nacional.

A primeras horas de la tarde prepararon e hicieron la procesión con la estatua de la Inmaculada, puesto que la de María Auxiliadora existía tan sólo en el deseo (y en la lista para Madre Mioletti).

La estatua que, a hombros de las Hijas de María, recorría Macas de un extremo a otro, de una choza a otra, tenía una singular procedencia que aquella noche narró Mercedes a las Hermanas, cuando quedaron solas en la colina de la misión, con sus cinco internas y la imagen de la Virgen en sus andas delante de la casita.

—Aquí al lado, en la cabaña-iglesia abandonada —dijo Mercedes—, el teniente político dio hospitalidad a un señor protestante que realizaba una excursión por la selva. No había misionero aún. En la cabaña-escuela ensayaba yo un canto a la Purísima para la fiesta del 8 de diciembre. Tocaba un verso con la guitarra y lo cantaba; las alumnas después lo repetían. Así un verso detrás de otro, después aprendían la estrofa: después, la canción entera. El extranjero, recostado sobre un jergón, descansaba y reponía sus fuerzas. Yo cantaba la última estrofa:

*¡Oh, si me toca la suerte
de acabar la vida mía
en los brazos de María,
cuán dulce será la muerte!*

—Cántala, Mercedes —suplicó Sor Carlota.

Cogió su guitarra y, después de un breve prelude de acordes bien marcados, empezó a cantar sin dejar de contemplar la estatua que parecía más blanca en la oscuridad de la noche. Después continuó la narración:

—Apareció ante la puerta el viajero solitario. Me miraba con ojos

7 Fiesta de la Independencia, 24 de mayo de 1822.

resplandecientes. «Señorita, dijo, ¿sois acaso seres celestiales estas niñas y vos?... Si hubiese de morir en mi soledad, me gustaría que fuera durante vuestro canto... Decidme, ¿qué puedo ofrecerlos, qué deseáis? No olvidaré jamás estos instantes.»

—¿Qué es lo que le pediste, Mercedes? —preguntó Sor Carlota. Ella sonrió.

—Le pedi esta estatua.

—¿A un protestante? —exclamó Sor Dominga.

—Sí, a un protestante. Y me la mandó desde Cuenca... No he dejado nunca de rezar por él.

La joven tomó su guitarra y se despidió. Sor Carlota no pudo por menos de decir:

—Es otra santa Marianita.⁸

Después de las oraciones de la noche, cuando ya estaban a punto de retirarse, oyeron las Hermanas gritos y sollozos procedentes del camino que va hacia la colina. Acudió también el misionero a ver lo que pasaba.

Apareció ante ellos una pobre mujer desgredada, rodeada de sus hijos. Tenía un ojo amoratado e hinchado.

—Por caridad, cobijadnos aquí esta noche. Mi marido está borracho.

—Entrad, entrad aquí dentro —le dijo Sor Maria—. ¿Habéis cenado?

Yuca y plátano había en casa. La madre dio de comer a los dos más pequeños. Sor Dominga desalojó un rinconcillo de la habitación que era al mismo tiempo comedor, planchador, taller de costura y recibidor. Arrimó la máquina de coser a la pared, extendió una manta en el suelo y puso encima las almohadas de sus camas.

El marido había ido tras la mujer y los hijos en su fuga; pero zigzagueando, retrocediendo, cayendo, cantando, no llegó a la misión hasta bien entrada la noche.

La luna dominaba majestuosa el cielo. En derredor, un silencio sepulcral. Abrazado a un árbol, para no rodar por tierra, el hombre masculló:

—Es mi mujer.

Y, afirmado en sus derechos, se adelantó hasta la ventana de la casita. Convertido en poeta, por efecto del vino, canturreó:

—Madrecita, Madrecita, quiero a mi palomita...

8 Mariana de Jesús Paredes y Flores (1618-1645), santa ecuatoriana, llamada el lirio de Quito. Canonizada por Pío XII el 9 de julio de 1950.

Sor Troncatti abrió el postigo (no había cristales).

—¿Quieres la palomita?

—Sí, Madrecita, quiero palomita.

—¿Ah, sí? ¿Crees que te voy a dar la palomita para que tú la desplumes? Ya puedes irte. Mañana hablaremos.

El borracho, lo mismo que un perro apaleado, se marchó.

No fue ésta la única vez que encontraron amparo en la misión mujeres maltratadas y niños llorosos. Cada vez que sucedía esto, Sor María llamaba a los maridos borrachos y los reprendía severamente, siempre con buenos resultados... ¡de duración incierta!

El 4 de julio tuvieron lugar los exámenes para todo el alumnado, masculino y femenino, bajo la presidencia del comandante Amable Guerrero, que había sustituido al señor Ojeda. Después, entre músicas y cantos, composiciones y poesías, se clausuró el año escolar. Padres e hijos bajaron la colina radiantes de felicidad.

Sor Dominga tomó nota del hecho con estas brevísimas palabras: «Damos gracias a María Auxiliadora». Y empezaron las vacaciones.

Se podían llamar *vacaciones* porque no había clase, pero el trabajo, lejos de disminuir fue en aumento. Se prepararon otras colchonetes esperando la llegada del Padre Duroni con la alegre esperanza de unos ejercicios espirituales (¿quién los predicaría?), y el vivísimo deseo de la llegada de Madre Mioletti, a la que habían enviado una larga lista de encargos diversos, entre los cuales: «Al menos dos Hermanas».

El misionero, de regreso de General Proaño⁹ (arrabal de Macas, situado hacia el Sangay), donde había celebrado la misa para una veintena de familias, dirigió el caballo hacia el ambulatorio de Madre María. Llamó:

—¡Hermana Directora!

—Sí, diga.

Sor Troncatti salió con su acostumbrado delantal blanco y sus maniquitos.

—¿Qué desea vuestra reverencia?

—La señora Basilia, la que vive en la última casa de la parte de General Proaño, está enferma. Quiere que vaya usted.

—¿Le han dicho lo que tiene?

—No, Madre María. Quizá el corazón...

—Está bien. llevaré la *corbina*.

—¿Qué medicina es ésa?

9 Antiguamente se llamaba Pitaloma.

El Padre Corbellini ocultaba en su espesa barba una sonrisa: Sor María era única para maltratar las palabras, tanto más cuanto empezaba ya a mezclarlas con la lengua shuar.

—Para el corazón.

—Querrá decir *coramina*.

—Sí, sí. Es lo mismo. Pero, venga un momento vuestra reverencia al botiquín...

El Padre Corbellini no quiso tomarse la temperatura, pero aceptó una taza de café.

Sor María preparó la maletita, después fue hacia el borde de la colina, junto al sendero que lleva a la fuente donde sus dos Hermanas lavaban la ropa y Yampauch y Ewek, los pañuelos, y gritó:

—¡Eh!, me voy a casa de la señora Basilia, con Juana...

A mediodía, las Hermanas volvieron a casa, prepararon la comida para ellas, para las niñas, para el misionero y sus ayudantes. Pusieron después a calentar entre hojas la yuca cocida para que tomara aroma, mientras esperaban la llegada de Madre María.

—Ya viene —exclamó Yampauch corriendo a su encuentro.

—Venga, venga pronto, que la yuca está caliente.

¡Yuca, siempre yuca! Sor Troncatti no se quejaba, pero su organismo no lograba acostumbrarse. Le aquejaban, a veces, fuertes dolores de estómago acompañados de vómitos. Entró en la iglesia... «Si, Señor mío: ésta es la verdadera vida de los misioneros del Amor; no hay apóstol si no hay mártir».¹⁰

Estaba aún rezando cuando oyó el trotar de un caballo. Salió.

Un colono curtido y seco, como una raíz puesta al sol, descendía del caballo y bajaba, cual si descargara un saco, a un muchacho tan hinchado y amarillento que inspiraba compasión.

Sin palabras se dirigieron al botiquín. Sor María extendió una sábana limpia sobre la mesa que servía de lecho ambulatorio e hizo acostar al muchacho, que respiraba fatigosamente.

—¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

—Cuatro meses. Es paludismo. Le he dado la quinina del pastor protestante, pero está cada vez peor.

—¿Sois de Sucúa?

—Sí, Madre María, del barrio de Belén.

—Hacia la parte del río Blanco.

—Nos conoce también a nosotros... ¡Que Dios la bendiga, Madre María!

10 De los escritos.

Sor Troncatti, mientras hablaba, observaba al muchacho, mejor dicho, al moribundo... Decía para sí: «Esta clase de malaria tropical no cede a la quinina, pero, ¡cómo van a saberlo estos pobrecitos! Este muchachito no tiene apenas glóbulos rojos. Tiene una anemia espantosa... Si le doy *certuna* o *gamefar*, vomita. Necesitaría hemoglobina. Pero... empecemos por sostener el corazón».

Le puso una inyección sin que el muchacho diera señales de vida.

—Si se lo lleva a casa morirá por el camino —dijo Sor María al padre. Me lo quedo aquí, pero no puedo asegurar que se cure... Vaya a la iglesia a rezar. Nosotras, entretanto, lo meteremos en la cama. Quédese hasta mañana. Veremos si...

Cuando el muchacho quedó instalado y arreglado, Sor María le dio unos sorbos de café. El le besó la mano y esbozó una amplia sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

—Daniel González.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¿Estás a disgusto aquí?

—No, Madre María.

Al cabo de tres meses Daniel estaba curado. Se había puesto guapetón y fuerte; había aprendido el catecismo a base de preguntas y respuestas. De una verdad a otra, de un mandamiento a otro, a una ley moral, a los medios de santificación, su alma se había abierto como una flor temprana y Dios tomaba posesión de ella para siempre.

Antes de regresar a Sucúa quiso confesarse y comulgar una vez más. Marchó llevando en su corazón a aquella maravillosa mujer que lo había arrebatado a la muerte y lo había llevado a Dios.

—Madre María, ¡yo no la olvidaré jamás!

—Sobre todo, Daniel, no te olvides nunca de nuestro querido Jesús y de María Auxiliadora.

—Madre María, ¿Cómo haré en Sucúa, que no hay iglesia ni misionero? ¡Estamos abandonados!

—¡Dios no abandona nunca; recuérdalo, Daniel!

Habían retirado ya del dormitorio de las Hermanas las colchonetas de las internas.

La nueva choza estaba terminada y Sor Carlota trasladó allá su propia cama. Ahora había dos cunas en el dormitorio y el misionero preparaba una tercera.

Les habían llevado un jibarito deforme, abandonado por su madre. Otra jibara que oyó llorar al niño, lo recogió, pero se cansó pronto. Cuando vio que estaba contrahecho, le preparó un nido en la floresta a base de hierbas húmedas narcotizantes, lo colocó en medio y encendió fuego por los bordes. Las hierbas tardaban en encenderse y hacían mucho humo. El humo asfixiaba al pequeño que no se despertaría más.

Acertó a pasar por allí una colona a caballo. Vio el cuadro y dijo para sí: «Este niño es un regalo para Sor María» y se lo llevó. Lo habían bautizado a toda prisa con el nombre de Moisés. Ahora lloraba en una de las dos cunas.

En la otra dormía un pequeñín de ocho meses. Su madre, viuda, enterada de que en la misión acogían niños destinados a la muerte, se lo llevó.

—Tengo también otra niña de tres años —dijo—: si la queréis os la regalo, porque yo me casaré y me iré a otra jibaria.

Por eso el misionero preparaba otra cuna.

Sor Dominga tomó nota del día en que regresó la mujer con la niña: 25 de octubre de 1926.

—Aquí está —dijo—; pero, a cambio, quiero un vestido. Mi *tarach* está muy roto, como veis.

Escogió una tela rosa entre los retales de Sor María y se quedó en la misión hasta el anochecer, o sea, hasta que tuvo terminado el vestido (Sor Carlota se había convertido en una excelente modista del Oriente ecuatoriano). La mujer se marchó, pavoneándose, al encuentro de su nuevo marido.

El 28 de octubre otra colona llegó con una jibarita de pocos meses. Moisés había muerto y la pequeña ocupó su cuna.

El misionero estaba enfermo de agotamiento ya hacía varias semanas y por esto fue doblemente celebrada la llegada del Padre Albino del Curto.

Sor María hizo por él todo cuanto es capaz de hacer una madre sabia y previsora.

—Usted descansará por lo menos dos días antes de predicarnos los ejercicios. ¡Dios sabe cuánta necesidad tenemos de ellos! Encontrará en su cuarto una muda limpia y una sotana aseada (no nueva, se entiende) Un muchacho le llevará agua caliente para el baño... y ya he dado órdenes para que se mate un ternero. El Padre Corbellini, el clérigo, el Hermano, usted, todos, tenemos necesidad de reponer nuestras fuerzas. Un buen filete nos hará, incluso, más fervorosas, ¿no le parece?

Sor María se echó a reír y se fue, dejando al Padre Albino con un nudo en la garganta.

El misionero no habría querido en modo alguno que se sacrificara aquel hermoso ternerrillo. La cría del ganado era un excelente recurso para la misión. Se estaba en los comienzos y, según él, un ternerrillo de menos era como dar un paso atrás en el camino de la evangelización. Veremos a continuación cómo no estaba equivocado.

—A nosotros nos basta con yuca y plátanos, un poco de miel, leche...

—¡Oh, sí, ya lo creo! ¡Con esto basta para morir! —dijo Madre María.

Durante aquellos dos días que precedieron a los ejercicios espirituales, Sor Troncatti encontró la manera de resolver un interrogante que hacía tiempo rondaba su cerebro.

—Padre Albino, ¿cómo es posible que una madre sea capaz de abandonar a su propio hijo o matarlo?

Ella, que acunaba a los hijos de los demás, a los jibaritos arrancados a la muerte, temblaba de horror pensando que en la inmensa floresta, aquí o allá, un recién nacido pudiera dormirse para siempre en un nido de hierbas humeantes, fácil presa de serpientes o animales feroces, o simplemente de las hormigas aladas (peligrosísimas), de las que había visto los grandes hormigueros atenazados alrededor del tronco de los árboles.

—La ley de la selva es dura —comenzó diciendo el Padre Albino mientras miraba a Sor María con una fijeza desconcertante—. Si un niño nace deforme (lo que sucede raramente) se tiene como acto humanitario darle muerte, ya que en la vida no será capaz de valerse por sí mismo. En este caso se le hace el nido en la floresta. Si nace, en cambio, un hijo ilegítimo, de mujer infiel o de niña sin marido (y esto no es tan raro), es llevado a la orilla del río por el marido o por el padre de la niña que lo dio a luz y...

Guardaron silencio unos instantes.

—Y.. el padre o el marido traicionado, toma al niño por las piernas, lo golpea con todas sus fuerzas contra una roca y lo arroja al río.

Sor Troncatti exclamó consternada:

—Yampauch les dice siempre a los jibaros y a las jíbaras que vienen al ambulatorio que me traigan los niños que no quieren. ¡De ahora en adelante yo misma lo gritaré a los cuatro vientos, hasta el Sangay!

El padre Albino se fue a la iglesia. Pensaba: he aquí una mujer que, renunciando a la maternidad según la carne *por el Reino de los Cielos* no se ha aniquilado ni desencarnado. No ha renunciado al su-

blime sentido de la maternidad, antes bien, lo reclama para sí con todas sus fuerzas, con todas sus consecuencias y sus inefables esperanzas...

Los ejercicios se clausuraron el día de la Inmaculada, con una fiesta más solemne que el año anterior. Se celebró el bautizo de los niños de Madre María y tuvieron un Juanito (Bosco), un Miguel (Rúa), una María Luisa (Vaschetti).

Yampauch y Ewek lloraron porque no las admitieron al bautismo. ¡Y pensar que ellas sabían lo que significaba, mientras que los pequeños, no! Después cogieron en brazos a Juanito y a Miguel y les dieron la papilla para ayudar a Madre María.

El día 11 el Padre Albino partió para Méndez y El Pan, de donde era párroco. Sor María le preguntó:

—¿Por qué se va tan pronto?

—Tengo en proyecto la construcción de un puente. Hemos de preparar la madera. Los obreros me están esperando.

Sor Dominga escribió: «Se va el padre Albino, dejándonos con mucha pena».

Ya había pasado un año desde la entrada en Macas. Monseñor Comín podía ir; encontraría un esbozo, por lo menos, de cuanto soñaba su corazón de pastor de aquellas almas. Pero en todo aquel tiempo no habían visto por allí ni a Monseñor ni a Madre Mioletti. A veces se hacía larguísima la espera, pero para distraer a las misioneras no faltaba el trabajo: cocinar, lavar, coser, catequesis, clase, el ambulatorio, las visitas a los enfermos y... ¡sorpresas variadas!

Antes de que el año 1926 transpusiera el umbral del tiempo, la selva daba su respuesta al grito apasionado de Madre María, a las invitaciones de Yampauch, a las oraciones de Sor Carlota y de Sor Dominga. Las jibaritas internas ya eran ocho. La última llegó el 15 de diciembre y Yampauch explicó:

—Sus padres la maltratan. Quieren casarla y mandarla a otra jibaria. Ella tiene miedo.

Tenía doce años, Sor María susurró: «Con tal de que persevere». Y le puso un vestidito ligero en lugar del sucio *tarach*.

El atractivo de la selva es algo irresistible: la libertad absoluta, el ocio, la pesca, la vida en torno a *Etza* (el sol) y *Nantu* (la luna). Con el sol, las correrías por la floresta, la *chacra*, el río... Con la luna, el canto de los grillos y las ranas, el ladrido de los perros, los insectos luminosos —estrellitas vagabundas— y los cuentos de las viejas junto al fuego encendido en medio de la choza... ¡A cada pájaro su nido le parece hermoso!

La última niña que llegó a la misión decía a sus compañeras: «La primera mujer del jefe, que ya es muy vieja, sabe muchos cuentos... os cuento uno: Un guerrero fue herido en un combate. Se escondió entre los cadáveres de sus compañeros caídos, fingiéndose muerto. Cuando los enemigos estuvieron lejos, aparecieron algunos *Chuank* (buitres). Hablaban, entre sí. Esparcidas por entre los muertos había varias piedras. Los buitres cogían una, después otra y decían: ésta produce la muerte, ésta cura todas las enfermedades, ésta da la resurrección, ésta el poder»...¹¹

Yampauch rebatía:

—El poder es de Dios omnipotente. La resurrección sólo la puede dar el Señor, como se la dio a Jesucristo...

El 21 de enero de 1927 la jibarita de doce años no pudo resistir por más tiempo la llamada urgente de la selva. Al caer de las primeras sombras de la noche, se fugó con una compañera. Se quitaron el vestido, se pusieron el *tarach* y, ¡adelante!... pero no conocían aquella parte de la selva.

Sor Carlota se dio cuenta al salir de la iglesia, después de las oraciones de la noche. Fue corriendo a Madre María:

—¡Faltan dos jibaritas!

Cogieron las linternas y, en la oscuridad de la noche, salieron a buscarlas sin dejar de invocar a las almas del purgatorio.

¡Su fe debía ser muy grande! ¿Cuál era su rosa de los vientos, su brújula? Llegaron a una choza deshabitada, enfocaron hacia dentro la luz de la linterna. Las dos fugitivas, de noche y sin orientación alguna, se habían acurrucado en el suelo y estaban dormidas.

Sor Dominga anotó: «Damos gracias a María Auxiliadora y hacemos celebrar una misa por las almas del purgatorio». Ni una palabra siquiera que hiciera la menor alusión al cansancio de toda una noche.

Pocos días después, al salir de misa, encontraron las Hermanas a una viejecita jibara con una niña de la mano que les suplicaba:

—Amparadme, tenedme con vosotras. Toda la selva sabe que sois buenas, que nos amáis.

—¿Cómo es que ha venido aquí? —preguntó Sor María a Yampauch, que tradujo así la respuesta.

—Dice que quieren dejarla sola en una choza. Por eso se ha escapado con su nietecita.

Toda la parentela, en sentido amplísimo, se presentó a reclamar a las dos fugitivas. Con el ladrar de los perros y los gritos del jefe,

11 De *Leyendas jibaras-Ecuador*.



Juanín, el jibarito hambriento.

coreado por los lamentos y las imprecaciones de los acompañantes, las maestras tuvieron que interrumpir la clase: no se entendía nada. Salieron también ellas a la plaza.

La vieja no quería dejar la misión en modo alguno (al menos eso decía). Las disputas no acababan nunca.

Sor María volvió al ambulatorio donde le esperaba un pequeñín, al que llamaba *Juanín el hambriento*. Las niñas entraron de nuevo en

clase. Los jibaros discutieron horas y horas y acabaron marchándose, dejando a la vieja y a la niña.

Las Hermanas habían cenado, rezado y estaban acostadas. Sor Carlota, entre despierta y dormida, oyó cantar a un pajarito. «¡Qué canto tan extraño!», se dijo.

La vieja huyó.

Todos los domingos por la noche la directora daba a las Hermanas la conferencia semanal reglamentaria. No importaba que fueran sólo tres. Lo que importaba era la observancia de la Regla.

El año 1926 las encontró fieles. La vida en la selva las había forjado duramente en el yunque del sacrificio, pero no las había endurecido; las había limado, pero no desalentado. El balance era bueno.

El cuarto domingo de enero, después del oratorio y el ensayo de canto para la fiesta de Nuestra Señora de Macas (fiesta oficial), las tres Hermanas tomaron asiento alrededor de la pobre mesa. Madre María cogió su cuadernito y lo abrió, diciendo:

—La conferencia nos la dará san Francisco de Sales».

Leyó: «Todos los santos han imitado la mansedumbre de Jesús, pero ninguno como san Francisco... Su dulzura era fruto de su humildad, de su mortificación, de su oración continua».

La llama de la vela danzaba; las copas de los árboles de *chonta* crujían; los postigos golpeaban. Rugía el viento. Pero a las tres Hermanas ya no les asustaba. Bebían las palabras de aquel cuadernito que Madre María llevaba consigo desde hacía muchos años...

—Terminemos —dijo ella humildemente— con el propósito que escribí entonces... «Practiquemos la virtud de la dulzura. ¿Queréis saber si una alma es verdaderamente virtuosa? Observad si se conserva serena, paciente, dulce, en las dificultades de la vida.»

Después de rezar el *agimus tibi gratias* y el *Ave Maria*, Sor Carlota, que no era capaz de dominar la lengua, dijo:

—Creo que usted es demasiado virtuosa.

—¡Carlota, no digas tonterías!

Como el viento del oeste procedente del Pacífico hacía estremecer la floresta con su grandioso himno de infinitas notas, rugidos y murmullos, despertando el multicolor tropel de insectos, el bramido de las fieras, el chirriar de los grillos, de las serpientes, de las aves de rapina, zarandeando hasta echar a tierra la fruta madura que nadie cogía; arrancando hojas y ramas secas, azotando las aguas de los ríos en su rápido galopar hacia el Amazonas, así el soplo del Espíritu Santo se alzaba sobre la raza shuar.

Dice el Libro del Génesis, 1, 2: «El Espíritu de Dios revolotea sobre la superficie de las aguas».

La ternura de ese *revolotear*, como una águila sobre su nidada, refleja el amoroso cuidado del Creador por la creación y la bondad original de todo lo creado.

En el Oriente ecuatoriano el mandato de Dios: «Que la tierra produzca hierba verde» (Gén. 1, 11) ostentaba una realidad plástica, el verdadero *positivo cromático*, como dicen los pintores surrealistas que intentan resaltar el espacio por el color»...

En aquella inmensidad verde, sepultado bajo la sombra de innumerables árboles, vivía el hombre hecho a *imagen y semejanza de Dios*, estatua viviente de la divinidad. Pero aquel hombre, arrojado del Edén y conocedor del bien y del mal (Gén. 3, 5), en su desilusión y desengaño no había logrado encontrar el camino de retorno. La Redención no le había alcanzado aún.

Y ahora, sobre aquel mar verde, sobre aquel pueblo salvaje, Jesús alzaba su voz: «Tenéis que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere; percibes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Igual sucede con aquél que ha nacido del Espíritu» (Jn. 3, 7-8).

Por medio del *tantán* (tambor) todos los habitantes de la selva conocían a Sor Maria y su gran bondad, pero sólo el Espíritu Santo podía tocar sus almas con fuego divino y abrasarlas.

En aquel lejano 1926 se hablaba poco de carismas. La expresión

Iglesia carismática era totalmente desconocida para la mayoría de la gente. ¡Quién sabe cómo habría traducido Sor María la palabra *carisma*, del griego al italiano, al español, al jibaro! Pero es un hecho, me atrevería a llamar extraordinario, la acción carismática del Espíritu Santo en aquel pueblo primitivo, sometido durante siglos al imperio de Satanás. Por algo «el Espíritu Santo mora en su Iglesia... con variedad de dones jerárquicos y carismáticos» (L. G. 4).

¿Cómo es que había penetrado tan pronto en el alma shuar la idea de la salvación a través del bautismo, siendo así que tan poco y a tan pocos habían hablado de ello los misioneros, Sor María, Yampauch?...

Llegó a la misión un jibaro, joven padre de familia, llevando en sus brazos a un niño reducido a piel y huesos.

—Está medio muerto, como veis. Bautizadlo y sepultadlo en tierra cristiana.

¿Quién había dado a aquel hombre tanta claridad, la luz necesaria para proporcionar la regeneración espiritual al hijo moribundo y confiar su cadáver a la *tierra cristiana*?

En el punto más alto de la colina, en una prederita verde, surgía el camposanto con su cruz en medio. Los maquenses se sentían satisfechos, consolados, pero los jibaros, ¿qué sabían de eso?

¡El viento sopla donde quiere!

A primeros de febrero de 1927 un hombre a caballo llegó a Macas. Dando vueltas de un lado a otro, alegremente repetía a todos:

—¡Monseñor ha llegado a Méndez! ¡Monseñor ya está en Méndez!...

Doce maquenses salieron al encuentro del obispo, como portadores y acompañantes, junto con el mensajero, después de reponer fuerzas y descansar una noche.

Sor Carlota se informó bien: Monseñor iba con un sacerdote, dos coadjutores, Madre Mioletti y una Hermana.

En Macas se empezó a levantar arcos de triunfo, a desbrozar el camino, la plazoleta de la misión, el cementerio. Las alumnas ensayaban entusiasmadas cantos, poesías, saluciones. Las Hermanas lavaban, remendaban, planchaban, con su plancha de carbón los manteles del altar y de la mesa, reservados para las grandes ocasiones, y todo lo necesario para los huéspedes.

¡Ah, las cosas no estaban como el año pasado! Sobre los colchones habían extendido blancas sábanas y sobre una original mesita de

noche, había un paquetito de ropa limpia para cada uno. ¿Las medidas? No había que preocuparse; todo era cumplido para evitar inconvenientes desagradables. En lo más, cabe lo menos.

El 12 de febrero, el centinela que vigilaba desde el declive frente al Upano, giró repentinamente el caballo y emprendió veloz carrera.

—¡Ya está! ¡Ya están aquí!

El misionero había bajado a Macas. Las Hermanas estaban en la plazoleta frente al camino de bajada con todo el alumnado colocado en semicírculo: Mercedes, con la guitarra en bandolera, a punto para las notas de introducción.

¡Cuánta impaciencia en el corazón de aquellas Hijas de María Auxiliadora que, desde hacía más de un año, no veían a su superiora: persona amabilísima que no hacía de su autoridad más que un humilde servicio de amor!

Todos callaban allá arriba y escuchaban atentamente los disparos de los morteretes mientras los ojos hablaban y brillaban de contento.

Cuando un muchacho subió a todo correr para dar la noticia: «Ya están aquí», Sor Carlota no pudo contenerse por más tiempo. Echó a correr camino abajo gritando:

—¡Madre, Madre!

Nadie hubiera podido detenerla. Ni siquiera ella. Uno de los dos salesianos que llegaban, el coadjutor señor Fabián Bonato, que llevaba la máquina fotográfica guardada en una caja, sintió muchísimo no poder fijar la escena. La gente, que en alegre algarabía acompañaba a Monseñor, decía:

—¡Ay, Sor Carlota se cae!

Cayó sí, riendo y llorando, en los brazos de Madre Mioletti.

El 18 de febrero se celebró la *Fiesta jurada* de la Purísima. Los antiguos maquenses (siglo XVIII) se habían salvado milagrosamente de una horrorosa tempestad, acompañada de terremoto, invocando a Nuestra Señora de Macas, que por entonces estaba en Riobamba, como hemos dicho. Era precisamente un 18 de febrero. La selva gemía bajo el ímpetu del ciclón y el fenómeno sísmico desgarraba la tierra en una área que alcanzaba también Riobamba. El convento y la iglesia que custodiaba el cuadro milagroso habían quedado reducidos a un montón de escombros; pero Nuestra Señora seguía sonriendo benigna, rodeada de cintas agitadas por el viento, de símbolos e inscripciones tomadas de la Sagrada Escritura, en el cuadro que quedó intacto.¹

1 *Historia de Macas*, D. Barrueco.

Todos, en Macas, conocían el hecho con profusión de detalles que omitimos aquí. Y todos sabían que sus antepasados habían hecho solemne juramento de celebrarlo siempre el 18 de febrero.

Monseñor Comin, con la alegría de ver madurar los primeros frutos, bautizó aquel día seis jibaritas y tres jibaritos, preparados todos por las Hermanas y por Mercedes Navarrete.

Yampauch se llamó María Luisa. Rebosaba felicidad. Dos días más tarde recibió la Eucaristía, pero no pidió la gracia de curar de la epilepsia que le sobrevino a consecuencia del miedo horroroso que pasó al ver ahorcada a su madre.

—¿Has pedido a Jesús que te cure?

—No, Sor María.

—¿Por qué, Yampauch?

—Ahora me llamo María Luisa.

—¿Por qué, María Luisa?

—Es un secreto. Vamos solas al botiquín y se lo diré.

En el pequeño recinto de olor múltiple a hierbas secas, alcohol, tintura de yodo y éter, la jovencita pronunció palabras que únicamente el Espíritu Santo podía sugerirle:

—He pedido la conversión de todos los jibaros: que ninguno caiga jamás en poder de Iwianch. Y he hecho además una promesa al Señor Jesús: «*Antes morir que pecar*», como Domingo Savio.

Sor Troncatti, conmovida, le dijo:

—Siempre que quieras puedes recibir la comunión.

Yampauch le besó la mano.

La Hermana que acompañaba a Madre Mioletti, destinada a reforzar la comunidad de Macas, se llamaba Inés Canfari. Fue recibida con gran alegría, pero...

—Madre —se atrevieron a decir las Hermanas—, en la lista pedíamos dos.

—Hijas mías, dad gracias a Dios de que haya podido encontrar una. En Méndez todos quieren que mande a las Hermanas; no me querían dejar salir. Figuraos que el misionero llegó a decirme: «*Déjenos, al menos, ésta*».

—¡Se necesita ser ingenuos para hablar así!

—Schssssit. ¡Calladitas!

Reían divertidas. Entretanto, Sor Inés trabajaba alegremente como si el viaje, la lejanía, la pobreza, las dificultades, no le hubieran hecho mella. Sólo ella sabía el porqué de tanta actividad; pero prefería no hablar del asunto.

El Padre Duroni había vuelto. La comunidad se había reforzado

también con otro sacerdote, el Padre Chierzi. Monseñor soñaba la conquista de los jibaros a base de hombres seguros. Había que construir la iglesia, la casa para los Padres y el internado masculino, además de los muebles más indispensables, por ejemplo las camas, puesto que dormir en el suelo, debido a la gran humedad, era peligroso.

Para las Hermanas suponía un aumento de trabajo, pero ellas se ofrecían gustosas a todo. Sor Troncatti hubiera deseado tener un telar para que no faltara tela para vestir sobre todo a los jibaros que llegaban sólo con el *itip* o, con nada. Sor Carlota, entretanto, aconsejada por la comunidad reunida, cortó una sotana para el Padre Duroni, se la probó y, al darse cuenta de que el cuello le venía muy ancho y el bolsillo estaba torcido, se puso las manos a la cabeza. Pero Sor Troncatti la tranquilizó:

—Yo he visto sotanas así y bolsillos torcidos...

El Padre Duroni se puso muy contento, tanto más cuanto en la misión donde iba destinado, fuera de Macas, no había Hermanas. Estaba vestido y eso le bastaba.

Por la relación del Padre Corbellini y por cuanto le habían contado los maquenses, Monseñor Comín comprendió que la atracción mayor para los jibaros la constituían el ambulatorio y el médico: Sor María. Todos la conocían y había entrado a formar parte de su mundo.

—¿Es verdad, Sor María, que acepta la *chicha* cuando va a las jibarias? —preguntó Monseñor.

—Cuando puedo tirarla al suelo, sin que se den cuenta, lo hago. Y si no...

Sor Carlota quiso añadir de su cuenta:

—A veces estamos tan desfallecidas (yo la acompaño con mucha frecuencia), que la bebemos como... como *elixir*.

—Y cuando tenéis que pasar la noche fuera, ¿cómo os arregláis?

—¡Oh!, ¡las mujeres nos ceden su lecho!

—¡Pero nos llevamos las sábanas!

—¿Los jibaros aceptan el bautismo cuando están graves?

—Casi siempre.

Monseñor se sentó a la mesa con las cinco Hermanas y les dio una conferencia preparatoria a la cuaresma, que Sor Dominga tituló así: «Hacer ayunar la voluntad».

Seguidamente visitó el botiquín.

—Excelencia —le dijo Sor María—, faltan muchas cosas indispensables. Por ejemplo, no puedo coser las heridas con el hilo que usamos para remendar y zurcir los pantalones. Para operar tengo muy pocos utensilios, demasiado primitivos, insuficientes.

Suspirando profundamente, añadió:

—Jamás hubiera podido imaginarme con un bisturí en la mano, operando como un experto cirujano...

—Dios quiere servirse de sus manos y de su corazón. Irá a proveerse de lo necesario y el obispo ya pagará. No escatime gastos para el hospital...

Llamaban *hospital* a la choza construida hacía poco.

—Es mejor que se vaya cuanto antes, Sor María, mientras nosotros estamos aquí.

—Si, excelencia!

Madre Mioletti se ofreció para curar y visitar a los enfermos en ausencia de Sor María. Monseñor dio las indicaciones pertinentes para el viaje:

—Vaya por el camino de Zuñá hasta Riobamba. De allí a Guayaquil hay tren.

El 22 de febrero, con una señorita y dos acompañantes, con su hábito de viaje, Sor Troncatti partió en un brioso caballo, asegurando que volvería lo antes posible.

El viaje de ida fue sin incidentes. El canónigo que fue a saludar en Riobamba, rogó a Sor María que transmitiera su súplica a la Inspectora: «Hemos oído hablar del gran bien que estáis haciendo dentro y fuera de la selva. Enviadnos a las Hermanas».

¿Hasta aquella ciudad había llegado, tan rápidamente, el eco del humilde trabajo de las misioneras?

«El viento sopla donde quiere.»

En Guayaquil, Sor Troncatti se proveyó de bisturíes, de pinzas, grapas, *catgut*, vendas esterilizadas, algodón hidrófilo, desinfectantes, anestésicos, medicinas... No era médico, pero sabía muy bien lo que llevaba entre manos. Y conocía sus límites, naturalmente. Pidió que la acompañaran al hospital principal y la presentaran al director del mismo.

—Vengo del Oriente —dijo—, de Macas. Allá no hay médico. Yo soy enfermera de la Cruz Roja Italiana. Tengo que operar y curar como si fuera un cirujano. ¿Haría el favor de dejarme asistir a alguna operación?

El director mandó llamar a un joven cirujano de grandes esperanzas: al doctor Luis Romo Rosales.

Ambos escucharon admirados a aquella mujer de cuarenta y cuatro años que, en términos sencillos, pero con calor y amor, hablaba de su misión entre los colonos y los salvajes, de sus experiencias, de sus necesidades, de sus esperanzas.

El cirujano le enseñó la sala operatoria y la invitó para la mañana siguiente: tenía un caso muy interesante.

Antes de que regresara Sor María a la selva le dijo el doctor Romo Rosales:

—Para todo cuanto necesite, sabe que me tiene a su disposición. Si alguna aclaración le interesa, no tiene más que escribirme. Me sentiré honrado de servirla.

Había que regresar pronto. La señorita que había acompañado a Sor María hasta Guayaquil, no volvía. Pero Madre Mioletti mantuvo su promesa y, de mano de Sor Troncatti, recibió Sor Hortensia Coronel, del Colegio María Auxiliadora, la carta de obediencia: debía trasladarse a Macas.

Partieron, pues, viajando en tren hasta Riobamba, donde encontraron los caballos y los guías.

No fue sólo Sor Hortensia la que lloró al abandonar la grande y hermosa ciudad marítima. Lloró también Sor María.

Las Hermanas que le habían oído hablar con tanto entusiasmo de su misión, quedaron sorprendidas. Sor Delia Naranjo le preguntó:

—¿Por qué llora?

—Antes no lo sabía... Pero ahora, sí. Ahora ya sé lo que es la misión. ¡La Santísima Virgen me ayudará! *¡Mater mea, fiducia mea!*

—¿Qué jaculatoria es ésa? ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que María Santísima es toda mi esperanza.

Los edificios, grandes y hermosos, de madera o de obra, de Guayaquil, las amplias y soleadas avenidas, los monumentos, las majestuosas palmeras, las diligencias, los establecimientos provistos de toda clase de artículos, las muchedumbres alegres y clamorosas, le devolvieron la alegría de vivir en un ambiente social más fácil, más desarrollado, más próximo a su civilización latina.

Lloró, sin vergüenza alguna, humildemente. Y partió.

El trenecillo la dejó en Chunchi, donde tenía que hacer transbordo. Sus queridos indios corrieron a verla, le contaron sus desventuras, le mostraron sus heridas, le pidieron remedios para sus enfermedades y consuelos para su alma afligida.

De nuevo sintió Sor María la dolorosa separación de aquel su querido mundo de montaña. Dijo para sí: «*Diamine!*, no quiero llorar más» y le temblaba la barbilla.

Llevaba un mes fuera de Macas. El 24 de marzo, la pequeña caravana se adentró en el corazón de la selva. Había llegado la estación de las lluvias. Caminaban con mucha dificultad.

Cerca de Chanalá, costeanado el Upano que descendía caudaloso

de la montaña, siempre bajo una lluvia torrencial, el caballo de Sor María se encabritó de improviso, dio un salto brusco y la arrojó al pantano.

—No es nada —dijo ella intentando levantarse mientras los otros se apeaban y corrían a auxiliarla.

—¡No es nada!

Pero no podía apoyar el brazo izquierdo para levantarse.

La sacaron de allí. Estaba de fango hasta el cuello. Aún tuvo valor para decir:

—¡*Diamine!* ¿Qué es lo que tiene este brazo?

El hombro le dolía muchísimo. Intentó moverlo; quiso levantar el brazo.

—¡*Diamine!* ¡Me habré roto la clavícula!

Prosiguió el camino a pie ayudada por Sor Hortensia. Los dos maquenses llevaban los caballos de las bridas.

Al anochecer llegaron a la parroquia de Playas, calados hasta los huesos. Una india y Sor Hortensia ayudaron a Sor María a quitarse su vestido de viaje y lo lavaron con agua hirviendo. Tomaron todos un poco de té y al poco rato llegó un hombrecillo *sietemesino* para poner la clavícula en su sitio.

Hasta dónde llegaba su ciencia médica, nadie lo sabía. Pero untada toda la parte afectada (Sor Troncatti veía las estrellas, aunque no respiraba) con un ungüento de su propia fabricación, el hombrecillo vendó fuertemente el hombro y se marchó augurando buena suerte.

Sor María pasó la noche sentada en una silla, preguntándose si al día siguiente estaría en condiciones de montar a caballo.

El 27 de marzo llegaba a Macas, después de haber hecho a pie, en tres fatigosísimos días, aquel difícil camino.

Madre Mioletti, al verla, se asustó: estaba livida, tenía la cara desencajada por la violencia del mal.

—¿Qué ha sucedido?

Sor Hortensia explicó, mientras Sor María se dejaba caer sobre una silla. Sor Dominga y Sor Carlota se echaron a llorar.

—¡*Diamine!*, en vez de llorar, hacednos un *cafetito*.

Cuando Sor María decía *diamine*, las jibaritas, que no conocían el significado de aquella extraña palabra, se miraban esperando que surgiera alguna magia. Pero ahora, al ver llorar a las Hermanas, no pudieron hacer otra cosa que imitarlas.

Sor María se levantó, ocultando a duras penas una mueca de dolor.

—No es nada —dijo—. ¡Vamos, vamos, *diamine!*

Y reemprendió nuevamente su trabajo, si bien tuvo que enseñar a Sor Carlota a poner inyecciones, porque aquel bendito hombre no acababa de asentarse y el brazo continuaba doliéndole.

A los tres días de su llegada, Madre Mioletti, Monseñor y su comitiva salían de Macas bajo un diluvio. Sor Dominga anotó: «Los ríos crecen pavorosamente. Estamos completamente aisladas. Durante cuatro o cinco semanas no recibimos correo ni viveres».

El pensamiento de las misioneras acompañaba con mucha frecuencia a los viajeros y su corazón se estremecía.

El 5 de abril regresaron de Méndez los maquenses que les habían acompañado. Misioneros y misioneras los asaltaron a preguntas:

—¿Pudieron atravesar los ríos?

—¿Dónde durmieron?

—¿Cómo llegaron a Méndez?

Habló uno por todos:

—En el Yurupaza tuvimos una desagradable aventura. Lo difícil del camino retardó la marcha y al caer la noche no habíamos llegado más que a la jibaria del cacique Jimpikit. Nos dirigimos a su choza gritando para avisar nuestra llegada. Nadie respondía. Avanzamos con cautela: la casa estaba vacía. Entramos. Pero súbitamente una nube de disparos nos obligó a huir a todo escape.

—¿Y dónde dormisteis?

—Caminamos hasta la jibaria del buen Juank. Los Jimpikit nos tomaron por militares llegados de Riobamba para castigar a los culpables del último asesinato.

¡Ah, sí! En la espesura de la floresta, sin más testigos que Dios (pero, o lo ignoraban expresamente si eran blancos, o lo desconocían si eran jibaros) sucedía también muy a menudo que un tiro de fusil dejaba tendido en el suelo a un hombre; la mayoría de las veces un blanco.

El gobernador de la provincia Morona-Santiago mandaba una patrulla con orden de llevar prisioneros a los culpables. Generalmente para realizar este desagradable papel eran elegidos los «duros», ladrones o bandidos, o los mismos mesnaderos...

La familia de Jimpikit, que tenía cuentas pendientes, se había eclipsado y, desde la espesura, disparaba.

Madre Mioletti llegó a Guayaquil después de un mes de viaje. El 12 de mayo escribía a Madre Clelia Genghini, secretaria general del Instituto, una carta que ponía los puntos sobre las íes de cuanto llevamos dicho. Leemos así:

«... De regreso del largo viaje a Macas le envío los informes com-

pletos. La culpa de no haberlos mandado antes es toda mía, porque he hecho el viaje a la misión en enero, tiempo en el que tenía que haber estado en Chunchi... Además, el viaje y la estancia allí duró tres meses; de ahí el retraso. Sírvase disculpar una vez más a esta pobre hija que, a pesar de su buena voluntad, no hace las cosas a tiempo ni como es debido... El viaje de regreso de Macas a Cuenca fue terrible, tanto por las ininterrumpidas lluvias como porque, tomados por policías, sufrimos el asalto de los salvajes en Yurupaza, a dos días de Macas... Allí encontré a las Hermanas con buena salud y muy contentas. He llevado a Sor Canfari, que, después de la grave enfermedad del año pasado, hizo la promesa al Señor de ir a las misiones si se curaba. Trabaja mucho y está contenta... Además de la escuela y el dispensario, las Hermanas realizan una labor muy buena con las jóvenes adultas y las mamás blancas, que acuden para utilizar la máquina de coser (la única en toda Macas), y aprovechar la habilidad de Sor Carlota Nieto con lo cual tienen arreglada a toda la familia. Entretanto la buena Sor Troncatti les da un poco de instrucción religiosa...»

Interrumpamos la lectura y preguntémonos si no habríamos considerado nosotros la máquina de coser demasiado preciosa y singular para dejarla en las manos inexpertas de las colonas, acostumbradas más bien a manejar el machete. Quizá hubiéramos exclamado: «¿Y si la estropean, o rompen la aguja?» En cambio, Sor María y sus Hermanas, habiendo hecho de sí mismas una donación a fondo perdido, enriquecían a muchos con su pobreza y, por esto mismo, su testimonio presentaba credenciales irrefutables. Todos los corazones se abrían a Sor María que presentaba su viejo catecismo con toda humildad y en la verdad de la caridad. Hubiera podido hacer suyas las palabras del Apóstol: «Yo estuve entre vosotros con un amilanamiento, y con temor y grande sobresalto. Y mi lenguaje y mi predicación no fue con persuasivos discursos de sabiduría, sino con demostración de Espíritu y con eficacia» (1 Cor. 2, 3-5).

Sigamos leyendo: «El oratorio es asimismo floreciente y las Hermanas ejercen, sobre cristianos y jibaros, una influencia muy beneficiosa. Sor Troncatti se ha caído del caballo y se ha dislocado la clavícula izquierda. Estoy preocupada por ella y creo que si no mejora tendrá que salir de la selva y venir a curarse a Cuenca, aunque no será posible en estos meses, o sea, hasta agosto, porque los ríos están muy crecidos y no podría pasarlos...».

¡Arre, caballo!... La clavícula fue poniéndose en su sitio por sí sola, lentamente. Sor María no dijo nunca nada, ni siquiera contó

las noches que se pasó en blanco por efecto del mal. Sor Carlota le daba masajes con ungüento *Mentholatum*, que servía para una multitud de males: para aliviar inflamaciones externas, irritaciones de la piel, dolores nerviosos de cabeza, catarro nasal, manos agrietadas, etcétera.

Pero los jibaros hacían ascos y arrugaban la nariz al olor del mentol. ¡Sus olores eran muy distintos!

Con el pensamiento puesto en el Espíritu Santo que Dios da a quien quiere «ni más ni menos que a nosotros» (Hech. 15, 8), sigamos con interés las notas de Sor Dominga para salir al encuentro del 1928.

«24 de junio de 1927: Conmemoración de María Auxiliadora. Nuestra buena Madre nos ha regalado una jibarita de ocho años. Ha venido con su mamá y un hermanito enfermo. Los rodeamos cariñosamente y dijimos a la Madre: «¿Nos dejas a la niña? Aprenderá muchas cosas y después volverá a la jibaria». La madre accedió en seguida. Le quitamos el *tarach* y le pusimos un vestidito...

Najar, así se llamaba la jibarita, se quedó muy a gusto y pronto Yampauch empezó a hablarle de Jesús. Pasados unos días el hermanito restablecido, volvía a la jibaria con su madre. Najar fue Bautizada más tarde con el nombre de Marina.

13 de agosto: «También hoy la Virgen nos regala una jibarita de doce años. Toda horrorizada suplicó que la recibiéramos en casa porque había sido robada por un jibaro mientras trabajaba en la *chacra* con su madre; pretendía hacerla su esposa, pero al no consentir ella la habría matado de no haberse dado a la fuga».

Las Hermanas le cortaron los cabellos enmarañados, la lavaron, le hicieron poner un vestido limpio. Chinkiamai era feliz, pero...

Al día siguiente, he aquí que se presenta Awananch, el joven prepotente, reclamándola:

—¡Quiero a mi mujer!

—¡Ella no te quiere a ti!

Chinkiamai se había escondido debajo de la cama de Sor María. Awananch imprecó todo lo que quiso hasta cansarse, gritó como un obseso, llamó a la esposita robada con palabras cariñosas y terribles y después se marchó, afrentado, pero no vencido.

El 15, fiesta de la Asunción de María, a las primeras luces del alba, ya estaba al acecho escondido entre los árboles. De pronto vio a Chinkiamai que entraba en el dormitorio de las Hermanas. Echó a correr.

Sor Dominga describe así la escena: «Awananch intenta arrastrarla fuera. Ella se agarra a las camas, a la cintura de la Directora y grita: ¡No, no! ¡Mátame aquí, pero yo no vuelvo contigo!».

El misionero intervino; habló de la ley, de la gravedad del hecho, de la probabilidad de la prisión... Awananch se marchó, esta vez, sin esperanza.

26 de agosto: «Una mujer de Macas nos trae un niño de año y medio. Los padres jibaros lo traen aquí porque el brujo no puede curarlo. En efecto, Tsanimp está delgadísimo y no se sostiene sobre sus piernecitas torcidas.

28 de agosto: «La madre de Chinkiamai viene a verla trayendo consigo un muchachito, hijo suyo. Nos lo deja a cambio de un *tarach* nuevo». Las Hermanas lo instruyeron y fue bautizado con el nombre de Miguel Carlos. Pasó al internado masculino.

Vivían en la misión, en el internado masculino, dos jibaritos bautizados con el nombre de Domingo y Salvador. Eran felices y el misionero fundaba en ellos sus mejores esperanzas: «Crecerán buenos cristianos, aprenderán a construir su casa, a trabajar la tierra, a criar el ganado, se casarán con alguna jibarita cristiana que sepa trabajar la *chacra* y criar a sus hijos en el santo temor de Dios y serán el primer núcleo del pueblo cristiano shuar».

Por la jibaria de los dos jibaritos pasó en octubre el pastor protestante y, cuando supo que habían mandado a los muchachos a la misión católica, lanzó un «¡Ignorantes! ¿No sabéis que allí venden a los niños y niñas a los blancos?».

Sobre qué bases se asentara aquella afirmación, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que Sor Maria daba «a criar», a alguna madre de Macas, a los pequeñines de pocos meses que le mandaban. Y aconteció más de una vez que una mujer blanca amamantó, con el suyo, al niño jibaro de Sor Maria. Si pensamos en la virulencia del racismo aun en esta última parte del siglo XX, no podemos sino inclinarnos ante la obra de Sor Troncatti y de las humildes y generosas colonas de Macas.

El pastor protestante, que hablaba de trata a la manera de los antiguos esclavos, prometió a los padres de Domingo y Salvador interesarse por ellos y hacerlos volver a la jibaria. En cuanto llegó a Sucúa escribió una carta, firmada por el teniente político, acusando a la misión católica de haber robado dos jibaritos. La orden era de devolverlos inmediatamente a sus padres.

Volvamos a la crónica de Sor Dominga: «... Pero cuando vino la mamá y los vio felices y contentos, confesó que los protestantes la

habían engañado diciendo que habían sido vendidos a los blancos. Lloró de consuelo y se fue.

El 17 de octubre, acompañada de Lolita Noguera, joven e infeliz colona, partió Sor Troncatti para Méndez a donde habían llegado de nuevo Monseñor y Madre Mioletti. Con ellos estaba también Sor Consuelo Iglesias, que sería nombrada poco después directora de la proyectada casa de Méndez.

Sor María, además de la inseparable maletita médica, llevaba a Méndez doce *tarach* y veinte *sucres* que ofrecían los maquenses para contribuir a los gastos del transporte de los cajones de material escolar depositados en Río Negro.

Durante los cuatro días de camino Lolita contó de punta a cabo su historia, no porque Sor María la ignorase, sino para desahogarse y llorar libremente. No lograba desterrar de su corazón un sentimiento de culpa, que era más bien una desgracia: era víctima, pero no culpable. Antes de que los misioneros llegaran a Macas se había unido a un joven colono con la promesa de que, en cuanto pasara un sacerdote católico, celebrarían el matrimonio religioso. Habían nacido dos niñas. Cuando llegó el Padre Duroni, la joven mujer se preparó para celebrar el matrimonio religioso. Pero su compañero, sin saber cómo había desaparecido.

Sor María tenía con las internas a las hijas de Lolita, quien le correspondía con un amor grande, lleno de ternura y confianza.

Por desgracia no eran poco frecuentes los casos, semejantes a éste, ni entre los blancos ni entre los jibaros. Y las víctimas eran no sólo las jóvenes abandonadas en la soledad de una *chacra* o en medio del camino, bajo los árboles milenarios de la floresta, sino los niños... Sor María veló por ellos, con especial amor, durante toda su vida. Para las muchachitas-madres tuvo siempre y solamente comprensión, compasión, amor, ayuda.

El 29 de octubre entraba en Macas con toda la caravana. Madre Mioletti llegó con mucha fiebre. Sor María diagnosticó: ¡pulmonía!

La pobre inspectora tuvo que guardar cama quince días y, cuando Monseñor decidió regresar, llevándose al Padre Duroni, ella debilitada como estaba todavía, tuvo que quedarse con sus misioneras hasta finales de 1927.

Leía las anotaciones de Sor Dominga y contemplaba la ola benéfica con que el Espíritu Santo llenaba de vida la selva del Morona-Santiago.

Sor Dominga había anotado en diciembre: «Traen a un jibarito de doce años muy enfermo. A las diez de la noche del 10 de diciem-



... Y Sor Maria sonreía.

bre, muere el jibarito bautizado con el nombre de Adolfo. Le asistimos en la agonía. Vemos cómo sonríe feliz...».

«Vienen los padres a buscar a un jibarito de dos años que ha estado con nosotras seis meses (curado por Sor María). Lloro desesperadamente al irse.»

«Traen a Yampis gravemente enfermo de tuberculosis intestinal.»

«Vienen los padres de Marina (Nakar) y quieren llevársela. Ella grita y suplica; no quiere abrazar a su padre por miedo a que se la lleve de la misión. Interviene el misionero y, por fin, el padre se convence. Lloro, pero deja a su hija para que aprenda a rezar, a leer y a escribir.»

Eran los primeros días del año 1928. Madre Mioletti presencié una emocionante escena que transcribimos, idéntica del cuaderno de Sor Dominga:

«Dos esposos jibaros nos traen a su niño, Suwamar, gravísimo. Sor Troncatti les advierte que está para morir y que, si consienten, llamará al misionero para que lo bautice; así, nada más morir, irá al cielo con Dios, a un lugar de delicias. Aceptan. Viene el Padre Corbellini (entonces director) y, en presencia de las internas y de los internos, lo bautiza. Una hora después, muere. Se celebra un solemne funeral al que asisten los padres y muchos jibaros.»

Madre Mioletti partía después llevándose la crónica de 1927 que, en el 14 de diciembre tenía una nota interesante: «El alcalde Luis Anda ha venido a leernos una carta de complacencia del gobierno por las *benéficas* labores que esta misión ha puesto en práctica en bien de la instrucción de los moradores de esta región. Honor y Patria».

Poco tiempo después un periódico de la capital publicaba un artículo sobre las misioneras salesianas del Oriente ecuatoriano. Madre Mioletti lo recortó y lo envió a Turín, al Consejo General. Decía así:

«Para que nuestros lectores se formen una pequeña idea de las beneméritas Hijas de María Auxiliadora que regentan las misiones hospitalarias de Méndez (casi recién fundada) y Macas, hablaremos de estas religiosas que, abandonando familia y patria por puro amor de Dios, se internaron en la floresta. María Troncatti se llama la superiora de Macas. Cursó los estudios de enfermera en Italia, su patria. Cuando aquella nación tomó parte en la guerra europea (1914-1918) Sor María trabajó solícita en la línea de fuego (aquí el periodista aviva las tintas, según costumbre) como miembro de la Cruz Roja aliviando dolores y curando heridas. En 1923 vino al Ecuador y el 8 de diciembre de 1925 llegó a Macas. Según una estadística de 1927

Sor María ha efectuado 597 curaciones con sólo dos casos mortales... ¡María!, sinónimo de ternura y de bondad. El candor de su rostro inspira respeto y estima. Comó toda religiosa, de sus labios no salen sino palabras de compasión para los pacientes que recurren a ella, a los cuales se dedica sin descanso, consolándolos, mientras pone en acto toda su pericia. Con su delicadeza de trato y su cultura ha conquistado los corazones de todos los maquenses. Habla con gusto de los episodios de la colosal guerra europea e igualmente de los de la selva oriental, donde vive como un ángel de caridad, haciendo rebosar como de una copa de oro, el bálsamo milagroso que mitiga los dolores de la humanidad.»

Quizá al doctor Luis Romo Rosales no le resultaba extraña aquella relación que alguien se atrevería a calificar de perorata, pero que nos da la altura del trabajo apostólico de Sor Troncatti en sólo dos años de misión.

Al soplo del Espíritu la semilla germinaba.

Al soplo del Espíritu el fruto se iba sazizando.

El señor Fabián iba plasmando las diversas etapas con su máquina fotográfica. Oculto bajo el paño negro gritaba: «¡Uno, dos (sonrían), tres!».

Y Sor María sonreía. Después mandaba la fotografía a la hermana escribiendo en el reverso: «A mi querida Catalina. ¿Ves dónde vivo? En esta choza se encuentra la felicidad. ¿Ves estas tres jibaritas? La de en medio hace poco que está con nosotras. Tenía miedo de fotografiarse. Las otras dos ya están bautizadas. Tu hermana María».

Por una carta que escribió Sor María a sus padres, el 22 de julio de 1928, sabemos que las jibaritas internas llegaban ya a dieciséis.

«... De nuevo con vosotros, queridísimos míos. ¿Cómo estáis? Pienso en vosotros de día y de noche, cuando me desvelo. No sé si os dije ya en otra carta que tres de las salvajitas han recibido la primera comunión. Era conmovedor ver a aquellos tres angelitos rezando toda la noche para que Jesús llegara pronto a su corazón. Son muy buenas y rezan siempre para que los demás salvajes se hagan cristianos. Ahora tengo en casa dieciséis. El número aumenta y gracias a vosotros puedo vestirlas; están contentísimas con sus bonitos vestidos. Yo estoy bien de salud, gracias a Dios. No me faltan sufrimientos en esta tierra *tan árida*...»

A los muchos sufrimientos que pesaban sobre Sor María, había que añadir aquellos días uno nuevo, un obstáculo imprevisto.

Ya hemos dicho que los reverendos Padres Predicadores, o Dominicos, habían abandonado la misión de Macas. La sede de su vicariato estaba en Canelos, junto al río Pastaza. También hemos visto que los jibaros, en su mayoría, no habitaban la parte derecha del Upano, esto es, la sede de Macas, sino la orilla izquierda, donde existió antiguamente Sevilla del Oro, que fue destruida.

Un solo colono habitaba aquella zona: don Venancio Aguayo. Hombre emprendedor, valiente en extremo, humano, inteligente, había talado la selva en una ancha área próxima al río y vivía allí tranquilo y hasta respetado por los jibaros.

El misionero, el Padre Daroni primero, y el Padre Corbellini ahora, atravesaba de vez en cuando el río de muchos brazos e iba a casa de aquel colono que le indicaba los senderos de la selva y las posibilidades de evangelización en el reino shuar. Un maravilloso sueño empezaba a cobrar forma lentamente.

De allá venían los jibaros para que los curara Sor María. Algunas veces ella misma atravesaba el río e iba a sus jibarias. En Cuenca,

un clérigo, Angel Rouby, estudiaba con ahinco la lengua jibara. El proyecto misionero iba adquiriendo mayor precisión.

Un día se presentó el Padre Corbellini ante el botiquín de Sor Troncatti con una carta en la mano y muy preocupado:

—¡El diablo está metiendo la pata!

—¿Quién será ese diablo?

El Padre Corbellini se rascó la cabeza... Había ido demasiado lejos.

—Nos comunican de la sede del vicariato de los dominicos, que no nos corresponde la misión del otro lado del río.

—¡Diamine!

El misionero leyó: «La nueva misión que habéis establecido frente al Upano pertenece a la jurisdicción de Canelos...».

Sor María le interrumpió:

—Pero, Padre, ¿por qué se preocupa? Nosotros no hemos establecido ninguna misión allí.

—Es verdad. Eso es lo que he contestado; pero caen por tierra todas nuestras esperanzas: no podremos dar el salto.

—Consuélese, vuestra reverencia. Monseñor Comín arreglará este asunto.

—No es fácil, Sor María. Habría que retocar la división jurídica establecida por la Santa Sede.

—La selva es inmensa. ¿Quién ha sido capaz de medirla? ¿Cómo la han dividido? Además, ¿es seguro que la otra parte pertenece a Canelos?

Sor Troncatti hablaba así para animar al misionero, usando su buen sentido, sencillo y seguro, sin respaldo científico de ninguna clase. Y, a pesar de todo, el Padre Corbellini se propuso hacer revisar las bulas jurisdiccionales eclesiásticas. Escribió a Monseñor hablándole sobre el particular; pero no cesó su preocupación.

Por bondad misericordiosa de Dios recibió otra carta de muy distinto tenor, de los colonos de Sucúa y de Huambi. Le rogaban que, después de leer su contenido, se sirviera expedirla al vicario apostólico. La leyó a los hermanos y a las misioneras.

«Ilustrísimo señor: Nos presentamos ante V. S. para pedirle se sirva protegernos por medio de uno o dos de sus abnegados hijos contra los peligros que nos puedan sobrevenir encontrándonos lejos de los consuelos de nuestra santa religión. Nosotros mismos construiremos la capilla y proveeremos a la subsistencia de los reverendos Padres misioneros. Por este favor daremos infinitas gracias a Nuestro Señor y a María Auxiliadora y estaremos eternamente agradecidos a V. S.»

Añadió el Padre Corbellini: «Siguen las firmas». Las contó: eran veintiséis.

Sor María preguntó:

—¿Está también la de Daniel González?

—¡Claro!

Estaban contentos. En los montes que rodean Sucúa vivían varios grupos de jibaros. Podrían echarse las redes a la derecha a falta de...

—¡No, no! A izquierda y derecha María Auxiliadora reinará.

Además de esto, una sede misionera en Sucúa sería un magnífico enlace entre Méndez y Macas, tanto más cuanto ahora se podía hacer todo el viaje a caballo, pasando por Río Blanco.

Y la vida proseguía su ritmo intenso.

El 24 de mayo de 1928 las niñas de la escuela y las del oratorio cantaron la Misa *Te Deum* de Perosi. Los niños se exhibieron en una brillante actuación gimnástica. Las Hermanas habían confeccionado la bandera nacional uniendo tres cintas: amarilla, azul y rosa. El misionero la había bendecido en medio del júbilo de la población.

El 3 de junio se clausuraron los ejercicios espirituales en Pitaloma, o sea General Proaño, para los colonos.

El 24, los misioneros inauguraban el campo de *foot-ball* y (transcribimos literalmente de la crónica de los salesianos) «por la noche pasan todos a quitar una gruesa espina de un gran corazón y a poner, en su lugar, una flor». La devoción al Sagrado Corazón, con la práctica de los nueve primeros viernes y la hora santa (la gran Promesa), invadía y santificaba Macas.

El 29 tuvieron lugar los exámenes finales y la clausura del año escolar. El cronista salesiano anotó: «Causó impresión el examen de los jibaritos y las jibaritas que asisten a la escuela».

En Río Blanco, en plena floresta, un colono, don Luis Carvajal, que se había apropiado un buen pedazo de terreno y lo estaba transformando en plantaciones y praderas (el potrero), construía también una capilla con la ayuda de cincuenta jibaros contratados a salario para cortar los árboles.

El 16 de agosto llegaba de improviso a Macas Monseñor Comín con el Padre Crespi (que iba para rodar filminas), el Padre Conrado Dardé, español y gran predicador, dos Hermanos coadjutores y el suspirado clérigo Angel Rouby. Huéspedes de don Mario Rivadeneira, recibieron allí la bienvenida: toda Macas acudió jubilosa.

El Padre Dardé predicó con su lenguaje castizo, académico. Los misioneros, terminada la función, preguntaron a los maquenses: «¿Os ha gustado?».

Con un poco de reparo respondían: «¡Ah!, Sor Maria sí que predica bien. A ella la entendemos siempre».

¡No había por qué ofenderse! Sor Troncatti metía en sus exhortaciones hasta el dialecto bresciano. Pero todos la entendían, probablemente con los oídos del corazón.

Monseñor, terriblemente cansado, hubo de permanecer allí más de lo previsto y someterse a los cuidados de Sor Troncatti

El 2 de septiembre, don Luis Carvajal recibió en su «feudo» al obispo, al Padre Corbellini y al clérigo Rouby para la bendición de la capilla.

De Belén, de Huambi y de Sucúa acudió mucha gente a caballo y a pie. Había también muchos jibaros, servidores de los colonos, que asistían, indiferentes, al desarrollo de la función. En la sencillez de su mente se decían: «Esta gente reza a Dios y es muy mala con nosotros».

No digo que tuvieran razón en todo ni siempre. «Nosotros estamos convencidos de que somos todos bienhechores, todos altruistas, de que amamos a las *razas inferiores*. Si ellas no lo reconocen, esto prueba que son inferiores por naturaleza, puesto que no saben apreciar la superior benevolencia y la cultura de la raza blanca. Pero, ¿en qué se apoya nuestra convicción? ¿No es, más bien, una perversión, una inveterada malicia?».¹

Dejemos esto y sigamos, en cambio, a un joven con sotana negra que se acerca a los jibaros, dejando a los blancos en su festiva algazara.

Aquel hombre era Angel Rouby. Preguntó en lengua shuar:

—¿Cómo estáis, hermanos?

Los interpelados no pudieron por menos de corresponder a su sonrisa. Rouby era alto, de ojos grandes, sombreados, misteriosos y claros a un tiempo. Era, sobre todo, puro como un ángel. Lo devoraba la sed de las almas, las más lejanas, las más abandonadas. Ha pasado a la historia de la Congregación Salesiana como el misionero mártir, el verdadero fundador de la misión entre los jibaros, especialmente del otro lado del Upano.

La fiesta terminó con el acostumbrado disparo de morteretes. Cuando, atravesado el Río Blanco, los tres misioneros montaron a caballo, Rouby resplandecía: el primer contacto con los hijos de la selva lo había electrizado.

Y los jibaros, aquella noche, *telegrafiaron* con el tantán, de una

¹ *Diario de un testigo culpable*. Thomas Merton.



"Telegrafaron" con el "tantán".

jibaría a otra: «Ha llegado a nosotros un blanco que nos quiere de verdad. Además de Angel, se llama también Rouby. Ha dicho que vendrá pronto a visitarnos a las jibarias. Paso libre para él...».

Lo mismo que Sor Carlota se sentía feliz con las jibaritas, así Angel Rouby con los jibaros internos. El Padre Corbellini lo amó en seguida como un padre. Sor Maria trataba de frenar su ímpetu: había que conservar aquella perla para la misión.

Muy a menudo se quedaba encantado mirando a la otra parte del río. Más a menudo aún, se internaba en la floresta, con sus muchachitos jibaros, adiestrándose para las largas exploraciones. Llevaba siempre consigo un cuadernito: el catecismo traducido por él a la lengua shuar.

El 16 de octubre de aquel mismo año un joven misionero, director de Gualaquiza² —la primera fundación salesiana en el Oriente del otro lado del río Zamora— llegaba a Macas pidiendo hablar con Monseñor. Había cruzado la selva, abriéndose camino, paralelamente a la cordillera del Cóndor; vadeando los ríos; manejando el hacha; durmiendo donde podía.

—¿Y Monseñor? ¿Está Monseñor?

Le dijeron:

—¡Se marchó ayer!

Dejóse caer sobre un taburete.

Sor María le ofreció una taza de café.

—¡Animo, Padre Juan!

—He caminado quince días...

—Beba vuestra reverencia. Descansará unos días y después...

—¿Después? Mire mis pies.

De los zapatos destrozados salieron dos pies ensangrentados.

—No es nada, no es nada Venga al ambulatorio. Le curaré y después irá a la cama.

Las bondadosas y expertas manos de Sor María lavaron, desinfectaron y vendaron los pies del Padre Juan Vigna, que dejaba hacer, demasiado cansado para sentir vergüenza de presentarse tan sucio y tan maltrecho.

Ella decía: no es nada, para tranquilizarlo, pero se había dado cuenta en seguida de la gravedad de la infección; había peligro de septicemia. Ignoraba, por supuesto, que él fuera médico.

—Ahora, vuestra reverencia, me permitirá que le ponga una inyección. Pienso que, además de las llagas de los pies, debe tener mucha fiebre.

El Padre Vigna apreció en seguida la valía de aquella Hermana que, con tanta sencillez y seguridad, sólo con verlo, había diagnosticado su estado.

Y se acostó.

Diez días después estaba en las últimas.

Se había agravado de tal manera, que Sor María lo hizo transportar al pequeño hospital. El 28 de octubre el Padre Corbellini le administró la santa unción.

Entretanto aparecieron brotes de sarampión en Macas. Sor Troncatti no descansaba ni de día ni de noche.

El 30 el Padre Vigna sufrió una fortísima crisis. La crónica de

2 De Wakis, nombre shuar.

Sor Dominga dice: «La directora está ocupadísima intentando arrebatarlo a la muerte». ¡Qué iba a morir! Toda la misión, ansiosamente y con fe viva, lo encomendó a santa Teresita del Niño Jesús, cuya fiesta se celebraba aquel día. Pues bien: «Hacia las seis, superada la crisis, el Padre Vigna empezó a mejorar». Así concluía Sor Dominga la crónica del mes de octubre.

Las escuelas se cerraron por orden del teniente político. Un médico (Merchán) visitó la provincia Morona-Santiago por orden del gobierno. Se despidió de los maquenses con una declaración favorable: «Todo bien». Le había bastado ver la farmacia de Sor María, bien provista, y el pequeño hospital en perfectas condiciones.

Ahora, también Sor Carlota, y, a veces Sor Dominga, actuaban de enfermeras bajo la dirección de Sor Troncatti. Yampauch se multiplicaba por cuatro para ayudar: cuidaba a los pequeños, acunándolos y cantándoles canciones marianas para que se durmieran. Pero no se llegaba a todo.

Por suerte las jóvenes colonas de casa Velín, Rivadeneyra y otras estaban siempre dispuestas a ayudar a las misioneras. Precisamente, por aquel entonces, Eulalia Velín vino con una sirvienta jibara, de unos quince años, para *regalársela* a Sor María.

—Le dejo a Tsetsem —dijo—. Está bautizada y, como cristiana, lleva mi mismo nombre.

El porqué de aquella separación lo sabía únicamente Sor María Eulalia se despidió llorando. Tsetsem se encontró inmediatamente en la misión como en su casa. (En 1970 dirá: «Era huérfana de padre. No llegué siquiera a conocer a mi madre. Ella —Sor Troncatti— fue mi verdadera madre».)

El sarampión se había extendido también a General Proaño. Desgraciadamente aquí y allá hubo defunciones.

El Padre Vigna iba mejorando muy lentamente. Desde su lecho del hospital seguía la marcha de la misión: escuchaba con honda satisfacción el canto de la sierra al cortar los troncos y las maderas. Los golpes de martillo sobre los clavos, le decían que la iglesia en construcción iba adelante y sentía una gran alegría.

Vio pasar por la plazoleta un entierro: era uno de los pequeños de Sor María al que el sarampión no había perdonado. Y vio llorar a las Hermanas acompañando el pequeño féretro. Una inmensa paz lo invadió. Bendecía a Dios porque aquellas Hermanas sabían ser tan humanas, tan afectuosas. En efecto, pensaba, si no dejaran lugar a la naturaleza, ¿sobre qué iba a construir la gracia? ¡No tendrían nada que santificar!

Una mañana Sor María fue a llevarle el café, acompañada de una jibara de aspecto decidido, de ojos turbios. Dijo, respondiendo a su muda pregunta:

—La hemos encontrado sentada en el suelo, delante de la iglesia, al salir de misa. Se llama Nawir. Se ha escapado de la jibaría porque, según dice, su marido la maltrata. Quiere hacerse cristiana.

El Padre Juan murmuró:

—Hará falta una buena preparación.

—Ciertamente. Y además, ¿quién sabe si es sincera, pobrecita?

A las pocas horas, he aquí el acostumbrado clamoreo y el marido de Nawir con todo el clan, más el teniente político.

Se llamó a Angel Rouby para que hiciera de intérprete. Las Hermanas adujeron que la esposa denunciaba al marido de malos tratos. El teniente político era del parecer de poner frente a frente a los dos esposos: Saant y Nawir; pero ésta se había encerrado en una habitación y respondía por detrás de la puerta:

—No quiero ir más contigo. Déjame en paz.

Saant pidió al teniente político que la obligara a salir y a volver con él:

—No puedo —contestó aquél—, puesto que la maltratas.

—¡Aún no la he matado!

—En esto dices la verdad. Pero no puedo obligarla a ir contigo.

Saant lloró, suplicó y, con él, todo el clan. Nawir fue irremovible. No tuvieron más remedio que marcharse sin haberle visto el pelo.

Al día siguiente el Padre Vigna pudo escuchar el diálogo entre Nawir y su madre, que había vuelto con intención de convencerla:

La madre: Vuelve con tu verdadero marido que desde ayer no come, ni duerme. No hace más que llorar.

Nawir: ¡Vete!

La madre: Si no vienes conmigo me estrangularé.

Nawir (tranquilísima): Estrangúlate si quieres. (Con fuerza.) ¡Me has hecho una infeliz casándome tan niña con Saant que ya tenía una mujer! (Con arrogancia.) Ahora ya sé lo que es el mundo: que viva él con su mujer. Yo... yo me quedo aquí. ¡Dejadme en paz!

El Padre Vigna captó la indecisión de Nawir: «Yo... me quedo aquí». ¿Qué es lo que maquinaba aquella cabecita?

La madre se marchó chillando como una águila. La hija cambió el *tarach* por un vestido a la moda de las blancas. Se puso a trabajar en casa ayudando en la cocina, acunando a los pequeños, estudiando (más bien de mala gana) el catecismo: ¡estaba hasta demasiado tranquila!

Dos meses después huía con un jibaro que fue a visitarla declarándose hermano suyo. Por medio del teniente político se avisó a la familia. Y Nawir hubo de volver con Saant; de lo contrario la hubieran matado a ella y a su compañero.

En casos como éste, ¿qué decía Sor María? ¿Se desanimaba?

—Pobrecillos, no tienen la luz del Espíritu Santo. No poseen la gracia del bautismo...

Volvía a empezar de nuevo con el mismo ardor, con confianza, con serenidad.

No había pasado mucho tiempo cuando la misión volvió a ser escenario de una nueva aventura.

Una noche le llevaron a Sor María una jibara de trece años de edad; el marido le había asestado un golpe de machete en la cabeza causándole una profunda herida de la que salía la sangre como de un grifo.

Acostada en la camilla del ambulatorio, Wari, la jovencísima esposa, fue anestesiada localmente. Sor Carlota estaba con las niñas, por lo que actuó Sor Dominga de ayudante quirúrgico. Joven, sencilla, pero valiente, sostenía levantado con las pinzas el cuero cabelludo, mientras Sor María taponaba, desinfectaba, cosía. Iban repitiendo una tras otra:

—*Maria Auxilium Christianorum*

—*Ora pro nobis.*

Después la metieron en la cama, en el hospitalillo, y Sor María la veló aquella noche. Con la vela encendida en un rincón de la estancia, iba pasando las cuentas del rosario. Daba una cabezadita y seguía rezando.

El padre Vigna, desde su lecho, a la otra parte de la empalizada de bambú, se preguntaba cómo era posible tanta fortaleza, tanto valor, tanta resistencia. Preguntó:

—Sor María, ¿le ha salido bien la operación?

—Así esperamos. Es la primera que hago tan grave.

—El peligro —añadió el misionero— está en los nervios motores.

A las cuatro del día siguiente Sor Troncatti entró en la iglesia: hizo, como todas las mañanas, una hora de adoración antes de las prácticas de piedad comunitarias. El Padre Vigna comprendió entonces de dónde le venía la fuerza, el valor, la resistencia.

Wari, con la cabeza vendada como un turbante, se levantó de la cama diciendo que se encontraba bien. Salió al patio. Las Hermanas salían entonces de la iglesia. Y por el sendero llegaba el marido.

Sor María hubiera querido reprender a Wari: ¿por qué se había

levantado si el peligro persistía aún? Pero ya estaba el jibaro ante su mujer exigiéndole volviera a la jibaría.

—¡No, no y no! —gritó la joven de trece años.

—No muevas la cabeza así —ordenó Sor María poniéndose a su lado.

—¡No, no y no!

El jibaro insistía. Ella se negaba. Por fin él, de forma patética, exigió:

—¡Dame, pues el *tarach* que yo tejí para ti!

Con gran sorpresa para todos, en un abrir y cerrar de ojos, Wari se quitó el *tarach* y se lo arrojó al marido. Se quedó desnuda. Sor María se quitó el delantal y se lo echó encima.

El hombre abrazaba el *tarach* todo mugriento y exclamaba:

—¡Ah, ah, ah! ¿Quién se pondrá ahora este *tarach*. Y pensar que yo me cuidé de ella. Que la recibí cuando era niña y la alimenté como se alimenta a un pajarillo. Por ella iba a cazar... Era mi único amor... ¡Ah!, esto será mi muerte!

Sor Troncatti sufría con él...

—¡Ánimate —le dijo—, cuando se cure, quizás...

—Sí, tú hablas así —le interrumpió el jibaro— porque nunca has tenido mujer...

Wari era una esfinge. Pero, de pronto, se tambaleó y echó las manos a la cabeza. Sor María la llevó a la cama.

El jibaro ya se había ido. Wari no habló en todo el día. Veinticuatro horas más tarde tenía el brazo izquierdo paralizado. Estaba muda.

Sor María cogió la pluma y escribió: «Ilustrísimo doctor Luis Rosales...».

Hizo la descripción de la herida. Le explicó lo que había hecho y que, al declararse la parálisis, había comenzado a aplicarle baños fríos, etc. Dos meses más tarde recibía contestación: «Continúe así con constancia».

Más de un año permaneció Wari en la misión. Más de un año pasó Sor María practicándole los baños, la gimnasia, las fricciones. Poco a poco recuperó el habla y el movimiento del brazo.

¡Cuánta experiencia de vida misionera, más primitiva y genuina aún que la de otros centros, adquirió el Padre Vigna en su forzada estancia en Macas! ¿Fue, quizá, aquella experiencia la que le hizo madurar la idea de hacer volver nuevamente a las Hermanas a Guayaquiza donde, debido a dificultades insuperables, habían tenido que abandonar el campo años atrás? El hecho es que volvieron en 1930.

Antes de marchar, una escena terrible dejó esculpida en su memoria, con caracteres indelebles, la figura de Sor María Troncatti.

Le habían llevado, en gravísimo estado, a un joven de veinticinco años. Lo acompañaban todos los hombres de su clan, echando pestes y con una enorme sed de venganza. Le había caído encima (lo habían hecho caer, ex profeso) al pobrecillo, un madero o tronco de árbol y tenía una pierna y la pelvis fracturadas. Sor María lo había hospitalizado, había hecho todo lo posible por componer aquella pobre pierna, pero el pronóstico era grave.

El enfermo ardía más por efecto del odio que por la fiebre. Profería terribles palabras de venganza. Sor María, a toda costa, intentaba salvar aquella alma.

Todas las Hermanas habían ido a la iglesia a rezar. Ella no se movía un minuto del hospital, pasando una y otra vez las cuentas del rosario.

En cuanto el pobrecito abrió los ojos, allí estaba ella para darle algo de beber, cambiarle el paño mojado en agua y vinagre que le había puesto en la frente, sonreírle maternalmente y repetirle las pocas palabras que sabía en lengua jibara:

—¡Hijo, perdona!

—¡No!

—Perdona y tendrás un gran mérito delante de Dios que te recibirá en su reino.

—Madrecita, ¿en aquel reino no me faltará yuca, plátano y chicha?

—Hijo, no te faltará nada de cuanto puedas desear.

Después de un largo sopor (Sor María le *rodeaba* de Ave Marías) abrió los ojos y dijo:

—Sor María, perdono a mi enemigo. Bautízame.

¿Cuántas horas había pasado en fervorosa oración? ¿Era de día? ¿Era de noche? Una luz celestial inundó a Sor Troncatti que corrió a llamar al Padre Corbellini.

Poco después, procedente de la selva, llegaba el ruido confuso de un clan en marcha. El jefe se plantó delante de la *bruja* de la misión.

—¿Está curado?

—En este mundo nadie lo puede curar

—El brujo sí, con la ayuda de Iwianch. Dámelo.

Sor María suplicó que lo dejaran morir en paz. No hubo manera. Se lo cargaron a hombros y se fueron jurando vengarlo. Murió durante el camino.

Pero se había salvado.

Sor María lloró de pena y de consuelo a la vez.

El 1928 había terminado con un entierro. Pero ahora el sarampión comenzaba a ceder. El 12 de enero, con la apertura de la escuela, Sor María se vio un poco más aliviada. Arregló el botiquín, ayudada por Yampauch, que cada día estaba más pálida. Tsetsem limpiaba y desinfectaba el hospitalito.

Rouby, a fuerza de caminar al encuentro de los jibaros (había hecho una expedición hasta la otra parte del río), corrió la misma suerte del Padre Vigna: pies llagados e infección rebelde a toda cura. Pero no estaba en el hospitalillo, sino con sus jibaros, perfeccionando la lengua shuar. El Padre director lo trasladaba en brazos de un sitio a otro. Algunas veces lo montaba en su caballo y bajaban al río a bañarse. El calor era insoportable. El sudor adhería la ropa a la piel como si fuese pegamento. Y esto durante meses y meses.

Sor Troncatti escribía a sus padres: «... Aquí siempre bien, siempre lo mismo. Ni siquiera hay cambio de estación: si hubiera, tendríamos, por lo menos, algo de variedad. En cambio, hace siempre mucho calor. Nos parece estar continuamente a mediados de julio, con una gran sofocación. Lo que tiene de bueno es que llueve a cántaros cada día».

Bajo esa lluvia torrencial partió a primeros de febrero (estamos en 1929) a una jibaria, del otro lado del Upano, a visitar a una pobre mujer enferma, extenuada. Le puso una inyección y le indicó al marido la conveniencia de llevarla a la misión.

El jibaro le presentó a sus dos hijitas «medio muertas de hambre».³
—¿Y qué hago de éstas? —preguntó.

Volvieron todos a Macas: Sor María y Tsetsem cogieron una niña cada una. El hombre se cargó a la mujer a la espalda como un saco.

El hospital se abría de nuevo. A mediados de febrero ingresaba también en él Yampauch.

«Es bien sabido que los ángeles de esta tierra pronto vuelan al cielo», leemos en el manuscrito. Y poco después: «Una grave enfermedad la llevó a la tumba».

Yampauch dialogó con su querida Sor María hasta el final.

—¿Para qué ha creado Dios a los jibaros?

—Para salvarlos, María Luisa.

—¡Ah, cuánto daría porque se salvaran todos!

—Recemos, María Luisa.

—He pedido siempre tres cosas a Jesús.

—¿Quieres decírmelas?

—Morir antes que ofenderlo.

—¿Segundo?

—No separarme nunca de las Hermanas.

—¿Y tercero?

—La conversión de toda mi familia, especialmente de mi madre...

Dos lágrimas surcaron las mejillas de María Luisa Yampauch. Pero inmediatamente se serenó y sonrió al Señor que llegaba en forma de Viático.

Partió el 27 de febrero *«exhalando el último suspiro con la sonrisa en los labios y la felicidad de los justos que vuelven a la casa del Padre»*.⁴

En los funerales solemnes, con misa cantada, estuvo presente Eulalia Velin que habló después largo y tendido con Sor María.

Había que enjugar las lágrimas aprisa para acudir sin demora a otra cuestión urgente.

Dijo Sor Troncatti a las Hermanas:

—Voy a casa de Catalina y vuelvo en seguida.

Catalina Aguayo amamantaba a su pequeño Antonio. Sor María le había dicho: «No le quites el pecho hasta que te traiga el que tiene que nacer». Y al oído: «El jibarito de casa Velin».

¡Es tan grande la miseria humana!

¡Estaba tan lleno de materna comprensión el corazón de Sor María!

En casa de Velin había varias sirvientas jibaras. Una de ellas esperaba un hijo. Pero, ¡ay de ella si llegaban a enterarse sus padres, su parentela o el clan! La hubieran matado. Eulalia le había hablado de esto a Sor Troncatti. Y le había regalado a Tsetsem, por precaución.

La muchacha-madre, a la que la señora Velin trató humanitariamente, fue mantenida en oculto, y el acuerdo era que, en cuanto diera a luz, sería entregada inmediatamente la criatura a Sor María.

Aquella noche volvió Eulalia a la misión a toda prisa: llevaba en sus brazos un hatillo.

Cuando Sor Troncatti deshizo el envoltorio encontró una criaturita pequeña como un renacuajo.

No sabía qué hacer. Juana corrió a llamar a su madre, mientras Sor María desinfectaba las tijeras.

—Se hace así y así... —dijo la mujer que había acudido corriendo.

4 Del manuscrito.

La criaturita fue fajada con vendas limpias y entregada a Catalina Aguayo.

Sor María, inteligente como era, no tuvo más necesidad de explicaciones ni de ayuda en su labor de ginecología.

Cuando el jibarito, bautizado con el nombre de Domingo (en honor de Monseñor Comín), fue destetado, encontró una cuna en el dormitorio de las Hermanas.

Domingo, hijo natural de Dionisio Velin, hijo de Dios, pasó a los seis años al internado masculino. Un salvamento de reputación en toda forma.

¿Cuántos más?

Una jibara se presentó en la misión con el niño recién nacido, y dejando a la criatura huyó con el jibaro, su compañero.

Una colona llevó un jibarito de tres meses. Lo había encontrado junto a una pobre vieja, medio muerto. Estaba, en efecto, moribundo. Lo bautizaron: Raimundo María. El 15 de junio espiraba.

La crónica de Sor Dominga es todo un florilegio de niños o niñas abandonados o *regalados* a las Hermanas.

«Ayer nos regalaron una jibarita de tres días. Hoy la bautizamos: Efigenia Adelina María.»

Sor Inés Canfari había sido trasladada como directora a Sig Sig. Todos la echaban de menos. El misionero, habiendo oído decir que Sor Troncatti tenía que ir a Méndez y de allí a Cuenca, para hacer los ejercicios espirituales, realizar compras y hablar con la nueva inspectora, Madre Décima Rocca (Madre Mioletti había sido trasladada a Colombia), le entregó dos cartas: la primera, dirigida a Monseñor, contenía una petición de los maquenses reclamando a Sor Inés. La segunda era la copia de una relación del inspector de enseñanza, señor Talbot, enviado desde Quito para inspeccionar las escuelas del Oriente. Se expresaba así: «... La escuela de esta población no tiene nada que envidiar a las de la capital... Es conmovedor oír leer con tanta claridad a estos jibaritos y jibaritas (cuarenta en total), recitar fragmentos de memoria, cantar el himno nacional, escribir frases en castellano, hacer cuentas, etc.».

Sor María emprendió viaje el 18 de agosto en pequeña caravana: Además de Sor Hortensia Coronel iba también Juana de Lara y Dionisio Chiwiant, un jibaro de veinte años que vivía en la misión y se preparaba para casarse con Tsetsem.

Sor Dominga, que ya había hecho los votos perpetuos, sería la

suplente de Sor Troncatti en la dirección; Sor Carlota se quedaba en el botiquín, aunque sin dejar la asistencia de las jibaritas; sor Ana Razzoli, que había ido a suplir a Sor Inés, y que tejía y enseñaba a tejer, se cuidaría de los misioneros (lavado, costura, plancha). Mercedes Navarrete daba una mano a todas.

Cuatro días de camino, más una parada en Sucúa, llevaron a Sor María y a Sor Coronel a Méndez. Habían dormido en la jibaria de José Unt, vigiladas por Dionisio, tieso como un guardia de la corte.

El Padre director y la directora, Sor Iglesias, al ver la comitiva, levantaron los brazos al cielo: «¡Es Dios quien os envía!».

—¿Qué es lo que pasa?

—Madre María, ¿recuerda a Augusto Zúñiga?

—¡*Diáminc!* Es el muchacho que vive en El-Pan, huérfano de padre, que trabaja con el Padre Albino en la construcción del puente.

—Usted tiene una memoria prodigiosa.

—¿Y qué, cómo va el puente?

El director lanzó un profundo suspiro.

—El puente se ha derrumbado y las aguas se han llevado todo el maderamen.

—¡*Diáminc!* ¿Y el Padre Albino?

—El Padre Albino? ¡Ese es un héroe! Volverá a empezar.

—¿Hubo víctimas?

—No, Madre María, pero Augusto, que había subido al entramado para efectuar un control, sufrió una espectacular caída. Está medio destrozado.

—¿Lo han llevado a Cuenca?

—Está aquí.

—¡*Diáminc!*

—Venga a verlo. ¡Cúrelo!

Augusto —de dieciocho o diecinueve años— sonrió a Sor María y le besó la mano. Estaba acostado sobre un jergón de hojas, colocado sobre dos tablones, a pocos palmos del suelo.

—¿Dónde te duele, Augusto?

Me duele todo, Madre María.

—¿Cómo hiciste para llegar hasta aquí?

—No podía sostenerme en pie. A caballo tampoco podía montar. Estuve algunos días acostado y mi madre me aplicaba paños mojados en agua con sal. Me hacía tomar chicha. En vista de que no me curaba me dije: ¡yo me voy al oriente! Cogí un bastón y, apoyando un brazo al cuello de un amigo, a paso de tortuga, llegué hasta aquí.

—Pero hubieras podido ir al hospital de Cuenca.

Augusto meneó la cabeza.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Llegué anteayer.

—¿Cuándo ocurrió el accidente?

—Hace quince o veinte días. No me acuerdo. No sé cuántos días he caminado.

Sor María le hizo una revisión. Tenía seis o siete costillas rotas. La espina dorsal estaba hundida en las dos últimas cervicales o en las primeras dorsales. Los intestinos se habían apelotonado en el abdomen.

—Veremos, veremos... —dijo al final—. Procura no moverte.

Y se fue.

El misionero salió tras ella. Preguntó indeciso:

—Entonces, ¿qué?

Sor María callaba.

—El Padre Albino está muy preocupado —insistió él—. Hasta ha llorado. Me lo ha dicho Augusto.

Silencio.

—¿Lo cura, Sor María?

—Pero dígame, vuestra reverencia, ¿cómo lo curo en ese estado? ¿Con qué?

Al ver los ojos humedecidos del director a punto de llorar también ella, exclamó:

—Déjeme ir a la iglesia. María Auxiliadora me inspirará.

Aún no hacía dos meses que habían beatificado a Don Bosco. En la iglesia de Méndez —de madera, pero con buen estilo artístico— había un cuadro del Fundador sobre un altar, a cuyos lados ardían dos cirios.

Sor María se pasó tanto rato en oración, que Sor Iglesias fue a buscarla.

—Venga a tomar algo caliente.

También Augusto tomó un poco de caldo. Deseaba ver a Madre María. Pero ya era de noche. Dijo para sí: «Ahora ya es de noche. ¿Me operará mañana?».

Amaneció el nuevo día; los árboles brillaban por el rocío de la noche. Las piñas de las ananás, en la plantación que circundaba el edificio, lucían su barba de plata. Durante la misa Sor María rezó por Augusto Zúñiga y, con ella, muy probablemente, toda la misión presentaba a Dios el mismo nombre.

En cuanto salieron de la iglesia, el misionero preguntó:

—Entonces, Sor María, ¿curará a Augusto?

—Le voy a dar una purga.

Al director le parecía demasiado poco. Sor María llevaba con gran devoción en la mano su libro de oraciones.

Fueron todos a desayunar. Después el director empezó a ir desde la casa de los padres a la iglesia; a la casa de las Hermanas; a la estancia donde yacía Augusto, pero sin atreverse a entrar.

Vio por fin, con alivio, que Sor Iglesias desenrollaba unas vendas. Y después (menos mal), apareció Sor Troncatti con una bandejita, un vaso y... ¿qué más? El libro de oraciones. Bajo el brazo llevaba un rollo de vendas.

Entrando en la habitación del enfermo y cerrando la puerta, Sor María dijo:

—Augusto, para tus intestinos no tengo otra cosa que darte más que esta purga. Así que, tómalala.

El muchacho la tomó, sostenido por Sor María, que con su brazo le sujetaba por la espalda.

—Y ahora, las medicinas. Quitate la camisa. Empecemos por las costillas.

El rostro de Sor Troncatti parecía que emanase luz: tranquila y segura, dejaba fiador al cielo. Sacó de su libro una estampa de María Auxiliadora rodeada de apóstoles, evangelistas y graciosos angelitos.

—Augusto, bésala: ésta es la medicina.

Tocó con la yema de los dedos las costillas rotas y colocó encima la estampa. Después lo fajó hábilmente desde el pecho hasta la boca del estómago.

Sus labios musitaban entretanto innumerables Ave Marías. También Augusto rezaba.

—Y ahora, la medicina para la columna vertebral.

Sacó del libro una estampa de Don Bosco y se la dio a besar.

—Date la vuelta.

Le aplicó la figura sonriente del nuevo beato a la espalda y lo vendó igualmente del cuello para abajo.

—No te muevas hasta que yo te diga.

Durante cuatro días lo obligó a una completa inmovilidad. El quinto día le dijo:

—Prueba a sentarte sin ayuda de nadie.

Augusto se sentó sin esfuerzo.

—Prueba a bajar de la cama.

Augusto puso los pies en el suelo. Se enderezó. Dio algunos pasos. El director, que la había seguido, no salía de su asombro.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, Madre María.

—Vuelve a la cama.

Al sexto día estaba curado: ningún dolor intestinal. Sentía deseos de quitarse las vendas, de correr.

Al séptimo día Sor María le quitó el vendaje. Le dio a besar las dos estampas y las volvió a poner en su libro de oraciones.

—Camina. Levanta los brazos. Inclínate...

—Pero si estoy muy bien, Madre María.

—Ve a bañarte al Paute. Tú sabes nadar como un pez, ¿verdad?

Dionisio lo acompañó. Se bañaron en el río de ancho cauce, nadaron a grandes brazadas, bucearon como peces; volvieron a la colina. Augusto estaba fresco y robusto como un atleta.

Sor María continuó viaje hasta El-Pan y Cuenca.

El 9 de enero de 1970 (quien escribe es Sor Carlota Nieto, ya viejecita, pero todavía lozana y con bríos), recibían en Sucúa la visita de don Augusto Zúñiga, ya abuelo, con su cabello blanco y sus ojos azules cuajados de lágrimas.

Tomó asiento en el pequeño recibidor, apoyó los codos en la mesa, intentó hablar, pero, en cambio, estalló en sollozos... Por su mente danzaba la figura de Sor María como el ala de un avión destrozado. El la había visto inmediatamente después del accidente.

—Don Augusto, por favor...

—Sí, *Madrecita*, sí... ¡Oh!, entonces... Eramos todos como una única y grande familia. Cuando volvía de Méndez a El-Pan y fui a ver al Padre Albino, no acertaba a creer que estuviera curado. Pasado un tiempo fuimos los dos a Cuenca (Sor María ya había regresado a Macas). Quiso que me visitara un médico. Le obedecí. El médico me palpó como a un potro. Sobre las costillas rotas se habían formado callos...

Don Augusto Zúñiga hizo un intervalo. Se desabrochó la chaqueta negra, bajo la cual lucía una camisa blanquísima y dijo a Sor Carlota:

—Ponga aquí sus dedos. Toque.

La corona callosa se notaba perfectamente a través de la camisa.

—¿Y después?

—Aquel médico me recetó varias medicinas. Me ordenó reposo absoluto. Según él no podría caminar nunca más que por tierra llana.

—¿Y usted, don Augusto, fue obediente?

—El Padre Albino quiso que me comprase las medicinas. Después me dijo: «Mañana tengo que partir para la selva».

—¿Y usted?

—A la mañana siguiente, a las tres, lo desperté. Nos vamos juntos. Metí las medicinas en la mochila. Cuarenta y ocho horas más tarde nos hallábamos a más de tres mil metros de altura... Descansamos en una choza donde había otros viajeros. Durante la noche me desaparecieron los frascos de las medicinas...

—¿Quizá pensaron que era coñac?...

—Pero yo aún no estoy del todo convencido de que me las robaran (según don Albino, María Auxiliadora o Don Bosco las debieron hacer desaparecer).

—¿Y siempre ha estado bien?

—¿Ve usted la selva? La he recorrido, a lo largo y a lo ancho, siempre al lado del Padre Albino...

Sor María regresó a Macas el 10 de octubre con Madre Décima y Sor Canfari. La alegría de todos fue inmensa. Ella lo primero que hizo fue curar al clérigo Roubby, que estaba mejor. Pero no pudo acceder a su deseo:

—Sor María, ¿puedo ir al otro lado del río?

—No, todavía no.

—Desearía buscar el sitio para fundar la misión...

—Despacio, despacio. Los dominicos de Canelos...

Le esperaba una carta procedente de Italia.

—Hermana directora, ha llegado hace una semana. Debe ser de su familia...

El timbrado, bien visible, ponía: Corteno-Brescia.

Sor María la leyó a la luz de la vela, antes de acostarse... Y cayó de rodillas.

Había muerto su padre, Santiago Troncatti, a los ochenta años. Había ido... al otro lado del río, a la otra orilla.

Sobre una mesa paticoja, y con sus lentes puestos, Sor Maria preparaba la relación anual para enviarla a la inspectora. El año 1929 había pasado tan de prisa que ahora, al repasar la crónica para firmarla, sentía una especie de vértigo.

El acontecimiento más doloroso para ella había sido el tránsito de su padre, Santiago Troncatti, de la tierra al cielo, del tiempo a la eternidad. Había escrito a casa una carta de pésame expresando su dolor por haber hecho sufrir a un padre tan cariñoso... «Le obligué a hacer un sacrificio muy grande. Pero lo dejé sólo por Jesús, que no se deja vencer en generosidad... Siento un gran consuelo dentro de mi porque mi padre, que tanto me quería en este mundo, será ahora mi protector en el cielo. El me ayudará en todas mis necesidades y peligros. Rogaré por la conversión de estos pobres salvajes...»

Añadía que Santiago rezaba por el difunto. Santiago era un jibarito de cuatro años al que ella había bautizado con el nombre de su padre y a quien la familia vestía y alimentaba.

El hecho más importante para la misión en 1929 fue la consagración de la iglesia, grande y hermosa, con el techo pintado de azul.

A primeros de diciembre tuvieron que trasladar el Santísimo de la vieja choza a la iglesia nueva, no inaugurada aún, porque el techo cedía. En efecto, una noche de viento y lluvia se vino todo abajo.

El día de la Inmaculada —8 de diciembre y cuarto aniversario de la llegada a Macas— el Padre Albino del Curto, ahora provicario apostólico, presidió la solemnisima función «con gran afluencia de gente».¹

Durante el octavario se celebró la fiesta de la beatificación de Don Bosco y predicaron los Padres Albino y Ghinassi.

Sor Maria, mientras iba releiendo, recordaba cómo poco después, entre el 12 y el 14 de diciembre, Angel Rouby, totalmente restable-

1 Crónica.

cido, y el Padre Ghinassi atravesaron el Upano para realizar una excursión entre los jibaros de la que volvieron entusiasmados. Los dos hablaban muy bien la lengua shuar.

—Estoy impresionado de lo que he visto —decía el Padre Ghinassi—. He visitado cinco jibarias; he bautizado a tres jibaras gravemente enfermas; he hablado de Dios a hombres que me escuchaban radiantes de felicidad. He admirado el espléndido y grandioso campo de trabajo que ofrece la margen izquierda del río...

Y Rouby:

—He echado medallas de María Auxiliadora en el punto donde un fresco manantial de agua nos permitiría vivir...

—¡Ah, sí! —confirmaba el primero—. Es un sitio ideal, tanto por la fertilidad del terreno como por la abundancia de agua y, sobre todo, por la cantidad de jibarias esparcidas en derredor.

Rouby:

—¡Todos nos esperan!...

También Sor María conocía varias jibarias del otro lado del río y todos por allá, hasta los que no la habían visto nunca, la conocían. Pensaba que, quizá, el espíritu de Yampauch aleteaba sobre las copas de los árboles y, en el silencio de la noche o a la salida del sol, susurraba palabras de esperanza: «¡El bautismo... el cielo!».

Yakun debió sentir aquella voz en lo íntimo de su ser. Era un *unt* (gran jefe o cacique) gravemente enfermo. Con gran sorpresa de la familia pidió que lo llevaran a la misión. Los hijos habían ido a llamar a Sor María. El repetía: «Yakun misión andando, pidiendo cristiano muriendo».

Recibió los cuidados de la gran *bruja* con humilde gratitud, pero repetía con insistencia: «Yo muriendo cristiano siendo». Así es que lo trasladaron a Macas. Curó pero no lo bautizaron, porque era polígamo.

Con qué alegría vio llegar Sor Carlota una mañana a la mujer de Yakun con cuatro o cinco gallinas en una cesta de bejucos.

—Yakun *unt* mandando agradeciendo...

El día de la Inmaculada toda la misión tuvo una estupenda comida: cuatro gallinas, un lechoncito, arroz de Cuenca y chicha en abundancia, además de la yuca de costumbre y las ordinarias bananas.

Lo de la *chicha* fue una ocurrencia de Sor María. En vista de que también los colonos la hacían (no masticando, sino machacando la mandioca), pidió a las colonas que le enseñaran los secretos de la fermentación y de vez en cuando les daba algún sorbo a los jibaros

y jibaras de la misión, para que no cedieran a la tentación de huir al echar de menos su bebida preferida.

Estaba en la última página de la crónica: Navidad de 1929. La fiesta resultó solemne y deliciosa. La imagen del Niño Jesús peregrinó de casa en casa por toda Macas, seguida de un gran cortejo de niños y niñas maquenses además de los jibaritos y jibaritas de la misión. Mercedes Navarrete tocaba la guitarra y todos cantaban felices.

Una mujer jibara que había asistido a la misa de medianoche como catecúmena, sintió que una alegría jamás experimentada inundaba su alma. Llevaba consigo a sus dos hijas mayores. La noche del 26 le dijo a Madre María:

—Tenlas contigo. Enséñalas a ser felices con Dios.

Y regresó a casa sola con la tela para un *tarach* nuevo. Pero el marido, enfurecido, fue a buscarlas.

La más pequeña, Mamachã, de diez años, logró desasirse de su padre y corrió a agarrarse a Madre María. No lograron hacerla volver a la jibaría.

Sor Troncatti suspiró: sabía muy bien el porqué de esa lucha y experimentaba un profundo dolor, una indignación tal que, incluso entonces, mientras escribía las últimas anotaciones al final de la crónica, le hacía temblar la mano.

«N. B. — Durante todo el año se han conmemorado los 24 de cada mes. Se han celebrado siempre con solemnidad los primeros viernes. Se ha hecho el ejercicio de la buena muerte como prescriben las Constituciones y el libro de piedad, aunque sin conferencia, debido a la excesiva timidez del Padre director (el Padre Torka que desde hacía algún tiempo era superior de la misión).

La mano se deslizaba por las últimas líneas: «Cada cuarto domingo de mes, de cuatro a cinco, reunión de madres católicas (y ella que, humilde y discreta, no era nada tímida, daba su magnífica conferencia a las maquenses y la lección de catecismo). El primer domingo, conferencia a las Hijas de María: inscritas a la Primaria de Roma, 50. Aspirantes, 24».

Los colonizadores de la selva ecuatoriana no confesaban, ni siquiera a sí mismos, su intención de tener al jibaro en un nivel inferior, pero actuaban en consecuencia. Los nativos estaban desde tiempo inmemorial en la condición, nada envidiable, de ser empleados para

cualquier fin. Incluso la generosidad de los colonos llegaba hasta el punto de regalar una camisa a un jibaro que llegaba a desboscar una hectárea de terreno en su provecho.

Las escaramuzas, los intentos de sublevación, el rencor, demostraban que ellos, los nativos, no sabían apreciar ni reconocer los beneficios de la presencia del hombre superior, del civilizador...

De cuatro años a esta parte, sin embargo, la cosa estaba tan clara como antes. Y la culpa la tenían los misioneros.

Permitir a los salvajes el acceso a la cultura era —a juicio de la mayoría— un error. Y en cambio, ¡con qué ahinco los misioneros enseñaban la igualdad a los hijos de la selva!

Antes el jibaro que apeteciera un fusil y no tuviera dinero tenía que mandar a sus hijas a servir a casa de un blanco, por lo menos un año. ¡Y ya hemos visto lo que podía suceder!

La indignación que hacía temblar la mano de Sor Troncatti provenía de escenas de colores oscuros, de cuadros turbios, alucinantes.

Una jibara, sierva de una familia blanca, había tenido una niña y pidió que la bautizaran. Se llamó Linda. La inspectora, Madre Décima, fue su madrina cuando, por primera vez, estuvo en Macas. Algunos meses después, la jibara, extenuada, entregaba su alma a Dios, no sin antes insistir y suplicar que la pequeña Linda fuese entregada a Sor María. Los amos, en cambio, no tenían intención de cederla, viendo en ella a la sierva del mañana.

El misionero notó otra cosa muy triste. Algunos colonos, al notar el cambio de sus siervos, no mandaban ya los domingos a los jibaros y jibaras de sus *viviendas*, bautizados o catecúmenos, a la misión.

Los misioneros y misioneras comprobaban el hecho con amargura.

Sor María no era propensa al desaliento ni a ceder cuando se trataba de los derechos de las almas, que no tienen color. Se presentó al teniente político, que era entonces un Navarrete.

—Sepa, vuestra señoría, que Linda, la hija de tal jibara, fallecida tal día, está bautizada; aquí está la fe de bautismo. Lea el nombre de la madrina.

El teniente leyó: «Madre Décima Rocca».

—Vuestra señoría sabe que, por ley, a falta de la madre la niña pertenece a la madrina.

—Sí, Madre María; pero usted comprende... y además, la madrina no está aquí.

—Vendrá pronto. Y, entretanto, yo cuento con su espíritu de imparcialidad y de justicia.

—Está bien. Cuente conmigo.

Sor Troncatti no quiso indisponerlo con los colonos. Le bastaba que conocieran sus intenciones.

Madre Décima volvió a Macas a finales del 29. Sor Dominga había escrito en la crónica enviada a Chunchi: «... Muy a pesar suyo han tenido que entregarnos a la pequeña Linda».

Pero aquella victoria de la justicia sobre el arbitraje desencadenó la ira de los colonos: pronto se quedarían sin siervos y sin siervas. Las relaciones entre la misión y los maquenses (no todos) se enfriaron. Encontramos un eco en el cuaderno recién estrenado de Sor Dominga.

11 de enero de 1930: «Lucha campal porque quieren sacar de la misión a Mamacha. Son los colonos que, en vista de que empiezan a escasear las siervas, hablan mal de nosotras. La misma madre que la trajo espontáneamente, ahora la reclama a toda costa. Pero Mamacha no cede. La mujer, despechada, arroja al suelo la tela que le dio Sor María para vestir a sus hijos y se va».

Ocho días después volvía descubriendo las maniobras antedichas. Volvió a pedir la tela, diciendo que estaba contenta de que Mamacha se quedase, pero le recomendó:

—¡Hija mía, no recibas la comunión porque en cuanto comas al Señor, seguro que las Hermanas te casarán y eso yo no lo quiero!

Los padres de Mamacha tenían en perspectiva un buen partido. Y como el yerno debía, por ley o por tradición jibara, mantener a la suegra, era de comprender que pensara en arreglar a las hijas del mejor modo posible.

Jamás una muchacha jibara, hasta entonces, había podido elegir marido por propia voluntad.

Pero el *tantán* acababa de comunicar una novedad en la misión: un jibaro y una jibara, instruidos y bautizados, habían celebrado su boda libremente.

Era verdad. ¡Ya se había conseguido algo!

Los misioneros soñaban con hogares cristianos. Sobre la juventud jibara soplab el viento del amor, en la unidad e indisolubilidad del vínculo cristiano. Aquel primer núcleo era el origen del «pueblo de Dios»: «Se bendice el primer matrimonio jibaro entre Pujupat Carlos y María Nunquich».²

También Tsetsem y Dionisio se casaron, contentos ellos y sus padres. Y el *tantán* añadió algo más: «Ahora estamos bien seguros de que los padres nos quieren y no venden a nuestros hijos».

Las Hermanas habían preparado a las jóvenes esposas el vestido

blanco y el velo de tul. Fue un acontecimiento extraordinario: por primera vez en su vida las dos jóvenes y sus respectivos maridos se pusieron un par de zapatos, pero se los quitaron inmediatamente después de la función porque sus pies se sentían muy incómodos. Los dos jibaros, vestidos a la europea, con los cabellos bien peinados causaron la admiración y hasta un poquillo de envidia entre los parientes y amigos, que acudieron a festejarlos.

Sor María estaba tranquila por aquellos dos primeros hogares cristianos. María y Tsetsem habían estado mucho tiempo en la misión y también ahora iban con frecuencia, bien por una necesidad o un imprevisto, bien para coser a máquina, como las mujeres blancas. Todos los domingos acudían a misa con su vestido de fiesta.

Trabajaban la *chacra* con diligencia, tenían la choza ordenada. Tsetsem y Dionisio habitaban una casita de madera en la mitad de la colina donde una cascada permitiría obtener, con una turbina, la fuerza hidráulica para la iluminación. Se esperaba al Padre Crespi para realizar este trabajo. Dionisio vigilaría las instalaciones.

Don Venancio Aguayo se presentó una mañana en la misión con una sonrisa tan expresiva que la boca le llegaba de oreja a oreja.

—Padre director —dijo al misionero—, la primera basilica a la orilla izquierda del Upano ya está terminada.

—¿Qué dice?...

Los jibaros, dirigidos por él, habían construido una choza, mejor dicho, un cobertizo en los límites de su terreno, a poca distancia del río, para que los misioneros y las Hermanas fueran allá a instruirlos y hacerlos cristianos.

El pleito con los dominicos no se había acabado, pero se ventilaba fuera de la selva, ya lo habían llevado a Roma.

El misionero tuvo la impresión de ver a través del cobertizo aludido, en el que nadie de la misión había trabajado, la figura de Angel Rouby. ¡Oh, con toda seguridad, no era ajeno al asunto! Pero, ¿cómo echarle la culpa? Parecía un ángel ante aquel Edén primitivo, enviado no para cerrar sino para abrir sus puertas.

—Venga, vuestra señoría, a ver aquello.

—Don Venancio, por ahora no tenemos ningún derecho...

—¡Yo creo, en cambio, que tenemos muchos deberes! Los jibaros, usted lo sabe, no vienen a esta parte del río: desprecian y temen a los blancos...

—Y usted, don Venancio, ¿no es un blanco?



Los primeros matrimonios jíbaros.

—¿Yo?... Es muy distinto. Yo les doy confianza y saben que los amo.

La voz de Venancio Aguayo se cortó.

El misionero prometió:

—¡Iremos!

Era el primero de marzo.

Ocho días después, con Dionisio y Tsetsem, Sor Troncatti y Sor Dominga, Angel Rouby y el director bajaron al río por la pendiente resbaladiza y fangosa.

—¡Qué contentos estarán! —exclamó Sor Dominga, refiriéndose a los jíbaros.

—¡Cuántas veces me han dicho: tú a nosotros amando, ¿por qué no viniendo? —añadió Madre María.

Rouby entró el primero en el agua del primer brazo del Upano. Tsetsem dio la mano a Sor Dominga y Dionisio a Sor María: el agua les llegaba a la cintura.

Si se contempla desde la colina el río, parece tranquilo, bonachón. Pero en cuanto se mete el pie en el agua, la fuerza de la corriente es traidora, siniestra. De un kilómetro de anchura con sus cuatro o cinco brazos sinuosos, entre islotes negruzcos, salpicados acá y allá de esqueléticos arbustos, el Upano era y es una insidiosa trampa, una tumba.

El último brazo, el más peligroso, lo pasaron en canoa, mientras

de la otra orilla llegaban gritos de júbilo. Cuando desembarcaron un *unt* exclamó: «Vosotros viniendo, amando estando».

Se dirigieron todos al cobertizo y colgaron del madero central un cuadro de María Auxiliadora. Roubly reunió a los hombres y dio comienzo a su primera lección de catecismo en aquella tierra donde había sido construida Sevilla del Oro. Su rostro resplandecía.

Sor María colocó su maletín médico sobre la hierba y, ayudada por Sor Dominga, visitó a mujeres y niños de los cuales muchos estaban anémicos en extremo, y algunos, tísicos.

Una mujer dijo que había dejado en la jibaría a su anciana madre enferma:

—Venid a verla, os lo suplico.

Fueron. La viejecita no era más que un montoncito de huesos y de harapos. La había bautizado el Padre Ghinassi en la excursión realizada hacia tres meses. Así, pues, ¿estaba moribunda desde entonces? Sor María le hizo un reconocimiento y le dio a beber un tónico.

—Ven a la misión —le dijo—; yo te curaré.

—Morir aquí o morir allá da lo mismo ahora que soy cristiana, pero iría muy contenta con vosotras si tuviera fuerzas.

—Dadle esta medicina a la salida del sol, cuando esté en lo más alto y cuando se esconda, durante tres días. Después llevadla a la misión. Cuando las dos Hermanas salieron de la choza se encontraron rodeadas de un nutrido grupo de jibaros. No los habían oído llegar. Y las jibarias distaban, por lo menos, una hora de camino una de otra... ¿Qué es lo que querían?

—Nosotros —dijo uno por todos —queriendo cristianos siendo, pero vosotras aquí viniendo estando.

Eran veinticinco. Sor María llevaba siempre consigo algunas medallas de María Auxiliadora con un cordoncito cada una. Todas las cabezas jibaras se inclinaron mientras las manos de Sor María colgaban de su cuello la medalla.

De repente se levantó un viento tormentoso: ¡Iwianch rugía!

Cuando, a hora avanzada, la comitiva atravesó de nuevo el río, las aguas eran un gran torbellino. Sor Dominga, al redactar la crónica, escribía: «Finalmente hemos podido realizar la primera excursión a un lugar no visitado aún... Al regreso fue muy difícil atravesar el Upano».

Con el pensamiento y el deseo, Sor María y Angel Roubly atravesaban el río muchas veces, pero en la realidad no se atrevían a repetir la excursión. Los jibaros que acudían al ambulatorio se lamentaban de ello: «Nosotros cristianos queriendo siendo».



Se dirigieron todos al cobertizo.

Llegó la viejecita y se acostó toda contenta: ahora ya podía morir. Se presentó una joven jibara con un recién nacido: «Tomadlo, tenedlo con vosotras, rogad por mí». Era hijo de una hermana suya, que ya había matado a otros dos. Lo hicieron bautizar; se le llamó Ángel Pascual.

En mayo volvió al hospital una joven jibara: Mamai. Estaba tísica hasta los huesos. Sor María ya la había hospitalizado y curado tres veces.

El 3 de junio llegaba Monseñor.

Después del recibimiento, reunidos los misioneros y misioneras, sacó de la maleta un pliego. Lo sostenía con dos dedos mientras sonreía y miraba a los suyos.

Rouby enrojeció de alegría. Sor María exclamó:

—¡*Diáminc!*

—Decreto pontificio —dijo Monseñor Comín—, con los nuevos límites del vicariato.

Todos los ojos estaban clavados en el folio blanco con el timbre del Vaticano bien visible.

—«Desde el vértice del monte Sangay —leyó Monseñor— hasta el nacimiento del volcán. Se sigue hasta el nacimiento del Upano. Se continúa hasta que da la vuelta al mediodía y, desde aquel punto, en línea recta, entre el río Pastaza y el Upano, hasta la cumbre del Cutucú»...

¡Qué alegría! ¡Qué felicidad! ¡La margen izquierda les pertenecía!

Monseñor seguía leyendo, pero ya nadie lo escuchaba. Oían: «Saip,³ Alto Cutucú, pequeño y grande Mangoziza, Amazonas»,⁴ pero ellos no veían más que el verde esmeralda de la selva inmensa, entre el Upano y el Pastaza.

El 10 de junio también Monseñor Comín atravesó el río y celebró la misa bajo el cobertizo, rodeado de un gran número de jibaros. Inmediatamente después, mientras Sor María ejercía de médico y Rouby de catequista, él sentado en un trono improvisado escuchaba las súpticas del pueblo shuar.

Cincuenta hombres en círculo, vestidos únicamente con el *itip*, adornados de plumas, con la lanza o la cerbatana en la mano como cuando juraban la venganza o el exterminio del enemigo, pidieron la misa todos los domingos y la escuela para sus hijos. También en esto el inspirador era ciertamente Ángel Rouby.

3 Río en las cercanías de Sucúa.

4 Río del Oriente ecuatoriano.

La víspera de Pentecostés Mamai se puso gravísima... Sor María hizo avisar a la familia. La había preparado para el bautismo: al día siguiente iría Monseñor al hospitalito...

Al manecer, mientras toda la misión estaba en la iglesia para la misa del alba, tres jibaros entraron en el hospital, cargaron a Mamai sobre sus espaldas y se la llevaron. Iwianch no dormía. Había ido en busca de siete espíritus peores que él (Lc. 11, 26).

—¡Dios mío! —exclamó Sor Troncatti cuando se dio cuenta—, morirá por el camino. ¡Si por lo menos hubieran cogido las medicinas!... ¡Si al menos estuviera bautizada!

Dejó la misión en fiesta y, con una colona, corrió al alcance de Mamai.

Los tres jibaros caminaban lentamente, turnándose la carga de cuando en cuando. Mamai, llevada a cuestas, con la cabeza colgando como un fruto maduro, añoraba su cama. Un hilo de baba sanguinolenta se escapaba de sus labios lividos.

Sor María gritó desde lejos:

—¡Hijos, esperadme! Os llevo las medicinas.

¿Cómo se podía resistir a aquella voz tan querida? Descansaron a Mamai sobre la hierba. Sor Troncatti se arrodilló junto a ella, vio que estaba en agonía.

La colona le acercó la maletita. Ella sacó un frasco, lo abrió, empapó un poco de algodón y lo pasó por la frente y la cara de la moribunda. Era alcohol alcanforado.

Mamai se sintió revivir. Abrió los ojos. Esbozó una sonrisa.

—Bautízame —suplicó.

Sor María sacó del bolsillo otra botellita con agua natural. La llevaba siempre consigo.

Mamai, María Espíritu, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...

El camino de regreso les pareció larguísimo a las dos peregrinas de Dios: estaban contentas, pero cansadísimas. Sor María estaba aún en ayunas y el mediodía debía de haber pasado hacía un buen rato.

Estaban para empezar a subir la colina de la misión, cuando vieron aparecer de pronto, por un sendero lateral, a algunos jibaros: llevaban a uno sobre una especie de camilla hecha de cañas y de bejucos.

—Madre María, Sutank bala fusil.

Sutank había intentado robarle la mujer a un enemigo suyo y aquél le había disparado un tiro.

Sor María le hizo una revisión: la bala debía haber penetrado en el pulmón.

—Llévalo con toda precaución, sin sacudidas —dijo—. Yo voy delante para preparar la mesa operatoria.

Sutank era robusto como un toro. No murió. Pidió el bautismo. Pero, después de unos veinte días, sus parientes no aguantaron más: Lo querían en casa para organizar la venganza.

—No —dijo Sor Troncatti—; todavía no está curado. ¡Y además es cristiano!

Un torrente de palabras y, finalmente, Sutank se declaró dispuesto a partir. Dijo: «Yo no muriendo, aquí volviendo, bien viviendo».

¿Qué se podía hacer? Nada, sino mandar detrás de ellos una legión de ángeles. Toda la misión empezó a rezar por la perseverancia de Sutank.

Algunos días después se tuvieron noticias suyas. Estaba vivo y se consideraba orgulloso de ser cristiano. Repetía a todos: «Yo Sutank Juan Luis».

Portadora de la noticia fue una esposa jibara que se presentó en la misión para regalar a Sor María una hija suya deforme. Estuvo tan contenta de las atenciones recibidas que acabó diciendo: «Yo también me quedo y así me haces cristiana. Tanto más cuanto mi marido tiene otra mujer, mi hermana mayor».

Al día siguiente llegó el marido, la otra mujer, cinco hijos y perros en cantidad.

Discutieron largo rato. Y como no conseguían convencer a la jibara para que volviera, dijo el hombre:

—Nos quedamos todos. Hacednos cristianos.

Sor María explicó:

—Para ser cristiano tienes que tener una sola mujer.

El jibaro pensó que si perdía una mujer perdía una *chacra*, pero también tendría algunas bocas menos que mantener.

—Está bien —concluyó—, me contento con una.

En seguida las dos hermanas empezaron a discutir: ¡ninguna de las dos quería seguir siendo su mujer!

Se dejó la solución en manos del misionero.

Monseñor se había marchado dejando dicho que, en adelante, todos los sábados y domingos fueran al otro lado del Upano para instruir y preparar a los jibaros para el bautismo.

Fueron. Durante algunas semanas todo marchó de maravilla. Lee-mos en la crónica:

«Los jibaros, unos ochenta, están atentísimos a la explicación del

catecismo que les hace el clérigo Angel Rouby, mientras la directora atiende a los enfermos y Sor Barale entretiene a los niños.»

Un domingo tuvieron la desagradable sorpresa de no encontrar en el lugar de la cita, bajo el cobertizo, más que un grupo reducidísimo.

—¿Cómo es esto? ¿Por qué? —preguntaron.

Estaban callados. Tristes y con los ojos bajos.

—¿Por qué no han venido los otros?

Confesaron que algunos colonos de Macas habían ido a advertirles que los misioneros los engañaban, los traicionaban y se preparaban para venderlos.

—¿Y lo han creído? ¡No es verdad! ¡Venimos únicamente para hacer el bien; para ayudarlos!

La voz de Rouby temblaba de indignación.

Regresaron a Macas abatidos. ¡Oh, la raza superior!

A Sor María se le arrugó la frente. Esto le sucedía raras veces: era cualidad suya no dramatizar jamás, sino aclarar, simplificar. Pero ahora... iría casa por casa de los maquenses. ¡Iban a oírla!

Habían llegado a la orilla; ya oían el canto del río. Atravesada la vegetación que les llevaba a él, vieron volcar una canoa que atravesaba la corriente, e inmediatamente oyeron los aterrados gritos de un hombre y una mujer. Acudieron.

Un muchachito y una niña eran arrastrados por las aguas. Un jibaro que acompañaba a las misioneras se echó al agua y atrapó a la muchacha. Una oleada lanzó al joven a la orilla, sano y salvo.

Sor María y Sor Dominga repetían sin cesar: «Maria Auxilium Christianorum»...

La muchachita perdió el conocimiento. Parecía muerta. Sor Troncatti le practicó la respiración artificial. El jibaro que la había salvado —catecúmeno— se quitó la medalla de la Virgen que llevaba al cuello y la colocó sobre el pecho de la niña, que vomitó, bostezó, abrió los ojos, respiró profundamente y se puso de pie.

Los jibaros presentes se dijeron que, quizá, era preferible no escuchar a los blancos...

Dos días más tarde bajaba Sor María a Macas con su discurso a punto y bien limado, cuando se encontró de pronto con una joven jibara que llevaba en brazos a su hijo.

—¿Me necesitas?

—Soy Puwar. Mis padres quieren matarme...

—Ven, Puwar, yo me hago cargo de tu criatura, pero te quedarás en la misión hasta que la destetes. ¿De acuerdo?

—Sí, Madre María.

—Mira, toma esta medalla, pónitela al cuello. Será la señal de que me has regalado el niño y nadie podrá matarlo...

Atendida Puwar, Sor María volvió a bajar la colina. El discurso tan bien preparado se iba desvaneciendo. Lo fue abreviando, pasando de casa en casa. Pero hablaban elocuentemente sus lágrimas.

—¡¿Cómo, cómo habéis tenido valor?!...

Los maquenses, que la amaban como a su madre, le prometieron reparar: dos de ellos atravesaron el Upano y retiraron las palabras insensatas que habían proferido. Y esto por su honor.

Sor María escribía a casa: «... Os mando plumas de las que llevan los salvajes en la cabeza formando corona»... Es una carta exclusiva. No habla más que de jibaros. Quizá estaba aún bajo el efecto o la impresión de los recientes hechos y del lavado de cerebro que acababa de hacer a los maquenses.

«... Los jibaros llevan los cabellos largos, más largos que las mujeres, y los entrelazan con plumas (los suelen untar también con una sustancia grasa). Los salvajes son personas de lo más inteligente que hay. ¡Lástima que no estén civilizados...! Son muy afectuosos. Rústicos; pero, a su manera, son extraordinariamente corteses y finos. Por las misioneras, especialmente, sienten veneración. En todo y para todos, antes de ir al misionero, vienen a nosotras. Nos cuentan sus penas. A veces me dicen: «Nosotros queriendo conocer a tu mamá, a tus parientes, a tus hermanas...». Vuestro Santiaguín me pregunta a menudo: ¿Cómo está mi mamá de Italia? Es bueno. Aún estoy esperando que me diga la más pequeña mentira»...

Era bueno, sí, pero por demás susceptible, sobre todo con respecto a su madrina: si le reñía, pasaba enfurruñado el día entero. Una vez se enfadó de tal manera que echó a correr al dormitorio de las Hermanas, cogió de la mesita de noche de Sor María todo lo que encontró: pañuelos, medias, zapatillas, peine... y lo arrojó todo por la ventana.

No por ello Sor Troncatti lo quería menos.

La niña de Puwar había sido bautizada: Pascualina Antonieta. La joven madre mantenía su promesa y estaba en la misión, cuidando a la pequeña, comiendo a cuatro carrillos y curioseando por todas partes. Aquella vida le gustaba... ¡temporalmente!

Sor María, libre de los cuidados de la recién nacida, reemprendió

sus excursiones al otro lado del río e incluso a Río Blanco, unas veces con Sor Dominga y otras con Sor Carlota. Los jibaros se reunían en masa en el lugar señalado.

Podemos seguir el desarrollo de la nueva misión del otro lado del Upano, en las páginas de Sor Dominga.

26 de julio: Excursión más al interior de la selva. Catecismo en una casa jibara, servicio a los enfermos, etc. A la hora de partir nos recomiendan: «Volved pronto, nosotros camino arreglando». Llegamos al río bajo la lluvia. De improviso llega la crecida.⁵ No sabemos cómo hacer: nos cogemos de la mano de un salvaje y entramos en el agua. El brazo más hondo lo pasamos en canoa. Con la ayuda de María Auxiliadora llegamos a casa sanas y salvas, pero mojadas como pollos».

7 de agosto: «Continúan las lluvias. Aunque el río esté crecido hay que ir porque los jibaros han venido a buscarnos. Cuando llegamos a la otra orilla nos encontramos unos setenta. Algunos no nos han visto nunca. Nos preguntan por qué tenemos la cabeza tapada. Qué tenemos debajo del velo».

Del 26 al 31 de agosto, con el clérigo Rouby y el director, fueron peregrinando por la selva de jibaria en jibaria, adentrándose cada vez más en el océano verde, catequizando, atendiendo a los enfermos, llevando regalos.

Rouby encantaba a su auditorio cuando les enseñaba a conocer a Dios Uno y Trino y a Jesucristo, el Redentor. Después, los hombres le tendían su mano para que les ayudara a hacer la señal de la cruz y lo mismo las mujeres a las Hermanas. Habiendo oído hablar también del Papa, preguntaban: «Si nosotros al Papa amando, ¿por qué no viniendo?».

El 1.º de septiembre volvieron a la misión. Sor Dominga escribió: «Llegamos cansadas, agotadas, pero satisfechas y con la esperanza de que el Señor hará germinar la poca semilla que se ha podido echar en esos corazones completamente salvajes aún».

En octubre se abrieron nuevamente las escuelas, pero no por esto disminuyó la obra del otro lado del río. Antes bien, se predicó un triduo en dos puntos distintos y a horas distintas. Muchos jibaros pedían el bautismo con un interés que tenía todas las señales del carisma más puro. Los que tenían más de una mujer suplicaban que, por lo menos, los hijos fueran cristianos.

5 El Upano actúa con régimen torrencial. La crecida es siempre imprevista y peligrosísima.

El 17 de octubre, Sutank, que había vuelto a la misión para morir como buen cristiano, cerraba allí los ojos.

En noviembre le llevaron a Sor María un jibarito de pocos días. La jibara que lo había salvado dijo: «Es gemelo de una niña. Mi hermana, su madre, a éste no le quiere. Iba a matarlo, pero yo sé muy bien que eso no se debe hacer. Lo he aprendido en el catecismo de Angel Rouby. Bautízalo». Se llamó Carlos.

Para las fiestas de Navidad llegó a Macas el Padre Albino del Curto, enviado de Monseñor para visitar la misión. Sor María le presentó el informe anual con una consoladora estadística:

Asistentes a la escuela elemental: 70 alumnas.

Taller para externas: 80, entre niñas y jóvenes prometidas o esposas.

Internado para jibaritas: 20, más 8 huérfanas blancas.

Oratorio festivo: 150 que lo frecuentan.

Catecismo a los jibaros: 200 en total.

No constaba el número de bautismos. Pero por la fiesta de la Inmaculada había habido algunos y el señor Fabián había fotografiado el hermoso grupo delante de la iglesia.

Rouby y el Padre Sthal dijeron que se habían aventurado a la otra orilla del Upano, hasta el río Saip:

—En ocho días nos hemos acercado a 500 jibaros aproximadamente. Y piense que hasta hemos encontrado a algunos cristianos entre ellos.

—¿Posible?

—Sí. Algunos viejos jibaros nos han dicho: «Nosotros cristianos siendo, bautizados Padres jesuitas»...

—Entonces... ¡del tiempo de García Moreno!

El Padre Albino organizó el viaje a Cuenca, siguiendo el itinerario de los dos valerosos excursionistas, para visitar aquellas jibarias. Partieron a primeros de 1931. Rouby tenía que examinarse antes de recibir el presbiterado, y el Padre Sthal proveerse de lo necesario para comenzar la misión de Sucúa. Completaban la caravana un Hermano coadjutor y dos portadores.

Sor María, al entregarles la correspondencia, quiso revisar su equipaje: si llevaban mudas de repuesto, mantas para abrigarse por la noche, cerillas, un pucherito para hacerse el café, comida para el viaje...

Entre las cartas que les entregó había una para Guayaquil, toda ella una pura exclamación. Su prima, Sor Catalina Rodondi, había ido misionera al Ecuador.



*Bautismos. — Las niñas son todas jibaritas internas.
El clérigo que sostiene el crucifijo es Angel Rouby.*

«No acertaba a comprender al recibir la tuya», escribía. «¿Soñaba o estaba despierta?»

La cadavérica Sor Catalina trabajaba hacia unos meses en el colegio de Guayaquil. Quizá, pensaba Sor Maria, era mejor así, por de pronto. El contacto con el mundo de la selva y el choque entre las dos razas que se disputaban el señorío, la hubieran desalentado tal vez.

Y ella, ¿había perdido quizá la esperanza, el amor, la confianza?

No, sino que estaba haciendo una «pasiva revolución de valores». Veía claramente que los antiguos sistemas de lucha y de opresión llevaban a una ruina segura. Sufría un tormento interior porque «sus hijos» de los dos frentes no se amaban. Suspiraba por aquella fraternidad que, por entonces, parecía un sueño utópico.

Hubiera podido repetir la frase: «Yo sigo soñando», como un día estas palabras serían repetidas, cantadas y gritadas con las manos juntas por los negros de la marcha de la libertad, guiados por Martin Luther King: «Sueño que, sobre las rojas colinas... los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos propietarios de esclavos puedan sentarse juntos a la mesa de la fraternidad. Yo sigo soñando».⁶

6 Martin Luther King, *La fuerza de amar*.

Creo que recordaréis a Yakum. Además de las gallinas, envió a la misión a la mayor de sus hijas y al primero de sus hijos para que, instruidos debidamente se hicieran cristianos. El, en cambio, por tener tres mujeres no podía recibir el bautismo. Lo sentía, pero, ¿qué iba a hacer?

La primera mujer le había dado cinco hijos; el último acababa de nacer: evidentemente no podía dejarla. A las otras dos las había comprado siendo todavía niñas y ahora trabajaban una *chacra* cada una; valían mucho más de lo que había pagado por ellas. Aunque no tenían hijos, no podía repudiarlas sin enemistarse con su clan: no tenía ganas de perder la cabeza en una batalla y convertirse en *tzantza* (cabeza humana achicada).

A mediados de marzo (estamos en 1931) Yakum y su primera mujer se dirigieron a la misión con el último retoño para que lo bautizaran. Marina, la hija mayor, interna, llevaba en sus brazos al hermanito mientras Monseñor Comín —llegado pocos días antes— inundaba aquella nueva alma de luz y de gracia en nombre de la Santísima Trinidad.

—¿Estás contento, Yakum?

—Sí, Madre María.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—¡Yo perro siendo!

—No, Yakum. ¡Dios tendrá misericordia de ti!

Sor Troncatti partió después para Méndez con Dolores Velin, acompañando a Madre María Valle, que había ido a hacer la visita en lugar de Madre Décima. Entre ida y vuelta se pasó el mes de abril.

Yakum derribaba árboles, iba a cazar, a pescar; quería olvidar su situación: Dios forcejeaba, lo perseguía amorosamente.

Cuando Sor María regresó a Macas, una gripe maligna atacó la misión. Sor Inés Canfari, cuando la vio llegar, exclamó:

—¡Menos mal que ha vuelto ¡Ya no podíamos más! ¡Hay muchos enfermos!

—¿Y la *cicche*. ¿Cómo están? —preguntó Sor Troncatti alarmada. (En italiano: *cicche* = colillas. Sor María seguía destrozando las palabras; quería decir *chicas*).

—*Cicche* (colillas) ¡no tenemos! —respondió Sor Inés.

—¡Oh, pobre de mí!

—¡Aquí nadie fuma!

Se rieron todas. Saludadas las *chicas*, Sor Troncatti entró en casa y mirando a su alrededor, exclamó:

—¡Oh, gracias, Hermanas! Lo encuentro todo mejor que lo dejé... Esto quiere decir mucho, ¿no os parece?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sor Carlota.

Sor María no contestó. ¿Es que aquellas Hermanas no contaban los años? Estaban ya en el sexto de la fundación. Su gobierno como directora estaba para terminar. Sus Hermanas, maduras en la responsabilidad, estaban preparadas para sustituirla, si así lo disponían las superiores. Y ella se alegraba, porque vivía completamente desprendida, siempre dispuesta a todo.

En Macas, en los viajes o en las excursiones, llevaba siempre consigo la maletita médica y el catecismo shuar; la libretita de apuntes, comenzada en Nizza, era su *vademécum*. Alimentaba su espíritu con aquellos santos pensamientos.

«La vida interior consiste en una completa renuncia y desprendimiento, en una total liberación... Es necesario morir para vivir de Dios y para Dios. No hay otro camino para llegar a la vida. Esta muerte hay que renovarla cada día... Sea ella el holocausto de todos los momentos, el sacrificio perpetuo, que termina sólo con la destrucción de la víctima.»

¡Así es cómo Sor María conquistaba la libertad!

Sor Carlota, que se preparaba para hacer los votos perpetuos, la estudiaba para imitarla. Declara: «Rezaba muchísimo y muy a menudo se retiraba a la capilla. Todas las noches, hasta su muerte, hizo la piadosa práctica del *Vía Crucis*. Siempre con el rosario en las manos. La gente decía: Madre María reza. Recemos también nosotros... Había un clima de auténtica santidad».

Monseñor Comín predicaba el mes de mayo. Sor María se prodigaba para atender a los enfermos de gripe, tanto de la misión como de Macas, seguida siempre de dos, tres o más pequeñines que, tambaleándose sobre sus piernecitas, se agarraban a sus faldas, esperándolo todo de ella.

El 18 de mayo se presentaron en el ambulatorio algunos jibaros para comunicar que el padre de Marina estaba grave y reclamaba a Sor María.

El tiempo justo para arrodillarse ante el Santísimo y encomendar la empresa, rezar una *Salve*, coger la maletita y andando...

Atravesaron el Upano a pie. Tras dos horas de camino llegaron a la jibaría. Yakum se agitaba en un continuo temblor. Sor María diagnosticó pulmonía grave.

Las tres mujeres lo velaban; en sus rostros se reflejaba el más profundo dolor: el *curaca* (*unt*) había sido siempre bueno con ellas.

Aplicados los remedios del caso, Sor María dijo a los jibaros presentes: «En cuanto esté mejor llevadlo a la misión». Pero tenía pocas esperanzas. Yakum suspiraba: «Muriendo, cristiano siendo».

Dos días más tarde fueron nuevamente a llamar a Sor María: «Está gravísimo. Quiere que vayas».

El sol caminaba hacia su ocaso. Las copas de los árboles se coloreaban de rojo. Pronto no quedaría más luz que el resplandor del volcán con su gran penacho blanco.

Sor María acudió al director, Padre Torka, quien mandó con ella al hermano de Marina (la cual cenaba a toda prisa) y al clérigo Rouby. Después, todos juntos, bajaron la colina, linterna en mano, rezando el rosario.

Yakum vagaba con el pensamiento, ora lúcido ora oscuro, por la floresta. Su pasado volvía como una avalancha que amenazaba sepultarlo. El jadeaba, gritaba. De las brumas del delirio emergían guerras y venganzas; siempre había tenido enemigos: los jibaros se los transmiten. El había cumplido la venganza de empate, como hombre honrado... Le parecía remontarse a su niñez y escuchar las lecciones de su padre: «Ha muerto uno sin que yo haya podido vengarme; tú me vengarás en su hijo». «Uno me injurió hace años, ¡debe morir!» «El otro es el brujo que hizo morir a mi padre: ¡debe morir!» «Otro robó a una hermanita vuestra; si él no muere, morirá vuestro padre...».

Las sombras se esfumaban. ¿Quién moría? El, Yakum. ¿Y dónde estaba su hijo para decirle sus últimas palabras? Sor María se las había enseñado: «Perdona. No quiero venganza».

Se sabía de memoria el precepto de la madre selva; pero, ¡ya no servía! «Bienaventurado el hijo que venga a su padre. En su casa habrá yuca en abundancia; su campo será fértil; por su lecho correrá la *chicha*; se multiplicarán sus cerdos; sus perros cazarán jabalíes y

toda clase de animales; sus redes se llenarán de peces; su lanza será terrible, segura su flecha envenenada».

Le parecía estar solo bañado en sangre: era el sudor frío de la muerte cercana. Veía las cabezas de los enemigos asesinados; repetía, con impotente horror, la elaboración de la tzantza.

Sí, sí, era la cabeza del brujo la que pendía, colgada por los cabellos, del palo central de la choza. Aquel macabro trofeo lo había consagrado *unt*. Antes de la *Numpa Namperi* (fiesta de la sangre) había vuelto él a la jibaria con la cara pintada y el cabello trenzado de plumas, llevando la cabeza del brujo en la punta de la lanza. Las mujeres, en perfecto silencio, habían sacado de un rincón oculto los vasos rituales de arcilla roja, los habían llenado de agua y puesto al fuego. El, entretanto, hacía un corte en la nuca de la tzantza, manteniendo los cabellos levantados; extraía las partes blandas y los huesos del cráneo, y después introducía la cabeza, durante unos minutos, en el agua caliente. A continuación cosía con una aguja de bambú los labios y los párpados, para que no se escapara el espíritu del enemigo asesinado.

Las mujeres ponían a calentar tres piedras de tamaños decrecientes. El introducía la más grande varias veces, después la segunda, después la tercera, del tamaño de una naranja. Debido a la contracción provocada por el calor, la cabeza tomaba poco a poco la dimensión de la última piedra...

Cuando Sor Troncatti entró en la choza, y Rouby dijo: «La paz sea en esta casa», Yakum acababa de desecar la tzantza sobre la piedra caliente y friccionaba la cara para que no quedara ningún pliegue innatural.¹ Levantó el brazo para colgarla del palo...

Una mano suave de mujer se posó sobre aquel brazo y una voz más suave aún dijo:

—¡Yakum, Yakum, el Dios del cielo te espera!

Al instante el moribundo volvió en sí.

—Madre María, quiero el bautismo.

—Sí, Yakum, sí...

Era medianoche cuando Rouby comenzó el rito bautismal en lengua shuar:

—¿Renuncias a Iwianch?

—¡Renuncio!

Las últimas palabras de Yakum fueron: «Yo feliz muriendo cristiano». Tuvo entre las suyas la mano de Sor María. Murió sonriendo.

1 Mario Forno, *Caratteri amazzonici della guerra presso i Chivaro*.



"Tzantza". Cabeza humana reducida a la dimensión de un puño.

Rouby le cerró los ojos. Inmediatamente las tres mujeres comenzaron las lamentaciones con gritos agudos y guturales, alternando como final de cada frase las cinco vocales en un tono lúgubre, siempre igual. Se cortaron los cabellos y los arrojaron al centro de la choza; rompieron todas las marmitas, las escudillas de barro y todo cuanto había pertenecido al difunto; a este gran estrépito se sumaban los ladridos de los perros.

Rouby y el hijo de Yakum cavaron la fosa en el centro de la casa junto al palo central: el dueño había de ser sepultado en su propia choza, que tenía que ser luego abandonada.

Sor María, ayudada por Marina y por su madre Maich, arregló el cadáver, lo cubrieron con el *itip* y lo envolvieron en la tela que él había tejido para la familia: todo debía terminar con él.

A la luz fluctuante de la lámpara, el cadáver fue colocado en la fosa, cubierto de tierra, vasijas rotas, paja y cañas de bambú. La tzantza, que pendía del palo proyectaba sombras fugaces acá y allá: parecía danzar por aquella casa donde había de quedar sola con el difunto. Rouby cruzó dos palos, los ató con lianas y plantó la cruz sobre la tumba.

Al salir el sol las dos mujeres sin hijos volvieron a sus jibarías. Maich y Marina, con sus hermanos, fueron a la misión.

Meses después, Maich recibió en la fuente bautismal el nombre de María Teresa. Permaneció en la misión hasta que se casó el mayor de sus hijos y se la llevó con él.

Desde hacía algunos meses el Padre Santiago Sthal iba de vez en cuando a Sucúa para atender a los católicos (seis o siete familias en total). Algunas veces iba también Sor Troncatti como médico y ángel consolador. Muy pronto fijó allí su residencia el señor Bonato. Los colonos, bajo su dirección, construyeron una cabaña-iglesia. Estaban preparando la casa para el misionero cuando mister Carlos Ohlson, el pastor protestante, se alarmó y se mostró intransigente, y más todavía lady Mary: ¿con qué derecho invadían los papistas su campo?

Recordemos, ante todo, que estaba muy lejos el Concilio Ecuménico Vaticano II y que el ecumenismo era una palabra desconocida en la selva.

Pero he aquí que, en un santiamén, surgió una escuelita para los hijos de los colonos...

¿Quién era la maestra?

Todos sabían que cantaba maravillosamente. Colgada de la pared de la choza de bambú había una guitarra... Era Mercedes Navarrete, la piadosa profesora y valiente catequista que se había trasladado a este sector de Macas.

Nadie será capaz de explicar ni medir todo el bien que Mercedes Navarrete fue esparciendo por los valles comprendidos entre los ríos Tutanangoza y Upano.

En julio de 1931 dos hermanas, jóvenes maestras de Macas, se llegaron a Sucúa para presidir los exámenes del primer curso escolar. El teniente político quedó satisfecho y las familias mucho más.

Dicho teniente tenía una amante y era señalado con el dedo. El Padre Sthal le repetía: «No te es lícito», lo mismo que Juan Bautista decía a Herodes (Mt. 14, 4). Entre los dos poderes se creó una desavenencia, velada al principio, pero con un *andante-veloce* inquietante.

Sucúa pertenecía espiritualmente a Monseñor Comin, el cual escribió al director de Macas para que buscara un lugar adecuado y comprase un terreno donde fundar definitivamente la misión.

Ya hemos entrevisto que el Padre Francisco Torka no era ningún león. Pero todos estaban de acuerdo en definirlo otro Don Rúa. Así es que tomó también él el breviario bajo el brazo y, tras una jornada de camino a pie, llegó a Sucúa.

Los colonos, contentísimos, le indicaron quién un sitio, quién otro. A él le pareció que el lugar más apropiado era un tramo de terreno, propiedad del colono Pastor B. Bernal.

Se ha escrito un libro sobre los orígenes de Sucúa, descaradamente sectario,² pero parece cierto que su fundador fue precisamente Pastor Bernal. «Después de cometer un delito, se refugió en la selva oriental; se unió a una jibara, y luego a otra».

El Padre Torka pudo comprarle la extensión de terreno deseada. Inmediatamente la señora Cruz de Zúñiga, propietaria colindante, le regaló otras diez hectáreas. Las bases estaban puestas. Los colonos y los jibaros, siervos suyos, una vez señalados los límites de la propiedad, se entregaron con ardor a construir la misión. El 26 de mayo de aquel mismo año Monseñor la bendecía.

A Sor María se la disputaban ahora a diestra y siniestra, a ésta y a la otra parte del Upano. Su vida no le pertenecía más que lo estrictamente necesario para conservarla al servicio del prójimo: tomar un piscolabis, dormir unas horas, rezar. En Macas, Sor Dominga la su-

2 *Za lovci lidskych lebey*: "Entre los cazadores de cabezas", Editorial Orbis-Praga. Traducido al inglés y al español.

plía en su trabajo y ella recorría la selva, solicitada en todas partes como una madre.

La señora Imelda de Villarreal escribió, a la muerte de Sor María: «Ella acudía a todas partes... y a cualquier hora, del día o de la noche, para ayudar a los enfermos faltos de asistencia médica, cuidándolos con amor. Con la paciencia que le caracterizó, supo conquistar la simpatía de toda la población y se convirtió en ángel custodio material y espiritual de todos los maquenses».

A Macas se añadía ahora Sucúa, mientras a la otra orilla del río comenzaba a nacer la nueva misión que, de común acuerdo, empezó a llamarse Sevilla Don Bosco.

El Padre Sthal, desde julio, residía en la nueva casita de Sucúa. En septiembre las Hermanas y las jibaritas llegaron hasta allá de paseo, y se quedaron algunos días, con gran satisfacción de Mercedes Navarrete y del señor Fabián. Sor María visitó y atendió a los enfermos, arrancó dientes, curó heridas...

De regreso a Macas tuvo que ponerse inmediatamente en camino para visitar a una jibara gravemente enferma. Las Hermanas no podían abandonar la escuela y la casa. Las colonas estaban todas en las *chacras* recogiendo yuca. Partió, pues, con un joven jibaro de la misión, Juan Nankitai, que tendría unos veintiocho o treinta años. Se sentía orgulloso de acompañarla.

El Sangay estaba cubierto de espesas nubes; quizás allá arriba llovía, pero no solían preocuparse por la lluvia.

A la ida el Jurumbaino no creó problemas, pero al regreso estaba tan crecido que los dos titubearon. Juan recorría de arriba abajo la orilla buscando un vado posible. Y cuando creyó encontrarlo, provisto de un largo bastón, inició la travesía. Sor María le daba la mano y lo seguía caminando lentamente por el agua que pronto le llegó a la cintura y luego al pecho. La corriente era fortísima. Puso un pie sobre una piedra redondeada y lisa, resbaló, y perdió el equilibrio.

—¡María Auxiliadora —gritó—, sálvame!

El agua le llegaba al cuello, la corriente la arrastraba.

Juan no podía soltar el bastón que, clavado en el fondo, lo mantenía en equilibrio. Sintió un frío glacial por todo su cuerpo. Aprentando fuertemente la mano de Sor María, le gritó:

—Agárrese a mi cintura.

Ella se agarró y, levantada como una paja, continuaba invocando a la Virgen. Juan se apoyó con las dos manos en el bastón, luchando como un toro contra la corriente para que no los arrastrase. Les pareció interminable aquella travesía a pasos menudísimos, entorpecidos

por el impetu de las ondas. Sudaba hielo. Cuando, finalmente, también Sor María pudo pisar el fondo, ponerse de pie y alcanzar la orilla, Nankitai se echó al suelo sollozando.

—Juan, Juanito, ¿por qué lloras? ¡Estamos salvos!

—¡Ah, Madrecita, qué miedo he tenido de perderte!... Si tú llegas a morir, ¿qué habría sido de nosotros?

Días después Nankitai comenzó a toser y toser... Pronto esputó sangre. Sor María hizo lo imposible por salvarlo, pero todo fue inútil. Expiró en la paz del Señor a los pocos meses, diciendo:

—Muero contento porque voy al cielo. Me siento dichoso de haber podido salvar a Madre María... Su vida vale mucho más que la mía.

Y ella lloraba inconsolable.

Una vez más tuvo que olvidar su pena para ponerse en camino. Daniel González había ido a llamarla porque el Padre Sthal no se encontraba bien.

En los cuatro días que permaneció en Sucúa, en casa de Mercedes Navarrete, Sor María no atendió únicamente al misionero, que padecía un cólico hepático, sino que, divulgada la noticia de su presencia, tuvo un gran quehacer entre los colonos y los jibaros.

Ella había recomendado a Mercedes que se cuidara de las jibaritas, como se hacía en Macas. Ahora decía a los padres que acudían a visitarse:

—Tened confianza en la señorita; también ella es toda de Dios y os ama. Enviadle vuestras hijas.

El pastor protestante, mister Ohlson, cuando se encontraba con Mercedes Navarrete se descubría y, en su fuero interno, rogaba a Dios que se convirtiera a su fe.

Regresó a Macas a tiempo para asistir a la profesión perpetua de Angel Rouby. Se había preparado a ella con ocho días de ejercicios espirituales, por cuya razón no había ido a Sevilla. Unos cincuenta jibaros atravesaron el río para saber el porqué de su ausencia.

—Iremos, iremos pronto —les prometió él, radiante de felicidad.

Rouby pidió a Sor María que preparara una excursión larga. Pero ella tenía en el hospital a un joven jibaro, ya bautizado, que estaba muy grave. Le pidió, a su vez, que tuviera un poco de paciencia.

El 22 de noviembre pudieron atravesar el Upano, descansar en Sevilla (un nuevo misionero, el Padre Prieto, celebró la misa), dormir después en casa de don Venancio Aguayo e internarse en la selva.

Sor Dominga, que formaba parte de la expedición, anotó que en ese viaje bautizaron a veinticinco shuar y fueron recibidos en todas partes con todos los honores. Pero entretanto, los parientes del jibaro enfermo en Macas, fueron de noche a la misión y lo obligaron a irse con ellos, por orden del brujo.

—El te curará. Lo ha prometido —decían.

En cuanto llegó a Macas Sor Troncatti empezó a importunar a Maria Auxiliadora: «No olvides que es tu hijo. No permitas que muera lejos de ti.

Aún no había pasado una semana, cuando una noche, mientras estaba escribiendo a Corteno a la luz de una candela (aunque pronto el Padre Crespi instalaría la luz eléctrica), se oyó llamar por potentes voces jibaras:

—Madrecita abriendo, viniendo curando...

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

Eran los padres y los amigos del jibaro cristiano que se lo habían llevado. El brujo había hecho toda clase de pruebas sin conseguir nada. El pobre enfermo gritaba como un energúmeno llamando incesantemente a Sor Maria.

—Iré mañana por la mañana —respondió ella—; ahora es de noche.

—No, no; ven, ven ahora. Ten compasión de él y de nosotros.

—¡Pero el río es muy peligroso de noche!

—Te llevaremos sobre nuestras espaldas. ¡Ven!

Partió con una Hermana y con el misionero, que no se atrevió a decir que no.

—Usted, Padre, lo confesará y le administrará la Extremaunción; esto es importante. Si tiene que morir, que muera tranquilo.

Salieron, linterna en mano, guiados por la escolta shuar.

Cuando la vio entrar en la choza, el pobre jibaro exclamó:

—Madre Maria, acércate a mí, porque está aquí el demonio y quiere llevarme con él.

Sor Troncatti, al verlo tan alterado, temió que realmente estuviera poseído del demonio. Lo tomó de la mano y él, asiéndola fuertemente, suplicaba:

—¡Arrójalo fuera, arrójalo fuera, que me ahoga!

—Hijo mío, di ¡Ave Maria!

—El jibaro probó, intentó de nuevo; abría la boca, se retorció, gemía:

—No puedo, no puedo.

Así durante horas y horas. Señalando a los parientes, decía:



La Misa en Sevilla Don Bosco.

—Ellos tienen la culpa. Ellos han llamado al brujo y el brujo ha llamado a Iwianch.

—¡Di Ave María!

—¡No puedo!

El misionero y Sor Carlota no cesaban de rezar, impresionados. Pasaban y repasaban las cuentas del rosario escrutando el rostro del moribundo.

—¡Hijo, di Ave María!

A las cinco de la mañana, después de muchos esfuerzos, la voz entrecortada del pobre hombre pronunció claras las dos palabras: «Ave María».

Y se sintió liberado.

El misionero lo confesó. Sor Troncatti no se apartó de su lado hasta que le cerró los ojos y lo entregó a Dios.

Al salir de aquella triste choza levantó los ojos al palo central: como un escudo victorioso dominaba una cabeza humana transformada en tzantza.

En todo el 1931 Sor María no escribió a los suyos más que tres o cuatro cartas. Con ellas en la mano tratemos de descubrir su ternura, sus supremos intereses, su espiritualidad.

Leamos de aquí y de allá: «Mi queridísima madre: Ayer recibí la preciosa cartita de mis queridos sobrinos. No puedes imaginar la alegría tan grande que me dio: lloré de satisfacción. ¿Cómo estás, mi querida madre? Mi pensamiento vuela a ti y le pido al buen Jesús te conceda todas las gracias que necesites... Tenemos aquí con nosotras, en la misión, al ilustrísimo Monseñor Domingo Comin y, en compañía del obispo, no se sienten las incomodidades de la vida misionera: ¡es un verdadero santo!... El día de Pascua una salvaje de veintiún años recibió el bautismo y la comunión por vez primera. Es verdaderamente conmovedor ver a estos salvajes, tan rebeldes al principio, cómo poco a poco se amansan y, cuando se les enseña el catecismo y empiezan a entenderlo, piden con avidez que se les hable de Jesús y se vuelven fervorosos. Parece como si el buen Jesús se les manifestara sensiblemente, porque cuando lo reciben en la santa comunión, no saldrían de la iglesia».

«Queridísimos míos: Hacía tiempo que no me llegaban vuestras noticias. Por fin, ayer, recibí una carta vuestra que ha dado muchas vueltas. Se ve que la mandasteis con una de Sor Catalina (Rodondi). Quizá penséis que estamos cerca, pero no es así. Estamos muy lejos una de otra. Para ir y venir se necesita un mes de camino a pie. ¿Qué os parece?... Gracias a Dios estoy bien, siempre contenta con mis salvajes. Se ve que las oraciones de los buenos son escuchadas; estos días vienen algunos jibaros para que les enseñemos el catecismo y los bauticemos... Vuestro Santiaguín es bueno (el ahijado). Le gusta subirse a los árboles. Dice que quiere ir a Italia y que me llevará también a mí. ¿Habéis recibido la fotografía?».

«Ayer por la noche recibí vuestra carta de fecha 20 de julio (estamos a 4 de septiembre). Estaba ya preocupada, sobre todo por mi querida madre. Me consuelo sabiendo que está bien. ¡Cuántas veces estoy entre vosotros con el pensamiento! ¡Cuánto suspiro por veros, oiros, hablar con cada uno! ¡Qué ganas tengo de dar un abrazo a mi querida madre y contarle montones de cosas! Cuando me acuerdo de ella no puedo por menos de llorar pensando que está tan lejos... Me consuelo a los pies de Jesús. Una mirada a mi crucifijo me da vida y ánimo para trabajar... No lo digo por decir; es la pura verdad: estoy en medio de miles de salvajes, auténticos salvajes, aislada en una inmensa floresta. Jesús derramó su sangre también por estos infelices. ¡Si vierais con qué respeto están delante de la misionera! Entre ellos muchos se matan y, si pueden, envenenan también a los blancos; pero a la misionera le tienen un gran respeto. ¡Qué alegría tienen cuando nos ven! Nos invitan a ir a sus chozas y nos confían sus hijos.



*Macas. — "Tenemos con nosotros en la misión a Monseñor Comin"...
Primeras Comuniones.*

¡No podéis imaginar cómo viven!... Nosotras somos las únicas misioneras, con cuatro misioneros, en esta floresta, sin contar las otras cuatro de Méndez, a cuatro días de camino...»

Las únicas ciertamente. Eran cinco, pero cada una trabajaba por tres.

Nos preguntamos cómo eran capaces de resistir teniendo en cuenta que la comida era escasa y pobre, siempre igual (cuando Juana de Lara les llevaba algún panecillo lo comían a trocitos para que durara más).

Había un secreto que funcionaba positivamente, incluso en el plano humano-psicológico; aquellas cinco Hermanas se amaban, formaban una verdadera familia. Tenían, naturalmente, sus defectos: una era lenta, la otra pronta, ésta vivaracha, aquélla pesimista. Alguna vez se

enfadaban, pero el vínculo de unión era fuerte, y vivido en alegría: una para todas y todas para una. Los problemas los ponían en manos de Sor María que sabía resolverlos con un común denominador: ¡Jesús Eucaristía!

Por esto podían ocuparse también de Sevilla, de Sucúa, de General Proaño y de la pequeña colonia del Río Blanco.

La Navidad de 1931 fue solemenemente celebrada en Sevilla Don Bosco, por primera vez. Rouby hizo milagros para prepararla. Después de la misa de medianoche, en Macas, Sor María, Sor Carlota y algunas colonas, se dispusieron a atravesar el Upano con Rouby y el Padre Prieto. En los capazos llevaban los ornamentos, los candeleros, el cáliz y la patena, la campanilla, que tanto gustaba a los jibaros, y una imagen del Niño Jesús.

Las jóvenes colonas y las Hermanas cantaron la misa. Después los jibaros besaron el pie del Niño Jesús y desfilaron en procesión hacia la *vivienda* de don Venancio.

Antes de que la comitiva regresara de nuevo, los jibaros, hombres y mujeres, pidieron aprender también ellos a cantar a Jesús y a María. Rouby cogió la pelota al vuelo:

—Pronto vendrá Monseñor. ¡Le cantaremos un bonito canto shuar!

Entonó: *Ti tsanka Maria...* (Misericordia María) Y todos fueron repitiendo.

«*Ti penker Nukur*»... (nuestra buena Madre).

El año 1931 terminó con la noticia de la muerte de don Felipe Rinaldi. Monseñor le había escrito una larga carta, describiendo el trabajo de los misioneros y de las misioneras en la selva... «No temen fatigas ni sacrificios. He podido comprobar hasta dónde llega su paciencia para conducir a las nuevas generaciones jibaras a la fe y a la civilización...»

Don Rinaldi contemplaba ahora, desde el cielo, mucho más de lo que hubiera podido conocer en la tierra, por las relaciones que le llegaban de ultramar.

Una cosa no fue descrita nunca: el gran interés de Sor María por los jibaros y jibaras que servían en las casas de los blancos. Ya hemos visto que su situación no era nada fácil.

El 5 de enero de 1932 un jibaro, que servía en Macas, bautizado con el nombre de Juan Bosco, entregaba su alma a Dios. Pocas veces Sor Dominga se mostró tan pintoresca al describir un acontecimiento:

«... Juan Bosco, de unos treinta años, que no se encontraba bien de salud desde hacía meses, ha sido internado en nuestro hospitalito. Pero todos los remedios han resultado inútiles para el pobre mu-



"Estos días vienen algunos jibaros para ser bautizados."

chacho que, esta mañana, sobre las nueve, entregó su alma a Dios. Desde niño estuvo aquí, en Macas, y pasó sus días al servicio de varias familias blancas cristianas, que se preocuparon más de aprovechar sus fuerzas físicas, que de hacerlo cristiano. Cuando llegamos nosotras y nos enteramos del hecho, Sor María Troncatti lo mandó llamar y lo preparó para el santo bautismo, que recibió dos años después con gran emoción. Desde entonces vivió en la misión y tuvo la gracia de morir santamente, después de haber vivido como un buen cristiano. Antes de morir quiso que estuvieran presentes los jibaros cristianos de Macas y, con voz amorosa, les recomendó la perseve-

rancia en la práctica de la religión, si querían estar contentos a la hora de la muerte. Todos los presentes lloran aún la pérdida de su amigo, verdadero modelo de joven cristiano.»

Durante todo el mes de enero, a pesar de las lluvias, los sábados y domingos, las Hermanas, Roubly y el Padre Prieto fueron a Sevilla para enseñar, además del catecismo, el canto. Pero cuando Monseñor llegó a Macas (4 de febrero) el río estaba tan crecido que hasta la colina llegaba el rumor de las aguas: ¡imposible atravesarlo!

Los jibaros no se resignaron. (¿Conocían también ellos el proverbio: «Si no va la montaña a Mahoma, Mahoma irá a la montaña?».)

El domingo, 14 de febrero, un grupo, hombres y mujeres, subieron a la misión. Formados delante de la iglesia, en la plazoleta repleta de gente, con voz atronadora (algo así como los modernos gamberros) cantaron:

Ti tsanka Maria
Ti penker Nukur
Jesus ame uchiram
Resamturatá
Virgen Maria
Winia Nukur
Winia wakaniur
*Jukitia.*³

Angel Roubly cantaba y Sor María, desentonando, le ayudaba. Monseñor tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener su emoción. Pero no pudo por menos de dejar correr libremente las lágrimas cuando, a coro, suplicaron: «Envíanos a los Padres. Mándanos a las Madres. Les regalaremos nuestros hijos. Mándanoslas para que nos enseñen a rezar y curen a nuestros enfermos»...

Sí, la mies era mucha; empezaba a madurar y los obreros eran pocos.

Uno estaba a punto de dejarlos. Pero nadie lo sabía. Cuando partió Monseñor, el 15 de febrero, estaba bien lejos de imaginar que no lo vería nunca más: era el Padre Prieto.

Diez días más tarde bajó al río a bañarse en compañía del coadjutor señor Fabián. Después de algunas brazadas desapareció bajo el agua.

Desde la misión se oyeron fuertes gritos. Acudieron todos.

3 Misericordiosa María — nuestra buena Madre — a Jesús tu Hijo — ruega por nosotros — ¡Oh Virgen María — Madre mía — el alma mía — salva!

Lo encontraron en un hoyo profundo. Alguien pidió a Sor Maria que le hiciera la respiración artificial... Fue inútil: perdía sangre por la nariz. Las gentes de Macas, durante el entierro, se decían unas a otras: «Era un verdadero santo».

El Padre Torka, sin poder contener la emoción, con sollozos entrecortados, leyó a las dos comunidades el testamento del difunto: «Pido que a mi muerte no haya el menor signo de tristeza, sino de alegría... Comuniquen a mis parientes mi voluntad: no se vistan de negro, sino de blanco, en señal de alegría, como cuando un soldado regresa vencedor de la guerra... Jesús mío, quizá sea temeridad cuanto escribo, pero Tú conoces mis pensamientos: ¡nada para mí, todo para Ti! Por consiguiente, espero que la conclusión de este testamento será, a la hora de mi muerte, la confirmación del ofrecimiento total de mi corazón que entonces se encenderá de amor y de eterna gratitud hacia Ti, que tanto me has amado».

Aquella noche Sor Troncatti sacó de su cajón una carta de su madre y se la leyó a las Hermanas. Maria Rodondi aconsejaba a su hija: «María, di siempre *fiat, fiat*; siempre *fiat*».

Conservamos la respuesta: «Mi buena y querida madre siempre me manda algún buen consejo que recibo con veneración. He leído y releído su cartita en la que me recomendaba repetir: «*Fiat voluntas tua*» en todas mis penas y dificultades. ¡Oh, qué palabras tan dulces y consoladoras! Si, mi buena madre; con estas palabras en los labios puedo afrontarlo todo en mi penosa misión. Mis inquietudes y deseos consisten en ganar almas para Dios. Lo que apenas es cosechar tan poco fruto. Ver a estos pobres salvajes tan torpes para comprender y conocer a Nuestro Señor. Dichosos nosotros que hemos nacido en el seno de la Religión. ¡Qué cuenta tan grande tendremos que dar a Dios si no hacemos todo lo posible por amar a Jesús y procurar que otros también lo amen. Estos pobrecitos me dicen: «¿Cómo vamos a conocer al Dios del cielo si nadie nos ha hablado de El?»... Un día explicaba yo el catecismo en un jibaría a un grupo de jibaros. Les hablaba de la muerte de Jesús en la cruz; era semana santa. De pronto, sorprendidos, me preguntaron: «¿Cómo es que el año pasado Jesús también murió? Nos lo dijiste tú misma. Nosotros cuando morimos se acabó»... ¿Os dais cuenta qué difícil es hacerse entender? Ellos no conocen otra cosa más que vivir como animales y vengarse».

Las características de la venganza entre los jibaros ya las conocemos. Sor María salvó a varias personas de envenenamientos por odio. La mujer jibara, especialmente, es famosa y astuta como una serpiente para propinar el veneno; a veces lo esconde dentro de las uñas y,

cuando agita la bebida que ofrece (la *chicha*), después de haberla probado ella misma, propina el elemento mortífero en la cantidad deseada, con la cuenta exacta de los días que le quedan de vida a la víctima. (Notamos que es señal de distinción agitar con la mano la bebida antes de ofrecerla.)

Pero también los blancos, a menudo, pagaban con la misma moneda.

A principios de agosto encontraron muerto a un colono en una de sus plantaciones. Toda Macas se alzó como un solo hombre.

Las sospechas recaían sobre un jibaro desaparecido de la *vivienda*. Armados hasta los dientes, los colonos fueron a su jibaría y condujeron prisioneros a puntapiés, a puñetazos, a garrotazos a todos los que encontraron: dieciséis personas.

El furor era tal que aquellas pobres víctimas, en la plaza de Macas, estuvieron a punto de ser linchadas.

Sor María bajó la colina corriendo con Sor Carlota.

—¡Ellos no son culpables! ¡No matéis a las mujeres y a los niños!...

Acudió el director, Rouby y el Padre Crespi, que estaba de paso. ¡No se puede abusar de la fuerza! Arreglaremos la situación con el teniente político y con los colonos...

La crónica de los salesianos de Macas dice lacónicamente «que pudo evitarse una hecatombe».

Las mujeres y los niños siguieron a las Hermanas y pasaron la noche con ellas.

La *tzantza* es una costumbre bárbara.

Pero, llegado el momento, todos tenemos algo de bárbaros.

De puerta en puerta, de una casa a otra, se esparció repentinamente por Macas la noticia de que Sor María se marchaba.

Las mujeres dejaron sus labores y se dirigieron a la misión, tal como estaban por casa.

—¿Es verdad, Sor Carlota?

La interpelada tenía la nariz colorada y los ojos hinchados. No había lugar a dudas.

—¡Queremos verla!

—Ha ido a visitar a un enfermo grave.

—La esperaremos.

Sentadas a la buena de Dios en el patio de la casa, dejaron vagar la imaginación recordando los sucesos del último decenio, es decir, desde que recibieron la noticia de la llegada de las Hermanas, conocieron a Sor María y empezaron a su lado una vida nueva, llena de Dios, hasta el doloroso presente.

Lola Noguera rompió el silencio:

—A mí me salvó de la muerte. Tenía un cólico hepático que me puso amarilla como el azafrán, ¿recordáis?

—Sí. Era en 1929.

—El año de la epidemia...

Continuó Lola:

—¿Recordáis? Estábamos todos enfermos. Ella iba de casa en casa y encontraba las puertas cerradas porque el pueblo estaba desierto. Abría, entraba, nos atendía, salía, cerraba...

—Sí, aquí y en General Proaño.

—Y todo gratuitamente.

Isabel de Villarreal tomó la palabra:

—¿Recordáis cómo estaba la mano de don Jesús Rivadeneyra cuando se la cortó con el machete?

—¡Ah!, tenía los dedos colgando: piel, venas, tendones... todo cortado.

—Lo curó.

Sabina Rivadeneyra:

—Y por mi y por mi hijo. ¡todo lo que llegó a hacer...!

—Y don Lino, con aquella llaga crónica en el tobillo, no hubiera podido andar nunca a no ser por Madre María.

—¿Y don Juan Jamarillo? Lo salvó de una muerte segura. Se había hecho un corte en el pie con el hacha. La sangre le salía a borbotones.

—Cuan le dijeron que don Leonardo Velin había sido herido en un asalto con los jibaros, ¡qué no hizo por él!

—¡Oh, Jesús de mi vida! Don Leonardo estaba acribillado a machetazos y Madre María partió inmediatamente. Lo hizo trasladar a la misión y lo salvó.

Luisa de Galeas abrió los brazos:

—¿Y qué podría decir yo? Mi hija cayó con la cuchara en la mano; se la metió en un ojo y se lo sacó. Yo gritaba como una loca. La llevé a Madre María. Ella vio que el caso era desesperado. Me recomendó resignación: *la niña se va a quedar ciega de un ojo, me dijo*. Pero mi dolor la conmovió hasta hacerle derramar lágrimas. (¡Oh, Dios mío, qué misericordiosa es.) Empezó a curar a la niña y me sugirió encomendarla a Madre Mazzarello. Cada día venía a mi choza a hacerle las curas. Yo no podía ocuparme suficientemente de la niña, como comprenderéis: la casa, la *chacra*, el *potrero*,¹ los animales... Ella se la trajo a la misión. Me la devolvió tres meses después completamente sana. Y ve.

—¿Y tu hijo?

—¡Pobre muchacho! Estaba hinchado como un globo. Se lo traje. Le puso una reliquia de Don Bosco y mandó rezar a las Hermanas y a las niñas. Lo cuidó como a un hijo. Dos meses más tarde me lo devolvía curado.

—Pero una cosa es decirlo y otra verlo. ¡Siempre con el rosario en la mano!...

—¡Y se nos va!

Rompieron a llorar. Pasados unos instantes prosiguieron:

—Aquí mismo, sobre esta colina, hemos aprendido a ser buenas, a rezar, a sufrir con paciencia...

—Tal como le hemos visto hacer a ella.

—Sí, nuestra querida Madre María es admirable en todo: en la vida religiosa, en la caridad, en el sacrificio.

¹ Pradería donde viven de día y de noche las vacas.

—Yo le contaba todas mis cosas, hasta los pensamientos más secretos.

—¿Sólo tú? Todos en Macas, incluso nuestros hombres; todos le contábamos hasta los más sencillos problemas de la vida cotidiana.

—¡A cuántas niñas huérfanas no ha acogido bajo su tutela!

—Yo soy una de ellas. Y no sólo me ha dado pan, vestido e instrucción: me ha dado su amor. Y cuando me casé me dejó el velo de tul de la Purísima...

—También a mí.

—Y a mí...

Como Sor María tardaba, regresaron a sus casas, después de haberse lamentado ante el Señor y la Virgen en la iglesia nueva, bella y... ¡con luz eléctrica!

¡Ahora había muchas cosas! Se empezaba a recoger. Pero no había más remedio que marcharse.

Sor María se daba cuenta —ahora— de que amaba la selva como la más hermosa realidad del mundo, como la patria del corazón.

De regreso a la misión le salió al encuentro una niña de pocos años que había nacido con los pies torcidos y que ahora, debido a sus muchos cuidados y a su larga paciencia, caminaba sin dificultad.

Acudieron también a su encuentro «sus» niños salvados, porque en la selva se sabía —ahora— que «no se debe matar porque Dios no quiere». Les hizo jugar un momento y en seguida entró en casa para preparar el viaje.

Hubiera querido atravesar una vez más el Upano: recordó el cadáver del Padre Prieto tendido sobre la arena. Y a Pedro Madero, un óptimo joven maestro de la misión, arrebatado por el río aquel mismo año. Recordó al jibaro Juan Nankitai que la había salvado de las aguas en una ocasión. Otra vez el Padre Ghinassi se había echado al río en época de crecida, cuando ella estaba a punto de ser arrastrada por las aguas, y la había conducido a la orilla...

Como las dulces colonas de Macas, dejaba vagar la mente a lo largo de los años, mientras sus manos doblaban las pocas prendas personales de que disponía y las colocaba en la cesta de viaje.

Había ido una vez a asistir a un anciano a una lejana jibaría. No la acompañaba más que un joven jibaro de la misión. Cansadísima, después de mucho andar, lanzó un gemido y cayó desvanecida. El joven la arrastró fuera del sendero fangoso, la colocó sobre la hierba y, arrodillado en el suelo, apoyó la cabeza en sus propias rodillas.

Cuando ella abrió los ojos lo vio inclinado mirándola fijamente y hecho un mar de lágrimas. «¡Ah, Madre María! —exclamó el joven—. ¡Estás viva, estás viva! ¡Qué felicidad!» Y reemprendieron el camino.

Sor María se dio cuenta que las lágrimas corrían por sus manos. Intentó dar nuevo cauce a sus ideas: pensó en la inminente marcha. Y en seguida acudieron a su mente los numerosos viajes fuera de la selva: difíciles, peligrosos, pero siempre mitigados por la seguridad del regreso.

Aquella vez, por ejemplo... Habían salido de viaje, con Monseñor, ella y Dolores Velín; ella tenía una fiebre altísima, temblaba bajo la fuerte lluvia. Para atravesar el río Yurupaza la llevaban de la mano: no podía más. Pero nada más salir del agua oyeron voces y un grito: «De aquí no se pasa».

A más de dos días de Macas, ¿dónde iban a ir? Temblaban también Monseñor y Dolores, la cual susurró: «Son jibaros a la espera de un ataque, quizás». Calados hasta los huesos no sabían qué decidir. Monseñor sugirió a Dolores: «Grita que está aquí Madre María, la que sacó la bala a la hija de Juank». Después de lo cual se había adelantado una jibara gritando a su vez: «¿Es Madre María?» La seguía el marido con el machete en alto. Una vez reconocida, el hombre bajó el arma, diciendo. «Tú, Madre María, viniendo». Y Dolores: «¿Y nosotros?»

Los examinaron atentamente: «Tú, Padre bueno, viniendo. Tú, hija amigo blanco, viniendo». Alrededor de la jibaria, compuesta de cinco o seis chozas, había sido construida una empalizada. Tuvieron que atravesarla a gatas.

Sor María suspiró. ¡Dios la había ayudado siempre! Si, todos los caminos del Señor eran fidelidad y gracia,² aunque ahora la llevaran lejos: no sabía exactamente dónde. Sólo sabía que debía adelantar el viaje para tener una entrevista con la inspectora, la cual debía embarcarse para Italia.

Leemos en la crónica: «4 de febrero de 1934. Lllaman urgentemente de Guayaquil a Sor María Troncatti. Es de imaginar nuestra pena, al vernos privadas por algunos meses también de nuestra directora (Sor Dominga Barale). Se prepara el viaje a toda prisa para que Sor María pueda encontrarse con la inspectora».

Aquella noche fueron los misioneros a despedirse de ella. El director, llegado hacia poco (Padre Tomás Pla), no sabía qué decir. Roubly había ido a Cuenca a recibir las sagradas órdenes. Habla-

2 Sal. 25. 10.

ron de él y de todo cuanto había hecho en Sevilla. Un Hermano añadió:

—Pero en realidad, todo cuanto hemos podido realizar este año pasado, en gran parte se lo debemos a usted, Madre María.

—¡*Diámíne!*

—¿Recuerda? En junio comenzamos el desmonte cerca del manantial...

—Sí, y Monseñor, Rouby, el Padre Avila, el señor Bigatti, Dionisio, Sor Carlota y yo fuimos allá. Había más de cien jíbaros con los pocos colonos que fueron a Sevilla cuando se enteraron de que íbamos a fundar la misión. En el mes de julio Rouby, con un grupo de jibaritos, se pasó allá una semana desbrozando el terreno, ¡pobrecitos!...

—Después fue también usted.

—Y también yo —dijo Sor Carlota.

—Pero nosotros hemos estado muy poco y lo que hemos hecho ha sido poquísimo.

—A últimos de julio comenzamos a recoger el material para la construcción de la capilla que, muy a pesar nuestro, sólo fue una choza.

—En agosto volvió Monseñor para ver los trabajos.

—En septiembre se comenzaron las excavaciones.

—Y en octubre nos llegó la noticia de que el gobierno adjudicaba una franja de terreno en propiedad a la misión.

—Y el señor Bigatti fue a señalar los límites, abriendo un sendero entre la propiedad de don Venancio y la nuestra. Y ahora, usted nos deja, Madre María...

Finalmente la pequeña comunidad quedó sola. Desde el mes de octubre de 1932 Sor Dominga había sido nombrada directora, y Sor Troncatti tenía que trasladarse a Sucúa donde estaba para abrirse la misión. La inspectora, Sor Décima Rocca, había escrito a las superiores de Turín pidiendo autorización para abrir una nueva casa en la selva; sus palabras nos revelan personas y cosas: «Teniendo en cuenta la generosidad y bondad que en todas las circunstancias difíciles y penosas usa con nosotras Monseñor Comin, considerando sobre todo la urgente necesidad de contrarrestar prontamente la propaganda protestante y seguras de la aprobación de las veneradísimas superiores, este consejo inspectorial ha deliberado»...

Bien mirado, aquel consejo no podía deliberar nada; pero vista la

necesidad, destinaba dos Hermanas a la nueva misión de Sucúa (que, al principio, se consideró como sucursal de Macas). proponiendo como directora a Sor María Troncatti.

Ya hemos visto que iba allá casi semanalmente y su compañera era, de ordinario, Sor Carlota Nieto. Pero la atmósfera de Sucúa, en vez de aclararse se oscurecía. Leemos en la crónica de octubre: «Durante un mes no se va a Sucúa a causa de algunas dificultades».

En vista de que la casa no se abría, Sor María fue nombrada ecónoma de Macas, además de enfermera, quedando a su cargo la misión de Sevilla a donde iban regularmente, cuando el río lo permitía.

Si, el año 1933 había sido un año fecundo. Sor María, más libre, continuaba su trabajo junto a Sor Dominga en perfecta armonía: la sencillez de una rivalizaba con la humildad de la otra.

Aquella noche de febrero las Hermanas recordaron los primeros tiempos cuando Sor Dominga, nombrada superiora, estaba junto a Sor Troncatti para ayudarla y, finalmente, sustituirla.

Había venido un jibaro llevando a la mujer sobre sus espaldas: «Sutank³ enferma, tú curando», dijo. Sor María la había metido en cama.

Ahora Sor Carlota decía a la que marchaba:

—¿Recuerda el coloquio?

—¡Cómo no!

Ella:

—Sutank está en peligro de muerte.

El:

—Te daré todas las gallinas y huevos que quieras: ¡cúrala!

—Está muy mal. Quedaos aquí y yo trataré de curarla. Sor Dominga os explicará el catecismo. Si queréis, podéis haceros cristianos.

Se quedaron y Sor Barale les enseñaba las verdades de nuestra santa religión. Repetía de vez en cuando: «¿Habéis entendido? ¿Has entendido?» La mujer no daba el menor indicio de comprender nada; era natural, debido a su enfermedad. El, peor aún; parecía una es-finge.

Volvía a empezar de nuevo, y:

—¿Has entendido?

—Nada.

3 Sutank es también nombre femenino cuando en la familia no hay hijos varones.

—¿No has entendido?

—Nada.

—Entonces, ¿eres tonto?

—No soy tonto; no entiendo porque no quiero entender. Si hubiera de quedarme aquí con los cristianos, entendería; pero no pienso quedarme y no quiero ser cristiano. Si Sutank muere, que sea cristiana; pero me la llevaré de aquí. Bautízala, pues.

Había ido el director y la había bautizado; estaba moribunda. Después el jibaro se cargó a las espaldas a Sutank-María-Josefa que, en el camino, había emprendido viaje para el cielo.

Parecía como si las Hermanas quisieran preparar a Sor María un buen bagaje de recuerdos...

—¿Recuerda el drama que representaron nuestras niñas en mayo del año pasado?

—¿Cómo no? La reina de la floresta.

—¿Recuerda los ejercicios espirituales predicados por el Padre Albino del Curto?

—Sí. En aquella ocasión dijo: «No hay más que una cosa que merezca la pena: amar a Jesús con todas las fuerzas y llevar a El a nuestros hermanos».⁴

—¿Recuerda el paseo a Sucúa en el mes de septiembre?

—Sí, pero yo tuve que quedarme en casa.

—Y nos escribió diciendo que la jibarita Catalina estaba mal, por lo que volvimos en seguida.

—Después de diez días.

—Y después fue usted con Adelina Mendoza porque el señor Bonato estaba grave...

—Sor María, ¡a cuántos padres ha curado en estos años!

—El Señor y María Auxiliadora han querido servirse de mis manos.

—El Padre Avila, hace exactamente un año, estaba grave a causa de una enteritis-muco-membranosa.

—¿Qué nombre más largo!

—El Hermano Pischedda...

Sor Troncatti recomendó a las Hermanas que lo vigilaran y procuraran alimentarlo bien. Hacía diez meses que estaba en Macas: había tenido que interrumpir los estudios a causa de su salud. De clérigo había pasado a ser coadjutor con tal de no dejar a Don Bosco. Ella le había cuidado y prodigado atenciones maternas. Ahora lo de-

jaba animado después de haberle dicho: «Rezo por usted; tiene que llegar al sacerdocio».⁵

Se fueron a dormir acompañadas por sus recuerdos. Sor Carlota daba vueltas y más vueltas en la cama diciéndose: «¡Y pensar que podríamos estar juntas en Sucúa donde nos había destinado la santa obediencia! ¡En cambio!... Pero tú, Señor, sabes todos los porqué»...

Por las cartas de Sor Troncatti a la familia, vemos que la proyectada misión era también para ella una realidad al alcance de la mano. El pensamiento de dejar la selva no le había pasado jamás por la imaginación.

«Amadísimos míos... Os diré que he estado ocho días en mi nueva misión atendiendo a algunos enfermos. Ahora ya he vuelto a Macas. Estaré aquí algunos días y después marcharé allá definitivamente; cuando recibáis ésta, ya estaré con mis queridos salvajes. Es un buen sitio; una floresta preciosa. Durante los días que estuve en Sucúa (así se llama la nueva misión) vinieron varios jibaros a saludarme, rogándome que fuera pronto a quedarme con ellos... Seremos tres Hermanas y un Padre salesiano. La casita es pequeña, pero estoy contenta con tal de salvar almas...»

¿Qué es lo que había sucedido para que todo se viniese abajo?

Una mañana había sido hallado muerto, asesinado, el teniente político. Sabemos que sus relaciones con el Padre Sthal eran tirantes. Sabemos también que alternaba con mister Ohlson. Sabemos que llevaba una vida desarreglada, dudosa. No sabemos (ni se supo nunca) quién fue el asesino.

Primero una voz, después dos, después tres, dijeron: «Ha sido el Padre católico». Entonces los colonos corrieron a advertir al Padre Sthal, y lo obligaron a huir a Macas.

Cuando la policía de Riobamba, vomitando ira, llegó a Sucúa, arrestó a ocho hombres, basándose en leves sospechas. Cayó también en la red don Daniel González.⁶

El Padre Santiago Sthal había llegado a Macas a altas horas de la noche. Lo que hizo Sor Troncatti nos lo cuenta la señora Imelda de Villarreal, empleada hasta el año 1970 en el ministerio de Ins-

5 Declaración firmada de don Aurelio Pischedda, ex inspector del Ecuador: "De clérigo padecí fuertes dolores de cabeza. Llegué a sacerdote casi de milagro. Sor Maria fue una madre para mí".

6 De las explicaciones de don D. González fueron recogidos los particulares del triste suceso.

trucción Pública: «...También sus Hermanos religiosos tuvieron momentos difíciles; ella fue siempre a ponerse al frente de las dificultades y las resolvía con su gran inteligencia. Así, cuando el Padre Santiago Sthal fue acusado de crimen en la vecina población de Sucúa, ella fue la que, a medianoche, partió de Macas sin preocuparse del camino pésimo, confiando en Dios y encomendándose a El en sus oraciones»...

Esta fue la trágica causa que bloqueó durante años la misión de Sucúa. Permaneció en la brecha Mercedes Navarrete con su pequeño internado de jibaritas, su escuelita, su guitarra y su santidad.

Y he aquí a Sor Troncatti de viaje. El itinerario, como siempre: Río Blanco, Sucúa, donde pernoctó y tuvo noticias horripilantes: los ocho arrestados eran tratados pérfidamente. Ahora estaban viajando a través de la selva, empujados a garrotazo limpio por soldados embrutecidos.

Daniel era de carácter bondadoso, sensibilísimo; ¿resistiría? Sor María cogió el rosario y rezó, uno tras otro, durante toda la noche y los dos días que tardó en llegar a Méndez y los otros dos días hasta llegar a El-Pan.

Ya estaba fuera de la selva. Le parecía todo extraño, todo fuera de sitio... Y ella, más fuera de sitio todavía.

Guayaquil tiene una característica que, según creo, ahonda las raíces en el misticismo español. Sus mujeres son muy piadosas, las señoras muy caritativas, todas sumamente devotas del Santísimo Sacramento. A finales de 1969 recibí una sensación de santo estupor al ver que en una iglesia de la ciudad estaba expuesto solemnemente Jesús Sacramentado de la mañana a la noche todos los días y que a cualquier hora no faltaban fieles adoradores de toda clase y condición. Esto, entendámonos, no sucede sólo en Guayaquil, sino en casi todas las ciudades del Ecuador y muchas otras de América Latina.

Creo poder afirmar también hoy —1971— lo que Sor Troncatti escribía a los suyos: «No estéis preocupados por mí. Me siento dichosa de ser misionera. Si no hubiera venido, lo pediría ahora mismo. Las religiosas son muy apreciadas, incluso por los malos. Diré con toda sinceridad que en el Ecuador se respeta muchísimo a las misioneras. Todos se inclinan ante la religiosa. Claro que nosotras nos dedicamos totalmente a ellos: a los pequeños y a los grandes, a los enfermos, a los salvajes y a los civilizados».

Hela, pues, entre los civilizados. Vio a Madre Décima que partía

para no volver más. La acompañó a la casa llamada de la «Beneficencia» de Señoras y allí recibió el nombramiento de directora de la misma. En verdad se sintió aturdida.

Un grupo de piadosas señoras de ilustre prosapia y corazón generoso, se habían preocupado desde tiempo atrás de la instrucción de las niñas pobres y abandonadas, fundando una casa para internas huérfanas y una escuela elemental a la que asistían también niñas externas. Pero el año 1928 las religiosas de San José de Tarbes, a las que estaba confiada la obra, habían tenido que retirarse por falta de personal al no permitir el gobierno la entrada en la república a ningún extranjero.

Leemos a este respecto que, precisamente en 1928, la nueva inspectora, Madre Décima y las cinco Hermanas que desde Turín debían partir para el Ecuador «no podrán entrar vestidas de religiosas;... conviene que viajen en barcos distintos»... (carta de Madre Mioletti y de Sor María Valle a las superiores).

Entraron las cinco. La obra había pasado a manos de las Hijas de María Auxiliadora y se desarrollaba en una hermosa casa dejada en herencia por una gran dama: una construcción de madera, como se usaba entonces, de dos pisos, con amplios salones y patio interior, con estanque, rodeado de pórticos; en fin, una preciosidad.

La alta presidencia era del obispo, Monseñor de la Torre. La presidenta efectiva era doña Matilde Amador Santisteban. La primera directora había sido y era hasta aquel momento Sor María Valle, que ahora se embarcaba para Italia con la inspectora cesante y, todas lo pensaban, volvería superiora inspectorial.

Volvió, en efecto. Chunchi era un pueblecito perdido, ya lo hemos visto, por eso ella empezó a residir en la «Beneficencia».

Llamemos al pan pan y al vino vino: con la mejor buena voluntad de todas, la situación no era fácil. Sor Valle no sólo era la fundadora de la obra, sino que por sus excelentes cualidades, había llevado la obra a un nivel que no podía pedirse nada mejor. Le fue casi imposible desentenderse de ella.

Sor Troncatti no se molestó por ello; al contrario. Decía: «Con estas grandes señoras entiéndase usted. Yo no sé, no soy capaz». En ausencia de Madre Valle, lo decía a las mismas Hermanas: «Actúen ustedes, vayan ustedes».

Era una de esas personas que, como dice San Pablo de sí mismo, saben «abundar y escasear».⁷ Recuerdan que hay tiempo de hablar

7 Phil. 4, 12.

y tiempo de callar, tiempo de guerra y tiempo de paz,⁸ tiempo de trabajar y tiempo de descansar.

En efecto, le parecía que no tuviese nada que hacer. Veía muy lejano aquel tiempo en que escribía a los suyos: «Os diré que estos meses han sido de muchísimo trabajo. Me preguntaréis qué es lo que hago para tener tanto trabajo. Aquí en la floresta hay que hacer de todo: soy dentista, cirujano, doctor en medicina, farmacéutica, enfermera, etc. Además me encargo de catequizar. He tenido algún caso de viruela. Estos días he tenido que vacunar bastante, lo mismo en el pueblo que en la selva, entre los jibaros. Con gran trabajo para hacer comprender que la vacunación es un medio para que no cojan la viruela, hemos vacunado a 72. Después les di catecismo, les invité a rezar un poco y me dispuse al regreso. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando, al despedirme de ellos, exclamaron todos a una: «¡Oh, Madre nuestra!, ¿te perderemos por mucho tiempo? ¿Volverás pronto con nosotros?»

Ahora, si levantaba los ojos, veía en el cielo despejado las torres de la catedral y de las otras bellísimas iglesias de Guayaquil. Ahora caminaba sobre pavimentos enladrillados o de madera encerada, brillantísimos. La escalera para subir al primer piso era principesca, con alfombra. Desde el patio hasta su ventana trepaban airosas ramas de jazmín. Su habitación era confortable; después de tanta penuria, le parecía hasta demasiado. Colocó en ella un gran baúl vacío y todo lo que le daban terminaba allá adentro para los hijos de la selva.

Por ellos espontáneamente, casi irresistiblemente, se hacía locuaz. Olvidaba dónde estaba y con quién hablaba. Hablando de ellos se trasladaba lejos, muy lejos...

La escuchaban encantados. Más que nadie el doctor Luis Romo Rosales y, con sumo gusto, el Padre Adolfo Astudillo, el provicario que la había conocido en Chunchi.

Deducimos por una carta de Sor María a los suyos, que se consideraba de paso en la casa donde estaba. Se adivinaba entre líneas la esperanza, si no el deseo, de volver donde estaba...

La inspectora, Sor Valle, le trajo un paquete de Italia, una fotografía y una carta, escrita por Catalina. Parece como si los suyos se hubieran reunido en sesión plenaria para recordar lo que le gustaba cuando estaba en casa: lo primero el pan. ¡Hacia tanto tiempo que no lo probaba!

... «Ahora tengo que agradeceros la preciosa fotografía: he besado

8 Eccles. 3, 2-7.

y rebesado a mi querida madre. A decir verdad la encuentro bien. Me la imaginaba más vieja y en cambio está casi como la dejé. Además he recibido el sabroso pan con el chocolate y un queso riquísimo... Mi inspectora me entregó las rodilleras y todo lo demás. ¡Qué hermosos regalos! Pensar que las rodilleras de lana las habrá hecho, seguramente, mi querida madre. Estoy muy contenta porque las necesitaba; siento un poco de dolor en las articulaciones»...

¡Con más de ocho años de vida en la selva, la humedad, las lluvias, el atravesar constantemente los ríos, no hay por qué maravillarse! Antes bien, lo que maravilla es que pensara, como pensaba en volver. Continuemos leyendo: «... Y ahora, cuando vuelva a la misión, me las pondré. Sólo espera que venga Monseñor Domingo Comín para ir a abrir la nueva misión. Estoy suspirando por la hora y el momento de marchar allá... Espero que no me dejaréis sin una carta vuestra; la espero con ansia. Mandadla aquí, a Guayaquil. Naturalmente, cuando llegue, yo estaré de viaje para la misión».

Se diría que veía el camino, que oía el relincho de su caballo, el susurro de las frondas, tanto es así que se le escapó un presente (muy expresivo). «... Me paro un poco aquí y un poco allá y el viaje durará cerca de un mes, y si la carta llega, me la mandarán»...

Pasaron varios meses. El 1934 llegaba a su término. Las Hermanas de la «Beneficencia» dejaban caer cada vez más regalos en su célebre baúl. Se encargaba de ello una joven profesora, Sor Mercedes Pesantes, para darle esa alegría a Sor Troncatti, mientras día a día descubría en ella nuevas virtudes, y las grababa, admirada, en su corazón.

Pero Sor Troncatti custodiaba su sueño misionero: ¡la gran ciudad no estaba hecha para ella! Veámoslo bien claro en otra carta: ... «Pasado mañana llegará Monseñor y entonces sabré cuándo voy a la misión: sueño con ir muy pronto»...

Monseñor Comín llegó y se marchó sin darle el «pase» para la selva. No hubo más remedio que adaptarse a estar bien, a recibir damas, señores, obispos, personalidades, autoridades.

El 1935 se abrió con la visita del Presidente de la República, doctor José María Velasco Ibarra (3 de enero), quien se mostró satisfechísimo de encontrar en el comedor a 126 niñas sentadas a la mesa que recibían a diario la comida gratuitamente.

Poco después Sor María acompañaba al hospital a una joven misionera —sor Angela Forestán— que había llegado de Italia hacia dos años y residía en Riobamba, para una operación (al parecer la segunda) en una pierna. Estuvo a su lado ocho días.



La madre de Sor Troncatti.

El 19 de enero se celebró la clausura del año escolar y comenzaron las vacaciones de verano con asistencia a las colonias. Ella fue a Cuenca para hacer los ejercicios espirituales y volvió a ver, con gran emoción, a los misioneros de primera hora. Se encontró con el ex director de Macas.

—Padre, cuénteme algo, déme noticias de por allá.

—¿De quién, Madre Maria?

—De todos y de todo. Por ejemplo, del Padre Rouby.

—Después de su primera misa, el 21 de abril del año pasado,

volvió a la selva. Imagine, si puede, la fiesta que le harían los jibaros. Ha de saber que la primera capilla de Sevilla, de cañas, se cayó. Ahora mi sustituto, el Padre Juan Vigna, piensa construir otra de madera, pero parece que Satanás está rabiosamente en contra y desencadena continuos huracanes.

Ella que, a los cincuenta años conservaba intacta su viva fantasía, creyó encontrarse en el corazón de la selva, bajo uno de aquellos terribles huracanes... y sumergida en ellos. Preguntó:

—¿Y en Sucúa?

Nada nuevo. El Padre Sthal, por desgracia, tendrá que ser sustituido, porque la madeja está cada vez más enredada. Allá todos están bajo la terrible impresión del segundo proceso.

—¿El segundo proceso?

—Sí, Sor María. El enemigo del bien nos está haciendo una mala jugada. Hubo otras acusaciones peores que la primera... Volvieron los militares a Sucúa; fue algo que ponía los pelos de punta...

—Diga, diga...

—Los pobres detenidos fueron maltratados de mil formas, ultrajados como a los peores delincuentes. El capitán y el teniente permitieron a la soldadesca todas las injusticias, todas las maldades. Se puede decir que la marcha de Sucúa hasta El-Pan fue una marcha infernal. Por el camino, sin saber la causa, murió el capitán en medio de una maldición, ahogado por un mal misterioso.

Los soldados lo sepultaron, pero el teniente quería llevarlo a Cuenca y obligó a los detenidos a golpes y culatazos a desenterrarlo. Se prosiguió con el muerto a lomos de un caballo. Durante un día y medio de camino el muerto se caía y, cada vez, tenían que volverlo a montar. Se vieron obligados a enterrarlo en un lugar perdido de la selva. El teniente, que echaba chispas, llegados a El-Pan, espoleó el caballo para llegar antes y avisar a los parientes del capitán fallecido. Pero a las tres de la madrugada estaba muerto también él y aún no se ha sabido la causa.

Tenemos a la vista las notas de la misión de Macas para confirmarlo: «Han sido apresados y llevados a Cuenca varios colonos de Sucúa». Y continúa. «El Padre Juan Vigna va a Sucúa donde las cosas están siempre revueltas».

Sor María regresó a Guayaquil angustiada. Volvió a ocuparse de la «Beneficencia», pero dejando que la inspectora presidiera los exámenes, recibiera al obispo, a las señoras y señoritas para los ejercicios espirituales y al Nuncio Apostólico del Perú, administrador del Ecuador, Monseñor Fernando Cento, el cual siempre que desembar-

caba en Guayaquil hacia una visita a la benéfica obra. Y terminó el año 1935.

A principios del 36 Sor Angela Forestán dejaba nuevamente Riobamba por motivos de salud. Su pierna descalcificada no era capaz de sostenerla y le producía continuos dolores. Las superiores intentaron una última cura: si no mejoraba no tendría más remedio que regresar a su patria.

Residía en el Colegio María Auxiliadora. Los médicos la sometían a curas siempre nuevas y siempre ineficaces. Sor Troncatti fue a verla.

—¿Por qué está tan abatida?

—Todas las pruebas resultan inútiles. Tendré que volver a Italia...

Sor Angela se puso a llorar. Y Sor María:

—La llevaré conmigo a la «Beneficencia» para curarla. ¿qué le parece?

—¿A mí? ¡Yo, contentísima!

—Antes pediremos permiso a la inspectora.

Obtenido el permiso, trasladaron a Sor Forestán a la «Beneficencia» y la metieron en cama, en reposo absoluto. El doctor Rosales le prohibió moverse. Y Sor María empezó su tratamiento.

¿Quién se lo había enseñado? ¿El brujo o algún antiguo pastor de Col d'Aprica? Lo extraño es que los beduinos del desierto de Arabia utilizan el mismo tratamiento.

La ecónoma recibió el encargo de comprar un hueso largo de pata de vaca. Sor María lo partió, lo puso a secar y lo redujo a finísimo polvo. Después, no sabemos con qué ingrediente (ciertamente con muchas Avemarías), hizo píldoras.

—Dos al día. Y el 31 de enero (se lo decía el día de Epifanía) iremos juntas al santuario de los Salesianos a oír una misa de acción de gracias. Pero, ¡calladita y a encomendarse a Don Bosco!

El 31 Sor Angela se levantó de la cama y, del brazo de Sor María, se dirigió a pie al santuario. La fiesta fue solemnísimas: Don Bosco había sido canonizado hacía escasamente un año. Sor Troncatti le llevaba un fruto de su fe y de su amor a la Virgen. ¿No había dicho él: «Tened fe en María Auxiliadora y veréis lo que son milagros»?

De vuelta a casa se encontraron bajo el pórtico con el doctor Rosales.

—¿Qué es esto? —exclamó él entre indignado y sorprendido.

—¡Esto, doctor, es un milagro de María Auxiliadora y de Don Bosco!

Sor Forestán no volvió a Italia. Quien esto escribe la vio en 1969-70, precisamente en Guayaquil, ecónoma de la «Beneficencia». Lo cual significa que están bien sus piernas. Asegura ella misma que el año 1937 continuó dando clase como si nunca hubiera estado enferma.

En abril de aquel año fueron a la «Beneficencia» Monseñor Comín y el Padre del Curto. Debían continuar viaje para Macas.

¡Oh, qué a gusto les habría acompañado Sor María!

—Monseñor, me he enterado de que la viruela ha causado muchos estragos en la misión.

El obispo suspiró:

—¡El 1936 ha sido un año de duras pruebas para nosotros. Macas es una desolación. A causa de la viruela los jibaritos y jibaritas han huido a la selva.

—¿Quién ha muerto?

—El primero fue Dionisio Chiwiant. Pero quizá fue él el que llevó el microbio a la selva. Había venido aquí...

—Lo recuerdo. ¡Me alegré muchísimo al verlo!

—Tsetsem lo vio llegar ya hinchado y negro. Corrió a llamar a Sor Carlota, pero no había nada que hacer. Murió el 11 de septiembre.

—La víspera del Dulce Nombre de María. ¿Y Tsetsem?

—Ha cerrado la casa y vive otra vez en la misión.

—¡Pobre Dionisio! Era una conquista del Padre Rouby.

—Puede decirse que fue el fundador de Sevilla Don Bosco...

—¿Quién más ha muerto?

—En menos de un mes murieron quince. Sor Carlota, Tsetsem, Florencia, el Padre Vigna y yo los enterrábamos de noche a la luz de una linterna para no impresionar a la gente.

—¿Y ahora?

—La vida empieza de nuevo. Voy allá a celebrar nuevos matrimonios.

—¿Quiénes?

—Ángel Juank y María Auxilio Intiai, Pedro Yampis y Margarita Chinkiamai.

Las dos muchachitas habían crecido bajo la mirada de Sor María... Al augurar «buen viaje» a los dos misioneros, ella no pudo contener las lágrimas.

Y por la noche, en su habitación, sentada sobre el baúl, volvió a llorar. Dijo para sí: «Fue una misericordia de Dios que no estuviera yo allí: habría sufrido mucho».

«Pero, heme aquí pronta.»

El Vidente de Patmos profetizó, con las siete trompetas tocadas por siete ángeles, misterios altísimos: ¿quién encontrará la llave?

La tierra se preparaba para la segunda guerra mundial. «Y los ejércitos de caballería sumaban dos miríadas de miríadas: doscientos millones. Y así —dice Juan— vi los caballos y sus jinetes con corazas rojas como fuego, y jacinto y piedra azufre.»¹

¿Quién sabe, quizá al tiempo en que vivimos se le podría aplicar las palabras: «Y se produjo pedrisco y fuego mezclado con sangre. Y ardió la tercera parte de la tierra, y ardió la tercera parte de los árboles... y una tercera parte del mar se convirtió en sangre y muchos hombres murieron».²

El año 1935 fue testigo de la guerra de Etiopía. El 1936, del comienzo de la guerra civil en España con las pavorosas figuras de la «Pasionaria», Dolores Ibarruri y Negrín. El 1937, de la invasión de China por los japoneses. La aurora del 1938 sorprendía a Hitler en armas dispuesto a lanzar los caballos apocalípticos sobre el mundo.

En la floresta de Macas no se sabía nada de todo esto. Pero el fuego y la sangre estaban a las puertas.

La directora, Sor Dominga Barale, una mañana, al alba, salió de la casita-convento para ir a la iglesia. Las primeras luces inundaban la misión en su complejo de edificios graciosos como *cottages*, situados a derecha e izquierda de la grandiosa iglesia, corazón de toda Macas. Cruzó la plazoleta, metió la llave precisamente en la cerradura de la puerta de la iglesia.

... Y se encontró perdida. Todo había desaparecido a sus ojos: quedaba únicamente la colina desnuda. Y una voz, no podría decir si del corazón, del cielo o de la tierra, dijo: «De todo esto no quedará nada en pie».

1 Apoc. 9, 16-17.

2 Apoc 8, 7.

Acabada la misa, contó lo que le había sucedido. Los Padres la llamaron «visionaria» riéndose bonachonamente de ella y de su sencillez.

Pocos días después —había llegado entretanto Monseñor— hospedaron a un desconocido en una dependencia detrás de la iglesia: era el 16 de febrero de 1938.

En la oscuridad de la noche se oyó un angustioso grito: «¡Fuego, fuego!».

Los maquenses vieron allá arriba una llamarada inmensa.

Los misioneros salvaron el Santísimo, el cuadro de la Purísima, las vidas humanas, ¡nada más!

Al desconocido lo habían visto huir aprovechando el desconcierto. Pero no podemos hacer juicios temerarios. El señor Bonato, que durante ese tiempo había asumido el cargo de familiar de Monseñor y se hallaba presente, dice que el fuego partió de la cocina. Recuerda que la cocinera tenía la costumbre de poner, por la noche, la leña húmeda encima de la estufa para poder encenderla a la mañana siguiente sin hacer humo. Sea como fuere, la hermosa colina se convirtió en un negro tizón.

Dos días después Monseñor decidió partir en busca de ayudas. Dijo a los misioneros y misioneras: «Os dejo con un dolor y una nostalgia indescriptibles. Cada día aumenta mi amor por vosotros, amadísimos hijos. ¡Animo! Jamás de los jamases se apodere de vuestro corazón el desaliento; siempre adelante; ¡volvamos a empezar!».

Los colonos, con la ayuda de algunos militares residentes en Macas, construyeron en doce días una choza-capilla para la celebración de la santa misa.

A Sor Troncatti le llegó la triste noticia casi un mes después. Sintió la tentación de preguntar: «¿Por qué, Señor?», pero como siempre alimentaba su alma con el *Fiat* de Getsemaní, inclinó la cabeza. Sabía que quien se acerca a servir al Señor ha de disponer su alma para la prueba.³ Fue a la capilla, sacó del bolsillo su libretita y leyó, mientras se secaba las lágrimas: «Valor, alma mía; sigue a Jesús tras las huellas de su sangre. Un Dios crucificado, he aquí el oráculo de todas tus dudas, la respuesta a todos tus pretextos, la solución de todas tus dificultades».⁴

Sor Mercedes le ayudó a vaciar el baúl, que estaba repleto. Las alumnas, aunque pobres, ofrecieron su óbolo; las damas de la «Bene-

3 Eccl. 2, 1.

4 De sus escritos.

licencia» fueron generosísimas: se prepararon muchos paquetes, fardos y cestas.

El 15 de febrero la nueva inspectora, Madre María Bernardini, partía para Macas con todo aquel bien de Dios. Vio a las buenas colonas llevando a la misión yuca, bananas, miel, huevos... La desolación de las desolaciones reinaba en la colina.

Madre Bernardini se dijo: «Aquí hace falta Sor Troncatti».

En la crónica del colegio de Guayaquil, precisamente en lo correspondiente al 27 de julio de aquel año, se lee: «Hoy sale para Cuenca nuestra quíridisima directora, sor María Troncatti, para hacer los santos ejercicios. Sabemos que no volverá más. Nos da mucha pena ver partir a esta incomparable superiora. Ha sido para nosotras madre afectuosa. Con la ayuda de Dios y de la Virgen queremos seguir siendo sus hijas queridas y poner en práctica sus sabios consejos».

Ese mismo mes la cronista de Macas escribía: «Carta de la inspectora que llama a la directora, sor Dominga Barale, para que vaya a hacer los ejercicios espirituales con la «maleta». Pasamos el día como si tuviéramos un muerto en casa».

Y el 27 de agosto: «Después de larga espera llega nuestra directora, Sor María Troncatti».

Subía la colina con los ojos llenos de lágrimas: ¿había que volver a empezar de nuevo?

Sólo encontró cabañas y carencia de todo, hasta de comida. Tuvo que restaurar el botiquín. Pero encontró también que los corazones se le abrían y que la gente abría de par en par las puertas a su paso con las manos extendidas para dar. La penuria era tal que no dudó en ir a mendigar de puerta en puerta. Quizá sólo ella podía hacerlo, porque allí todos eran «sus hijos».

La señora Imelda de Villarreal recuerda: «Un voraz incendio redujo a cenizas los edificios de la misión, faltándoles a los misioneros (y a los jibaritos y jibaritas) lo necesario para vivir. Madre María iba de una a otra casa de sus hijos maquenses implorando ayuda para el sustento cotidiano de sus hermanos y hermanas en religión. Hay que decir que Macas, de forma conmovedora, se unió al dolor de los misioneros. De uno u otro modo todos trataron de demostrar su afecto. Unos ayudaban a construir las nuevas cabañas, otros llevaban yuca, plátanos, miel, huevos, gallinas... «Toda esta época difícil de la misión estaba encabezada por Sor María Troncatti», lo que significa que se puso al frente de todo.

A pesar de la difícilísima situación, nadie pudo impedirle continuar, como había empezado doce años antes, recibiendo huérfanos o niños desgraciados, lo mismo blancos que jíbaros.

Cuando ella llegó era el 27 de agosto. El *tantán* había comunicado la noticia a la selva.

El 3 de septiembre le llevaron dos criaturitas huérfanas de padre: Saant, de tres años, y Washikiat, de dos. Las puso a dormir en una cesta junto a su colchoneta. Y si lloraban de noche, encendía la vela, las calmaba y aprovechaba para escribir cartas y más cartas a las damas de Guayaquil, de quienes Sor Carlota declara que recibió muchísimas ayudas.

El director, Padre Vigna, había ido a Italia después de los graves destrozos de la colina sagrada. En su ausencia dirigía la misión el Padre José Ferraris y, al principio, como sucedía más o menos a todos, la selva le daba miedo.

Una noche alguien llamó a la puerta de su casita. El, sobresaltado, preguntó:

—¿Quién va?

Una voz de trueno respondió:

—Venimos de Sevilla, Padre. Ramón Tiwi se está muriendo...

—¿De Sevilla? ¿Con el río crecido? ¿De noche?

—Empezad a llamar a las Hermanas —gritó él.

—¡Madrecitas, madrecitas!...

Una voz suave y decidida rompió el silencio:

—¡Voy en seguida!

—¡Ah, es Madre María!

Oído el caso, dijo únicamente:

—Vamos.

Llamó a Sor Carlota, cogió el maletín médico, la linterna y esperó al misionero.

—Entonces, ¿vamos?

—Sí, Padre.

El Padre Ferraris se sumió en el sendero de bajada, detrás de las oscilantes sombras que le precedían.

El río estaba verdaderamente crecido. Pasaron cinco brazos a vado y dos en canoa. La luna, desapareciendo y reapareciendo, creaba horribles fantasmas, pero no había nada que hacer. ¡Había que seguir a aquellas intrépidas Hermanas!

—¡Ramón, Ramón!...

El pobrecito había perdido ya el conocimiento. Pero Sor María no se dio por vencida. Le puso una inyección, le acercó a la nariz el alco-



... curando enfermos, criando niños.

hol alcanforado y se sentó a rezar en espera de un rayo de lucidez para entregarlo primero al Padre Ferraris y después a Dios.

Alboreaba. Ramón Tiwi reconoció a Madre María y le sonrió. Repitió con ella el acto de dolor.

Recibida la absolución, murió.

De vuelta a Macas Sor María recordó que, estando en Guayaquil, su madre le había escrito diciéndole que no pidiera volver a la selva. Ella le había contestado: «No pido nada porque quiero a toda costa hacer la santa voluntad de Dios; pero si mis superiores me mandan, iré de todo corazón; mi pensamiento está siempre en la misión». Ahora caminaba por la selva con una paz inmensa: ¡Dios la había reclamado!

Escribió a su madre en estos términos: «... Le diré con confianza que aquí con los salvajes me encuentro contentísima; mucho más que en la ciudad de Guayaquil, entre la aristocracia. Aquí, en la selva, lejos de todas las falsedades del mundo, catequizando, curando enfermos, criando a estos pobres niños (tenemos unos veinte) me siento verdaderamente feliz y esta gracia se la debo a mi querida madre que reza por mí»...

Volvió a recorrer la selva en busca de almas, sin medir fatigas, sin pensar en sí misma, con la mirada fija en el cielo. Escribía a su hermana Catalina: «Le dirás a nuestra queridísima madre que nos queda poco tiempo de estar separadas. Pronto nos encontraremos en

el cielo... Vale la pena sufrir algo en este mundo para gozar toda una eternidad. Ya voy a cumplir los cincuenta y cuatro años; ya soy viejecita, aunque me siento tan llena de vida como si tuviera veinte».

Sí, el mismo ardor de los veinte años corroborado por una experiencia positiva que con la mediación de la recta conciencia, maduraba en gracia y santidad. Ella no pactó jamás con el mal.

Había reprendido a un jibaro por su mala conducta. Aquél se había resentido fuertemente por ello y había decidido hacerla morir, pero sin que se supiera cómo, cual si se tratara de muerte natural. Para eso era preciso el brujo. Y fue a buscarlo:

—Te daré todo lo que quieras; ¡pide, pues!

—No quiero nada —respondió el brujo—, porque no puedo hacer nada. La brujería no penetra ni en Madre María ni en sus hermanos. Tienen delante un obstáculo luminoso, brillante, transparente, pero insuperable. ¡No puedo!

El Padre Juan Vigna volvió a primeros de 1939 llevando tristes noticias de la patria. Resonaron los nombres de Hitler, Mussolini, Stalin. Moravia, Bohemia, etc., habían sido devoradas por el dragón de las siete cabezas y los diez cuernos. El corredor de Dantzig, según se explicaba el Padre, era una burla macabra. ¿Por un corredor tantos estragos? ¿Posible?

La tercera parte de los hombres y de los animales y de los árboles estaba a punto de perecer. La pequeña comunidad, casi toda italiana, alargaba los ojos hacia el futuro, más allá de los mares. La cronista escribe: «El Padre Vigna nos da la conferencia. Nos habla de la basilica de María Auxiliadora. Pasamos casi una hora más en el otro mundo que en éste, allá, donde vuela de continuo nuestro pensamiento».

En el verano Sor María fue víctima de una fiebre con erisipela en una rodilla, pero hubo de levantarse a toda prisa para correr a la choza de los colonos Genovés. El amo de casa había perecido cinco meses antes en el río Abanico dejando a la viuda, Sofía Nóboa, con cuatro criaturitas: Blanca, de unos diez años, y después, en escala, Victoria, Elena, Carlos y uno por nacer.

Cuenta Blanca, hoy esposa de Calle: «Después de dar a luz, fatal realidad e inconcebible dolor, la autora de nuestra existencia, lo único que nos quedaba, entregaba su alma al Creador dejándonos, a los cinco, huérfanos de padre y madre. Cinco niños que jamás habrían gozado de las caricias de una madre. Pero, en aquel momento trágico, aque-

llos cinco pequeños, sin hogar y sin amparo, vieron un prodigio: la mano de Dios omnipotente se extendió sobre ellos, apareciendo en la dulce figura de Madre María Troncatti. Estaba delante de nosotros con su inefable bondad y dulzura. Nos cogió en sus brazos y nos llevó a la misión. Ella fue nuestra segunda madre terrena... Pasaron los años. Tanto yo como mis hermanas recibimos la enseñanza primaria. Al ver que yo tenía inclinación por el corte y confección, me mandó a Guayaquil donde obtuve el título que tanto me ha servido en la vida. Si el hogar que he formado, con la ayuda de Dios, no se ha visto sacudido, ni ha habido problemas en nuestra vida conyugal y en la educación de nuestros ocho hijos, lo debo a Sor María Troncatti».

Los dos hermanos estaban en el internado masculino bajo la mirada paterna del director, Padre Vigna.

El Padre Roubly vivía poquísimo en Macas, un poco en Sucúa, mucho en Sevilla y frecuentemente hacía excursiones en busca de los jibaros. A medida que iba descubriendo nuevas jibarias hacia el censo de las mismas (de este tiempo son los datos siguientes: «En el Chiguaza 220 jibaros en 18 jibarias...») y tomaba nota para el mañana. «Habiendo observado que los jibaros no viven en grandes grupos sino a lo sumo en cinco o seis cabañas todas de la misma parentela, opino: la manera mejor para evangelizar a estos pobrecillos sería establecer un catequista en cada pequeño centro y que el misionero los visite periódicamente».

¡El mañana!

Después de la fiesta de la Purísima de Macas (5 agosto 1939) las Hermanas y las jibaritas fueron a Sevilla a pasar algunos días de vacaciones.

Sor Carlota encontró al Padre Roubly.

—Buenos días, Padre. ¿Es verdad que está a punto de hacer una excursión a Morona?

—Sí, Sor Carlota, con el Padre Brito y el señor Bigatti.

El Padre Roubly calló un momento, como pensativo: después, sacando del bolsillo un pequeño catecismo en lengua shuar que él mismo había escrito, añadió:

—Tómelo, le servirá.

El día 16 de agosto partieron los tres.

El 24, a las diecisiete, dos jibaros llegaron a la misión de Macas gritando: «El Padre Roubly y el señor Bigatti se han ahogado».

Si de nuevo se hubiera producido un incendio en la misión, no hubiera sido tan grande la angustia.

Toda la selva lo supo. Toda la selva lloró.

La Hermana cronista, con los ojos arrasados de lágrimas, escribió: «El Padre de los jibaros, el que conocía perfectamente su lengua, el que enjugaba sus lágrimas, ha muerto!... Todo el mundo llora. Hace una semana atravesaban juntos florestas y ríos en busca de almas... Que el Señor nos conceda, al menos, poder encontrar sus cadáveres».

Solamente el ángel de la última hora los encontrará.

Entresacamos de la revista *Don Bosco en el Ecuador* (n.º 32) los pormenores de la trágica aventura: «... El que tenía más ansia de trabajar entre los salvajes fue el Padre Angel Rouby, apóstol por excelencia de los jibaros y misionero mártir... Había tomado parte en una expedición hasta la lejana y terrible región de Morona. Caminaban desde hacía tres días cuando, atravesando el río Unda-Mangoziza, la débil canoa chocó contra un banco de arena cubierto por las aguas y se volcó, abandonando al furor de las aguas al gran misionero y al coadjutor Isidoro Bigatti. Era el 20 de agosto de 1939».

El dolor en la misión fue tan intenso que el 12 de septiembre Sor María no aceptó fiesta alguna. («El gran luto no nos permite ningún «viva». Ofrecemos las oraciones, la misa y la comunión por nuestra directora y pasamos el día en silencio y quietud.» (Crónica.)

En Sevilla se celebró un solemne funeral. La misión de Macas participó en pleno.

Atravesaban el río cuando llegó la riada. Los adultos se multiplicaron para salvar a los niños y a las niñas. Algunos maquenses a caballo agarraron a algunos poniéndolos a salvo. Los misioneros renqueaban, arrastrando a la orilla a los que no sabían nadar o no lograban resistir el ímpetu de la corriente.

Sor María estaba en la canoa con otras dos Hermanas y una pequeña demacrada que desde hacía poco tiempo vivía en la misión. Se llamaba Luz-María y no tenía en el mundo más que a un hermano, mayor que ella, recogido por el Padre Vigna durante la última epidemia, después de morir sus padres.

De pronto Luz-María lanzó un grito: «¡Mi hermanito!» El hermano se agitaba entre la corriente que lo arrastraba. Y desapareció.

La misa fúnebre, entre los gritos de los jibaros y el llanto general, fue doblemente triste.

Luz-María no tuvo en el mundo más madre que Sor María. Era una niña recelosa, testaruda, taciturna, pero no por esto menos querida de aquélla que, siguiendo las huellas de Don Bosco, se preocupaba especialmente de los menos dotados, de los retrasados...

En el año 1941 la guerra también llegó a la selva. El Perú, cuya frontera al Norte, según el acuerdo de 1830, estaba señalada por el río Amazonas, pretendió introducirse en territorio ecuatoriano por la friolera de 200.000 kilómetros cuadrados.⁵ La provincia Morona-Santiago sufrió un ataque que podría haber tenido un resultado fatal.

«Los peruanos avanzaban hacia Macas con intención de incorporarla al Perú.» Estaban ya en el Mangoziza. Los maquenses habían sido avisados de que el enemigo avanzaba decididamente hacia su pequeña ciudad. Desconcertados pensaban armarse con los pocos fusiles que tenían, cuando he aquí que alguien —quizá Sor María, el misionero o las buenas colonas— dijo «Renovemos nuestra consagración a la Purísima».

Jamás llegó a saberse, ni cómo ni por qué los peruanos se detuvieron, dieron marcha atrás y se marcharon. Macas se salvó.⁶

Encontramos una alusión a la guerra en la crónica de la misión: «22 de julio de 1941: parte para Cuenca la directora, Sor Troncatti, con Sor Ana Razzoli y el pro-vicario, pero vuelven atrás a causa del estado de guerra».

Habían caminado durante tres días y, al zumbido de las balas, volvieron atrás a toda marcha llegando a Macas irreconocibles.

Los libros que describen las selvas vírgenes, pintan sus maravillas, envolviéndolas en un halo de misteriosos cuentos de las mil y una noches. Oigamos lo que dice un misionero respecto a estas maravillas:

«Para nosotros cae pronto la poesía de la selva encantada, para dejar paso a una prosa muy vulgar: fango, piedras, rocas, vados pavorosos, puentes contruidos con un solo tronco que pondrían a dura prueba a un acróbata de profesión, ramas que punzan y arañan, árboles gigantescos arrancados por el huracán tumbados a lo largo del sendero formando empalizadas insuperables, serpientes, víboras, escorpiones, tarántulas, vampiros, gusanos, tigres y el griterío buslesco de los papagayos que rompen el silencio sepulcral de la selva milenaria. Después, el hombre, el veneno.»

Por una innoble venganza había sido envenenada una esposa jibara. Dado que esperaba un hijo, el brujo o la vieja hechicera, fingiéndose amiga, le había propinado una dosis capaz de matarla inmediatamente después del nacimiento de la criatura.

El cálculo fue exacto. La mujer, cuando sintió que había sido en-

5 Protocolo de Río de Janeiro firmado en 1942.

6 D. Barrueco, *Historia de Macas*.

venenada, llamó a su hijita de seis o siete años y le dijo: «En cuanto nazca tu hermanito o hermanita se lo llevarás a Madre María».

Nació un pequeñín, chiquito, chiquito, muerto de hambre: lloraba desesperadamente. La madre, sintiéndose morir, lo envolvió en unos pobres harapos y lo puso en brazos de la niña: «Ve —le dijo— y no vuelvas».

La vida en la misión reemprendía su ritmo al son de la sierra y el martillo. Entre el ir y venir de los obreros cargando tablones y vigas dirigidos por el misionero, pasó una niña con un envoltorio en los brazos. Lloraba y gritaba: «¡Madre María! ¡Quiero ver a Madre María!».

Sor Troncatti encomendó las dos criaturas a las Hermanas y corrió a toda prisa, en compañía del misionero, a la choza que indicó la niña. La pobre madre murió en la paz del Señor, tranquilizada por el porvenir de sus criaturas.

Una nueva cuna, por tanto; un nuevo jergón. La niña recibió en el bautismo el nombre de Marianita. El recién nacido, se llamó José María. Y como ahora ya se censaba a los jibaros y Sor Troncatti era la madrina del niño, éste que no tenía apellido conocido, fue inscrito en el registro de nacimientos: Troncatti Expósito.

Será él mismo quien afirma después de la muerte de su madrina: «Llegado al uso de razón no conocía a otra madre sobre la tierra que a Sor María Troncatti. En ella encontré afecto y ternura, casa, educación. Casi me atrevería a decir que ella me dio el ser, la vida y con la vida muchas otras delicadezas que sin ella jamás hubiera podido tener. Me obsequiaba con regalitos que forman la delicia de los niños y me sentía tan feliz a su lado que era incluso celoso: ¡nadie podía tocar a mi madrina! Empecé mis estudios en Macas. Terminé el sexto grado en la misión salesiana de Sucúa y...».

Por ahora no hacía más que comer y dormir o llorar. Marianita lo arrullaba, Sor María lo mimaba.

Si era una verdadera madre para José, lo era igualmente para todos, jibaros o blancos. Preparó para el segundo matrimonio a Tsetsem que se estableció en una casita no muy lejos de la misión.

Modesta Rivadeneyra, que tenía un padrastro bastante difícil y consideraba a Sor María como verdadera madre y consejera, le expresó su deseo de llevar el día de su boda, como otras Hijas de María, el velo de la Purísima.

Sor Troncatti aún le concedió más: le prestó un mantel para el banquete y le regaló diez botellas de una bebida llamada *cirupico*. Escribió unas palabras de felicitación para que las leyera una Hija

de María, después de la boda, a la salida de la iglesia. Alguien dijo:

—¿A santo de qué tantas atenciones con Modesta?

—¡Porque siempre ha sido honrada! —respondió ella.

Todas las asociadas y las amigas acompañaron a los esposos a su casita y, después del brindis, Modesta sacó un papel del bolsillo y leyó las palabras de agradecimiento que Sor María había redactado...

Se celebraron por entonces algunos otros matrimonios, pero las alegrías eran pocas y de corta duración.

Al Padre Juan Vigna le llegó la orden de dejar el Oriente ante su nombramiento para provicario en lugar del Padre Albino que, un día, durmiendo en la selva, como sucedía muy a menudo, tuvo la desgracia de que algún bicho le chupara el líquido del ojo izquierdo quedando casi ciego. Milagrosamente salvó el derecho, pero su figura sonriente sobre la clásica mula, poquito a poco —con gran pena de colonos y jibaros— empezó a desvanecerse. El camino El Pan-Méndez estaba terminado y trece puentes, suyos y de Jacinto Pancheri, testimoniaban su magnífica labor.

—¡Ay, usted se nos va —dijo Sor María al Padre Vigna— y los huecos se multiplican! El Padre Albino está en la costa reponiéndose; el Padre Daroni, el Padre Tomás Pla, el Padre Bonicatti, el Padre Rouby e Isidoro Bigatti, ya están allá arriba.

—Incendiaron la selva de amor de Dios y se marcharon.

—Sí, la redención de las almas se realiza en el calvario.⁷

Y se separaron.

En las vueltas y revueltas hacia Sucúa, Méndez, El-Pan y Cuenca, el Padre Vigna catalogaba las experiencias vividas en la selva, todas de una autenticidad y riqueza incomparables. Pero la experiencia más sorprendente había sido para él Sor María Troncatti.

Monologaba: «Es la encarnación misma de la sencillez y prudencia evangélicas. ¡Con qué exquisita maternidad conquista los corazones! Para cualquier problema humano encuentra siempre, a la luz de los hechos, la solución mejor. Jamás olvida que ha de trabajar con seres débiles, pecadores. La he visto tratar a la naturaleza humana bajo todos los aspectos, incluso los más miserables: los ha tratado siempre con esa superioridad y gentileza tan espontánea y natural en ella. Lo que me sorprende es que en todo y siempre permanece exquisitamente mujer. Diría más: ¡cuanto más virgen más madre!».

En Cuenca, el nuevo provicario habló así de Madre María: «Ha sido mi vicepárroco. Cuando se me presentaban casos o cuestiones

familiares espinosas y delicadas, la llamaba a ella persuadido de que su benéfica influencia llevaba siempre a conclusiones salvíficas tanto en el plano humano como en el divino. Ella correspondía a mi confianza con extrema delicadeza, no hacía nada sin que lo supiera el párroco».

Con una chispa de nostalgia concluyó: «Toda Macas era una gran familia y todo pasaba por las manos y el corazón de Sor Troncatti».

José María crecía sano, aunque bastante flacucho: no debemos olvidar que había sido hecho y formado con sangre envenenada. Era vivo y ocurrente. No tenía aún cuatro años cuando vio llegar a Madre Bernardini acompañada de Sor Dominga de la que había oído hablar a menudo (las Hermanas no reparaban en él en sus conversaciones).

—¿Usted es Sor Barale? —le preguntó.

—Sí, pequeño.

—La esperaban. Todas la quieren mucho aquí.

Y corrió a plantarse delante de Madre Bernardini:

—¿Y usted es la inspectora?

—Sí, Josito.

—Espero que no hará ningún cambio.

Como todos los niños inteligentes, quería saber el nombre de todo lo que veía: «Madrina, ¿qué es esto? ¿Qué es aquello?». Correteaba siempre a su alrededor y cuando, a veces, ella lo mandaba fuera del ambulatorio, ponía cara de divinidad ofendida.

En la iglesia se ponía a su lado y llegó a aprender todas las oraciones de las Hermanas. Los jibaros tienen una voz muy entonada, cantan bien; quizá han aprendido de los pájaros. José María cantaba el *Ave Maris Stella* como un ángel. Y cuando oía a la madrina desentonar le decía bajito: «Calla, madrina, que desentonas».

Sor María continuaba ocupándose de Sevilla. Lo entresacamos también de la nota que añadió en la crónica de 1939: «Todos los domingos hemos ido a Sevilla Don Bosco. Respondiendo a la insistencia de los jibaros se mandó hacer una casita de bambú y se empezó a ir también los sábados para enseñar a las mujeres a coser. Nos dicen siempre que nos ven: «¿Cuándo os quedaréis para siempre con nosotras?».

Así se seguía haciendo y muchas veces iban a llamar a Sor María, del otro lado del río, para que fuera a curar enfermos. Una vez salía de casa, precisamente para ir a Sevilla, cuando José María empezó a berrear:

—¡Madrina, yo quiero ir contigo; llévame!

—Tienes las piernas muy cortas y el camino es largo.

—Madrina, madrina...

El jibaro que había ido a llamarla, le dijo:

—Llévalo. Cuando se canse, yo lo cogeré.

Partieron. José María era la primera vez que veía de cerca el río. En la canoa estuvo sin chistar, escuchando el ruido de las aguas. Después preguntó:

—Madrina, ¿qué dice el río?

—Dice que el tiempo pasa y llega la muerte.

Llegados a la otra orilla, se internaron en la selva. Los pajarillos lanzaban sus trinos columpiándose en las ramas. Y José María:

—Madrina, ¿qué dicen los pájaros?

—Dicen: sé bueno, Josito, que el tiempo pasa y llega la muerte.

Regresaron a Macas al atardecer. Las Hermanas y las jibaritas estaban en la iglesia. El pequeño se quedó encantado delante del reloj. En el silencio del recinto vacío había percibido por primera vez el tic-tac.

—Madrina, ¿qué dice el reloj?

—Dice: Sé bueno, que llega la muerte...

El niño no entendía lo que era la muerte, aunque había visto muchas sepulturas en la época de la viruela. Pero intuía que le separaría de su madrina, que en aquel momento se dirigía a la iglesia.

De pronto se dio cuenta de que José María no la seguía. Salió con el tiempo justo para salvar el reloj. Josito se había provisto de un bastón y estaba a punto de destrozarlo.

—¿Qué haces, José?

—¡Yo no quiero morir!

—Todos tenemos que morir, hijo mío.

—Entonces, madrina, cuando tú te mueras, yo diré que me entierran contigo, ¡en la misma caja!

Hemos hecho alusión a la viruela. Quizá la tercera parte de la población de Macas, Sucúa y jibarias de alrededor sucumbió en los años 1939-1943.

En 1941 se extendió la epidemia a General Proaño. Sor María se enteró de que habían muerto algunos y los demás, contagiados o por miedo al contagio, se habían encerrado en sus casas.

Partió inmediatamente con uno de los jibaros transportistas. Encontró una terrible desolación. El jibaro depuso la carga y huyó. Ella buscó una pala, sepultó seis cadáveres abandonados y permaneció en General Proaño cerca de tres meses. El misionero le llevaba la

comuni3n y cuanto sus Hermanas le mandaban para vivir. Cuando oia el trotar del caballo encendia las velas del altar, abria la puerta de la iglesia y se arrodillaba en la balaustrada.

Inmersa en el oceano del amor divino, hecho alimento de su alma, suspiraba: «Jesús, Tú nos das sufrimientos para que nos fortifiquemos en el amor (y el trote se alejaba). En las renunciass más dolorosas encontraremos el mérito que nadie nos podrá quitar. ¡Animo, alma mia, también hoy!... Mañana, el cielo».⁸

Fortalecida de este modo, reanudaba su trabajo repitiendo aquellas santas expresiones junto al lecho de los apestados... Si General Proaño no desapareci3 de la faz de la tierra, se lo debe a Madre María.⁹

Para suplir al Padre Angel Rouby fue nombrado el Padre Ghinassi, residente en Macas en espera de poder trasladarse definitivamente a Sevilla Don Bosco. Las Hermanas iban los sábados, como hemos dicho: enseñaban a coser, a criar a los hijos, a respetar la vida y daban el catecismo. El domingo iba el Padre: confesaba, celebraba la misa, predicaba; la comunidad cristiana adquiria solidez.

El nuevo provicario, Padre Vigna, habia preparado los planos para construir la nueva misi3n y habia ido a ver las posibilidades de ejecuci3n con el inspector salesiano, Padre Corso, hombre de santidad a toda prueba.

En el centro de una gran extensi3n de terreno desboscado se levantaría la iglesia, grande y hermosa. A la izquierda, la escuela y las dependencias masculinas. A la derecha, la escuela y el internado femenino, el dispensario, el gallinero. Detrás de la iglesia, la cocina y los comedores, masculino y femenino. Alrededor, los campos de cultivo de yuca, plátano, ananás, maíz, apenas esbozados. El lavadero se construiría junto a la fuente. El riachuelo que bajaba hacia el Upano, formando una cascada, produciría fuerza motriz y luz eléctrica.¹⁰

A fines de 1942 el Padre Ghinassi se trasladó allá, definitivamente, con el clérigo Ulloa, aunque la edificaci3n no estaba terminada aún.

Fue nombrado director de Macas un joven salesiano, el Padre Luis

8 De los escritos.

9 En 1970 la autora de estas páginas visitó el pequeño poblado y sacó algunas fotografías. Ha sido construida por el gobierno una escuelita. Se ha ensanchado el camino. Se puede ir desde Macas en jeep.

10 Se han utilizado las aguas de los ríos Simbiza y Santa Ana para mover una turbina que dará luz y fuerza a toda la colonia.



General Proaño (1970).

Casiraghi, que enfermó al poco tiempo (así se pagaba el impuesto de aclimatación); las hábiles manos de Sor María, con inyecciones, pildoras de su cosecha, calditos y panecillos que le llevaba Lolita, lo pusieron a salvo. Al año siguiente pasó a Sevilla yendo a Macas otro director, el Padre Natalio Lova, que pagó bien cara la aclimatación.

La guitarra de la escuelita de Sucúa quedó colgada en la pared, primero un día y luego definitivamente.

Mercedes Navarrete perdió repentinamente la voz. Sor María fue a visitarla. La encontró presa de una tisis galopante, aunque quizás tuviese también un cáncer de garganta.

Aquel prodigio de mujer había ofrecido su vida a Dios como hostia sobre el altar. Ahora su maravillosa voz se apagaba y la muerte se acercaba veloz.

Vivía sola con 28 jibaritas internas. Ella misma fue a encargar su ataúd. Cuando sintió correr sobre sí el sudor frío de la muerte, mandó llamar a Madre María a Macas. Se cubrió con su velo, hizo las últimas recomendaciones a las jibaritas que la contemplaban asustadas, se extendió en la cama (alguien dijo, en la caja) y pidió que le cantasen: «Más cerca, oh Dios de Ti, más cerca, sí».

Las niñas cantaban y lloraban. Ella cerró los ojos para siempre. Cuando llegaron las Hermanas sólo les quedó arreglar su cadáver. Las jibaritas habían llorado y gritado una noche entera, asistidas por el misionero, afligidísimo, y algunas piadosas colonas.

Sor Carlota Nieto y Sor Ana Simeoni se establecieron en Sucúa. Afirma Sor Carlota que bastaba decir a las internas, cuando eran caprichosas: «Si la señorita te viera, ¿qué diría?», para que inmediatamente se formalizaran.

Ni Macas ni Sucúa han olvidado a su primera y gran bienhechora. Lástima que el cadáver haya desaparecido bajo la fuerza invasora de la exuberante vegetación.

Sor Troncatti iba a menudo a caballo a ver a la pequeña comunidad y aprovechaba para curar a los enfermos. Además Sor Carlota, en su escuela, estaba convirtiéndose también ella en médico muy práctico, y también muy honrado e inteligente.

En 1943 se encontró Sor María en Sucúa con un médico hebreo, el doctor Ottolenghi, que huía de mar a mar, de uno a otro extremo de la tierra perseguido por los nazis. Sor Carlota dice que Madre María aprendió muchísimo de su experiencia y que él fue muy generoso en ofrecerle ayuda y aliento.



... Iba a menudo a caballo.

En agosto de 1943 otra tragedia conmovió la misión: el clérigo Ulloa y el Hermano Julio Corollo atravesaron el Upano en crecida. Al segundo le falló el suelo y, lanzando un gran grito, desapareció bajo las aguas: ¡imposible encontrarlo!

El sábado siguiente, mientras cantaba el rosario de la aurora con las maquenses, Sor María miraba el río desde lo alto: ¡Cuántos muertos! ¡Qué abismo! ¡Cuánto dolor!

Entre los internos había sido aceptado, precisamente aquellos días, un muchacho, hijo del colono don Evaristo Merino Villarreal, quien yendo a pescar con dinamita en aguas del Upano le había estallado antes de tiempo, causándole la muerte.

El muchacho se llamaba Hugo. Sor María lo llamaba algunas veces al botiquín y trataba de mitigar su dolor. En el crisol de la prueba brotó el rayo luminoso de la vocación salesiana y sacerdotal. Hugo estudió como aspirante en Cuenca, después en España. El corazón y las oraciones de Sor Troncatti no lo abandonaron nunca. Recibiremos confirmación de ello veinte días antes del trágico 25 de agosto de 1969.

Muertes, desgracias, epidemias, luchas y devastaciones diabólicas. Sí, también éstas.

Se presentó en la misión una joven de unos veinte años. Suplicó:
—¡Tenedme con vosotras!

Pero Sor María dijo que no.

—Es demasiado mayor, no resistirá, se nos escapará.

La pobrecita lloraba y, entre lágrimas, repetía:

—Yo Mamatu, no escapando, estando.

Sus ojos reflejaban un miedo atroz. Sor María cedió.

Sor Inés la llevó al dormitorio, le asignó la tabla que, con una manta, servía de lecho, y le cambió el *tarach* por un vestido a la europea.

Algunos días después la directora preguntó a las Hermanas:

—¿Por qué Mamatu no sonríe nunca? ¿Vosotras lo sabéis?

Se lo preguntaron a ella. Respondió que había ido a la misión porque Iwianch la perseguía. Pero también aquí...

—De noche no puedo dormir —dijo—. Iwianch no se aparta de mi lado y quiere ahogarme. No me atrevo a gritar porque soy nueva aquí.

Las jibaritas se enteraron y le enseñaron a defenderse: «Di siempre que se te aparezca: Jesús, María y José». Pero todas iban a dormir con mucho miedo. Y todas rezaban muchísimo. Más que nadie Sor María.

Mamatu quedó libre y se hizo cristiana.

Otra jibarita más joven y enfermiza había ido a descansar, a primera hora de la tarde por orden de Sor Troncatti. Mientras la comunidad estaba en la iglesia rezando el rosario, por la ventana del dormitorio apareció un gatazo que invitaba a la muchacha a jugar con él. Aterradísima decía: «¡Jesús, María!» y el gato desaparecía para volver a los pocos minutos.

Sor María observó que, a pesar de los cuidados y del reposo, la jovencita no mejoraba.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? —le preguntó.

—No me mande sola al dormitorio. Me pasa esto y esto...

El misionero le hizo los exorcismos. La calma volvió.

Llevaron a un jibaro ya bautizado y poseído del demonio. Inútil preguntarle qué había hecho: estaba demasiado enfermo.

En cuanto se acercaba el misionero y trazaba sobre él el signo de la cruz, se revolcaba lanzando gritos aterradoros. Toda una noche se pasó Sor María a su lado invitándole a repetir con ella: «Jesús, sálvame. María Auxiliadora, ruega por mí».

Al amanecer, agotada de cansancio, de sueño y de necesidad, tuvo la alegría de oír pronunciar al pobrecito los nombres de Jesús y de

María. Llamó al Padre que estaba junto a la puerta en temblorosa espera...

El enfermo se vio liberado. Se tranquilizó. Se confesó y comulgó. Y murió en paz.

El año 1943 encontró a Sor María postrada por una fortísima fiebre. Acudió Sor Carlota desde Sucúa para administrarle las medicinas. Le decía:

—¡Por favor, no se muera!...

Cuando la enferma estuvo mejor y Sor Carlota pudo respirar hondo, recordaron juntas la veintena pasada.

—Madre María, nadie llegará a saber nunca las fatigas, los dolores, las tristezas, las aflicciones, las angustias que hemos pasado aquí...

—No hace falta que se sepa, Sor Carlota. Pero tiene razón el provicario cuando dice: «El misionero, además de una salud de hierro, necesita una fe a toda prueba, un espíritu de sacrificio y de renuncia no comunes, un gran sentido de adaptabilidad, una santa elasticidad de carácter, un tacto exquisito, que lo haga señor de situaciones imprevistas y delicadas y un criterio práctico excelente».

—Sí, nos lo ha escrito también a nosotras, a Sucúa. Dice que hay materia, no para una vida, sino para dos. Que hay que tener una santidad y una pureza a prueba de fuego y un delicado sentido de paternidad y de maternidad...

—Sor Carlota, nosotras somos dos pobres Hermanitas que ni lo comprendemos ni lo sabemos todo. Pero la cruz de nuestro Señor nos salvará.

—Un pedacito de aquella cruz ya la llevamos, ¿no le parece?

—Eso no es nada, Sor Carlota, eso no es nada...

Desde que empezó la guerra Sor María no había recibido carta de Italia. ¡Y pensar lo cariñosa que era ella con los suyos!...

—Pero eso no es nada, ¿verdad?

Con personas así el ángel exterminador no tiene más remedio que envainar la espada.

El ambulatorio funcionaba, por el momento, a la sombra de un árbol. Sor María tenía en la mano unas pinzas con un copo de algodón arrollado al extremo. Curaba a una niña que tenía la cara cubierta de llagas. Pero no se trataba de lepra: en el pueblo shuar esta enfermedad es desconocida.

Mientras curaba aquellas llagas, la madre de los jibaros hablaba de Dios y de María Auxiliadora, lo mismo a la paciente que a Manchi y a Miki que, a sus veinte años, habían ido a la misión para prepararse al matrimonio.

José María jugaba entretenido con las vistosas plumas de un pájaro que los jibaros habían cazado con la cerbatana y, una vez desplumado, se lo habían hecho asar por la complaciente jibara que hacía de cocinera.

Ya no estaban en Macas. Había empezado la misión de Sevilla. El primero de octubre de 1943 se había trasladado allá el internado masculino. Y en agosto de 1944, el femenino.

Los jibaros estaban contentísimos por esto. Habían recibido a Madre María a la otra orilla del río con manifestaciones conmovedoras; pero la vida era mucho más dura que en Macas.

Interrumpió aquella lección de catecismo la llegada de un hombre, de unos treinta años, con una niña de apenas tres.

—Mi mujer me ha abandonado —dijo sin más preámbulos—. Yo estoy enfermo. Tómala; se llama Chiasu.

Sor María exclamó:

—¡Una nueva bendición del cielo!

Pero la jovencísima Sor Teresa Carchi suspiró:

—Sí, es verdad, *madrecita*, pero también una boca más...

—¡Tengamos fe, *diamine*!

Eran ambas de una delgadez impresionante. Al no haber podido preparar a tiempo las *chacras* o plantaciones, el espectro del hambre se alzaba cada día más amenazador.

Del interior de la floresta, que rodeaba la misión como una corona de esmeraldas, llegó un viejo jibaro. Sor María lo reconoció inmediatamente:

—¡Bienvenido! ¿Cómo va tu salud?

El jibaro abrió las dos manos volviendo las palmas hacia abajo:

—Tú me atendiste bien. Estoy curado. Toma estos dos huevos, cómelos, estás muy delgada.

Sor Teresa, que llevaba de la mano a Chiasu, exclamó:

—Señora directora, voy en seguida a cocerlos para que se los coma usted. Lo necesita más que nadie.

—Sí. Sor Teresa, ponlos a cocer y después se los llevas al misionero. Yo todavía puedo aguantar. El tiene más necesidad que nosotras.

—Madre María, los mareos que usted tiene son de hambre.

—Si el misionero está fuerte, podrá trabajar mucho por las almas de los jibaros.

Como era el período de vacaciones iban a la *chacra* por la mañana y por la tarde; jibaritos, jibaritas, el clérigo o el coadjutor señor Fabián (nuevamente en la selva) y la Hermana, se dividían el trabajo en las distintas plantaciones; pero por el momento no crecía más que hierba.

Cada pueblo tiene sus ritos de iniciación. En Sevilla, lo mismo que en Macas, los muchachitos y muchachitas se consideraban *iniciados* cuando se les entregaba el machete.¹

¡La investidura de los caballeros del Santo Grial no era nada a su lado! Tener machete personal significaba entrar en la vida: el que no lo tenía se consideraba disminuido.

El ingenio de los primeros misioneros de Méndez y de Macas había creado las plantaciones o *chacras* de la misión en terreno concedido por el gobierno. Y se podía vivir.

En Sevilla había terreno. Aún más, se sabía que el provicario trabajaba para obtener la creación de *reservas* para el pueblo shuar. La civilización, a medida que avanzaba, los iba despojando poco a poco: ¡había que tutelar sus territorios!

Por desgracia el Padre Lova había enfermado gravemente de hepatitis y había tenido que ponerse en manos de un médico militar, que se hallaba provisionalmente en Macas, en la guarnición establecida allí después del enfrentamiento con el Perú.

1 Repetimos: Cuchillo afiladísimo de unos 60 centímetros de largo, con mango corto.

A Sevilla había llegado un misionero bueno e inteligente, pero que probablemente no había visto nunca una azada... El primer año fue difícilísimo. El clérigo Ulloa, recordando aquellos tiempos, a muchos años de distancia, lloraba todavía...

La caridad misericordiosa de Sor María cubrió, excusó, salvó muchas cosas. Y no podemos explicarnos cómo hacía, cómo podía, cómo llegaba a todo. Viendo que los jibaritos perdían mucho tiempo transportando la yuca y el plátano de la *chacra* a la misión, se ofreció a hacer ese trabajo con las jibaras, aunque sus Hermanas se opusieran gravadas ya por excesivas ocupaciones.

Al mes de llegar, arreglado apenas lo indispensable, pues los jibaros iban continuamente, ahora que tenían médico, llegó noticia de Sucúa de que Sor Carlota estaba gravemente enferma.

¿Cuntos ríos había que atravesar ahora?... ¡No importa! Sor María partió a caballo con un guía, dejando a la joven Sor Teresa y a la valiente Sor María Bosio responsables de una colonia de un centenar de personas: la escuela masculina, dedicada a «Ángel Rouby», contaba con unos cincuenta muchachos; las niñas eran otras tantas, poco más o menos.

Cuando llegó a Macas Sor Troncatti suplicó al Padre Lova que mandara víveres a Sevilla:

—Mande yuca, plátanos. Y también sal, azúcar, maíz...

El Padre Lova prometió, pero ahora que no estaban los jibaritos internos, también las *chacras* de aquella misión languidecían... Y él notaba que se le iba la vida.

—Madre María, creo que moriré pronto.

—¡*Diaminc!* ¿Qué dice el médico militar?

—Continuamente vomito bilis y él ya no sabe qué hacerme.

—Usted tendría que guardar cama... ¡Bueno! Con la ayuda de María Auxiliadora lo curaré yo; empezaremos nada más volver de Sucúa.

Atestigua el Padre Natalio Lova: «Estuve muy mal del hígado cerca de tres meses. Ella me cuidaba como una madre, dispuesta a cualquier sacrificio, de día y de noche, y en todo. De no ser por ella, hubiera muerto mil veces. Peor fue cuando, atravesando el Upano bajo un sol abrasador, cogí una insolación. Me metieron en la cama, en Macas, con un febrón de 40°. Llamaron a Sor María que dijo, cuando me vio: "No hay nada que hacer. De todos modos llevadlo a Sevilla. Lo cuidaré". Me pusieron en una camilla improvisada y me llevaron allá. Poquito a poco me curé».

Esto lo decía a finales de 1969. Y yo le pregunté:

—¿Qué remedios empleaba?

El reflexionó un momento. Estábamos en el «Corazón de María», en Cuenca.

—No sé —me contestó—. Es inexplicable, pero curaba.

En Sucúa Sor Troncatti encontró a la enferma en malas condiciones. La atendió una semana entera (entretanto colonos y jibaros acudían a saludarla y a que los curase); después escribió a la inspectora para que proveyera.

La respuesta fue trasladar a Sor Bosio. Leemos en la crónica de Sevilla: «6 de octubre: parte Sor María Bosio con gran pena».

Quedaron dos para luchar contra el hambre. Sor María incitaba al coadjutor, señor Bonato:

—Siembre maíz, además de *papacina* y plátano, así podremos tener gallinas...

El sembró también arroz. Enriquecido con los ensayos y las experiencias de otros (casi todos los misioneros habían intentado el cultivo del arroz) logró ver los manojos de espigas llenas y obtener hasta dos cosechas al año.

Alguna vez, cuando de Macas no llegaba nada y el río estaba crecido, Sor María iba a comprar lo indispensable, para no morir, a casa de don Venancio Aguayo. Pero la carne —afirma Sor Teresa— la veíamos cada tres meses.

Sor Teresa Carchi Ochoa era valiente, no había formulado petición alguna para entrar en las misiones de Oriente, tanto más cuanto su maestra de noviciado le decía: «Tú no sabes hacer nada». En cambio, apenas hizo los votos, en Cuenca, la inspectora la había *embarcado*. ¡Y ella no había puesto la menor objeción!

Había llegado sin fatiga a Méndez por el camino del Padre Albino del Curto y allí había encontrado a Sor Troncatti esperándola. Pero cuando tuvo que montar sobre una mula de humor más bien variable, las lágrimas la inundaron.

¡Sor María conocía aquellas lágrimas!

—¡Ánimo, Sor Teresita, ánimo! Ya verás después, después...

La mula buscaba siempre el borde de los precipicios y la pobre-cilla, montada sobre ella, contenía la respiración. El guía enseñó a Sor Teresa la manera de montar en aquella caballería caprichosa y cabalgó a su lado hasta Macas.

Ahora, en Sevilla, Sor Troncatti decía a la Hermanita:

—Es verdad, no tenemos nada y estamos lejos de todo y de todos, pero estemos muy unidas a Jesús, vivamos sólo por El y El

nos consolará, y nos proporcionará lo necesario para nuestras jibaritas.

Y cuando iban a la *chacra*:

—Trabajemos sólo por Dios. Vivamos íntimamente unidas al Señor; de lo contrario a la hora de la muerte nos encontraremos con las manos vacías y entonces, ¿de qué nos habrá servido ser misioneras?

En noviembre llegó la inspectora acompañando a Sor Carlota que parecía un espantapájaros, pues el hábito se le había quedado anchísimo. Dijo:

—Sor María, sólo usted podrá sacarla de esta convalecencia que va como los cangrejos.

Entre las tres: una, joven e inexperta; otra, enferma, y Sor María, con sus sesenta años cumplidos, perdidas en aquella selva inmensa, debían vivir absolutamente de fe, de esperanza y caridad. De lo contrario, ¿cómo hubieran podido?...

Un grupo de jibaros y varias jibaritas habían partido con el misionero y una Hermana a Quito, Cuenca y Guayaquil. Se celebraba el cincuentenario de la obra salesiana en Ecuador.²

Las fiestas fueron solemnísimas.³ Pero el número más interesante en cada celebración, de ciudad en ciudad, fue el de los hijos de la selva. El mismo presidente de la República pronunció palabras muy elogiosas ante el excelente comportamiento de los jibaros que hablaban en español, cantaban el himno nacional y leían saludos, desmintiendo con su sencilla presencia el mito del hombre que se niega a la civilización.

Todos los miraban con una curiosidad hasta irrespetuosa. Ellos no se maravillaban de nada. Las grandes ciudades, con sus monumentos, los espléndidos edificios y las bellísimas iglesias coloniales resplandecientes de oro, los dejaban indiferentes. No esperaban más que el regreso.

Desgraciadamente uno no volvió. Murió en Guayaquil. Quizá llevaba ya la tisis, el gran enemigo de los habitantes de la selva, y allí se desarrolló rápidamente y lo tronchó.

Cuando la comitiva, después de atravesar el Upano, entró en la misión, se necesitó toda la fuerza del amor de Sor María y del Padre Lova para que los parientes del joven difunto no hicieran una carnicería.

2 1894-1944.

3 Ver: 50 años de misión salesiana en el Oriente ecuatoriano. A. Guerrero.

Se había quedado en Cuenca una jibarita para acompañar a Sor Inés Canfari que volvía a la selva. Mientras en la floresta corría la voz: «El misionero nos ha traicionado. Quiere vender a nuestros hijos». El 6 de febrero, en cambio, la muchachita llegó con Sor Inés.

En ese intervalo un hombre —un jibaro desconocido— se había presentado en el ambulatorio y había dicho a Sor María:

—Ven pronto, mi mujer está muy enferma.

El sol estaba a punto de ocultarse en el horizonte.

—¿Pero a estas horas, *diamine*? Se hará pronto de noche.

¡Quién sabe por qué ella dudaba! El hombre insistió:

—Te ruego que vengas. Mi jibaría está cerca.

Sor Teresa estaba en la *chacra* con las jibaritas. Sor Inés cosía rodeada de pequeños.

—Voy aquí cerca a visitar a una enferma —dijo Sor María— y vuelvo en seguida. Cogió la maletita y siguió al hombre.

José María se puso a llorar. Sor Inés le dijo:

—¡Cuando cumplas los seis años pasarás también tú al internado masculino y nos quedaremos un poco tranquilas!

El frunció el ceño y se sentó en el suelo de cara al sendero por donde había desaparecido la madrina.

Llegó la noche. José cogió una rabieta, pero no tuvo más remedio que cenar y meterse en la cama. ¿Y la madrina?...

Sor Troncatti caminó tras las huellas del jibaro más de una hora, después preguntó:

—¿Pero dónde está tu choza?

—Aquí cerca.

Camina que caminarás. Llegó la noche.

—Dices que está aquí cerca, pero, ¿dónde?

—Ven, ven.

Camina que caminarás. De pronto se oyeron disparos y un alboroto confuso mezclado de gritos y lamentos. El jibaro se detuvo. Dijo a Sor María:

—Espérame aquí.

Y desapareció.

«¿Qué hago yo ahora? —se preguntó—. ¡Si por lo menos conociera el camino de regreso!»

Esperó un poco. Sacó el rosario del bolsillo: «*Ave María, ave María*»...

De pronto apareció ante ella un bulto blanco, apenas perceptible en la densa oscuridad. Era un perrito que se le acercó haciéndole mil fiestas. Ella lo acarició y continuó rezando.

El perro le mordía la falda del hábito y estiraba... Ella lo siguió un trecho y después se paró. Pero el perrito volvía a cogerle de la falda y a estirar.

Iba delante, volviéndose a mirarla, meneando la cola todo contento.

«Bueno, me voy contigo, *diaminc*. Un perro, el gris, salvó a Don Bosco. Veamos adónde me lleva.» Y se encontró delante de la misión.

Las dos Hermanas estaban esperándola, ansiosas. Ella dijo:

—Dadle algo de comer a este pe...

Ya no estaba.

Cenó en silencio. Dios la asistía. Pero el amor pide reciprocidad en el amor... Además del breve descanso, del mezquino y escaso alimento, del mucho trabajo, de la exactitud en la observancia de la Regla para sí y para las Hermanas (con lo materna que era no toleraba que se faltase a la Regla y no dejaba pasar nada imperfecto sin llamar la atención a la interesada. Decía: «¡No quiero ser perro mudo!»),⁴ añadía penitencias que procuraba disimular lo más posible. Pero Sor Inés Canfari afirma que llevaba cilicio: en vez de elástico para sujetar las medias usaba cordones que ataba fuertemente. Y empezaron a hinchársele las piernas.

Todos los domingos acudían a misa desde las jibarias (hasta de las más apartadas) las familias cristianas en masa. Después de las funciones religiosas se abría el ambulatorio y se daba el catecismo a pequeños y grandes. Se ofrecía a todos un plato de yuca y plátano y, cuando las plantaciones empezaron a dar frutos, también maíz, camote y ananás.

Si durante la semana nacía un perrito o un gatito, las mujeres lo llevaban en brazos a la misión, como podían llevar al propio hijo. Los perros y los gatos eran muy apreciados para la vida en la selva, pero las serpientes eran sumamente golosas, especialmente de los más pequeños a los que devoraban enteros.

¿Cuántas veces se encontró Sor María Troncatti frente a las culebras?

Con frecuencia merodeaban alrededor de la misión. A veces las serpientes se escondían debajo de los montones de yuca o de plátano y los jibaritos y jibaritas eran habilísimos para descubrirlas, dar la alarma y matarlas, asestando primeramente un golpe de machete o de bastón en el lomo de la bestia, rompiéndole la espina dorsal. Sabían que si la serpiente se presentaba en zig-zag había que huir porque

4 Sor Teresa Carchi Ochoa.

estaba preparada al asalto y si, en cambio, estaba estirada se le podía golpear.

Un día Sor Troncatti iba a una lejana jibaria acompañada de una joven de la misión. En la espesura de la selva, por el sendero fangoso cubierto de hojas pútridas, no vio una enorme serpiente que se arrastraba hacia ella. Sintió de improviso el hielo en las piernas.

Se levantó la falda. Exclamó: «La culebra»...

La muchacha se volvió y dijo, temblando:

—Madre María, no se mueva.

Inmóvil, repitiendo: «Ave, ave, ave María» esperó: (Dios mío, ¿será mi última hora?)

La serpiente estaba enrollada a sus pobres piernas hinchadas. Sentía que un frío intenso la invadía lentamente. La muchacha, con los ojos clavados en la serpiente y las manos en la boca, invocaba también ella a María Auxiliadora.

Lenta y desdeñosa, la serpiente aflojó los anillos. Y escurriéndose se ocultó entre el follaje.

Sor Troncatti se limpió el sudor frío de la frente. Y la jibarita:

—¡Oh, Madre María!, si no se hubiera ido, ¿qué habría hecho?

—Muy sencillo —respondió—, me hubiera muerto. Pero, ¿ves cómo la Virgen vela por nosotras? Vamos, pues.

Al regreso todos se enteraron de lo sucedido. Sor Teresa preguntó:

—¿Qué sintió en aquellos momentos? ¡Yo me muero de miedo sólo de pensarlo!

—Eso es menos que un pecado...

En junio de 1945 hubo una gran epidemia en Sevilla. Por suerte no hubo más que dos casos fatales: María Yamainch y Graciela Tsemaik. Pero entre jibaritos y jibaritas los enfermos llegaban a cincuenta. Y Sor María, ayudada de Sor Carlota, que estaba un poco mejor, luchó contra la epidemia hasta agosto; después cruzó el Upano para ir a Macas a hacer sus ejercicios espirituales.

A finales de año llegó a Sevilla el provicario, Padre Vigna. El misionero que sustituía al Padre Lova no se mostró muy contento de la marcha de la misión. Procedente de otra república, no comprendía a fondo el espíritu que debía regir la obra de evangelización en la selva; es decir, no comprendía que había que valorizar el elemento indígena y no imponer la propia civilización. Decía también que las Hermanas eran demasiado autónomas; que proveían con parsimonia a las necesidades de alimento y vestido, y que en cambio recibían a tiempo los subsidios que Monseñor mandaba... El colegio no funcionaba según el modelo de los grandes colegios salesianos...



*El perro es un animal muy apreciado
para la vida en la selva*

Con tacto —dando una de cal y otra de arena— el provicario trató de restablecer la armonía y la concordia. Habló de este modo a las dos comunidades por separado: «Nuestros internados no se pueden catalogar como verdaderos colegios. En cambio sí que deben ser verdaderas familias, donde hay una madre, un padre, hermanos, hermanas, tíos, tías... Tratad de evitar disensiones (les dijo a las Hermanas) cuando se trata de admitir alguna interna, avisando al director».

A los salesianos: «Pongámonos en el caso de tener nosotros una hermana religiosa: ¿Cómo querríamos que la trataran? Respecto a la

cocina, sirven lo que vosotros dais: es una tiranía pretender sin dar... Y además sabemos bien que *non est via super iram mulieris*».⁵

Otra tarde volvió a remachar el clavo: «Nuestro obispo insiste para que en las misiones no falte lo necesario, o sea, todo lo que puede ayudar a que no nos transformemos en... ¡jibaros! Pero sepamos también conformarnos. ¿Quién soñaba hace dieciocho años con el petróleo, la luz eléctrica, la gasolina, el pan, los fideos?

Después el Padre Vigna fue en busca de Sor María; con ella jamás había habido problemas sin solución. La encontró repasando las sotanas de los misioneros.

—Tiene usted razón —comenzó ella—, mire aquí: esta sotana está rota por todas partes, le falta hasta la tela; ésta otra, está transparente como un colador; ésta está verde; ésta no se queda limpia ni poniéndola a hervir un día entero.

—Mandaremos tela, Madre María.

—¿No se acabaría antes mandando las sotanas hechas?

—Sí, Madre María.

—Usted se hace cargo, ¿verdad?

—Sí... pero...

—No se preocupe. Claro que, quien no sabe cómo comenzamos, cómo estábamos antes, todo lo encuentra misero y hasta mal hecho. Es natural que aquí (y se rió) no haya más pies calzados que los nuestros (con zapatos rotos). Pues bien, nosotros hace veinte años nos preocupamos de vestir los cuerpos desnudos y vestir también las almas con la gracia bautismal. Ahora, pues, no debemos dejarnos llevar de bagatelas, ¿no le parece? Es hora de que se formen las familias cristianas...

—Sí, quería hablar de esto. Es aquí donde nuestros internados difieren de los colegios... Quizá más tarde haya quien critique nuestro sistema, pero son los internados los que han resuelto el problema de la evangelización y del acercamiento de los salvajes adultos.

—Padre, creo que jamás hubiéramos llegado a recoger ningún fruto sin los internados.

—Hay quien los critica.

—Paciencia, Padre, paciencia, amor de Dios y adelante, ¡*diamente!*

—No todos los bautizados son fieles...

—Primero: comenzamos por recoger a los niños destinados a morir. Segundo: en Europa, en América, en el mundo. ¿todos los cris-

5 Eccl. 25, 23.

tianos son fieles? ¿Dios no tendrá piedad de estos pobrecitos que salen de la barbarie, que jamás lo han conocido?

La conversación fue larga. Después el provicario escribió una circular a las misioneras de los centros del Oriente, que eran por entonces siete: Gualaquiza, Méndez-Cuchanza, Macas, Limón, Méndez-Hospital, Sevilla, Sucúa. Le importaba enormemente que las nuevas familias cristianas se formaran con sólidas bases.

«... No tengáis miedo de hablar de las obligaciones que vuestras jibaritas asumen con el matrimonio... Toda diligencia es poca cuando se trata de formar a las futuras esposas y madres... Vigilad las relaciones entre los prometidos (el noviazgo) y mirad que, a ser posible, los caracteres se complementen. Pero, por caridad, no os entrometáis en cosas que no corresponden a vuestra condición de religiosas (a decir verdad, las Hermanas eran más bien reacias a tratar el argumento). Recordad que no tenéis señoritas de la ciudad, sino hijas de la selva que han vivido siempre en esclavitud. Se las ha de preparar al matrimonio cristiano, pero siempre jibaro...»

Sor Inés, cuando oyó leer la circular, preguntó a Madre Maria:

—Por ejemplo, ¿qué hemos de hacer para que una muchacha (por ejemplo Manchi) esté preparada para el matrimonio?

—Usted lo sabe, Sor Inés, debe saber leer y escribir...

—¿Pero en la jibaría lo olvidará pronto!

—¿Quién sabe? Debe saber coser, planchar...

—¿Y la plancha?

—Algún día la tendrá. Debe saber rezar bien, confesarse bien. Debe criar y educar bien a los hijos...

—Para esto está usted, señora directora.

—Y también usted. Debe saber preparar la sal, conservar la carne, ahumar el pescado. Debe saber tejer las esteras, preparar los pucheros modelando el barro y cociéndolo al fuego. Debe saber trabajar la *chacra* cultivando yuca, plátano, camote, trigo tropical...

—¡Oh, qué ilusión, el trigo! De año en año aumentará la cosecha.

Se había hecho la prueba en Méndez, Gualaquiza y Macas, y el grano ya apuntaba. También en Sevilla se empezaba a sembrar.

Sor Troncatti continuó:

—Si la novia no sabe cuidar las gallinas y los cerdos, si no sabe ser fiel al marido, sacrificarse por los hijos y callar...

—¡Basta, basta! Esperamos que sí.

—Usted, entretanto, el domingo acompañará a la sala de visitas a Manchi. Vendrá a verla su novio.

—Pero...

—Sor Inés, son nuestros hijos, ¡son la simiente de los cristianos del mañana!

Manchi sabía quién era su novio a pesar de que no se habían visto aún más que en la iglesia. Y allí no era costumbre que los muchachos (en la fila de la derecha) y las muchachas (en la de la izquierda) volvieran la cabeza para mirarse.

La raza jibara poseía virtudes naturales que nosotros hoy fácilmente olvidamos. La sinceridad, por ejemplo. El jibaro no tenía nada que ocultar, pensaba en alta voz. Además tenía gran respeto a la propiedad ajena, no concebía que se pudiera robar (excepto la mujer). El respeto a la dignidad humana, una gran discreción en las manifestaciones externas que nosotros hemos perdido (ninguna afectación en público). La modestia, en el sentido de reserva, de freno, de medida.

Y con todo esto el novio sabía que era del agrado de la muchacha elegida. Se lo había preguntado silbando...

Después se había presentado al director, Padre Lova, que reemprendía sus trabajos también en Sevilla, y le había comunicado su intención de casarse.

—Bien, hijo mío. Del terreno concedido a la misión, escogerás un pedazo, lo desboscarás, te harás la choza, prepararás el prado, sembrarás yuca en la *chacra*. Nosotros, el día de tu boda, te regalaremos una vaca preñada.

El joven le besó la mano.

Al domingo siguiente, rojo como una amapola, se presentó en el recibidor de las Hermanas:

—Por favor, ¿puedo ver a mi novia?

Manchi se presentó con los ojos obstinadamente bajos. Se había puesto una pulsera de semillas rojas.

El le regaló la tela para un delantal. Le dijo que sus amigos, con el permiso del misionero, le ayudaban a preparar la vivienda.

Ella no alzaba la cabeza, no osaba mirarlo: su sangre era esclava desde hacía siglos. Ahora se resistía a circular libremente, pero una inmensa alegría la vivificaba.

Manchi trabajaba ahora con afán cultivando cebollas y coles, las novedades culinarias de los civilizados. Y Sor Maria le guardaba las semillas.

Cuando se celebró aquel primer matrimonio en Sevilla, la selva respiró a pleno pulmón: el tantán resonó de jibaria en jibaria. Fue objeto de largos comentarios la descripción de los detalles de la boda, desde el velo blanco de la esposa, hasta los zapatos del esposo y los regalos.

—El Padre le ha regalado a él una manta.

—Y Madre María otra a ella.

—A él, el traje de novio.

—A ella, los pucheros, los platos, las cucharas.

—A él el machete y el hacha para cortar árboles.

—A ella, el hilo, la aguja, tela...

—¡Ah!, ¡qué gozo daba ver pasar a los esposos seguidos de la vaca!

Después de aquella boda el internado aumentó como el río en su crecida. Espigamos de la crónica:

«Una jibara viene a traernos una niña de dos años sin madre. Dice: «Yo la he tenido hasta ahora. Ahora tenedla vosotras».

«Recibimos a una jibarita de ocho meses. Los padres querían matarla, pero les dijimos que la tuvieran hasta los dos años y después nos la trajeran. No sabiendo contar los días, casi cada semana venía la madre a entregarnos la niña. Hoy ha venido horrorizada. Su hijo, instigado por el padre, estaba a punto de matarla mientras ella trabajaba en la *chacra*. La recibimos y la hacemos bautizar: Ester María.»

«Nos traen una jibarita de seis años, Juana.»

«Un jibaro nos trae a su hija de tres años. Su mujer, exalumna, está gravemente enferma.»

«Nos traen una jibarita de diez años y otra de dieciséis: Nakaimp. Esta había sido dada por esposa a un jibaro que ha muerto. La suegra iba a venderla a otro jibaro, pero ella, al darse cuenta, huyó y vino a la misión donde tiene una hermanita: María Auxilio.»

«Dos esposos nos traen a su hija de nueve años. Viene otra jibarita de diecisiete.»

«Entra en el internado una jibara de diecinueve años. Yamach.»

«Viene una jibarita de nueve años acompañada de su padre.»

Terminaba el año 1945. Sor Troncatti escribió a los suyos y les envió una fotografía, que se hizo algunos años antes. María Rodondi, que tenía ya 95 años, se consoló sabiendo que su hija estaba viva. Aún más, le pareció joven (por lo delgada). En la fotografía Sor María estaba rodeada de seis criaturitas, de las cuales escribía: «Son seis de mis jibaritos, todos hijos míos. ¿Veis ese pequeñín vestido a la marinera? Es aquel pobre niño que su madre fue envenenada... Muchas veces dice: Yo soy un pobre huérfano. Y mi madrina es toda mía».

No olvidaba a Santiago, su primer hijito: «¿Os acordáis de Santiago? Está bastante crecido. ¿Podríais mandarle una chaquetita? Si

os parece la mandáis a Turín (a la casa generalicia) con mi dirección, y de allí, a la primera ocasión que haya, me la mandarán».

Sobre Sevilla y sobre toda la selva velaba, así lo creemos, el Padre Rouby. Fue un carisma especial, inexplicable; el soplo benéfico del cristianismo inundaba los ánimos. El que no estaba bautizado, lo respiraba a pesar de todo. El que moría, sabía que le aguardaba un reino eterno y un Dios de amor.

Leemos: «Vienen a buscar a la señora directora para que vaya a visitar a un pobre jibaro gravemente enfermo. En cuanto él la ve le dice:

—Pronto, pronto, prepárame para el bautismo, porque estoy muy mal.

Le puso primeramente una inyección de alcanfor para sostener el corazón. Hizo llamar al misionero y se sentó junto al moribundo que bebía sus palabras como se bebe el aroma que da vida.

—Dios te ama (¿Me ama?) Te ama a ti, pobre jibaro. Por ti mandó a la tierra a su Hijo unigénito... (¿Por mí? ¿A su Hijo?)

Cuando llegó el misionero lo bautizó y la pobre choza se convirtió en la tienda o tabernáculo donde Dios estableció su morada.

El nuevo cristiano llamó a sus hijos y les hizo estas recomendaciones:

—No os alejéis nunca de la misión. Sed buenos y virtuosos para poder un día subir al cielo.

Después se volvió a Sor Troncatti:

—Ayúdame a rezar —le dijo—, ayúdame a rezar.

Repetía, palabra por palabra, las invocaciones que ella le sugería... Parecía haber llegado al colmo de la felicidad. Hasta que expiró.

Otro día se presentó en la misión una esposa cristiana rodeada de sus hijitos. Llorando, decía:

—Mi marido me maltrata. No podemos vivir así...

—Pobrecitos...

—¡Madre María, ayúdanos!

—Ahora comed. Después Sor Carlota os dará la lección de catecismo. Después...

—No, Madrecita, no me hagas volver a casa sin hablar antes a mi marido. A ti te escuchará.

—Bien. Está tranquila.

Con el rosario en la mano Sor Troncatti partió para la jibaría. El jibaro estaba sentado delante de la choza con la lanza en la mano. Miraba solemnemente al infinito.



El niño con la blusa a la marinera es José María.

Sor María se sentó a su lado.

—Buenos días, jibaro.

El hombre parecía una estatua de mármol.

«¿Le hablo o no le hablo?», se preguntó Sor María. Y se respondió a sí misma: «Es tiempo perdido». Se levantó y, en compañía de sus *Avemarias*, volvió a la misión:

Pasaron algunos días. Una tarde estaba planchando junto a la ventana que naturalmente no tenía cristales, cuando vio llegar al jibaro en cuestión. Dijo para sí: «Gracias, Madre mía. Pero tenemos que darle una lección». Dejó la plancha de carbón en el suelo y fue a sentarse delante de la casa, impasible, con la mirada perdida en el infinito (en lugar de la lanza ella tenía en la mano el rosario).

—Buenos días, Madre María.

Ninguna respuesta. El jibaro se sentó a su lado compungido. Pausa.

—Buenos días, Madre María. ¿Ya no me conoces?

Silencio.

—Madre María, te lo suplico, respóndeme.

Con una sonrisa pícaro y plácida, Madre María comenzó:

—¿Te gusta el recibimiento que te he hecho? No, ¿verdad? Y tú lo reservaste para mí el otro día... Aprende, jibaro, a ser verdaderamente grande. Estás bautizado, eres hijo de Dios y te comportas como los que están todavía bajo el imperio de Iwianch. Maltratas a tu mujer, a tus hijos e incluso recibes mal a Madre María.

—¡Perdóname!

—¡Vaya, vaya, *diamine!* Ahora te voy a dar una buena lección de catecismo que te abra el entendimiento y te haga comprender que también tú, jibaro, debes ser santo.

Otro jibaro cristiano se había dejado arrastrar y tomó parte en una reyerta. Su parentela, en un ataque por venganza, había llevado las de perder y él estaba acribillado a puñaladas.

Lo llevaron medio muerto a Sor María. Lo acostó en la mesa del ambulatorio y empezó a taponarlo y desinfectarlo. Entretanto le decía:

—¿Cuánto tiempo llevas sin venir a la misión? ¿Qué haces de tu bautismo? Ni misa, ni confesión, ni comunión, ni catecismo; sólo venganzas, luchas, matanzas... Pon en orden tu conciencia, hijo, porque yo no soy capaz de contar tus heridas. Y si María Auxiliadora no me guía la mano...

—Tienes razón, Madre mía, llama al Padre. Quiero confesarme.

El Padre Lova, después de haberlo confesado, asistió a las múlti-

ples puntadas sobre la piel del jibaro. Sor María estaba serena, sonriente. Sus labios se movían imperceptiblemente: rezaba.

Cuando salió de allí, el misionero dijo para sí: «He aquí una mujer, física y espiritualmente completa. Inteligente, intuitiva, llega a todo»...

El año 1946 las jóvenes parejas eran varias: Entsa, Miche y Manchi, Wani, Nuwir, Atsas, Waump, Yamainch y otras más, se habían casado con otros tantos jibaros del internado masculino.

Los primeros bebés nacían mucho más bellos que las bellísimas orquídeas de la floresta.

La fe y la confianza en Madre María era tanta que, cuando los papás y las mamás iban a trabajar en las plantaciones, le llevaban su tesoro:

—Madre María, vamos a la *chacra*: tenlo tú...

Durante el verano de 1946 Sor Troncatti no pudo ausentarse de Sevilla ni siquiera para ir a hacer los ejercicios espirituales. Pero mandó a las Hermanas, que se reunieron en Macas con las de Méndez y Sucúa. El 18 de agosto comenzaba ella, sola y sin predicador, su retiro anual.

La vida en la misión se había organizado sólidamente. Los proyectos del Padre Vigna eran ya una realidad. Un ancho camino rectilíneo cruzaba la misión prolongándose hasta la finca de don Venancio y, a derecha e izquierda, se alzaban las casitas de los jóvenes matrimonios que no pensaban internarse en la selva.

El señor Bonato se había fabricado un torno y con él había creado la sierra hidráulica, haciendo un *trapiche*¹ y una caldera grande para la miel.

El poblado adquiría prestigio y el gobierno tomaba buena nota de ello.

Leemos: «Bajo la dirección del dignísimo salesiano, Padre Natalio Lova, admiramos, dispuestas con mucho gusto y bien cuidadas, una treintena de casitas habitadas por familias completamente cristianas. Todas las casas están rodeadas de huerta para el cultivo de yuca, camote, maíz, flores: una auténtica exposición de colores». (*De 50 años de misión salesiana en el Ecuador.*)

Sor Maria pasó los ocho días de su retiro, casi exclusivamente en la iglesia, dando gracias. Alguien la vio arrodillada junto al altar con la cabeza ligeramente apoyada en el mismo.

¡Perdida en Dios!

Dijo de ella un coadjutor: «Acudía a la fuente. Y la fuente era Cristo. Por eso su espiritualidad estaba estrechamente unida a una humanidad llena de amor y comprensión, delicada y fuerte, tierna y sincera, limpia como el cristal, hasta el punto de que, sólo quien la

1 Trapiche: molino para triturar la caña de azúcar.

ha conocido y experimentado, es capaz de medir su profundidad y seguir experimentando su calor. Para ella hacer el bien consistía en hacer felices a los demás».²

Sor María decía: «sí, «ahora mismo», «con mucho gusto» al prójimo, porque decía: «sí», «ahora mismo», «con mucho gusto» a Dios. Y no es porque se considerase perfecta en sus exámenes de conciencia. Se preguntaba: ¿he servido como una esclava sirve a su señor?

Rezando las *Horas* en latín: «*Sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum*»³ encontraba que su donación no podía aflojar el ritmo, la actividad, el ímpetu. Y, si sus piernas empezaban a dolerle, era deber suyo obligarlas a continuar... un poco más, a hacer todavía un poco de esfuerzo. Repetía: «El tiempo es tu navío, no tu residencia».⁴ Abría nuevamente su gastado cuadernito: «Un apóstol es un cáliz lleno de Jesús, de vida de oración, de recogimiento. Hablad con el sacrificio total de vosotras mismas... Que vuestra comunidad sea un copón de hostias vivas, un cenáculo: capaces así de transformar el mundo y llevarlo a Dios».

Ahora bien: ¿Y al principio?

Al principio —veinte años atrás— estaba la selva bajo el yugo de Iwianch. Y estaba ella para decir «sí». Estaban los jibaros, y ella, que los amaba. Había muchas dificultades y ella...

Decía: ¡paciencia!, y se industriaba para vencerlas. Pero algunas veces la impaciencia la venció a ella.

Lo recordaba muy bien, habían tenido un confesor que no lo encontraban casi nunca en el confesonario y, cuando estaba, echaba rayos y centellas.

Ella había hablado sobre el particular a la inspectora cuando había ido a la visita (quizá se tratara de Madre Mioletti). La respuesta había sido: paciencia, paciencia... Ciertamente una inspectora no puede fabricar en un instante un confesor-director espiritual. Y quizá se resistiera a hablar del asunto a Monseñor. Pero Sor María estimaba en mucho la dirección espiritual, tanto para sí como para sus Hermanas. Por eso había contestado decidida:

—Está bien. Le prevengo que iré a confesarme a Méndez una vez al mes. (Entonces no existían aún las misiones de Sucúa y Sevilla.)

Se solucionó el asunto, pero ella se reprochaba aún aquella forma de hablar.

2 Señor Cosme Cossu.

3 Salmo 122.

4 De sus escritos.

A propósito de confesión, todos afirman que era fidelísima en presentarse cada semana al confesor establecido. A medida que pasaban los años, desaparecidos los grandes misioneros de primera hora, abría su alma a confesores, a veces jovencísimos, que ella había conocido de clérigos, con la sencillez de una alma de niña, cándorosa, humilde.

El pasado acudía a la mente por sí solo, sin forzarlo. A primeros de abril había atravesado el Upano para ir a curar, a Macas, al provicario. La cronista anotó: «La Hermana directora parte inmediatamente».

Después la habían llamado para atender a un enfermo, en la selva: había ido «inmediatamente». La acompañaba Sor Teresa. Al regreso, cuando llegaron al río y estaban a punto de atravesarlo, vieron a un jibaro que, teniendo por las piernas a un recién nacido, estaba para estrellarle la cabeza contra una piedra. Sor María gritó:

—¡Qué haces, criminal! ¡Deténte! Dame esta criatura de Dios; yo la bautizaré y será cristiana.

—¡Ah!, ¿eres tú, Madre María? ¡Tómalo!

Y volvió a casa, con el pequeño en los brazos, feliz.

Ahora, delante de su Dios sacramentado, tenía como un fajo de espigas, o de perlas en su corazón, todos los niños salvados, todos los enfermos curados, los moribundos asistidos, los muertos sepultados...

Sí, era un poco pronta (ella se reconocía demasiado pronta) y cuando tenía que reprender, reprendía como es debido, sin miramientos, lo mismo a las Hermanas que a los Hermanos. Dice Sor Teresa: «Reprendía con firmeza y rectitud y no perdonaba la más mínima falta; pero siempre encontré en ella una alma materna y caritativa. No he conocido otra Hermana tan buena y servicial como ella».

Recuerda un salesiano: «Una vez me reprendió con firmeza, pero siempre la movía la fuerza del amor, nunca la violencia».

En julio tuvieron lugar los exámenes de los jibaritos y jibaritas ante el comisario de Macas, señor Luis Rodríguez, que se mostró satisfachísimo y admiró la exposición de los trabajos.

Ahora —apenas terminados los ejercicios— el director, Padre Lova, presidía los exámenes de catecismo de las jibaritas...

—Bien, Madre María, muy bien.

—¿Está contento?

—Mucho.

—Entonces, para el próximo día de retiro, ¿nos dará la conferencia?

El 6 de septiembre el Padre Lova habló a aquellas tres religiosas.

ocupadísimas de día y de noche, de la vida contemplativa. Y encontró un terreno magníficamente preparado.

En las «Buenas noches» Sor María comentó: «El alma sencilla ve a Dios en todo. Si le mandan algo, va en seguida, porque sabe que es Dios quien lo quiere. No se entretiene a deliberar sobre la obediencia, la practica. No pretende que los demás se preocupen de ella. Se tiene por abyecta e inútil. Huye de las alabanzas».⁵

En aquel clima espiritual comenzó el año escolar 1946-47.

En noviembre llegó Monseñor y dio una noticia sorprendente: «Habrá que preparar las pistas de aterrizaje. Tendremos un servicio aéreo para la selva».

Pero, por el momento, la correspondencia llegaba a través de la floresta, a paso lento. Hasta la víspera de Navidad no supo Sor María que el 11 de noviembre, su madre, había volado de Corteno al cielo...

Lloró. Humildemente pidió oraciones por su difunta. Dijo para sí: «Soy vieja también yo. No queda mucho para volverla a ver».

¿Pensaba terminar sus días en Sevilla? No había casi tiempo para pensar. Y en sí misma no pensaba nunca.

Le llevaron un jibarito que se había hecho un corte en el empeine, tan profundo, que la parte cortada colgaba inerte. Dijo al padre del niño: «Ayúdame. Sostenlo». Pero el hombre no pudo resistir hasta el final de la operación. Notaba que se desvanecía.

Sor María mandó llamar al misionero. La calma con que trabajaba, con sus lentes calados, como de costumbre, teniendo como asistente quirúrgico la oración, conmovieron al Padre Lova que dijo para sí: «Haga lo que haga, su estilo es siempre el mismo, la precisión por puro amor de Dios».

Se presentaron un jibaro y una jibara con su hijita que se había cogido un brazo en la prensa mientras molían la caña de azúcar. El brazo estaba machacado. Negro.

—¿Cuándo le ha pasado esto?

—Hace cuatro días.

—¿Por qué no has venido antes? (Quizá había ido ya al brujo.) El brazo está gangrenado. No puedo hacer más que cortarlo.

—¡No, eso sí que no! Quiero a mi hija o con los dos brazos, o muerta.

El hombre, más testarudo que un mulo, no se rindió a ninguna exhortación.

5 De sus escritos.

—O con los dos brazos o muerta.

—¿Pero no ves que tiene los huesos rotos?

—O con los dos brazos o muerta.

—Déjamela.

La salvó de la gangrena. Después, poco a poco, un mes y otro mes, colocando como pudo los huesos, los músculos, los nervios, devolvió la jibarita, con los dos brazos, al testarudo y afortunado padre.

Quien contó este episodio añadió: «Allí, más que ciencia hubo intervención divina». Y nadie lo duda.

En febrero de 1947, en compañía de Sor Inés López y Sor Carmela Estrella, Sor María fue a Cuenca por el camino de siempre, facilitado por la carretera Méndez-El Pan, y permaneció lejos de Sevilla hasta el 26 de marzo. Como de costumbre hizo algunas compras para el botiquín y, con otra compañera para el regreso, llegó a Riobamba en tren, quedándose allí, con las Hermanas, hasta que llegaron los que venían a caballo.

Estaba en aquella comunidad Sor Delia Naranjo, la Hermana que le había dispensado aquella singular bienvenida en Guayaquil, en el lejano 1922.

Fue un encuentro feliz. Y Sor María, que ya sentía la nostalgia de la selva, empezó a hablar de sus jíbaros, de José María, de las medicinas que preparaba con hierbas de la floresta enseñadas por los brujos. De vez en cuando interrumpía: «Es tarde, ¿verdad? Vamos a dormir. Mañana tenemos que levantarnos muy pronto».

Pero la comunidad la escuchaba sin perder sílaba. Y Sor Delia, con gracia, le sugirió:

—Todavía no nos ha dicho nada de Sucúa, de Sevilla. ¿Y Santiago? ¿Qué hará ahora?

Sor María miró a la luna en el cielo azul y respondió:

—Estará haciéndose santo.

Y siguió contando, lo mismo que hace una madre que, lejos de sus hijos, no encuentra ningún otro centro de interés.

En abril (1947) llegó a Sevilla, procedente de Quito, un inspector de enseñanza mandado por el gobierno. Quizá estaba un poco prevenido. Sor María lo acompañó en su visita a la escuela y a la sala de costura de las jibaritas.

Ya sabemos cómo hablaba. Una mezcla de tres lenguas aglutinadas con extrema libertad. En cambio, a medida que ella hablaba, el inspector cambiaba de conducta. Terminó diciendo: «¡Caramba, qué

Hermana! Esta sí que vale». Y al final quiso llevarse el papel con las palabras de homenaje que una jibarita le había dirigido:

—Lo presentaré al ministro de Instrucción Pública. Le diré que he quedado satisfechísimo.

Sor Troncatti comentaba:

—Todo es gracia de la Virgen.

El 26 de agosto una noticia inesperada trastornó a todos. El Padre Natalio Lova había recibido orden de dejar Sevilla.

Cogió su breviario y partió.

Era de un carácter pronto, irritable, pero tenía una alma de apóstol y un gran don de gobierno. Lo sintieron mucho.

La misión aún no se había recobrado del golpe cuando llegó otra carta de obediencia; también Madre María y Sor Inés Canfari debían dejar Sevilla para establecerse en Sucúa. La misión se vistió de luto.

Esta vez, en el vado del río, los jibaros ocupaban toda la orilla, pero ninguno hablaba. El único que estaba contento era José María, que ya había cumplido los siete años y acompañaba a la madrina.

Sor Teresa le había dicho a Sor Troncatti:

—Pero este niño, cuando vuelva a la selva y vaya a vivir a una jibaría, ¿qué hará? ¡Es demasiado caprichoso!

Ella, que ya se había oído lo mismo otras veces, respondió:

—Todo cuanto hagamos por este pobrecito fructificará a última hora. Es esto lo que cuenta.

Sobre este particular, el 2 de enero de 1970, la autora de estas páginas entrevistó al misionero escritor, Padre Antonio Guerrero, precisamente en la hoya de Méndez, donde la avioneta en que viajaba tuvo que aterrizar a causa de una terrible tempestad.

En Guayaquil había visto ya al señor José María que lloró recordando a la madrina.

Reproducimos el coloquio:

—Padre, ¿no hubo un poco de exageración por parte de Sor María Troncatti con respecto a su ahijado José María?

—La maternidad de Sor María era recia, generosa, controlada (el Padre Guerrero hablaba con el ceño fruncido)... Ningún salesiano pudo decir jamás que hubiera en ella el menor indicio de afectuosidad morbosa.

—Los salesianos, no. Pero, ¿y los demás?

—¡Nadie! Era una mujer superior y sobre todo comprendía, a este propósito, la doctrina católica del madrinazgo... Integralmente misionera, gozaba de una estima universal; era amada y temida. Por su

seriedad, se imponía... Se irritaba ante el mal, que le dolía en lo más hondo...

—¿Estaba triste alguna vez por eso?

—No. Estaba siempre serena. Amó reciamente, pero no cayó nunca en zalamerías... La veíamos madura de siempre... Su vida heroica no puede dejar de suponer una fidelidad heroica...

—Esta afirmación, según usted, ¿la rubricarían todos los misioneros del Oriente ecuatoriano?

—¡Estoy segurísimo! Sor Troncatti no ha tenido nunca una nota disonante. El celo por la casa de Dios la devoraba.

Sor Troncatti pasó dos días en Macas; todos fueron a saludarla. Las jóvenes colonas de 1926 tenían ya los cabellos canosos y le presentaban sus hijos que le besaban la mano, afligidos. Ella les llamaba cariñosamente «mis nietecitos».

Llegó Tsetsem con sus tres pequeños en escala.

—¿Cómo estás Eulalia Tsetsem? ¿Te conservas buena, piadosa, fervorosa?

—No dejo nunca la misa del domingo, ni los sábados el «rosario de la aurora».

—¿Cómo os arregláis para vivir?

—Bajo al río a recoger los troncos de árboles y las ramas que el agua abandona en la orilla. Después excavo la carbonera, la recubro, preparo la chimenea para la salida del aire, el cilindro para introducir los troncos y encender, echo la leña, la protejo del viento y la dejo carbonizar. Tengo varias carboneras. Cuando ya está a punto el carbón en una, voy a venderlo.

—Es un trabajo pesado, hija mía.

—Dios me ha dado salud y fuerza. Le doy gracias por ello.

—¿Y tu marido?

—Se cuida de los animales, de la huerta.

—Que Dios os bendiga. Si necesitas algo, Sucúa no está lejos.

Por último, después de despedirse de la Purísima, pasó al patio de los padres. Mandó a un muchacho que llamase al clérigo Vicente Sarzosa. Llegó corriendo.

—¡Oh, Madre María!

—¿Cómo está?

—Bien, bien. Gracias.

—Que Dios le bendiga. Usted será sacerdote y yo seré su madrina. Hará mucho bien. Animo.

Tiempo atrás, Vicente Sarzosa, a fuerza de trabajar sin descanso ni medida, olvidándose hasta de la comida, había llegado a tal agotamiento físico que le había repercutido en su espíritu dejándolo prostrado, con una tristeza y abatimiento moral.

Cerrado en sí mismo no hablaba con nadie. Pero Sor María, que había intuido su estado, lo llamó:

—Hágase la idea de que yo soy su madre. Dígame cómo está de salud. Confieme lo que le pasa...

Lo había salvado físicamente con reconstituyentes y comida abundante y, espiritualmente, infundiéndole valor, indicándole la grandiosidad de la meta que le esperaba.

El le dijo:

—Tengo que ir a Quito al teologado.

—Ya sabe que soy como su madre y madrina espiritual. Esté seguro de que rezaré siempre para que sea un santo sacerdote.

Sor Inés ya había montado a caballo. Sor María cogió las bridas del suyo de manos de un salesiano y montó también.

Se sintió joven.

—Vamos. Si necesitáis algo, ya sabéis dónde estoy; no tenéis más que llamarme. Adiós.

En Sucúa se encontró con una casa nueva para las Hermanas y las jibaritas. La primera, donde había vivido y muerto Mercedes Navarrete, servía de escuela para las internas y para las niñas blancas, externas, en continuo aumento.

Por la carretera del Padre Albino del Curto, de vez en cuando, un hombre con su familia, sus bártulos, una vaca, algún caballo, entraba en el Oriente, pasaba por Méndez e iba a establecerse a Sucúa.

La extensa llanura ofrecía muy buenas posibilidades, aunque al principio era difícil adaptarse; había que olvidar la ciudad. Bastaba ponerse de acuerdo con el teniente político que, mapa en mano, concedía un trozo de terreno y, automáticamente, se convertía uno en propietario.

El director de la misión era el Padre Pedro Maskolaitis que, con otros seis salesianos, realizaba un trabajo apostólico maravilloso. Después de visitar algunas jibarias de los montes que rodean Sucúa, donde ya era conocido el misionero, fundó algunos centros denominados «anejos». El primero se llamó Asunción.

En dicho centro había construido, con la ayuda de los jibaros entusiasmados, una capilla de bambú rematada por una cruz y, semanalmente, uno de los salesianos, sacerdote o laico, iba a dar el catecismo.



Una madre jibara le llevó su pequeño...

Sor María llegó, por tanto, a una misión ya formada donde era conocida y amada.

Nada más llegar, una madre jibara le llevó su hijo enfermo. Entre los blancos, uno de los primeros en presentarse, fue Daniel González:

—¡Bendito sea Dios que nos la ha mandado, Madre María!

—¿Qué tal, don Daniel, cómo está?

El le contó su doloroso pasado, la prisión, los malos tratos sufridos.

Ella, para animarlo, le dijo:

—Pero tienes una mujer excelente.

—Sí, y también tres hijos.

—Que Dios os bendiga.

Las jibaritas internas recibieron en seguida sus maternales atenciones; quiso, además, conocer a sus padres. Así es que, empezó inmediatamente sus peregrinaciones de un centro a otro con el mismo amor de los principios de su vida misionera curando y catequizando.

A los diez días escasos de su llegada, la joven jibara, que hacía de cocinera y dispensera, en quien toda la misión tenía gran confianza, huyó.

—¿Dónde está Mamacha?

—Está escondida en la misión protestante.

Tres de las jibaritas internas, que por no saber la lección en la escuela habían sido reprendidas, imitaron su ejemplo.

Mister Miguel Ficke, que había sustituido a mister Ohlson, se dirigió al Padre Maskolaitis:

—Tengo tres de vuestras ovejas. Dicen que las Madres las maltratan.

Se sonrieron los dos. El director mandó a un salesiano a recogerlas. Pero de Mamacha, ninguna huella. Finalmente alguien dijo que había desaparecido también de la misión protestante.

Bautizada con el nombre de la patrona de las misiones, Teresa del Niño Jesús, ¿dónde había ido a parar?

Las Hermanas se alarmaron: se sentían ofendidas, frustradas. ¡Tanta confianza como le habían dado!

Sor María no hizo comentarios. Sacó del bolsillo su inseparable rosario y, hiciera lo que hiciera, las Avemarias subían al trono de la Virgen Auxiliadora por Mamacha Teresita.

José María había pasado al internado masculino hecho un mar de lágrimas. Para consolarlo, Sor María le dijo:

—Josito, yo soy tu madre, y el Padre Maskolaitis es tu padre, así que, vete y que seas bueno.

«Algunas veces, durante el recreo —dice él mismo— hacía mis escapadas sin que los superiores se dieran cuenta y corría a la botica de mi madrina. Le decía: "Madrina, ¿me das un azucarillo?" Y ella me daba uno, dos, tres... y me decía: "Toma, hijito, y vete a comerlo, pero que no te vean, porque si no, dirán que te mimo... ¡Vete, angelito"».

Cuando la fila de los chicos se dirigía del patio a la iglesia, José procuraba ponerse en el lado izquierdo y, pasando junto a Sor María le susurraba: «Madrina, tengo hambre».

¡Pobre hijo! Continuaba tan flaco, hecho un palillo. Su hermana Marianita estaba tísica. ¿No correría él la misma suerte?... «Un pedacito de carne nunca me faltaba» —dice él.

El domingo, los otros jibaritos recibían la visita de sus familiares que iban a misa y pasaban el resto del día en la misión. El no tenía a nadie. En cuanto podía esquivar la vigilancia, corría donde su madrina y le decía de un tirón: «¿Por qué no le pides al director que me deje venir y estar un domingo contigo todo el día? ¡Yo no tengo a nadie!»...

En Macas, otra pobre criatura, sola en el mundo, lloraba sin consuelo recordando a Sor Troncatti. Era Luz-María.

La llamaban —y quizá lo fuera— dura de entendimiento; siempre triste. Un mal día la nueva directora, con su mucho de razón, decidió mandarla.

Alguien se lo comunicó a Sor María.

—¿A dónde? ¿Con quién irá?

—Tiene una tía protestante.

—¿Cómo? ¿Después de tantas comuniones, de tantas confesiones y de tantas misas queréis que se haga protestante?

Escribió a Macas: «Mandadme a Luz-María».

Quizá los años más felices de la pobre muchachita fueron los que pasó en Sucúa con Madre María: 1948-1950. Y entretanto se preparó para el matrimonio.

El día de la Inmaculada de 1947 Sor María pudo escribir con alegría en la crónica: «Tres jóvenes colonas entran en la Asociación de Hijas de María y otras tres aspirantes. Función en el teatro de los salesianos. Esperamos que nuestra buena Madre del cielo esté contenta».

En Sucúa no se desarrollaban tan sólo las obras externas, tales como las cuatro escuelas con 158 alumnos blancos y 85 entre jibaros

y jibaras internos; no crecía sólo el trigo tropical que Monseñor Comín había llevado de Colombia (originario de Filipinas), crecía y se desarrollaba el pueblo de Dios confiado, en la primera etapa, al regazo de mujeres santas.

A principios de 1948 llegó a caballo desde Méndez la nueva inspectora, Madre Josefina Genzone que el 15 de enero fue madrina de bautismo de seis jibaritas.

Desde una choza oculta en la selva, a la altura de Huambi, una joven había visto pasar a galope a la inspectora y a su compañera que, precisamente en aquel lugar se habían encontrado con dos Hermanas y algunas jóvenes colonas que habían salido de Sucúa a su encuentro.

Azuzados los caballos al trote, se había alejado la comitiva entre alegres exclamaciones. Con aquel «viva Jesús, viva María» que recordaba muy bien, había llegado alguna otra frase al oído de la joven que la había dejado pensativa. Era Mamacha-Teresita.

La semilla inmortal de su bautismo pugnaba dentro de ella por echar fuera la espiga, mucho más lozana y más llena que la del trigo tropical.

El hombre con quien vivía Mamacha no era cristiano. Se llamaba Tunki y la había incitado a la fuga.

Volviendo a la choza, la mujer dijo decidida:

—Tunki, si me quieres, irás a buscarme a la misión católica. Y yo volveré contigo si te haces cristiano como yo. Ahora no puedo quedarme. Así no puedo.

Tunki la había acompañado. Y ella con las Hermanas y él con los Padres, se habían preparado para el mañana.

El 31 de enero Tunki fue bautizado y se llamó Juan.

El 10 de febrero Tunki-Juan y Mamacha-Teresita se unieron en matrimonio. (De la crónica.)

Las Hermanas dijeron:

—Esperamos que serán fieles a la santa madre Iglesia.

Y Sor María:

—Recemos para que lo sean.

Hay quien afirma: «Sor Troncatti rezaba continuamente». Es verdad que sobre el *sine intermissione orate*⁶ apoyó toda su vida.

Pascua dio sus frutos. Leemos: «La capilla está abarrotada; las comuniones son numerosísimas. Que el Señor resucitado ilumine a estas pobres almas y les dé fortaleza en los peligros. Rezamos tam-

6 Lc. 18. 1.

bién por los que nos declaran guerra sin piedad, para que el Señor los ilumine».⁷

Aflora, por estas últimas palabras, la tensión que existía en aquel momento entre las dos misiones, la protestante y la católica.

Viendo el exuberante desarrollo de la obra católica, midiendo el valor moral y espiritual del Padre Maskolaitis y de Madre María, el pastor protestante había pasado al contraataque.

Su misión estaba situada junto a la zona donde se estaba normalizando la pista de aterrizaje y la pequeña torre de control del aeropuerto. Y él intentaba atraer a su fe a los obreros y a sus familiares. En un pequeño poblado, completamente jibaro, llamado Saip, una vieja había aceptado hacerse protestante y había jurado odio al misionero católico. Le parecía justo, lo mismo que la lucha entre los jibaros. ¿No eran éstos todos cristianos, como ellos todos shuar?

El escándalo de la división entre los seguidores de Cristo la llevaba por caminos tenebrosos.

Mister Miguel Ficke y su señora no odiaban; trabajaban con los medios que entonces parecían mejores y, al mismo tiempo, pedían, tal como encontramos en la crónica de las Hermanas del día de Pascua, que el Señor iluminase a los papistas, particularmente a los más ilustres, a Monseñor, al padre Maskolaitis, a Madre María...

El 24 de abril la selva sintió un estrépito desconocido. «Por primera vez dos magníficos aeroplanos aterrizan en esta misión.» Así escribe la cronista.

Los perros ladraban, las gallinas cacareaban, los caballos relinchaban, intentando la fuga. Nació una era nueva. Sucúa en fiesta se trasladó al campo de aviación. Y el 27 de agosto, Sor María Troncatti subió por primera vez en avión hasta Quito para hacer los ejercicios espirituales.

El 5 de septiembre estaba de regreso, por el mismo camino. Dijo riendo:

—¡Qué viaje tan largo en tan poco tiempo!

Se habían acabado, pues, los viajes de un mes por la intrincada floresta, sobre puentes vacilantes, o a vado por las aguas de los ríos. Se acabó.

El 12 de septiembre toda Sucúa quiso festejar a su *médico*. Conmueve leer las breves notas de la cronista: «Estamos todas en movimiento para festejar a nuestra directora. Tenemos misa cantada. La comunión es general. Después se pasa al taller para presentarle los

regalos. Por la tarde, preciosa velada de gratitud y amor. Termina con las palabras del director que elogia el gran trabajo realizado por esta heroica misionera en todas las casas del Oriente, invitándonos a imitarla y a rezar por ella».

Pocos días después, el buen director, Padre Maskolaitis dejaba Sucúa yendo a sustituirle el Padre Lova.

En un «número especial», impreso en ocasión del cincuenta aniversario de trabajo de Monseñor Comín en el Ecuador, pasando revista a las fundaciones, dice: «Una nueva era se inició en Sucúa... por impulso del incansable Padre Natalio Lova. Se abrieron carreteras hasta Huambi y Macas. Se fundó a la orilla derecha del Tutanangoza una prometedora colonia con treinta familias jibaras, confiada al celo admirable del Padre Albino Gómez-Coello. Se introdujo el primer jeep. Se instaló la luz eléctrica, la estación de radio, un molino y un trillo. Se incrementó la agricultura y la cría del ganado. Se erigió una hermosa y artística iglesia de tres naves, con columnas de cemento, que tenía treinta metros de larga, doce de ancha y siete de altura». Esto se leía en 1952.

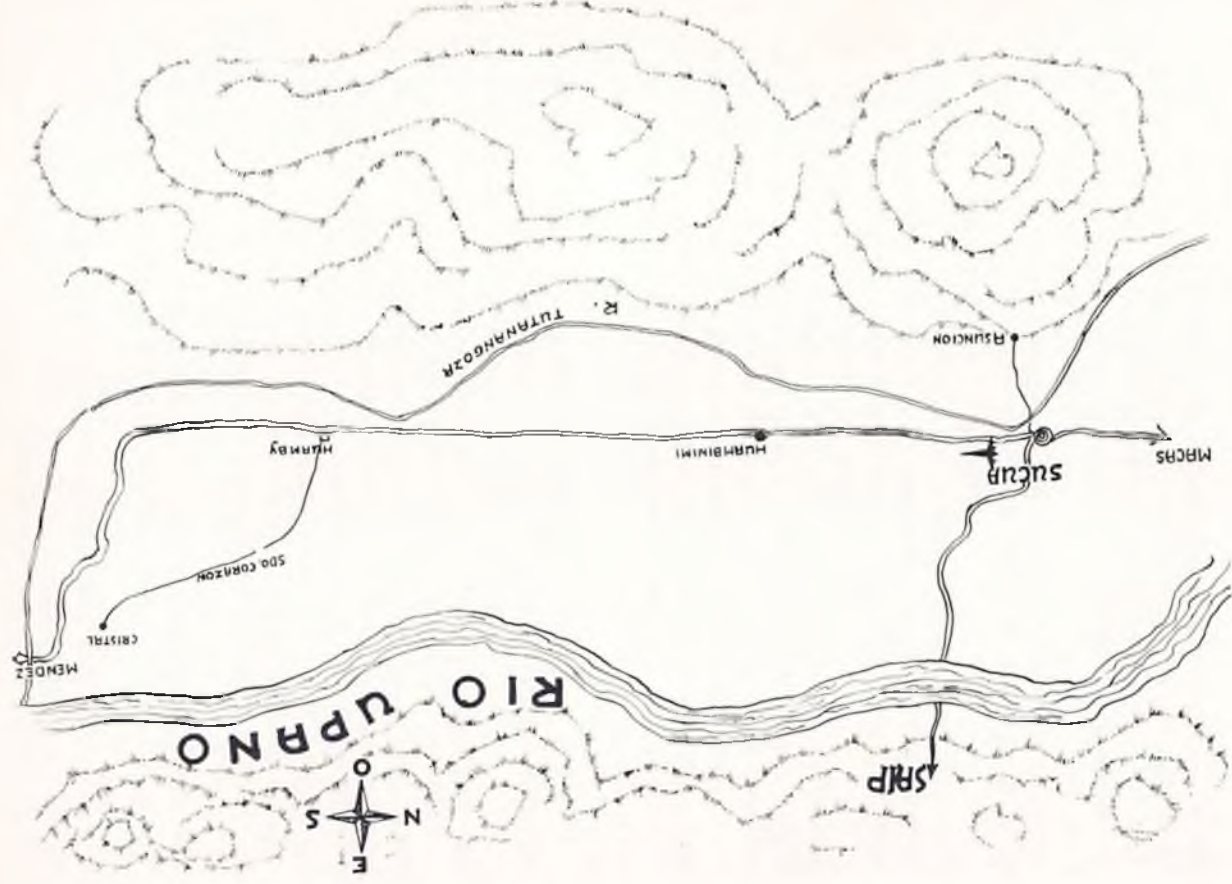
Entretanto el Padre Lova se remangaba y se ponía a trabajar. Seis años estuvieron al frente de la magnífica obra. Un salesiano llegó a decir: «No acierto a comprender cómo Sor María pueda entenderse tan bien con el Padre Lova. (Aquí se deja entrever lo difícil de su carácter.) Entretanto ella le manifiesta un respeto y una deferencia que me dejan maravillado». Continúa: «Pienso que es por su gran pureza por lo que puede amar y hacer tanto bien, ya que ama a todos los superiores y Hermanos, los cuida cuando están enfermos y los sigue como una madre».

En el párrafo transcrito sobre la actividad del Padre Lova se menciona al Padre Albino Gómez-Coello. Había sido ordenado sacerdote aquel mismo curso 1948-49. Su alma de apóstol, marcada por la huella del dolor, no conocía reposo.

Sor María lo quería muchísimo y las lágrimas que él se reprimía las derramaba ella de compasión.

La señora Gómez-Coello, que era exalumna de Sig-Sig y una gran enamorada de María Auxiliadora, había entregado, con alegría, su hijo primogénito a Dios y a Don Bosco. Un día, moliendo la caña de azúcar, fatalmente, se cogió las manos en la rueda del molino y le quedaron deshechas. Sin manos, en su prolongada estancia en el hospital, y después en casa, continuó alabando a Dios con su cuerpo mutilado.

El segundo y último hijo deseaba obtener para su madre dos ma-



nos artificiales en un instituto ortopédico, que le costarían un capital. Empezó a hacer hucha aparte yendo a cribar arena aurífera. ¡Pero la corriente del río lo tragó! Cuando su padre recibió la noticia se volvió loco.

Ante el cuadro de María Auxiliadora la pobre madre, con los muñones levantados a lo alto, parecía la estatua mutilada del dolor, pero ella alababa a Dios.

Las Hermanas le preguntaban admiradas: «Señora, ¿cómo puede soportar tanto dolor?» Contestaba con una nostálgica sonrisa: «Vosotros tenéis la culpa, porque me habéis enseñado a amar a Dios y a su Madre y a decir, como Ella, siempre sí».

El Padre Albino no hablaba nunca de su pena. También él había aprendido a decir siempre *sí*. Como si el espíritu del Padre Angel Rouby hubiera pasado a él, además de la colonia de Tutanangoza visitaba siempre nuevas jibarias, apremiado por el mandato divino: «Id por todo el mundo, bautizad a todas las gentes».⁸

A veces se detenía en Saip y la vieja protestante espiaba sus pasos. Era sagacísima para preparar el veneno.

A don Daniel González le ocurrió algo peor que a la madre del Padre Albino. Estaba moliendo caña de azúcar. La mula giraba alrededor de la prensa, con los ojos tapados para evitar el mareo.

El líquido amarillento bajaba como un arroyuelo a un gran barrero y Daniel, con un cucharón lo trasvasaba a una caldera grande, colocada sobre cuatro piedras, con fuego debajo. De vez en cuando, con un mecedor largo, removía la miel humeante.

Un criadito metía leña debajo de la caldera atizando el fuego. Don Daniel estaba, precisamente, removiendo sin oír la mula que venía por detrás. Le dio tal golpe en la espalda que fue a caer dentro de la caldera del líquido en ebullición.

El criado lanzó un grito. Vio a su señor arrojarse fuera de la caldera, que se había inclinado hacia un lado, y extenderse en el fango en busca de frescor.

Acudió gente. Acudió el hijo de Daniel del bosque cercano y le echó un cubo de agua encima. Estaba hecho una ampolla.

El muchacho montó a caballo y voló en busca de Sor Maria. Le dijeron: «Está en Macas». Giró la caballería y corrió a todo galope por el camino de Macas.

8 Mt. 28, 19.

Cuando Sor María regresó, también ella a caballo y con su maletín médico, pues había ido a curar a un enfermo, era de noche.

Don Daniel estaba tendido en el lecho, todo hinchado. Perdía el sentido continuamente. Sor María pasó la noche a su cabecera, prodigándole las primeras curas de urgencia. Después fue a casa, asistió a la santa misa, se proveyó de lo necesario y volvió a su lado. Le aplicó una pomada, lo vendó a la manera como se fajaba antiguamente a los recién nacidos introduciendo en cada vuelta que daba a las vendas una «María Auxilium Chistianorum».

Hemos visto a don Daniel González en Sucúa. Nos decía: «No me ha quedado ni siquiera una cicatriz». Lo pudimos ver con nuestros propios ojos. Y él lloraba añadiendo: «También me curó otra vez. Tenía un cólico horrible. El Padre Lova estaba a mi lado y yo pensaba recibir los últimos sacramentos, pero ella dijo, segura y decidida: "No, don Daniel, Dios lo curará"».

«Y todavía estoy aquí. Pero ella... ella ya no está.»

El Padre Albino Gómez-Coello había salido de excursión a la selva y había dicho: «Volveré dentro de ocho días, pasando por Saip. El itinerario será el de siempre».

Pero, al tercer día, el director envió tras él un jibaro que, cuando le dio alcance, le dijo:

—Padre director jibaro mandando diciendo: ¡ten cuidado!

En Saip eran ya varias las familias cristiano-católicas; pero cuando el Padre Albino llegó, fue la vieja jibara protestante la primera en insistir para que entrara a descansar un poco en su choza. Y le ofreció una taza de guayusa.¹

«¡Qué extraño —se dijo el Padre Albino—; esta guayusa tiene un gusto raro!» Y se levantó:

—Gracias. Que Dios esté contigo. Me marcho ya.

La mujer lo siguió con la mirada mientras bajaba al río. Atravesó el Upano con gran esfuerzo. Le parecía como si la ropa se le hubiera quedado estrecha de repente y las piernas no pudieran sostenerlo.

«¿Me habrá envenenado?», se preguntaba mientras caminaba con gran esfuerzo. La floresta se le hacia interminable...

Por fin divisó una choza y, junto a ella, una mujer. Quiso llamar, pero no pudo. Levantó los brazos y cayó en tierra sin sentido.

Acudió la mujer gritando:

—¡Venid, venid, que el Padre Albino se ha desmayado!

Llegó al hospitalillo, antes que nadie, un muchacho llamando a gritos:

¡Madre Maria, Madre María; traen al Padre Albino envenenado! Parece que está muerto.

Y Sor Maria, que había acudido:

—No grites de esa manera, *diamine*.

Pero sintió un estremecimiento. Preparó la habitación y esperó.

1 Guayusa: se ponen a cocer las hojas de esta planta, como para el té.

Cuando vio al buen Padre, movió la cabeza. El caso era gravísimo, desesperado. Pero en los casos desesperados, cuando las Avemarías no eran suficientes, ella tenía otra reserva poderosísima: El Alma santa de Roma.

Madre Bernardini u otra inspectora, a su regreso de Italia, había hablado de un caso singular referente a una alma del purgatorio. Y Sor María se había sentido impulsada a amar a aquella pobre alma y a rezar por su eterno descanso.

Hacia finales del ochocientos (el 15 de septiembre de 1897), en una pequeña iglesia dedicada al Sagrado Corazón del Sufragio, en Roma Lungotevere, se produjo un incendio en una capillita, cerca del altar. Apagado el incendio quedó en la pared la imagen de una figura humana con expresión de dolor. Los fieles reconocieron en ella a una alma en pena. Cundió la noticia y mucha gente quiso ver la imagen dolorosa. El rector de la iglesia, Padre Victor Jouët, vio en aquel hecho casi un mandato para apresurar la construcción de una verdadera iglesia, que fue edificada durante la primera guerra mundial, con ofertas de los fieles y especialmente por la generosidad de San Pío X, que quiso que fuera parroquia, y de Benedicto XV.

La imagen de la pared fue conservada, cubierta por un devoto triptico con la Dolorosa en el centro y dos ángeles a los lados.² La iglesia gótica no está lejos del Castillo de Santángelo y del palacio de justicia.

En el archivo de la casa generalicia de las Hijas de María Auxiliadora se conserva el relato que una Hermana romana, Madre Clara Justiniani, hizo a Madre Clelia Genghini, que completa en cierto sentido cuanto acabamos de decir.

Un noble romano, la noche del 15 de septiembre de 1897, soñó a un personaje distinguido y triste que le dijo: «Vaya mañana por la mañana al Vaticano y que le acompañe monseñor tal, a la sala tal. Que le abran el tercer cajón del armario tal. Allí encontrará mi fotografía. Vaya después a Lungotevere, a la iglesia del sufragio, y verá mi imagen en la pared. Cuando el rostro de aquella imagen sea igual al de la fotografía, querrá decir que, por la divina misericordia, he volado al cielo».

El gentilhombre fue, encontró, confrontó. Todo exacto.

Se empezó a rezar y a hacer celebrar misas por la que se definió «Alma santa de Roma».

Pero Sor María la llamaba: «El Alma solitaria de Roma».

2 Extraído de *Il Purgatorio*, núm. 734, enero-febrero 1970.



El Padre Albino Gómez-Coello, en 1969, párroco de Macas.

Siempre que se presentaba un caso insoluble a las fuerzas humanas, o desesperado, ella prometía una misa a la pobre Alma solitaria.

El Padre Albino Gómez-Coello pasó muchos días entre la vida y la muerte, casi siempre inconsciente.

Decía después: «No me daba cuenta de nada. No sé cómo Sor María consiguió arrebatarme a la muerte. En los brevísimos momentos de lucidez, de día o de noche, la veía siempre a mi cabecera, con el rosario en la mano».³

La gente iba a preguntar si ya había muerto. Pero, en cambio, un buen día volvió a abrir los ojos a la vida de aquí abajo.

Y prosiguió sus santas excursiones.

Por la fiesta de santa Inés de 1949 Sor María llevó a paseo a las

3 Esta anécdota la obtuvo la autora de labios del Padre Albino.

jibaritas internas, con dos Hermanas, hasta Macas y Sevilla. Partieron a pie, pero seguidas de siete caballos con las mantas para la noche y los viveres. Estuvieron fuera cuatro días.

En Macas, junto a otras muchas colonas, la señora Matilde Rubio corrió a saludar a Madre María. Tenía un brazo vendado que sostenía con la otra mano.

—¿Qué tienes, Matilde?

—Me he caído. Fui a que me lo viera un viejo y me puso hojas calmantes de las que emplean los jibaros. Pero, así y todo, me duele muchísimo. Temo que esté roto.

Sor María pensó que no tenían más remedio que volver a los brujos. Le dijo:

—Entra. Veamos.

Quitó el vendaje del brazo, quitó las hojas, pasó el alcohol alcanforado y empezó a palpar. Entretanto le decía: «Recemos, recemos».

El antebrazo estaba dislocado, pero en el codo y un poco más arriba había dos fracturas.

—Tienes que tener paciencia; te haré un poco de daño, pero trataré de ponerlo en su sitio. ¡Animo! Invoquemos a María Auxiliadora.

Contaba después la señora Matilde: «Parece milagroso. Mientras me palpaba y colocaba en su sitio los nervios y los huesos, el dolor, en vez de aumentar, disminuía. Me curé perfectamente y aún hoy (1969) trabajo como si nada hubiera pasado... Yo soy fuerte de natural, lloro difícilmente, pero cuando me enteré que Madre María había muerto, lloré y grité como una desesperada... Acudíamos a ella como a nuestra madre, aún más, como a un ángel del cielo. Era nuestro consuelo. Le decía a mi marido cuando lo veía cansado: «Don Rubio, ¿por qué trabaja tanto?». El respondía: «Es mi deber, Madrecita». Y ella: «Entre, don Rubio, pase a tomar un café».

En febrero se organizó otro paseo con las jibaritas a una jibaria en el interior de la floresta. El *unt* (jefe) ofreció a todas la *chicha* y la comida.

Sor Troncatti, en medio de la confusión de los habitantes de las seis o siete chozas, reconoció a un muchacho.

—Pero tú —le dijo—, ¿no estabas interno con los Padres? ¿Por qué te has escapado?

El muchacho agachó la cabeza:

—Quería *chicha*.

—¿Y ahora, ¿no quieres volver?

—Sí, si me das una camisa y unos pantalones.

—Si es por esto, *diamine*, ven, ven...

Y se fue. Había algo más que le invitaba a volver. La novedad de los aviones que, casi cada semana, llegaban con gente nunca vista; eran curiosos, bienhechores, autoridades.

El 12 de junio, otra novedad: «El director (dice la crónica), entre el entusiasmo de todos, inaugura la luz eléctrica».

A continuación la cronista hace su comentario: «En poco tiempo Sucúa ha hecho muchos progresos. Nos parece un sueño ver el automóvil (el jeep de la misión) y la radio en medio de esta selva. Con el aeroplano, Sucúa se ha convertido en centro de las misiones».

Esto se debe a que el valle de Sucúa es el más amplio de la región Morona-Santiago.

El 16 de julio «llega en aeroplano Sor Carlota Nieto, la intrépida misionera que, después de cinco años, vuelve a la misión, siendo acogida por todos con inmensa alegría». (Crónica.)

La alegría más grande la tuvo ella al encontrarse con su querida Madre María. No pudo contener las lágrimas.

—Sor Carlota, ¿por qué lloras?

—Lloro de alegría. Usted ya sabe que soy llorona.

El 27 de agosto llegaban el inspector salesiano y los predicadores de los ejercicios espirituales. Pero el inspector tenía que ir a Méndez donde no había aún aeropuerto. Sor María se unió a él y a su pequeña caravana, para ir a hablar con la inspectora.

Por un estrecho sendero de la montaña, al regreso, caminaba delante el coadjutor señor Ambrosio Mateo. En un recodo del camino cayó en el barranco dando un grito.

—¡Dios mío —exclamó Sor María—, se ha matado!

El inspector lo llamaba:

—Señor Ambrosio, señor Ambrosio...

Un hombre se decidió a bajar agarrándose a los arbustos y ramas de árboles. Los minutos parecían horas.

—Señor Ambrosio, señor Ambrosio...

Del fondo del abismo, una voz lúgubre contestó:

—¡Estoy aquí!

—Señor. Señor —gimió Sor María—. ¡Está ya en el purgatorio!

Cuando lo subieron lo extendieron en el suelo, le dieron de beber y Sor Troncatti comprobó que, salvo algunas raspaduras, no había ni heridas ni fracturas. Pero la angustia y el miedo que pasó ella fueron tan terribles que le ocasionaron una fiebre muy alta.

Llovía. No había más remedio que seguir caminando para no encontrarse sin cobijo por la noche. Finalmente vieron una choza abandonada y se detuvieron allí. Sor María se acostó sobre un lecho de

hojas secas y húmedas. Sacó de la maletita el termómetro. Tenía 40° de fiebre. Después de unas horas hubo que partir de nuevo.

El año 1949 que había sido portador de tantas novedades y tantas visitas, terminó sin novedad. Sor María volvía a recordarlo todo mientras revisaba la crónica antes de firmarla, y daba gracias a Dios. Hacía poco que había tenido que actuar de dentista con el señor Fabián Bonato, llegado de Sevilla con una boca tan estropeada que daba miedo. En quince días le había quitado veintidós dientes o raíces de dientes. Sor Carlota le sujetaba la cabeza; él sentía el chorro frío de la anestesia local (es un decir) y se animaba. Le interesaba volver pronto a su misión.

—¿Por qué tiene tanta prisa? —preguntaba Sor Carlota.

—Tengo que dar de comer al hambriento.

Y Sor María:

—Mientras tanto, coma las papillas que le preparo y tómese estos huevos, de lo contrario no tendré valor para seguir descarnándole.

Sor Carlota quiso aprender a extraer muelas y llegó a hacerlo muy bien.

Sor María añadió a la última página de la crónica las notas suplementarias: «Todos los domingos, oratorio festivo con media hora de catecismo por secciones. Después, catecismo parroquial y bendición. Todos los primeros domingos de mes, conferencia a las Hijas de María por el director salesiano. El segundo domingo, conferencia a las madres y ex alumnas por un sacerdote salesiano. Además todos los domingos dos Hermanas van a dar catecismo a los jibaros y a las jibaritas a una floresta cercana».

La cronista anotaba ahora, con una cierta complacencia: «Parten en avión. Llegan en avión»... Los viajes se convertían en un placer. Y, precisamente, el 31 de enero de 1950 llegó en «avión» la inspectora con Sor María Parón, que se encargaría del taller de costura.

El Padre Albino, en sus peregrinaciones, había arrojado a manos llenas la semilla. Ahora se cosechaban los frutos. De mes en mes, recorriendo la nueva crónica, encontramos que también los jibaros, ya casados y entrados en años, pedían el matrimonio cristiano (excepto los que tenían varias mujeres).

Desde el lejano 1926 se había hecho un buen recorrido. Al principio había que forzar un poco... «Sal por los caminos y setos y fuérazales a entrar, hasta que se llene mi casa». (Lc. 14, 23). Ahora acudían por propia voluntad.

Entresacamos: «Viene una jibara adulta, espontáneamente, para hacerse cristiana».

Notizie supplementari

Per es: indicare l' orario particolare delle Opere aggiunte; dire se per collaboratrici si hanno Signore e Signorine, appartenenti all'Unione ex-Allieve, al Circolo G. F. C. I. alle Spose e Madri Cristiane, alle Zelatrici del S. Cuore o Salesiane, alle nostre Figlie di Maria, ecc. se, per la cooperazione del Parroco o di qualche altro Sacerdote, si possono avere in Casa riunioni per Conferenze morali-sociali, ecc.

Tutte le Domeniche
oratorio festivo
con una mezz'ora di Catechismo
ordinato dalle Sestioni
Noi Catechismo Parrocchiale e
Benediziona

Tutte le prime Domeniche
del mese: Consegua alle figlie
di Maria: del Direttore Salesiano
2 Domeniche del mese
alle mamme e ex-allieve
La conferenza data da
un sacerdote Salesiano

Di più tutte le Domeniche
2 Suore vanno a dar catechismo
ai poveri e poverette in
una foresta vicina

«Monseñor Comin bendice el matrimonio de tres jibaritas internas.»

«Bautismo y primeras comuniones de siete jibaritas.» (Esto el 12 de septiembre, fiesta de Sor Troncatti.)

«Bautismo, primera comunión y matrimonio de dos jibaritas internas. Antes de dejar la casa, dicen: "Ahora sí que vemos bien. Antes estábamos en la oscuridad; la mente no sabía en qué pensar. Ahora piensa en Jesús".»

«En la capilla del *ancejo* Asunción se casan un jibaro y una jibarita formados en la misión.»

«Varios jibaros nos traen sus hijas para que aprendan a leer, a coser y para que se hagan cristianas.»

He aquí una nota reveladora: «El Señor se complace en obrar maravillas en las almas. Notamos entre los jibaros un gran deseo de hacerse cristianos y unirse en verdadero matrimonio. Hoy se han presentado cuatro jibaros con sus esposas diciendo: "Os lo suplicamos; tenedlas con vosotras, hacedlas cristianas, enseñadles a coser y después nos casaremos cristianamente"».

Para aquellas mujeres que habían vivido siempre esclavas en la espesura de la selva, no era fácil adaptarse.

Tanto es así, que la crónica registra: «Una esposa huye por la noche y va a la jibaría. Su padre la golpea y su esposo nos la devuelve».

El Padre Lova había ido a Quito en busca de un ingeniero que le preparase los planos de la iglesia, dormitorios de los jibaritos, cocina y comedores. Había vuelto, feliz, «en avión», con su rollo bajo el brazo.

Se trazaba entretanto la carretera que iba del aeropuerto a Huambi, al sur, y hasta Sucúa y Belén al norte. Un coadjutor hacia de empresario, el Padre Lova de supervisor y un grupo de obreros se ganaba el pan con la doble satisfacción de embellecer el pueblo y llevar a casa, cada sábado, sus buenos dinerillos.

La supervisión del Padre Lova consistía muchas veces en coger el pico y la pala y trabajar como un negro. Dejaba a sus Hermanos el cuidado de la escuela y de las *chacras* y, cada mañana, salvo los días festivos, partía inmediatamente después de la misa con los obreros, para no volver hasta la noche.

En su ausencia, Sor María era considerada el «super-todo».

Hacia las diecisiete volvían de las plantaciones los jibaritos y las jibaritas y corrían a dejar el machete; se lavaban, se cambiaban y se

preparaban para la cena. Tanto para el salesiano asistente como para la Hermana no era tan fácil, a su vez, ordenarse ellos. Debían esperar a que los sustituyeran.

Muchas veces, por la lluvia, o a causa del sol abrasador, se sentían desfallecer. Sor Maria mandaba a un muchachito a llamar al señor Marcos (o a algún otro):

—Dile que lo necesito, que venga en seguida.

—No le daba tiempo de abrir la boca, porque ella:

—Pase, pase al dispensario...

Allí tenía ya preparado zumo de fruta, o un huevo y alguna vez un filete, o una inyección, o un vasito de vino (cosa rara, porque no había más que para la misa).

Al principio el buen religioso decía:

—Pero yo no tengo permiso...

Ella respondía:

—Esté tranquilo; ya he pedido yo todos los permisos, no sólo a su director, sino al inspector y a mi inspectora.

Madre Genzone asegura que Sor Troncatti no hizo nunca nada sin autorización: «Hacía mucha caridad. Me decía: "¡Qué se va a hacer, son tan pobres! Y la providencia es tan grande"...».

Por las Hermanas aún hacía más. Si no había nadie libre para suplirlas, iba ella:

—Pase por el ambulatorio, tome lo que hay allí preparado y luego vaya y arréglese. Yo me quedo con las niñas.

La carretera Huambi-Belén avanzaba rápidamente. El Padre Lova, un viernes por la noche, entró en su dormitorio-despacho-almacén parroquial, sacó de un armario los planos traídos de Quito, los extendió en la mesa y empezó a estudiarlos. Dijo para sí: «Dentro de una semana la carretera estará terminada y, si Dios quiere, empezaremos a cavar los cimientos de la iglesia».

Regla en mano, midió lo largo, lo ancho, el espesor de los pilares y de las paredes, tomó alguna nota y después, cansadísimo, enrolló los pliegos unos sobre otros y, provisionalmente, los puso en la papelera que tenía al lado.

Se acostó y se durmió en seguida. A la mañana siguiente, después de celebrar la misa de alba, partió en el jeep hacia Belén.

Sor Maria, como todos los sábados, apenas tuvo un momento libre, cogió un cubo, una escoba, un trapo, llamó a dos jibaritas ayudantes suyas y se fue a limpiar el despacho parroquial.

Una de las dos muchachitas tenía el encargo de quemar los papeles de la papelera. Así que, en cuanto llegó, la cogió, apretó bien

todos los papeles, comprendido el rollo del que jamás hubiera podido imaginar el valor, y se dirigió al cobertizo que servía de cocina.

Entre gruesos troncos colocados a modo de fogón, crepitaban las llamas. Echó encima el contenido de la papelera y, con una rama, sujetó los papeles hasta que no quedó uno. Ayudó después a la jibara-cocinera a poner la cazuela en el fuego y se detuvo un momento a ver la yuca que recubría la mujer con hojas aromáticas. Se le hacía la boca agua.

Los sábados el Padre Lova volvía del trabajo un poco antes para sentarse al confesonario y satisfacer la piedad de los fieles. Volvió también aquel sábado, pero pasó antes por el despacho parroquial; quería retirar los planos que había olvidado en el cesto de los papeles.

Encontró un orden perfecto. La papelera vacía. Miró en la escribanía. No había nada más que el registro de las misas. Encima de las sillas, nada. En el armario (que jamás hubiera abierto Sor María) tampoco estaban los planos. Se agachó a mirar debajo de la cama. ¡Nada! Estaba encendido.

Sor Troncatti lo vio llegar como un temporal. Verde, confirmó después Sor Parón.

—Madre María, ¿ha hecho limpieza en mi cuarto?

—Claro que sí, como todos los sábados.

—Y... ¿y ha vaciado el cesto de los papeles?

—¡Claro! La jibarita lo quema todo. Puede estar tranquilo, que no sabe leer...

—Sí, tranquilo, ¡muy tranquilo!

—¡Diamine!, ¿qué hemos hecho?

—En el cesto estaban los planos de la iglesia y de los comedores y...

—¡Pobres de nosotras!...

—¿Y los habéis quemado? Pero, ¿dónde tenéis la cabeza? Por los otros, ¡paciencia!, pero los de la iglesia los necesito urgentemente. Dentro de una semana los obreros estarán sin trabajo...

—Pero, por favor, no se inquiete, no se preocupe.

—¿Que no me preocupe, cuando el ingeniero que los ha hecho ha salido para el Canadá?!

—Perdóneme, pero tenga confianza, se lo diremos al Alma solitaria de Roma.

—Sí, ¡como que los sacará de las cenizas!

Se marchó. Y no dudamos que un pequeño cólico biliar debió ser el epílogo. Durante una semana no se dejó ver.



... vació la papelera, sujetó los papeles y ayudó a poner la cazuela en el fuego.

Sor María volvió a casa:

—¡Ay, Hermanas! —dijo—, he dado un soberano disgusto al señor director... Prometamos una misa al Alma solitaria y empecemos a rezar. Reza que te reza, un día y otro día, con una fe ciega, absoluta. Verdaderamente las Hermanas y las jibaritas pensaban en el eterno descanso de la pobre Alma solitaria seguras de obtener, por su intercesión, que la cara verde del Padre Lova se aclarara y apareciera de nuevo.

Llegó el sábado. Los obreros depositaron en el patio las herramientas y esperaron la paga.

El salesiano maestro-albañil tenía también a su cargo pagar a los obreros. Fue a abrir el cajón en el que guardaban el dinero. Encima del paquete de *sucres*⁴ había un rollo, pequeño pero largo.

—¿Que es esto?

Lo cogió, lo desenrolló. Era el plano de la iglesia. Sólo el plano de la iglesia.

Corrió a buscar a Madre María.

El lunes se empezaron las excavaciones y se celebró la misa por el Alma solitaria. Y, aunque el rostro del buen Padre Lova tardó en ser el de antes, con aquella su sonrisa oculta entre la barba, todos dieron gracias a Dios.

José María estaba terminando la enseñanza elemental. La madrina lo llamó y le dijo: «José, no te daré grandezas, ni dinero. No puedo darte fortuna. Lo que sí quiero darte es una buena educación e instrucción suficiente para que el día de mañana formes una familia honrada y, a su vez, eduques bien a tus hijos. Irás, pues, a Macas, donde se ha abierto una Escuela Normal y allí continuarás los estudios».

«Todo el arreglo de papeles (es el señor José María quien habla), la pensión y demás gastos corrió por cuenta de mi madrina, por mediación del reverendo Padre Lova, por entonces director de Sucúa».

¿Y Luz-Maria?

Había un jibaro cristiano que buscaba esposa. El Padre Lova lo mandó a Sor Troncatti. Ella le dijo:

—Julio, ahora llamaré a una joven para darle un recado. Mientras yo hablo con ella, tú mírala a ver si te gusta.

Luz-Maria acudió. Se había hecho una mujer; sabía leer, escribir, coser, cocinar.

Julio Bueno la tomó por esposa. Vivieron felices cuatro años, hasta que Julio murió asesinado a traición.

⁴ Moneda ecuatoriana.

Luz-María volvió a llamar a la puerta del corazón de Sor Troncatti. Tenía una niña de tres años y esperaba otra criatura.

El Padre Lova trabajaba en albañilería y, además de la iglesia y los comedores, tenía la idea de levantar un hospital, digno de este nombre. Pero, entretanto, ¿dónde iban a meter a la pobrecita?

En Sucúa, igual que anteriormente en Macas, las colonas amaban entrañablemente a Madre María. Una de ellas recibió en su casa a la pobre viuda. Al mes siguiente nació un niño. Lo bautizaron el día de san Alfonso María de Ligorio. Se llamó Julio Alfonso. Y Luz-María volvió a la misión.

También Marianita, la hermana de José María, que de vez en cuando iba a curarse la tisis a la misión, se había casado y vivía en el *ancejo* Asunción. Su marido, Samiki, muy inteligente, imitaba a los colonos. Había talado un buen trozo de floresta y, además de la *chacra*, poseía un potrill y criaba ganado.

Marianita quiso regalar a Madre María una vaca, porque, decía: «Yo y mi hermano se lo debemos todo a ella».

La inspectora, Madre Genzone, había dado permiso a Sor María para adquirir un pequeño terreno, con agua, no lejos de la misión, para que produjese.

—¿Para que produjese, qué? ¿Para quién?

Un jibaro, ahijado de Sor Josefina Piffero (en aquellos tiempos los recién nacidos que no tenían padres cristianos eran hijos adoptivos de los Padres o de las Hermanas), sólo en el mundo, se había construido, en el terreno de Madre María una choza. Había preparado un potrill saneando el terreno por medio de surcos para el paso de las aguas.

Sor María le dijo:

—Aquí tienes la vaca (la de Marianita). Es tuya, y tuyo también el primer ternerillo; pero el segundo será mío. Haremos siempre así, uno para ti y otro para mí. ¿Conforme?

—Conforme, Madrecita.

Cuando le llegaba su turno, Sor Troncatti mandaba llamar a una de las jóvenes esposas que se habían criado en la misión:

Toma, crialo (o criala, si se trataba de una ternera), pero el primer ternero me lo regalarás para otra familia...

El 19 de mayo de 1951 la superiora capitular, Madre Pierina Uslenghi, visitadora en el Ecuador, llegó en «avión» a Sucúa. Méndez y Macas no tenían aún pista de aterrizaje; de ahí que, las Her-

manas de aquellas misiones, comprendida Sevilla, un poco a pie y otro a caballo, se dirigieron a Sucúa, avanzando siempre bajo la lluvia.

La crónica dice que el mal tiempo duró hasta el 2 de junio. Hasta aquel día no osó aterrizar un avión en el Oriente, esto es, en Sucúa. Y Madre Pierina regresó.

Sor Carlota y Sor Inés Canfari, de regreso del aeropuerto, se entretuvieron con Sor Troncatti, dando libre curso a los recuerdos.

—¿Recuerda cuando llegamos aquí, por primera vez? —empezó Sor Carlota—. ¡Dónde estaban los aviones!...

Y Sor Inés:

—¿Recuerda los primeros tiempos de Macas? Cuando terminaban las clases, usted nos llamaba, muy seria, nos hacía entrar en casa, cerraba la puerta detrás de nosotras y...

—¿Os regañaba?

—No. ¡Nos daba una tacita de café!

Sor Carlota:

—¿Se acuerda de Hugo Prado?

—Desgraciadamente. Se ha hecho brujo y todos le tienen pánico.

—Y pensar que está bautizado.

Hugo era hijo natural del joven colono Prado, de Guayaquil, quien lo tuvo de una jibara que servía en su casa. El padre de la jibara, indignado, se dirigió a la ciudad, cogió al niño y lo internó en la selva dejándolo abandonado a sí mismo. Se convirtió en un «medio diablo, como un gringo» (extranjero, en sentido despectivo). Vivía con una jibara que no era su mujer.

Y continuaba la letanía del pasado:

—¿Recuerda cuántas veces fue usted a la *chacra* o al río a lavar en mi lugar?

—Sí, cuando tenías los pies ensangrentados.

—Y aquella vez que íbamos de Macas a Cuenca y encontramos en medio del sendero una serpiente enroscada, ¿se acuerda? Yo estuve a punto de desmayarme. No sabía qué hacer. Llovía. El colono que nos acompañaba iba delante. Lo llamamos, volvió atrás y mató a la serpiente. Suerte que Juanita llevaba café.

Sor Carlota:

—Y aquella vez... ¿Recuerda cuando íbamos a caballo por la selva, que yo me quedé atrás, y mi caballo dio un salto a la vista de una gran serpiente que colgaba de una rama con la cabeza a la altura de la mía, como si me hiciera burla?

—Recuerdo —prosiguió Sor María— cuando cruzamos la floresta con el misionero, en tiempo de las primeras excursiones entre los jiba-



Sor Carlota extrae un diente a una jibara. Sor Maria Troncatti asiste.

ros y nos detuvimos a preparar el altar portátil junto a una roca para celebrar la misa. Concluidas las preces al pie del altar, el Padre destapó el cáliz y colocó la patena con la hostia sobre la mesa. De improvviso una serpiente cruzó el altar. ¡Qué grito dimos!

—¡Sí, sí! Y recuerdo que usted dijo: «Vamos a otra parte, no sea que las serpientes tengan aquí su nido». Nos trasladamos un poco más lejos y apoyamos el altar junto a un árbol. Durante la celebración de la misa oímos un gran estruendo. La roca donde estábamos antes se había derrumbado.

—¡La Virgen nos ha protegido siempre!

Durante la novena de la Inmaculada de 1952 los Padres Redentoristas predicaron las misiones y el 7 de diciembre alzaron la cruz- recuerdo en el cruce de las dos calles que formaban el pueblo. La cronista dice que «el fervor fue indescriptible».

El año terminaba muy activo, no sólo para los blancos, ni sólo para los jibaros, que por Navidad habían acudido más de doscientos a misa de medianoche, ni sólo para el ambulatorio de Sor Troncatti quien había amputado por primera vez un brazo y operado una apendicitis con óptimo resultado, mientras Sor Carlota resultaba una dentista especializada, sino también, y especialmente, en el interior de

la comunidad, con sus Hermanas, a las que ella exhortaba a «hacerse santas y a trabajar sólo por Dios».

Sor Parón había dejado solas a las jibaritas mientras limpiaba y echaba «flit» para matar las cucarachas. Sor María le advirtió:

—¿Y las niñas? ¡Las niñas están solas!

Amaba la Regla. Inculcaba la práctica del Sistema Preventivo, la piedad, la caridad.

Si una Hermana iba a contarle algo de otra, le decía:

—Esa Hermana tiene lengua. Ya hablará ella de sí misma. Nosotras no faltemos a la caridad.

Otra decía:

—El Padre tal ha dicho esto...

—Hermanas, no murmuremos, y menos aún de los sacerdotes.

«Era un poco enérgica, pero muy amable y simpática. Su pureza le permitía ser expansiva.»

Sor Parón fue una vez a Quito para los ejercicios e hizo algunas compras para el taller de labores. Al volver confesó muy satisfecha:

—Mire, señora directora, qué compras tan buenas he hecho.

—¿Quién le ha dado permiso?

No es que no quisiera, pero Sor Troncatti lo que no quería era que se perdiera el mérito de las obras, aun las más comunes y ordinarias. Quería el sello de la obediencia que santifica todos los actos de una vida consagrada.

Aquel continuo «todo por Dios» hace pensar en un «carisma». Y lo inculcaba a todos, en toda circunstancia.

Decía a una asistente, Sor Ernestina Miranda:

—Prepare bien a estas niñas para la primera comunión. Inculque el rezo del rosario. Enséñeles a hacerlo todo por Dios.

En un *anejo*, a media hora de distancia, se hallaba enfermo el jefe o *unt*. Tenía tuberculosis en la garganta. Sor María lo atendió lo mejor posible, aun sabiendo que no tenía remedio. A la mujer del pobrecito le advirtió:

Cuando veas que está para morir, vienes a llamarme, tanto si es de día como de noche.

El triste día llegó. Llovía torrencialmente, pero Sor María no titubeó a la hora de ponerse en camino. No permitía casi nunca a las Hermanas que la acompañaran cuando se daban casos de tuberculosis, porque temía el contagio, aunque alguna vez aceptó que Sor Parón fuese con ella.

El jibaro apenas podía hablar. Cuando vio a Madre María le sonrió:

—Madrecita —murmuró—, estás toda mojada... Pero lo que haces no lo hagas por mí, hazlo por Dios... Y ahora, cantemos a la Virgen María.

Entonaron: *Ti tsanka Maria...*

El moribundo ordenó:

—Tocad el tantán. Que vengan todos y que sepan que muero de muerte natural, porque Dios así lo quiere. Aquí no tiene nada que ver la brujería.

Antes de cerrar los ojos, entregó a su mujer y a su hija a Sor María:

Tenlas tú, estarán al seguro.

El 16 de febrero de 1953 Sor Troncatti cumplía setenta años. El verano siguiente terminaba el último sexenio de su rectorado.

La sustituyó Sor María Parón y ella siguió ocupándose del hospital y del economato. Convertida en súbdita, fue obedientísima aun a los más insignificantes deseos de la nueva superiora.

«Era puntualísima en entrevistarse mensualmente con la directora, según manda la Regla. Daba cuenta cada mes de la pequeña administración del hospital y entregaba el dinero para la comida tal como había quedado establecido, ya que de lo demás era responsable el Vicario Apostólico.¹

En marzo del año 1953 tuvo lugar en Macas la coronación de la Purísima con corona de oro, rubies y brillantes.

Cuenta el historiador Barrueco, en su *Historia de Macas*, que se formó una junta de caballeros y señoras de Macas, Sucúa y Huambi. Corrieron circulares y hojas volantes con la imagen de Nuestra Señora de Macas por toda la República y se mandaron invitaciones a las máximas autoridades de la sierra y de la costa. Primer artífice de todo fue el director, Padre Isidoro Formaggio.

No podía faltar Sor Troncatti a la solemnisima fiesta del domingo, 13 de mayo. Puede decirse que toda Sucúa se trasladó allá. Procedentes de Quito habían llegado el Nuncio Apostólico, Monseñor Rada, Monseñor Comín, ingenioso como siempre, el Ministro de Defensa y muchos más.

Terminadas las fiestas, Sor María volvió a Sucúa. Quizá por el cansancio del viaje, o a causa de la humedad, o de la emoción, cayó enferma. Una mañana fue en busca de Sor Parón y le dijo:

—Señora directora, me encuentro muy mal.

Con todo cariño, Sor Parón empezó a curarla, pero preguntándole siempre: «¿Le parece que esto le sentará bien a usted?»

1 Declaración de Sor María Parón.

Pasó ocho días entre la vida y la muerte. Diagnosticando ella misma el ritmo de su enfermedad, dijo: «Me siento morir, llamad al confesor».

Toda la misión se puso en alarma. Todos rezaban. Les parecía que Sor María no podía desaparecer, no podía morir. En efecto, curó.

Pero Sor Parón dice que le costó más de un mes reponerse y que, después de aquella enfermedad, no fue ya la de antes. Su salud vino a menos.

Fue a partir de entonces, quizá, cuando se empezó a llamarla *abuelita*. Y ella, con su bondadosa sonrisa, respondía siempre: «Nietecitos míos».

La primera quincena de abril la encontramos en Cuenca, en las reuniones del Consejo Inspectorial. Y aquí anotamos que «cuando dejaba la misión para los ejercicios espirituales o por cualquier otro motivo, todos la esperaban como se espera el regreso de la propia madre, incluidas las Hermanas y los salesianos».²

José María cursaba, precisamente en Cuenca, el primer año de lo que nosotros llamaríamos instituto técnico, en el colegio salesiano.

Recordando aquel tiempo de sus últimos años de bachillerato, decía él: «Tuve la suerte de ser admitido en Cuenca con una beca que me buscó mi madrina, Sor María Troncatti. Ella controlaba mis estudios y venía a visitarme siempre que podía. Es a ella a quien debo yo, pobre huérfano, lo que soy».

Si es cierto que la salud de Sor María decayó, es igualmente cierto que en noviembre de 1953 y en octubre de 1954 realizó el viaje de Sucúa a Méndez y viceversa con la inspectora, Madre Genzone, a caballo y, en los trechos difíciles, a pie.

La crónica dice textualmente: «Madre inspectora y Sor María Troncatti emprenden el difícil y peligroso viaje a la misión de Méndez». Las casas allí ya eran tres; una sólo para jibaros (la primera fundada) en Cuchanza, un hospital y una escuela en Méndez.

El 25 de abril de 1954 tuvo lugar en Sucúa la inauguración de los nuevos locales de obra de albañilería. Se recibió la visita del Ministro de Instrucción Pública; hubo fiestas muy solemnes y después Sor María se instaló en el hospital, pequeñito, pero hecho de ladrillos, contiguo a la casita de las Hermanas.

De madera no quedaba más que dicha casita, la escuela de las jibaritas y, a la derecha de la iglesia, que era preciosa, la casa de los padres. Los jibaritos tenían el dormitorio en el segundo piso de la

2 Declaración de Sor Victoria Bozza.



José María. "Es a ella, a quien yo, pobre huérfano, debo lo que soy."

hermosa construcción que comprendía las escuelas masculinas y el salón-teatro.

El Padre Albino había hecho correr la voz por todos los centros de la selva de que Madre María estaba en un verdadero hospital, para atender todas las enfermedades. El trabajo no faltaba, especialmente en cuanto a picaduras de serpientes.

Un jíbaro quiso imitar a los blancos y se proveyó de un par de zapatos de goma. Sintiéndose a disgusto, se quitó las suelas; caminaba cómodo y a la par se lucía. No vio una serpiente que dormía enroscada en el sendero, cubierta de hojas. La despertó al ponerle el pie encima.

El reptil, rápido como un rayo, se revolvió y le clavó los dientes en el pie. El pobre hombre dio un salto, pero desgraciadamente cayó sobre la bestia que, enfurecida, volvió a morderlo una, dos, tres veces.

Cuando lo llevaron al hospital estaba negro. No fue posible salvarlo.

El misionero lo bautizó y así, al menos, se salvó para la vida eterna.

Un padre de siete hijos (Paciente Morales) metió la mano en la prensa; estaba solo. Sacó la mano aplastada. Inmediatamente fue al hospital a curarse:

—Madre María, sálvame la mano. ¡Tengo que trabajar!

—Hijo, recemos a María Auxiliadora...

Con una paciencia de cartujo, como se suele decir, le salvó el dedo medio, dos falanges del índice y una del pulgar. Sor Carlota actuaba de ayudante y hacía lo posible para ahorrarle los trabajos más pesados. En los intervalos, entre una inyección o una medicación, entre una visita y la sucesiva, Sor María rezaba, rezaba siempre. Sor Carlota dice que, desde que dejó de ser directora y tuvo por consiguiente un poco más de tiempo libre, rezó entero, todos los días, el oficio de la Bienaventurada Virgen María.

Acudía frecuentemente un físico a curarse. Cada vez se repetía el mismo diálogo:

—Hijo, ¿cuándo te convertirás?

—Hay tiempo, Madre María.

—Jibaro desgraciado, ¿sabes a dónde te encaminas?

—Al infierno, Madre María.

—¿Y te parece bien?

Cuenta Sor Parón que, cuando aquel pobrecillo estuvo en punto de muerte, mandó llamar al misionero, Padre Lova, y pidió bautizarse. Lo que cuenta es llegar a tiempo. Las oraciones de Madre María siempre llegaban a tiempo.

El 30 de mayo de 1954 el Padre Albino del Curto, después de haber trazado tantos caminos, tomaba el que le habían preparado los ángeles, el del cielo, «¡Cuán hermosos los pies de los mensajeros de la paz y del bien!» (Rom. 10, 15.)

A través de la radio se divulgó la noticia en seguida. Todos recordaron al gran misionero, cabalgando sobre su mula, en lucha con la selva, y a veces, con Satanás mismo.

Sor María comentó a las Hermanas una expresión, que sintetizaba la obra del óptimo salesiano: «No niego que algo haya podido hacer yo. Pero, si algo he hecho es porque siempre he obedecido».

Desde el Palora, más allá del Sangay, una esposa jibara regresaba a su familia, a Sucúa-Asunción, con dos pequeños. El Padre Lova los aceptó en el internado. Entre aquella barahúnda de muchachos se sentían felices.

Aprendieron en seguida a conocer a la *abuelita*, Madre María,

especialmente por un compañero, enfermo de los ojos, que iba cada día al ambulatorio y no volvía, a veces, hasta muy cerca de la hora de comer.

Lo espionaron. Sor Troncatti le lavaba los ojos, le daba un azucarillo y lo mandaba al recreo. Delante del hospitalito no había quedado en pie más que un árbol. El muchacho, rápido como un gato, se subía, se sentaba en una rama y, beatíficamente, silbaba curioseando quién iba y venía, quién entraba y salía del hospital.

—Niño, bájate, vete con tu asistente.

—Abuelita, con lo bien que se está aquí...

Los dos hermanos, Tankamasch de apellido, se las arreglaron para tener algún pequeño «bubú» con que ir al ambulatorio a paladear los azucarillos de la *abuelita*.

El mayor se llamaba Miguel. En 1955 tuvo de improviso un «bubú» tan fuerte que el Padre Lova y el coadjutor señor Marcos tuvieron que llevarlo de noche al hospital.

Padecía un cólico o un medio envenenamiento a causa, quizá de haber ingerido fruta verde. No retenía nada en el estómago. Vomitaba bilis.

Los días pasaban sin ninguna mejoría. El señor Marcos, cada mañana, antes de ir a la *chacra*, iba a verlo:

—Miguel, ¿cómo estás?

—*Abuelita*, ¿cómo está el muchacho?

Las noticias eran siempre desconsoladoras.

Una mañana Sor María le dio una pastilla de no sé qué y le dijo:

—Tómala. María Auxiliadora te curará, pero has de ser un buen cristiano.

Miguel se curó. El señor Marcos le enseñó a conducir el *jeep*.

La directora, Sor Parón, preparaba a seis jibaritas para el bautismo. Eran adultas, no sabían leer. Mientras aprendían a coser, repetían palabra por palabra las lecciones de catecismo que les daba el misionero.

Iwianch debía estar muy irritado (le sucedía con bastante frecuencia). Se metió dentro de una de las seis jibaritas, por la fuerza. Improvisamente las otras cinco dieron un gran chillido.

Sor Parón levantó los ojos. ¿Cómo es que no veía más que cinco? No había salido ninguna. Mas, he aquí que un cabrito brincaba por la sala de labor atropellándolo todo.

—Id a llamar a Madre María —exclamó Sor Parón, pálida como la cera.

Apareció al instante con su indumentaria de enfermera y el cruci-

fijo en la mano. Empezaron a recitar los exorcismos y a repetir sin cesar el Avemaria.

El cabrito desapareció. La jibarita volvió a sentarse en su sitio. Por la noche, en el dormitorio, nuevamente desapareció la pobrecita y volvió a aparecer el cabrito. Echaron agua bendita y otra vez desapareció.

En la crónica se lee: «15 de mayo. Seis jibaritas reciben el bautismo no sin graves dificultades, especialmente respecto a una, a la que el demonio atormentaba, transformándola en cabrito furioso que sembraba el pánico en todo el internado. Después de muchas luchas venció y, apenas bautizada, se sintió felicísima, con deseos de formar una familia cristiana».

A finales de 1954 Sor Carlota Nieto fue trasladada a Macas. El trabajo de Sor Troncatti aumentó incrementado por la aparición de una forma grave de sarampión que atacó a los jibaritos y jibaritas. El 2 de enero de 1955 moría una. El 3, otra de doce años, bautizada en el último momento, cerraba los ojos aquí abajo exclamando: «¡Qué contenta estoy; me voy a ver a la Virgen!».

El 5 murió una tercera. Las últimas palabras fueron éstas:

—Me llama, me llama.

—¿Quién te llama?

—Mi compañera, la que murió anteayer.

El 14 de enero murió otra. Después, poco a poco, la enfermedad empezó a ceder. Sor María no se apartaba un momento de la cabecera del enfermo grave. A veces le decían:

—Retírese, puesto que el enfermo no entiende, ni habla, ni oye.

—Pero necesita mi oración, ya que no puedo hacer otra cosa por él.

Y aguardaba un momento de lucidez para sugerirle una oración: «Jesús, José y María»...

Desgraciadamente el sarampión se propagó al *anejo* Madre Mazarello. El Padre Albino Gómez-Coello envió aviso a Sor Troncatti que partió al instante, atravesando una vez más el Upano.

Al anochecer un jibaro se presentó en Sucúa con esta nueva:

—Madre María no puede volver. Pide para mañana por la mañana el pan de la vida.

Sor María permaneció varios días en aquel *anejo* atendiendo a las víctimas de la epidemia. Y el Padre Albino, con su estupendo caballo que compartía con él la fatiga de las largas peregrinaciones, iba a llevarle la comunión y un pucherito de leche.

Cuando volvió a su hospitalito alguien le dio a entender que las jibaritas aún estaban demasiado débiles para mandarlas a las *chacras*.

—Sor María, usted lo sabe; aquí, si no se trabaja, no se come.

—Digámoselo a María Auxiliadora.

Preparó un reconstituyente, mezcla de todo cuanto de bueno y fortificante pudo encontrar, conforme a los secretos de los brujos y de su no común capacidad farmacéutica.

Para mayo no quedaba un solo enfermo. Con ocasión del Año Mariano, los cristianos del *anejo* Madre Mazzarello quisieron entronizar en su capilla el cuadro de María Auxiliadora.

La Virgen salió de la iglesia de Sucúa con toda solemnidad. El Padre Albino la colocó en su cabalgadura y emprendió la marcha. Un pequeño cortejo de caballos y jinetes iba detrás. Iban también los jibaritos y jibaritas del poblado, Madre María, una Hermana asistente y un coadjutor. Cuando llegaron al río, a punto de entrar los caballos en el agua, vino la riada.

—¡Atrás, atrás! —gritó el Padre Albino.

Se detuvieron a la orilla, a esperar; pero en el Sangay debía haber caído un chaparrón porque las aguas bajaban amarillentas y tumultuosas. Se retiraron todos a unas chozas abandonadas y, a la mañana siguiente, calmado el río, subieron al *anejo* Madre Mazzarello, donde fueron recibidos al redoble del tantán.

La santa misa cantada, seguida del rito de un matrimonio, encantó a aquella buena gente. Durante todo el día los misioneros y misioneras estuvieron bajo el *flash* de las veinticinco o treinta familias del poblado.

¿Qué tipo de gente era aquélla? ¿Por qué venían de tan lejos?

Les habían dado las primeras cabezas de ganado, llevándolas por caminos difficilísimos. Enseñaban a leer y a escribir. Hablaban de Dios y, ciertamente, ésta era la obra más hermosa, porque los había salvado de Iwianch. Pero, ¿quiénes eran y por qué estaban allí?

El Padre Albino captó los interrogantes y los hizo suyos: ¿Quién es el misionero? ¿Por qué él, en vez de estar con su pobre madre sin manos, continuaba en la selva?

No había otra explicación: la cruz. «Sembrador de misterios arcanos, él mismo es un ser misterioso que únicamente se comprende cuando se contempla una cruz y a Cristo clavado en ella».

La luz en la inmensa floresta disipaba las tinieblas.

El 15 de mayo volvieron a Sucúa. Y el 20, procesionalmente, llegaba una estatua de María Auxiliadora a Huambi. El 24 tenía lugar la coronación de la Virgen en la iglesia de Sucúa.

Sor Carlota Nieto, en Macas, hacia todo lo que podia como enfermera, pero en los casos dudosos mandaba a los interesados a Sucúa, hasta en avión, ahora que habia pista y podian hacerlo. Si se trataba de casos graves, llamaba a Sor Troncatti.

Era facilisimo. Bastaba comunicar con el encargado de la radio, el cual pasaba la comunicación por la cadena de las misiones de Cuenca y el salesiano encargado, señor Humberto Romio, llamaba a Sucúa.

Un día comunicaron a Sor María:

El señor Romio hace saber que Sor Carlota la espera a usted para atender a un enfermo grave. La avioneta «Viosa» está a punto de llegar de Cuenca y en seguida seguirá para Macas.

Sor Troncatti tuvo el tiempo justo para coger su maletin y dirigirse al aeropuerto. Se dio cuenta, demasiado tarde, de que habia salido del hospital con el delantal y los manguitos blancos puestos. Por lo demás, cinco minutos de vuelo y estaria en Macas.

Subieron con ella al avión otros dos viajeros conocidísimos: María y Virgilio Basantes. Ella habia estado en el colegio de Macas. El, también maquense, hacia de acompañante en otros tiempos. Como equipaje, María Basantes llevaba un saquito de patatas, de diez o doce kilos. Se saludaron con mutua alegría:

—Buen viaje, Madre María. ¿Cómo está?

—Bien, gracias a Dios. ¿Y vosotros?

—Bien. Buen viaje.

—Un viaje de pocos minutos...

El «Viosa» se elevó con un amplio giro sobre Macas, pero comenzó casi en seguida a zumbar de modo extraño.

—Capitán, ¿qué pasa? —preguntó Virgilio Basantes.

El capitán-piloto sudaba hielo. Gritó a los tres pasajeros:

—No es posible bajar en Macas.

—¿Cómo?

—No puedo bajar. Hay una avería.

—María Auxilium Christianorum —exclamó Sor Troncatti. Cogió su rosario y empezó a rezar.

Al intentar bajar las ruedas, el piloto se dio cuenta que no funcionaban; una cayó en el océano verde de la selva. El avión subía a alturas vertiginosas para bajar de improviso como si fuera a sumergirse en las aguas amarillentas de los grandes rios amazónicos.

El piloto ensayaba todas las maniobras sin ningún resultado. Pero era un hombre de fe. Gritó a Sor Troncatti:

—¡Madrecita, rece, rece!

Ella levantó en alto el rosario y asintió con la cabeza. Estaba palidísima. Decía en su interior: «Sálvanos, Señor, salva a estos pobrecitos y también a mí».

María y Virgilio Basantes la miraban y rezaban con ella.

El aparato pasó la cordillera de los Andes. Después, el piloto llamó a la torre de mando del aeropuerto de Quito:

—Preparaos a recibir las víctimas. El aparato se incendiará al tomar tierra.

Le respondieron:

—Consume todo el carburante antes de bajar. Nos preparamos a recibiros. Manteneos en contacto con nosotros.

—Entonces, capitán, ¿qué pasa? —volvió a preguntar Virgilio.

—Vamos a Quito, pero el avión se incendiará. Hay que aligerarlo. ¿Tenéis paquetes?

María Basantes sujetaba con las manos el saquito de patatas para que no rodase a derecha e izquierda. El piloto, nervioso, dijo:

—Tirad fuera esas patatas; ya no hay esperanza alguna.

Y Sor María:

—Entonces, capitán, ¿vamos a morir?

—Casi seguro, Madrecita.

—Entonces, si hay que morir, con patatas o sin patatas, es lo mismo. Mejor será que recemos todos el acto de dolor.

En el aeropuerto de Quito se había dado la alarma. Acudían los bomberos, las ambulancias de la Cruz Roja y una multitud de gente.

Desde la salida de Sucúa habían pasado noventa minutos. El «Viosa» giraba sobre la ciudad para acabar el carburante. La espera en tierra era angustiosa.

El piloto comunicó: «Desciendo» y un estremecimiento lo sacudió todo.

Abajo, las sirenas aullaron.

Sor Troncatti tenía los ojos cerrados. ¡Toda su vida era oración!

—Madre María, rece.

El piloto no supo explicar qué tipo de maniobra hizo en aquel momento. El avión, sin rueda, cayó en la pista, clavó la hélice en el terreno, se rompió el ala derecha, pero no se incendió.

Las ambulancias y los coches de bomberos iban a toda velocidad.

Vieron salir a cuatro personas ilesas.

María y Virgilio Basantes y el capitán estrechaban las manos a Sor María:

—Usted, usted con sus oraciones nos ha salvado.

María, mostrándola a la gente, exclamaba:

—¡Es una santa!

—*Diamine* —dijo Sor Troncatti—. ¡Mejor será que vayamos a dar gracias a Dios! ³.

Las Hermanas de la Escuela del Magisterio «Dorila Salas», al ver entrar a Sor María con su delantal y sus manguitos blancos, no acertaban a explicarse. En el pasillo de entrada estaba Sor Mercedes Pesantes que se acercó gritando:

—¡Oh, pero si es Sor Troncatti! ¿Cómo es que está aquí?...

—¡Queridísima!, ¿no sabes lo que ha ocurrido? Ven, ven conmigo a dar gracias a la divina Providencia.

Fueron a la capilla. Sor Mercedes vio a Sor María arrodillada en el mismo suelo, con los brazos en cruz y rezando:

—Señor, Jesús, te doy gracias por haberme salvado a mí, a los pasajeros que iban conmigo, y al capitán. Haz que yo trabaje sólo por tu gloria. ¡Oh, María Auxiliadora! Te doy gracias de todo corazón porque me has librado de la muerte. Gracias, Madre mía. Y ahora, concédeme trabajar siempre por el bien de mis jibaritos.

Cuando salió de la iglesia, encontró a toda la comunidad alborotada. María y Virgilio habían ido también al colegio y habían dicho, impresionados:

—Estamos salvos de milagro.

—¡Expliquenos, Sor María, expliquenos!

Ella narró lo sucedido con la viveza y colorido que le eran naturales y que, en aquella circunstancia adquiría transparencias de cielo. La directora la interrumpió:

—Está cansada, Sor María; venga a tomar una tacita de café y después le prepararemos la habitación.

—Pero... ¿y mi enfermo?

—Hoy ya no sale ningún avión para Macas. Empiece por rehacerse del susto...

—Con *rompope* (ponche compuesto de yemas de huevo batidas con vino) —dijo, riendo, Sor Mercedes.

—Sí, sí, ya recuerdo. En Guayaquil me deciais...

—¡Hermana directora, hagamos el *rompope*!...

—¡Pobres hijas! Trabajabais mucho.

—Y usted nos hacía rezar como desesperadas. Cada una de nosotras tenía que salvar a un jibaro.

A la mañana siguiente Sor Mercedes se fijó en Sor Troncatti cuan-

3 Este hecho, considerado como una gracia extraordinaria, fue publicado en el *Boletino Salesiano*, septiembre 1957.

do volvía de comulgar. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Parecía un ángel. Siempre la había visto así.⁴

Mientras esperaba el avión, ¿de qué iba a hablar Sor María sino del Oriente ecuatoriano?

—¡Sevilla! ¡Oh Sevilla! Hasta hace poco era la más lejana, la residencia más difícil. Ahora, ¿sabéis?, iremos a Yaupi.

—¿Dónde está eso?

Sor Mercedes, fuerte en geografía, precisó:

La región de Yaupi tiene al nordeste la cordillera del Cutucú y al sudeste la república del Perú. La primera exploración la realizó el Padre Crespi.

—En 1934 —precisó Sor Troncatti—, partiendo de Sevilla. Después tuvo lugar la gira del Padre Ghinassi que la visitó cuatro veces estableciéndose, por fin, en 1945.

—¿Y ahora van las Hermanas, o sea, nosotras?

—Sí. Mi directora, Sor Parón, y Sor Florinda han ido ya a ver la misión. Es una casa de madera, a orillas del río Wampis, cerca de la laguna Kumpak.

—Diga, Madre María, ¿cómo recibieron en Sucúa al presidente de la República?

—¡Fue algo extraordinario! Un jibarito del *anejo* Asunción le leyó un saludo y el doctor Velasco Ibarra lo abrazó mientras los ministros que le acompañaban y toda la población aplaudían. Además, habéis de saber que nuestras jibaritas saben jugar al *basket-ball* y se disputaron un partido precisamente el día de mi onomástica.

Sor Mercedes decía después:

¡Qué simpática, agradable y expansiva era! Amaba intensamente. Recordaba mucho a la familia. Era alegre y rendía un gran culto a la pureza. Con las personas de otro sexo conservaba un porte digno.

De regreso a Sucúa-Macas, atendido el enfermo que aún no había muerto, Sor María recibió con los debidos respetos al primer médico que llegaba a la selva en servicio permanente. Había sido nombrado por el Ministerio de Sanidad de acuerdo con el Vicario Apostólico. El hospital de la misión le abrió sus puertas.

Al principio, aquellos médicos resistían poco tiempo en aquellas tierras perdidas. Además, no siempre eran escogidos entre los mejores. Hubo uno que fue ex profeso a Quito a acusar a la misión y también a Sor Troncatti, porque ejercía la medicina sin el debido título...

4 Sor Mercedes Pesantes: 1970, Beneficencia de Señoras, Guayaquil.

Pero la gente con título o sin él la buscaba a ella. Las mujeres, especialmente las jibaras, no querían que las tocara el médico.

Acababa de llegar a Sucúa, procedente de Quito, la ecónoma inspectorial Sor Luisa Flores, llamada por Sor María para curarle una bronquitis rebelde a toda cura. ¡Pensemos si no habría en Quito óptimos médicos! No obstante se curó en la selva.

Sor Luisa, mientras se restablecía, observaba lo que sucedía a su alrededor. Cada mañana, a la hora de las visitas, veía llegar mucha gente de raza blanca y jibara. Con frecuencia, cuando oían que en el ambulatorio estaba el médico, algunos se daban media vuelta y decían: «Volveremos».

Volvían después, fuera de hora, cuando ya no estaba el médico. He aquí lo que testifica Sor Luisa: Llegó de un *ancho* una mujer con un horrible tumor en una pierna, a la altura de la rodilla. En la puerta había un buen hombre que hacía de portero.

—Debe verte el médico —le dijo él.

—No. Yo quiero que me vea Madre María.

—Debe ser el médico.

—No seas terco; yo quiero a Madre María.

El hombre, nada ajeno, ciertamente, a casos como aquél, fue en busca de Sor Troncatti, que acudió «en seguida», diciendo:

—Con mucho gusto.

El médico no estaba.

—Veamos, hijita, veamos qué es esto.

—Madre María, que no me toque el médico. Opérame tú.

—Veamos, veamos.

El tumor, amoratado, hacía impresión. Sor Luisa, que había entrado con la paciente, arrugó el ceño. Sor María lo palpaba, examinaba su grosor y lo hacía oscilar lentamente de derecha a izquierda y viceversa.

—Es de naturaleza benigna, está tranquila. ¿Quieres que llamemos al médico?

—No. Prefiero volver a la jibaría como he venido.

—Está bien. Te operaré yo. Pero antes recemos juntas una Ave-maria. Y que sepas, recuérdalo siempre, que todo depende de la oración.

El hospital, dedicado a Pio XII, se había hecho pequeño. Monseñor Comín había dado orden de ampliarlo y los medios para hacerlo, con intención de crear también la sección de maternidad.

A principios de 1957 debía estar terminada para la inauguración. Monseñor llegó en avión a Sucúa, adonde había invitado a los misio-



El jibaro entró en la máquina que hace las imágenes.

neros y misioneras de los centros de la selva. Estaban también las directoras de Cuenca y Riobamba. Pero, por desgracia, los trabajos no estaban terminados. El director y Sor María estaban un poco confusos; pero es que había que contar siempre con el tiempo. Si llovía, el avión no llegaba y entonces faltaba el cemento...

Monseñor dio una bendición por encima para justificar el viaje, y anunció la visita del Rector Mayor, don Renato Ziggotti:

—Vendrá en mayo. Esperamos que, para entonces, el hospital esté terminado.

Y se puso en camino hacia Yaupi.

Las invitadas esperaron la llegada del avión. Llovía, precisamente.

Sor Catalina Rodondi estaba lo más posible en el hospital con Sor María. También las demás gozaban escuchando las anécdotas que contaba Sor Troncatti de su larga vida misionera.

Delante del hospital estaban cuando vieron llegar a un jibaro pavoneándose, solemne, de los pantalones y blusa que vestía, esta última bien abotonada al cuello. Uno o dos botones son suficientes para el que no lleva nada debajo... Tenía en la mano la cerbatana y quería que Sor María le diera la medicina para una de sus mujeres.

—¿Cuántas tienes todavía, jibaro? —preguntó ella.

—Madrecita, no tengo más que tres.

—Te sobran dos. ¿Cuándo entenderás y te convertirás?

—Pero, ¿qué voy a hacer, Madre María? Tengo veinte hijos y no puedo dejarlos sin madre.

—Por lo menos a tus hijos los harás cristianos, ¿no?

—Ciertamente, Madrecita. Y que estudien. Con los Padres tengo siete u ocho. Las muchachitas están con vosotras...

—¿Y tú?

—Yo, Madre María, perro.

Un joven coadjutor pasaba en aquel momento con la máquina fotográfica colgada del hombro. Le gustó el cuadro y dijo al jibaro:

—Vuélvete de cara a mí, que te hago una fotografía.

Sor María se había sentado en el banco del vestíbulo. El hombre se excusó:

—Madrecita, me doy la vuelta para entrar en la máquina que hace las imágenes.

Mientras se daba la vuelta, dijo a Sor Cornelia Rossini que lo observaba:

—Tú has entendido, ¿verdad? No podía decirle la verdad a Madre María para que no sufriera. Le he dicho tres, pero mujeres tengo seis.

Y entró en la máquina de las imágenes.

Eran las primeras horas de la tarde. El coadjutor-fotógrafo volvía de las plantaciones del «Colegio Agronómico» con el que se intentaba enseñar a los jibaros los distintos cultivos, las rotaciones, los procedimientos racionales, todas cosas difficilísimas. La pesca y la caza, ¿acaso no daban un alimento óptimo?

Sor María se levantó del banco con un poco de fatiga; sus piernas estaban cada vez más hinchadas y más duras.

—*Muchacho*, venga aquí. (Así llamaba a los jóvenes coadjutores.)

—Si, *abuclita*.

—Dígame, ¿ha comido ya?

—No, pero a esta hora no hay nada en la cocina.

—Venga, venga...

Entraron en su tabuco donde había siempre cuanto la caridad exige y su industria podía procurar.

En un abrir y cerrar de ojos extendió un paño blanco sobre la pequeña escribanía, sacó una servilleta, platos y cubiertos.

—Empiece a beber un poco de vino —dijo ella presentándole el vaso.

Pronto el suave olorcillo de un bistec llegó a la nariz del salesiano...

Es difícil precisar el número de salesianos que saborearon las comiditas *extra* de Sor Troncatti. Pero a todos, al recordarlo, se les pone un nudo en la garganta.

Desde el año escolar 1947-48 había pasado un decenio. Las pequeñitas de entonces, blancas o jibaras, estaban ya casadas o a punto de casarse. Todas iban a «recibir» la bendición de Sor María antes de dar el gran paso.

Había llegado una muchacha, de Macas, sirvienta de una familia de colonos. Sor María la había recibido en el internado para preparar su porvenir. Se llamaba Teresa. Vestida de china, se hubiera dicho que era asiática. Tenía, en efecto, el espíritu de mansedumbre de la mujer oriental y la mirada dulce. Era profundamente recatada.

Una de las hijas espirituales de Sor Troncatti, la señora Julia Calle, narra lo siguiente:

—Una vez, no hace mucho, tenía yo la mano delicada. No podía hacer nada con ella. Fui al médico y me recetó unas inyecciones carísimas. ¡Imposible comprarlas! Acudí a Madre María. «No te preo-



El rector Mayor, don Renato Ziggiotti en su visita a Sucúa.

cupes, hija mía, me dijo. Toma esta pomada y pónstela todas las noches. Yo rezaré mucho. Ya verás cómo te pasa». Y me curé, a pesar de que el médico pronosticó que me quedaria la mano inútil.

Habia entre las internas una jibarita muy buena. Y entre los coadjutores un blanco. Juan Arcos, que habiendo vivido siempre en la misión, se creía llamado a la vida religiosa. Pero el pobre no tenía paz. Su padre al morir, lo encomendó al misionero, quien un día, viendo el decaimiento del joven, le dijo:

—Si crees que no es éste el camino por donde te quiere el Señor, no renueves los votos.

—Tengo grandes deseos de hacer el bien, pero no acierto a comprender...

—Quizá el Señor te prepare para otra cosa.

Al finalizar los votos, Juan Arcos partió para Yaupi y se preparó al matrimonio. Sor Maria le presentó la jibara mencionada. Después de la boda se fueron a la búsqueda de un grupo de jibaros que no habían tenido aún contacto alguno con los misioneros.

La mujer formada en la misión, fue el hilo conductor que atrajo a la iglesia muchos hijos de la región de Santiago. Aquellos dos «laicos comprometidos» fundaron allá una misión conforme al sistema



y los principios de Don Bosco. También para ellos fue siempre Sor María la *abuclita* a quien todo se podía pedir y todo confiar.

Acudían con frecuencia sus queridos colonos de Macas y sus amadas jibaritas de Sevilla para que las curara o simplemente para verla.

Recuerdan que las recibía con los brazos abiertos. Era un placer para ella volver a verlas. Cuando necesitaban medicinas se las daba generosamente y, a veces, gratuitamente.

Tsetsem había tenido un niño con una afección al corazón. Se lo llevaba frecuentemente. El pequeño empezó a conocerla, a tenerle confianza y a quedarse en el hospital sin llorar. La llamaba «Mamató». Murió a los once años, poco antes que Sor María.

Dolores Velín era para Sor Troncatti como una hija. Le recordaba su llegada a Arapicos, en 1925.

—Dolores, ¡cuántas veces tu padre nos quitó el hambre!

—Lo hacía con mucho gusto, Madre María.

—¿Y tu madre? Ella nos traía los jibaritos que las madres tiraban.

—Mi madre era una santa.

—¿Recuerdas la muerte de tu padre?

—¡Oh, sí! Murió cantando «¡Qué hermosa es la Virgen María!».

—Tu marido nos llevaba a las espaldas por los aguazales de la floresta.

—¡Quién pudiera volver a empezar, Madre María!

Llegó Juana de Lara con su tercer hijo enfermo:

—Mire usted; ya no sabemos qué hacerle. ¿Lo ve? Está con la piel y el hueso.

—Déjamelos, Juanita.

Lo tuvo tres meses, al cabo de los cuales se lo devolvió curado.

—Dale las gracias a la *abuelita*, hijo. Bésale la mano.

—Yo seré aviador y el primer vuelo que haga, llevaré a Madre María a dar la vuelta al mundo!

—No, no —interrumpió Sor Troncatti—, se puede caer y matarse uno...

En 1957 llegó a Sucúa el Rector Mayor, don Renato Ziggitti. Le presentaron a la veterana de las misiones de Oriente. Monseñor Comín habló de los tiempos «heroicos», cuando Macas, Sucúa, Sevilla, Chiguaza, Yaupi y Limón no eran más que selva con unas pocas chozas.

El superior observó que faltaban muchas cosas también ahora. Estaba emocionado.

Decía Sor María:

—Es Monseñor quien lo ha hecho todo. Ha sido y sigue siendo el «padre grande» no sólo de los jíbaros, sino de los colonos y de todos nosotros... Siempre se ha preocupado por nuestro bien y por la salvación de las almas...

A primeras horas de la mañana del 8 de septiembre de 1958, de Sevilla, de Macas, de los poblados o centros shuar, acudía la gente a Sucúa con gran regocijo.

No sólo se celebraba la fiesta de la Natividad de la Virgen; era también el cincuentenario de la profesión religiosa de Sor María Troncatti.

Se echaron las campanas al vuelo. Por los senderos de la selva y por las callejuelas fangosas aparecían rostros sonrientes; todos se saludaban, blancos y jibaros.

Sor María, arrodillada en el primer banco de la iglesia nueva, sentía el alegre alboroto que, de la plazoleta y de los patios de la misión, resonaba bajo las naves, como diciendo: «Estamos todos aquí, por ti».

Después de la misa cantada fueron todos a saludarla, a hablar con ella, a recibir un consejo y ella, que no sabía cómo agradecer las felicitaciones llegadas de todas las casas de la inspección ecuatoriana, en pergaminos pintados, en verso y en prosa, sentía que allí, entre su gente, en la simplicidad de sus pobres expresiones, entre el brillo de conmovedoras lágrimas, era una reina.

Quisieron fotografiarla. Ella eligió la pose: sentada en el vestíbulo del hospital, con dos jibaritas vestidas con el *tarach* a punto de declamar un saludo. Representaban en aquel momento a Yampauch, a Ewek, a todas; desde la primera hasta la última, llegada el día anterior.

¿No había gastado toda su vida por ellas? ¿No había llorado en Macas, con Sor Dominga y Sor Carlota, lamentándose: «Pero, ¿no es por los jibaros por quienes Monseñor nos ha mandado? ¿Cómo es que no viene ninguno?»...

En cambio ahora, ¡cuántos! ¡Y cómo crecía el árbol de la fe entre los hijos de la selva!

Sevilla, el primer centro verdaderamente jibaro, fue reconocido ofi-

cialmente por el gobierno, como pueblo y parroquia (10 mayo 1958). Tenía un alcalde blanco y un suplente, o vicealcalde, jíbaro.

Del barrio Asunción llegó Marianita Samiki con sus hijitos. Después de besar la mano a Sor María le preguntó:

—Madrecita, ¿tiene noticias de José María?

—Da clase en la misión de Bomboiza, con el Padre Antonio Guerrero, el director. ¿Estás contenta?

—Gracias, Madre María. Sin usted, nosotros...

—¡No, no, Marianita, es María Auxiliadora quien lo hace todo!

Daniel González, Augusto Zúñiga, sus hijos y sus nietos, fueron todos a darle la enhorabuena y a repetirle el «gracias» sincero que brotaba de su corazón.

Madre María les dijo emocionada:

—Ahora, hijos míos, ya tengo el equipaje a punto, ya puedo partir...

—No, Madre María —le interrumpieron—. ¿A quién iríamos nosotros?

Don Augusto, con las lágrimas en los ojos, insistió:

—¿Encontraría quien me dijera al verme: ¡venga, venga, veamos qué puedo hacer por usted!?

En noviembre llegó a Sucúa Monseñor Comín. Tocaba ya los ochenta y cinco años. Tuvo la satisfacción de ver terminada la segunda parte del hospital, pero anunció: «La inaugurará el obispo coadjutor, Padre Pintado, que dentro de poco será consagrado en la catedral de Cuenca. El será mi sucesor». Replegaba las velas.

—¡Cuánto trabajo, Monseñor, en su larga vida! —le dijeron.

—Tan larga, que me siento ecuatoriano hasta la médula. Pero el trabajo lo hemos hecho entre todos, con la ayuda de María Auxiliadora. Diga usted, Sor Troncatti, si no hubieran estado los Padres Albino del Curto, Crespi, Rouby, Matias Buil, Juan Vigna, Spinelli, Dardé, Bonicatti...

—¡Oh! —interrumpió Sor María—, el Padre Bonicatti tenía una alma de niño. ¡Era tan miedoso como yo, cuando usted, Monseñor, me regañaba!

Monseñor Comín sonreía y asentía. Sor María dejó campo libre a los recuerdos:

—El director había ido a Méndez. Estábamos solas con el Padre Bonicatti que, además de todo, tenía que ocuparse de las primeras vacas que constituían la esperanza de la misión. Estaba tan preocu-

pado que tuve que ayudarle contra los vampiros que chupaban la sangre de los pobres animales. Cada vez que iba al potrill, me decía: «Vigile la lámpara del Santísimo, que yo no llego a todo; ¡estoy angustiado!». Y añadía: «Si viene alguien de noche, ¿cómo hago para oírlo?». Yo procuraba serenarle: «Esté tranquilo, ya lo oiré yo por usted». Y él: «¿De veras? Y yo: «Si, ¡si oigo hasta cuando usted se quita los zapatos!». Y él: «¡Oh, bondad divina! ¿Posible?»....

Todo había pasado. La hora de los recuerdos se vestía de colores de otoño.

El Padre Lova había sido trasladado. Lo suplía el Padre Isidoro Formaggio.

También Sor María Parón había dejado Sucúa trasladada a la misión de Yaupi. La suplió la ex inspectora, Sor Josefina Genzone.

En 1959 apareció la viruela en el valle del Upano. Cuarenta y cinco jibaritas internas cogieron la enfermedad y también muchos jibaritos.

Sor María no llegaba a todo. Las Hermanas, pobrecitas, además de ayudarla en lo que sabían y podían, tenían que atender la escuela, las *chacras*, la ropa, la cocina. En vista de esto mandó llamar a dos madres jibaras, sus antiguas alumnas, que acudieron al momento llevando los medicamentos de la selva extraídos de las hierbas.

Ocurrió un hecho singular. Había dos hermanas en el internado. La más joven, atacada de viruela, una noche se escapó. La mayor corrió tras ella, pero con la espesura de los árboles la perdió de vista. Volvió a la misión, avisó a las Hermanas y a las dos madres jibaras y salieron todas en busca de la enferma.

La buscaron durante toda la noche y, al fin, la encontraron. La llevaron a casa, la metieron en cama y, para tranquilizarla mandaron llamar a su madre.

Sor María temía una complicación. En cambio mejoró inesperadamente. Pero su hermana mayor cayó atacada del mismo mal, de forma grave. Su madre y Madre María, velaron continuamente a su cabecera.

Hacedla cristiana —suplicó la madre.

El Padre Albino la bautizó: «María Violeta, yo te bautizo...».

Su madre la vio sonreír e incorporarse sobre la almohada.

—¡Qué hermosa está! —exclamó.

Y María Violeta:

—«He visto a la Virgen. Voy...».

A principio del mes de mayo fue llevada la estatua de María Auxiliadora a los cuatro puntos del poblado y, cada sábado, era acom-

pañada procesionalmente a la iglesia con el canto del rosario. Acabada la misa, se la trasladaba a su nuevo destino. La cronista anota que hubo «numerosísimas comuniones».

Sor María no faltó nunca a aquellas funciones que comenzaban a las cuatro de la mañana. Pidió que cesara el flagelo de la viruela que, a Dios gracias, empezaba a decrecer lentamente. Tengamos en cuenta que, hasta la muerte, ella no faltó nunca al «Rosario de la aurora».

En septiembre de aquel año llegó a Sucúa el nuevo obispo, Monseñor José Félix Pintado, que fue recibido solemnemente. Comunicó que en abril de 1960 Monseñor Comin celebraría sus «bodas de diamante».

Ya eran viejos. Sor María estaba para cumplir los setenta y siete. Pero sólo sus piernas acusaban la edad. Ella continuaba trabajando con el tesón de la montañesa de Col d'Aprica, entregándose con la amorosa ternura heredada de su padre Santiago Troncatti, que la caridad de Cristo centuplicaba.

El Padre Albino hacía el censo de los distintos centros shuar. Observaba que los jibaros iban conquistando los valores de la sociabilidad, que adquirían el sentido de la propiedad privada, la necesidad de declarar a los representantes del gobierno sus datos personales para tener una hoja de reconocimiento o carnet de identidad y guardaban como un tesoro los planos que se les entregaban como comprobante de la propiedad de su propio terreno. Todo esto era fruto del sacrificio largo y paciente de la obra misionera.

Cada día aumentaba el número de jibaros que mandaban a sus mujeres a la misión para que se instruyeran e hicieran cristianas. Y aquellas mujeres, casi instintivamente, se confiaban a Madre María.

Fue llevada a la casa de las Hermanas una viuda. Se decía que había envenenado al marido.

—Preparadla al matrimonio, quiere ser cristiana...

En septiembre el Padre Albino mandó de Logroño una jibara para que la prepararan al bautismo y al matrimonio. Después llegó otra de treinta y cinco años, suplicando:

—Por favor, enseñadme pronto a ser cristiana porque tengo en casa a mis hijos...

La bautizaron el 8 de septiembre, onomástica de Madre María. Y al día siguiente, María-Teresa, hizo su primera comunión con «grandísimo fervor», dice la cronista, que continúa así:

«Viene Tsunginuwa, para el bautismo y el matrimonio cristiano. Se lee en su rostro el sacrificio de haber dejado la jibaria y los hijos. Haremos todo lo posible por prepararla cuanto antes.»



... se decía que había envenenado al marido.

Una joven misionera italiana, Sor Victoria Bozza, había sido enviada a Sucúa, como asistente de las jibaritas. Se había dado en cuerpo y alma a su misión, que duraba las veinticuatro horas del día. Se ponía las botas, empuñaba el machete, se calaba el sombrero, y ¡adelante!; siempre la primera en el trabajo de las *chacras*, en ir a lavar al río o en cualquier otro trabajo. De noche dormía con las jibaritas, lo que equivalía a estar en suspensión.

¿Se vanagloriaba, quizás, de su trabajo? ¿Y aunque así fuera?

En aquella vida de continuo sacrificio, con el peligro de las serpientes en las plantaciones, las pulgas, las chinches, las cucarachas, contra las que se luchaba continuamente, y casi inútilmente, la alegría del propio trabajo ayudaba a vivir...

Pero he aquí el revés de la medalla. Una noche (ella dormía) un grupito de jibaras, todas del mismo centro, huyeron.

Cuando Sor Victoria se dio cuenta, se quedó tan abatida que corrió a decírselo a la directora y al director. Todos se pusieron en movimiento para buscar a las fugitivas. Entretanto la asistente burlada fue en busca de Sor María con los ojos hinchados. (Había llorado durante toda la misa.)

—¿Sabe lo que me ha ocurrido? ¡Se han escapado!...

—No se aflija, Sor Victoria. Volverán. Pero usted se convencerá de que es el Señor el que obra.

Desde aquel día, la joven Sor Victoria eligió como consejera de su alma y de su apostolado a la *abuelita*.

Llegó el nuevo inspector, en sustitución del Padre Pintado, consagrado obispo. Fue derecho a buscar a Sor Troncatti:

—Madre María, usted me dijo que llegaría al sacerdocio.

—Sí. Y ahora es mi superior. Prepárese a escuchar mis confidencias.

Era el Padre Aurelio Pischedda. Escuchó a Sor Troncatti, asintiendo a todo cuanto le propuso.

Cuando recibió a los Hermanos en coloquio privado no se maravilló al oír decir:

—Tengo más confianza con Sor María que con el director, porque, ¿sabe?, si soy salesiano se lo debo a ella.

El inspector se acordó de cuando él era joven y Hermano clérigo.

—Bien, continúa así.

Cosme Cossu salió contento. Y Marcos Beltrán, Martín Jiménez, el Padre Franco, un joven misionero que había cantado misa hacía poco en Sucúa, dijeron más o menos lo mismo:

—No se le pasa una fecha memorable para nosotros, por ejemplo

el onomástico. Nos escribe una cartita y nos mete dentro, a veces, un billetito de cien *sucres*, o nos pone una camisa nueva o unos pantalones. Recuerda además en sus oraciones a nuestra familia. Respecto a la salud, no podemos ocultarle nada.

El Padre Pischedda, como los demás inspectores, decía: «Mientras viva Sor Troncatti no tenemos problemas».

Un día, un misionero de paso, el Padre Luis Bolla, llegó al hospital de Sucúa, desde Taisha con una jibarita enferma.

En Taisha la compañía Shell había creado una buena pista para sus aviones, dado que buscaba petróleo en la zona. Pero Taisha era el nombre del *unt* (jefe) que, mucho tiempo antes, había recibido la visita del Padre Luis Casiraghi, llegado allá desde Sevilla por un camino terrible que duró una semana. El *unt* le había regalado una *chacra* de yuca para que se quedara definitivamente y fundase la misión.

Partiendo de Taisha, el Padre Casiraghi tomó contacto por primera vez con un grupo de jibaros llamados achuaras que vivían aislados, en la zona comprendida entre los ríos Pastaza y Chankuang-Wasaka.

Ahora, en cambio, era el Padre Bolla el que se acercaba a ellos y, encontrada la pequeña en peligro de muerte, con el consentimiento de sus padres la metió en un avión y, en veinticuatro minutos de vuelo, la trasladó a Sucúa.

La pobre niña tenía el vientre hinchado y duro como una piedra, inundado de lombrices. Consumida, además, por una anemia perniciosa, Sor María temió que muriera de un momento a otro, por lo que la hizo bautizar. Se llamó Paulina. Fue ella su madrina e intentó todos los medios para salvarla, sin que escasearan sus insistentes Avemarias, por añadidura.

La tribu o grupo Achuaras contaba poco más de quinientas almas. Pero aquellas almas se encontraban en cuerpos tan belicosos y vengativos, que los otros grupos jibaros los temían tanto como a Iwianch y no tenían, ni querían tener, contacto alguno con ellos.

Y he aquí que, el primer encuentro, se realizaba en el hospital Pío XII. Una achuara, enferma, rodeada de blancos y de jibaros ya cristianos.

La enfermedad era tenaz, pero la oración de Sor Troncatti lo era más todavía: «María Auxiliadora, no permitas que muera. Podría desencadenarse una carnicería, ya que son tan terribles los suyos, según dicen»...

Un buen día Paulina se levantó de la cama, empezó a comer con

apetito lo que la madrina le preparaba y, finalmente, vestida de nuevo, moftetuda y bien peinada, con la alegría del regalo de un espejo, volvió a volar a Taisha y, de allí, a su jibaria.

Su padre, en señal de gratitud, mandó a Sor María una corona de plumas de pájaro y prometió al misionero que se inscribiría en la *Federación Shuar*.

¿Qué era aquella federación?

Ahora que, con los aviones, se llegaba hasta Yaupi, Taisha y Chiguaza, los blancos desheredados se trasladaban, cada vez en mayor número a la selva. Los misioneros juzgaban deber suyo tutelar los derechos de los nativos.

La federación era por el momento, sólo un proyecto, pero bien estudiado. Y la idea, llevada de una a otra jibaria por los misioneros echaba raíces. La llevaría a cabo, poco a poco, un joven misionero eslavo, el Padre Juan Shutka, que había llegado el 4 de noviembre de 1960 a Sucúa y acabada de celebrar su primera misa solemne el día 7. Decía después: «Sor María aquel día fue muy feliz. Había preparado alojamiento para los huéspedes en las habitaciones del hospital, como hacía siempre, incluso para los representantes del gobierno. ¡Cuánto trabajo para atender a los huéspedes! ¡Pero lo hacía con tanto amor!...».

La idea de la federación impresionó a Sor María hasta el punto de hacerla suya. Hablaba de ella con ardor y escuchaba admirada al Padre Juan:

—A cada *anejo* le daremos un maestro-catequista. Y formaremos enfermeras, ¿verdad, Madre María?

—¡Claro que sí!

—Los muchachos *leaders* irán a Paute para los cursos intensivos de catequesis, agricultura, letras, ciencias en lengua española y shuar. Cuando vuelvan a sus jibarias darán nuevo impulso a la civilización. Serán los alcaldes del mañana.

—¡Qué maravilloso! —exclamaba Sor María—. Que Dios bendiga a doña Florencia Astudillo Valdivieso por el regalo de su propiedad de Paute a la misión.

En 1961 fueron muchos los bautizos y los matrimonios cristianos celebrados en la misión. Continuaban llegando de los *anejos* hombres y mujeres para instruirse y bautizarse, contrayendo o reduciendo su matrimonio monógamo e indisoluble.

Encontramos mención de ello en la crónica de las Hermanas. Naturalmente, en la parte masculina debía suceder lo mismo.

«De buena mañana, los Magos (6 de enero) nos traen a la jibarita



Los belicosos Achuaras.

Juana-Marianita que desea instruirse y hacerse cristiana para formar después una buena familia,»

«Viene una jibarita de doce años: Nusinkiuur.»

«Se bautiza Tsamaik (Maria Inés) y sus dos hijos.»

«Viene Pancha (Esperanza) ya bautizada, para instruirse y prepararse al matrimonio.»

«Viene Aniscia (Inés) bautizada en la misión y pasada luego a los protestantes. Quiere instruirse bien y después casarse.»

«Bautismo de Chayuk (María del Carmen) que se quedará aquí para prepararse al sacramento del matrimonio, casarse cristianamente y volver a la jibara con el marido y los hijos.»

«Vienen Tsamaik y Pinchi (10 y 20 años) para hacerse cristianas.»

«Se casan nuestras jibaritas Juanita Chau y Maria Inés.»

«Viene a visitarnos una jibara. Su hija de siete años, Dominga Pujupat, quiere quedarse con nosotras; su madre nos la deja.»

«El director nos trae, del anejo Rosario, a la jibarita Tzapak, de siete años.»

«Un joven jibaro de Saip nos trae a su hermana Atsawit, de dieciséis años, para que la instruyamos y bauticemos.»

«El Nuncio Apostólico, Monseñor Alfredo Bruniera, viene a visitar la misión y bendice seis matrimonios.»

«Viene del *ancejo* Santa Marianita la jibara Maruja, de diecisiete años, para prepararse al bautismo y al matrimonio.»

«Vienen de Saip, Nuisa de diecinueve años y Angel Chumbi, para regularizar el matrimonio.»

«Vienen Virginia y María Teresa Nakaimp para instruirse y prepararse al matrimonio.»

«El Padre Franco nos trae del *ancejo* Corazón de Jesús a la jibara Yatris, de veincinco años, para que la preparemos al bautismo y pueda regularizar su matrimonio.»

«Monseñor Pintado bendice el matrimonio de nuestras jibaritas Teresa Sekut, Delia Chumpi, Maruja Yamak y Rosa Nuisa.»

Quizá el registro parezca largo y, con todo, no está completo.

La noche de Navidad de 1961 estaba la iglesia llena de jibaros y de colonos. Celebraba la misa Monseñor Comin. La función terminó a las tres de la mañana. A continuación se repartió desayuno a quinientos jibaros. El inspector, Padre Pischedda, regaló a cada uno un crucifijo. Muchos hombres recibieron el regalo de una blusa y unos pantalones y muchas mujeres, vestidos para ellas y para sus hijos. Todos volvieron a sus jibarías felices.

Se bendijo la parte nueva del hospital. Las Hermanas prepararon una rifa (de la que se recogieron 1.000 sucres) para ayudar al Padre Formaggio a terminar la construcción.

Llegó, en visita extraordinaria, la superiora generalicia Madre Melchiorrina Biancardi.

Sor María tuvo una ayudante enfermera, Sor Magdalena Rosero; pero en la medida de sus limitadas posibilidades y fuerzas, ella continuaba trabajando y, no sólo en el hospital. La suya era una presencia viva; era la madre que aconseja, que consuela, que da seguridad, estabilidad.

El señor Cosme Cossu escribió: «Tuve muchas oportunidades de hablar de tú a tú con Sor María. Diría que su preparación técnica no sufría mengua, pero su caridad superaba a la de todos los técnicos juntos. Llegó una vez un dirigente americano de origen hebreo, el doctor Lawrence Herrmann, no creyente. Afirmó de Sor María que jamás había conocido un carácter y una bondad como la suya. Al partir fue a despedirse de ella y antes hubiera consentido perder el avión que mancharse sin decirle adiós. El había obtenido el doctorado en la mayor universidad de Estados Unidos; ella, en cambio, no era más que una simple enfermera... Cuántas veces le ocurrió ir a hablar con ella y tener que volver porque la encontraba ocupada, con grandes colas de gente que esperaba; eran hombres con problemas familiares,

mujeres abandonadas por el marido, jovencitas que le exponían sus preocupaciones o las amarguras de una vida errada o con intentos frustrados».

Por espacio de un año entero dos viejos jibaros, marido y mujer, fueron cada sábado a instruirse, mientras su hija, interna, se preparaba al bautismo y al matrimonio. Los dos se sentían un poco cohibidos. Iban desde el *anejo* San José y esperaban pacientes, sentados en los bancos del vestíbulo del hospital, a que Sor María estuviera libre y les dijera a ellos aquellas sencillas palabras de su escaso vocabulario shuar, compuesto, casi exclusivamente, de las verdades esenciales del cristianismo.

Cuando Arus, la hija, y los dos viejecitos estuvieron preparados, las Hermanas y un grupo de jibaritas los acompañaron a San José. Se cantó la misa y, acto seguido, Arus se casó con un jibaro de la misión y sus padres rehicieron el matrimonio. Sor María les había regalado vestidos nuevos para la ceremonia y los acompañaba con sus oraciones.

Jamás fue mera espectadora. Ella colaboró, en 1962, a la institución de la cofradía de los Devotos de María Auxiliadora. El 24 de mayo se inscribieron las colonas de Sucúa. Al domingo siguiente acudieron de los *anejos* cincuenta madres jibaras que se confesaron, comulgaron, recibieron la medalla de los Devotos de María Auxiliadora y fueron después a desahogar su alegría con Sor Troncatti y a contarle todas sus preocupaciones: un niño enfermo, un anciano acatarrado (y ella les daba el frasco para el niño y las pastillas para el anciano), la choza en ruinas, la necesidad de un machete y ella se lo decía al misionero... ¡Pero ya no podía ir a las jibarias!

El Padre Juan Shutka, que era su confesor, sabía cuánto le costaba estar lejos de los que sufrían. Un día le dijo:

—Madre María, ¿le parece que organicemos un curso para enfermeras, con una jibarita de cada *anejo*?

—Me parece muy bien. Yo estoy dispuesta. Pero convendría que sacaran el título.

—Cuando estén suficientemente preparadas las mandaremos a examinarse.

—Magnífico.

—¿Ve, Sor María? Ahora todos los *anejos* tienen su iglesia, su escuela con maestros jibaros, titulados en nuestros centros. ¿Por qué no preparar a las muchachas para que rijan el dispensario en su propio poblado?

—¡Si, sí! ¿Cómo va la federación?

—Estamos preparando los estatutos para obtener el reconocimiento del gobierno.

—¿Cree que serán muchos los jibaros federados?

El Padre Juan sonrió. Se inclinó a la *abuelita* y le dijo al oído:

—Creo que serán más de diez mil.

—¡Qué hermosura! Que Dios le ayude, Padre. Yo rezo.

Y se celebró, *ad experimentum*, el primer curso para enfermeras shuar.

Un día Sor Troncatti se encontró delante a José María.

—¿Pero cómo estás aquí, hijo mío?

—He dejado Bomboiza, ¡no vuelvo más allí!

Tenia el semblante hosco, el alma ofendida. Sor María no preguntó el porqué.

Esperó.

El no era de raza de santos. Alguien le había llamado «jibaro asqueroso». Sor María puso aceite en la llaga. Y obtuvo para él una plaza de maestro en Yaupi.

A las tres semanas, helo de nuevo:

—He rechazado la plaza.

—Pero, hijo...

—No puedo aguantar más tiempo en la selva.

—Por ahora te quedarás ayudándome en la farmacia (algo tenía que hacer). Después ya veremos.

Tuvo noticia de un curso de aeronáutica en la base aérea «Mariscal Sucre» de Quito, donde ella tenía varios conocidos. Lo recomendó a un oficial superior y consiguió que lo inscribieran. Le pagó el viaje y lo mandó con Dios.

«Terminado el curso —dice el señor José María— pude ocupar un puesto en la base aérea de Taura, en la provincia Guayas... Mientras estuve en la "Fuerza Aérea Ecuatoriana" todos mis pasos fueron seguidos y apoyados por mi madrina con muchísimas cartas en las que me daba buenos consejos y ayudas. Me consiguió además una beca de estudio y me mandaron al Canal de Panamá para perfeccionarme.»

El 11 de octubre de 1962 Sucúa organizó una procesión con rosario cantado, por el feliz éxito del Concilio Ecuménico Vaticano II. Participaron también los poblados vecinos. Y Teresa, la muchacha de rostro asiático, casada ahora con Miguel Tankamash, antes de volver al anejo Asunción donde vivía, fue a desahogarse con Sor María:

Miguel es bueno, trabaja con el Padre Shutka en la Federación Shuar, pero estamos tristes. Yo no puedo tener hijos.



Un curso para enfermeras shuar.

—Teresa, hay muchos niños sin madre. Díselo a Miguel. Si queréis uno, yo os lo buscaré.

Un mes más tarde Sucúa católica tuvo una gran satisfacción. El Padre Germán Delgado cantó su primera misa el día de la Inmaculada en la bonita iglesia, orgullo de toda la zona.

Los parientes, amigos y admiradores prepararon una carroza alegórica a su primer conciudadano sacerdote y salesiano.

Raquel, rodeada de sus hijos, rebosaba de alegría. Pero, lo que no olvidó nunca el Padre Germán fue el cuadro que contemplaron sus ojos cuando, vuelto al pueblo, vio abrazadas, en un mar de lágrimas, a su madre y a Madre María. Deponía la una en el corazón de la otra, la inmensa alegría de tener un hijo ministro de Dios.

En aquella iglesia, poco antes, trescientos jíbaros habían recibido la confirmación, desfilando después por la plaza, con los colonos, con motivo de la inauguración de la estatua del Sagrado Corazón de Jesús. Aquellos trescientos jíbaros causaron impresión. Alguien, entre los nuevos venidos de la sierra, no vio hermanos, sino competidores...

Sor María, en cambio, alababa al Señor en lo íntimo del corazón: He aquí el pueblo salvaje convertido en pueblo de Dios. He aquí que entraba como nación santa (*gens santa* 1 Petr. 2, 9) en la Iglesia del Dios viviente, columna y cimiento de la verdad (I Tim. 3, 15).

En las reuniones conciliares de Roma nadie se enteró de esto. Se escribían palabras preciosas: «El fin propio de la actividad misionera es la evangelización y la *plantación de la Iglesia* en los pueblos y grupos humanos en los cuales no ha arraigado todavía». Se describía la *plantación* como inicio y después el nuevo desarrollo o periodo juvenil.¹

En el valle del Upano latía aquella actividad juvenil con una poderosa dinámica. Y una sencilla Hermana anciana que había «regado el palo seco», todos los días a las cuatro de la mañana entraba delante de todos en la iglesia nueva y presentaba a Dios a los jibaros, «nueva cristiandad», y a los blancos, aquellos viejos cristianos que tiempo atrás, a su llegada a la selva, casi se habían perdido a sí mismos para volverse a encontrar, al fin, unidos con las más hondas raíces a Cristo, su verdadero Señor.

Por todos, indistintamente, se elevaba su oración. Y Cosme, que bajaba a las cinco para la meditación, encontraba a la *abuelita* o en adoración ante el altar, arrodillada sobre la fría piedra, o haciendo el *Vía crucis*, sin preocuparse de sus piernas hinchadas, o bien rezando el rosario.

La luz eléctrica se distribuía sólo por la noche. En la iglesia ardía la lámpara del Santísimo. El que quería leer se proveía de una vela. Sor María le preparaba la vela cada mañana al señor Cosme.

Nos dice él mismo: «¿Habré sido quizá un poco predilecto? Pero es que Sor María tenía gran predilección por los jóvenes, especialmente por los coadjutores. No sé por qué, quizá porque era parte interesada, pero me lo decía muchas veces. Su amor preferencial era, sin duda alguna, para los jibaritos, para todos los jibaros en general. ¡Pobre del que hablara mal de ellos en su presencia! Excusaba sus defectos; nos animaba a trabajar sin desalentarnos y por ellos estaba dispuesta a cualquier sacrificio. Sé de algunos que recurrían a ella cuando no tenían dinero y ella no sabía decir que no. A veces me preguntaba: "¿Habré hecho mal? Pero pobrecillo, si consigue ganar algo, me lo devolverá y si no, me traerá algo de maíz (para las gallinas)". Pero la Providencia era generosa con ella. Una vez tuvo que pagar un lote de medicinas a un laboratorio de Guayaquil y se quedó sin dinero. Aquella misma noche... "¡Oh!, decía, parece increíble. He podido pagar; di diez y el Señor me manda ciento». Ella, en su pobreza personal, era severísima. Todo para los demás, nada para sí. En cambio, qué sencilla era y cuánto se alegraba cuando, viniendo

1 *Ad Gentes*, 6.

de la *chacra*, le llevaba una papaya,² o un pez pescado por algún jibaro. Lo que cuenta es el amor, aquí está la conclusión. Eso es lo que hizo Sor María, amar toda su vida. Estaba llena de Dios y lo transparentaba en su hablar, en su obrar y hasta en las más insignificantes acciones».

El 10 de mayo de 1963, por la tarde, Sor María se dirigió a la iglesia. Sor Victoria tocaba el *armonio* en el coro preparando las músicas y los cantos para el triduo y fiesta de Santa María Mazzarello. En el patio, una Hermana adornaba con tules y sedas el cuadro de la santa.

—¿Le gusta, Sor María? —preguntaba la Hermana.

—Sí, sí. ¡Muy bonito! —e hizo ademán de seguir adelante. Pero la otra:

—Espere un minuto, que le cuento un chiste.

Sor Troncatti, complaciente, se paró a escuchar. ¡Parada providencial!

Un estruendo, un estremecimiento. La iglesia se vino abajo.

Leamos la descripción del hecho en una carta escrita el 16 de mayo por la directora, Madre Genzone, a la superiora general:

«... Paso a decirle que el día 10 de mayo por la tarde una fuerte sacudida de terremoto echó a tierra nuestra bonita iglesia dejándonos un montón de ruinas, aunque sin tener que lamentar ninguna desgracia personal. Para mí el milagro más grande es que Sor Victoria Bozza, que estaba en el coro tocando el *armonio*, se haya salvado. Bajó la escalera en dos saltos y salió por la puerta que da al exterior. En aquel preciso momento cayeron las columnas y el techo y hubiera quedado bajo los escombros de haber intentado tomar la puerta por la que ordinariamente pasamos. Igualmente Sor Troncatti; no le cogió en la iglesia porque se entretuvo viendo cómo adornaban el cuadro de Madre Mazzarello para el triduo...».

El salón-teatro de los salesianos se transformó provisionalmente en capilla. Misioneros y misioneras prometieron no desalentarse, ni decaer, ni parar. ¡Con tal de que no se derrumbara la iglesia espiritual, estaban dispuestos a cualquier sacrificio!

Era tiempo de prueba, tiempo de lágrimas. El 17 de agosto se supo, a través de la radio, que Monseñor Comín había muerto. El 18, mientras en Guayaquil se celebraban solemnisimos funerales, en Sucúa se oficiaba el rito fúnebre entre las lágrimas de toda la misión.

Era tiempo de prueba. El 17 de enero de 1964 llegaba a Sucúa,

2 Fruto semejante al melón.

en avioneta, una joven Hermana de la residencia de Méndez. Debía continuar viaje en seguida para Quito. El tiempo era malísimo. La Hermana dudaba: «No, capitán, no partamos»... El piloto, coronel Edmundo Carvajal, tenía interés por llegar a casa; su familia lo esperaba y decidió partir.

La radio, poco después, captaba las últimas señales: «Visibilidad perdida». A las diecinueve: «Avión perdido».

Había caído en el infierno verde. No se pudo encontrar.

Hubo que hacerse el ánimo. Sor Dominga Barale llegó a Sucúa con la caja para la pobre Sor María Martínez, creyendo que los cadáveres los habrían encontrado... Se dijo de todo: que si habrían caído en la laguna negra; que si habrían penetrado en el Perú y los habrían derribado...

Era un año de prueba. El médico del hospital, «después de algunas contrariedades e incomprensiones, llamado urgentemente por sus superiores, parte para Cuenca». Así dice la crónica. Pero partió también el Padre Shutka para hacer justicia a la misión y, especialmente, a Madre María.

Se necesitaría un libro aparte para narrar la labor de Sor Troncatti en el hospital de Sucúa. Un rico señor de Guayaquil, respondiendo a sus ruegos, le regaló todas las camas, con colchones, sábanas y mantas. Pero las necesidades superaban todas las posibilidades. Ella sufría por no poder contentar a todos. Delicada, atenta, respetuosa con los médicos, se volvía intransigente cuando surgía una cuestión de moralidad. Además, cuando veía que se aumentaba el precio de las medicinas o de las prestaciones médico-hospitalarias, se indignaba y, a veces, hasta lloraba...

¡Tiempo de prueba! Tiempo de pena.

Pero era también tiempo de siembra y de construcciones. Se había colocado ya la primera piedra para la reconstrucción de la iglesia. Sor Troncatti empezó a preparar a tres jibaritas para un curso de *Líderes de acción social* y ella misma las acompañó a Quito.

Llegó al hospital el nuevo médico, doctor Raúl Contreras, estableciéndose con su familia en una casa nueva, junto al hospital. La vida volvió a empezar más serena.

Sucúa progresaba a pasos de gigante haciendo la competencia a Macas, capital de la provincia Morona-Santiago. Tenía incluso un autobús, transportado en avión, que hacía el servicio entre Sucúa-Huambi-Huambinimi y Sucúa-Macas.

¿Quién hubiera podido soñar algo semejante?

Teresa y Miguel Tankamash se presentaron a Sor María. Ella le



*... Sor María estaba siempre allí.
Y con ella ¡se estaba tan bien!...*

regaló una ternera y puso en sus manos a un recién nacido: ¡Aquí tenéis a vuestro hijo! Volvieron a su choza del *ancejo* Asunción, felices. El acuerdo con Sor María era éste: si el primer ternero era para ellos, el segundo era para ella, y así siempre...

Madre Genzone terminó su rectorado en Sucúa. Una nueva inspectora, Madre Bonino, estaba a punto de visitar la misión del Oriente.

Y Madre María estaba siempre allí, en aquella habitación que guardaba tantos secretos, que había visto enjugar tantas lágrimas y aliviar tantas penas. Estaba allí, con su rosario en la mano, pronta siempre a decir «sí», «en seguida», «con mucho gusto». Y con ella, ¡se estaba tan bien!...

Sor Maria tenía en sus manos los estatutos de la *Federación provincial de centros shuaras* y repasaba sus páginas (unas treinta) con visible satisfacción.

Habían sido aprobados por el gobierno, a través del Ministerio de Previsión Social y de Trabajo, el 22 de octubre de 1964.

Los centros federados eran 69 con 13.040 socios.

A Sor María le pareció hermoso. Tomó en sus manos el rosario y empezó a rezar. Había observado en el rostro del Padre Juan una sombra.

Llegó a Sucúa el jefe provincial del Registro Civil y organizó un curso para enseñar a registrar, centro por centro, a toda la gente jibara del Morona-Santiago. Nombró dieciséis auxiliares para la Oficina de Registro entre los jóvenes salidos de la escuela de la misión, dando así un arranque definitivo a la sistematización civil de la selva.

El Padre Juan Shutka era el asesor eclesiástico y también el director de la misión. Pero su celo por la creación de la federación jibara lo hizo odioso a más de un colono. Y, a veces, la cruz pesaba...

En fin, no era solamente la defensa a ultranza de los jibaros por parte de la misión la que envenenaba las relaciones. También en aquel apartado punto del globo penetraban ideas subversivas. Se trataba de pocos elementos; pero hacían mucho ruido. Ninguno, a pesar de todo, se hubiera atrevido a tocar con la punta del dedo a Madre María.

Había uno, sí, que la hacía sufrir. Era precisamente un jibaro: José María.

Se había casado civilmente en Guayaquil, con una blanca. Después se estableció en Quito y, despertado el atavismo poligámico, estaba para casarse con otra joven, cuando la mujer se presentó con el acta matrimonial. José María fue encerrado en la cárcel.

Tenía razón Sor Troncatti: «El bien que hacemos fructificará a última hora»... Pero, apenas lo supo, partió para Quito. Tenía que

hablar también con la inspectora, Madre Bonino, para pedirle aumento de personal para el hospital y para la casa.

José se mostró arrepentido. Tanto hizo y habló ella, que fue puesto en libertad. Confesó a Sor María que su matrimonio era sólo civil y que ahora, arrepentidísimo, deseaba casarse por la iglesia.

—Bien, hijo mío. Dios es grande e inmensamente misericordioso. Te perdonará. Pero tú ponte en amistad con El.

—Madrina, yo no tengo a nadie. ¿Vendrás a Guayaquil para mi boda?

Fue. Y preparó la boda en la capilla de la «Beneficencia». Pero, cuando ya los esposos entraban en la iglesia, le vino una duda. Llamó a la directora y le dijo:

—Puede ser que la señora Luisa no lo sepa. Digale que José María es jibaro.

Luisa respondió:

—Lo sé. Le amo. Me caso con él.

Terminada la ceremonia se arrojó en brazos de Madre María y empezó también ella a llamarla madrina.

Sor Troncatti volvió a Sucúa sin tenerlas todas consigo. Sentía lo mismo que sienten las madres cuando un hijo va por caminos torcidos.

Por la crónica sabemos únicamente que «estaba satisfecha. Todo bien. Gratitud al Señor».

Aquellos días escribió a su hermana Catalina. El episodio apenas concluido debía pesar en su corazón porque encontramos en dicha carta un desahogo del alma: «... Vienen los jibaros a visitarme y a contarme sus preocupaciones. A veces dan un poco de consuelo; parece que son buenos. Otras veces me entristezco; los veo siempre salvajes. Pero me hago esta reflexión: nosotros, que hemos crecido en una familia tan católica desde la infancia, tenemos desgraciadamente nuestras caídas; en cambio, estos pobrecitos no han conocido al Señor, ni han oído hablar nunca de religión, ni de sacramentos... A fuerza de repetir algo queda, con la gracia de Dios; pero se necesita tiempo y habrán de pasar varias generaciones. Hacen falta muchas oraciones, muchos sacrificios. Ya están civilizados. Casi todos saben leer y escribir, pero esto no basta. Esperamos que, después de algunas generaciones, conocerán bien los deberes de un buen cristiano».

Hacia poco que había enviado a Catalina una fotografía con esta dedicatoria: «Cada día estoy más contenta de ser misionera». Nada, pues, la desalentaba.

Cuando llegó, Sor Carlota la esperaba afligidísima:

—¿Qué ocurre, Sor Carlota?

—¿Recuerda a Hugo Prado?

—¡El «gringo»!

—Ha dejado morir de hambre a su mujer.

—Que no era su mujer.

—Sí, Madre Maria. El Señor me ha concedido la gracia de ayudarlo a ponerse en regla con El, pero después no ha sido fiel. Y la pobre mujer ha muerto suplicando al perverso marido (que ya convivía con otra) que me trajera su hija a mí. Yo la he criado y...

—¡Ah, sí, ya recuerdo, Mercedes, ya mayorcita, que está interna en Macas.

—No, ya no está interna. La han expulsado. Ahora vive con la madrastra que la muele a palos.

—No sufras, Sor Carlota. Esto corre de mi cuenta. La traeremos aquí.

Mercedes Prado pasó al internado de Sucúa. Siempre que veía a Madre Maria se transfiguraba. Cuando la veía marchar perdía la sonrisa. ¡Y no sólo ella!

Sor Troncatti realizó varios viajes entre 1966 y 1969 (el último). Iba a Quito a hacer los ejercicios espirituales. Pero ella (y con ella otras misioneras del Oriente) tomaba el avión sólo hasta Pastaza y de allí, en una desvencijada diligencia, con siete u ocho horas de viaje, llegaba a la capital.

El día 6 de agosto de 1966, apenas terminados los ejercicios, escribió a casa. Escribía también Sor Rodondi, que había tenido noticia de la muerte de una hermana:

«... Como ves, Catalina, te escribo desde la capital del Ecuador, donde estoy con nuestra prima Sor Catalina. Hablamos de todos vosotros. Ella llora mucho al recordar a su hermana. Pero, ¿que se va a hacer? Tenemos que resignarnos y pronunciar el *fiat* que repetía nuestra querida madre...»

La fuerza de Sor Troncatti estaba toda ahí: «*Fiat*, Señor; como Tú quieras. Tú sabes que te amo».

En 1967 volvió a Quito. La superiora generalicia, Madre Melchiorrina Biancardi, reunía a todas las directoras y delegadas para las respuestas a los cuestionarios en preparación al Capítulo General extraordinario. Cuando Madre Melchiorrina vio juntas a Sor Troncatti y Sor Barale y les oyó hablar de los principios de la misión del Oriente ecuatoriano, dijo: «No se pueden perder estas memorias». Y las mandó a la «Beneficencia», a Guayaquil, donde Sor Dominga era directora, para que relataran por escrito su primer viaje. Así lo hicie-

ron: contaban, reían, lloraban. Sor Mercedes Pesantes escribía a máquina. He aquí por qué conocemos con certeza el pasado.

El Padre Juan peregrinaba de centro en centro, durmiendo a veces bajo el pobre cobertizo de algún poblado en formación, o en las chozas de los jibaros, ansioso de llevar a todos a Cristo. Se preguntaba cómo había sido posible reunir a todos los federados e inundar la floresta de Evangelio.

Cuando Sor María le veía montar a caballo y tomar el camino de la selva, le hacía volver atrás:

—Baje, Padre. Tengo que ver si la silla está bien, si lleva manta para la noche y camisa para cambiarse cuando llueve. Quiero saber qué ha cogido para no morir de hambre. Quiero asegurarme de que no le falta nada, ningún medicamento para el botiquín de los *anejos*.

Eran cosas que, para uno como él que había arriesgado su vida, al salir de Checoslovaquia, que vivía lejos de los suyos sin tener más que pocas y fragmentarias noticias, dejaban huella en el alma y ayudaban a caminar, a construir.

Los *anejos* o fracciones ya eran ocho: Asunción, Santa Marianita, Santa Teresita, Sagrado Corazón, Madre Mazzarello, Domingo Savio, Yampas, Yakutais. Para cada uno Sor María había preparado un botiquín con lo indispensable para las primeras y más sencillas curas, escribiendo en los frascos la explicación y el modo de usarlo. Los ponía de vez en cuando, según la necesidad.

Al Padre Juan le vino la idea de crear la *Radio Federación Sucúa*: una emisora que llegase, por medio de aparatos receptores de pilas, a toda la selva. Y surgió, por consiguiente, la necesidad de un edificio separado del complejo de la misión, que fuese propiedad de la federación. No tenía medios, pero sí muchos amigos y la simpatía activa del gobierno.

Empezó con poco, con tentativas. Hizo trabajar a las misioneras. Sor Victoria ensayó los cantos y, con seis jibaritas más dotadas, fueron a Riobamba, donde había instrumentos apropiados, para grabar programas radiofónicos en lengua shuar, trozos de Evangelio, consejos varios...

Con los buenos resultados de esta experiencia, escribió al Padre Franco, entonces en Italia, para que interesara en este asunto a los jóvenes de la «Operación Mato Grosso». Y recibió el «sí».

El 16 de junio de 1968 entraba el equipo italiano en la selva y, en cuatro meses, construía la sede de la Federación Shuar: un edificio que es el más hermoso de toda Sucúa.

Aquellos jóvenes y aquellas señoritas aprendieron pronto el camino que conducía a la *abuelita*.

—Abuelita, me he machacado un dedo con el martillo...

—Abuelita, tengo fiebre...

—Abuelita, tengo disentería...

Tenían enfermera, tenían medicinas, pero iban a Sor Troncatti con una confianza de la que ellos eran los primeros en sorprenderse.

Debió impresionarles tanto aquella anciana religiosa, que le ofrecieron el viaje gratuito, de ida y vuelta, hasta Corteno para ver a su familia.

—Abuelita, la dejaremos delante de la puerta de su casa.

Ella sonrió, los miró fijamente y respondió:

—Cuando uno se da, se da para siempre.

—¡Abuelita!...

—Me despedí para siempre...

He aquí la autenticidad. ¡Aquella Hermana era auténtica! ¡Se había dado por entero!

Los jóvenes se quedaron sin palabra. Después uno le dijo:

—Yo soy de aquella parte. Déme una carta y se la llevaré a su familia.

—¿De veras?

—Se lo prometo.

—Gracias. ¡Qué buenos sois!

Y Sor María escribió la carta.

De aquellos jóvenes, de su «operación» se ha hablado mucho y bien. Pero quizá nadie ha hablado con tanto corazón como Sor Troncatti:

«Hospital Pío XII, Sucúa, 20 octubre 1968.

Mi siempre recordada Catalina: Ciertamente será para ti una sorpresa recibir esta carta de manos de un joven tan bueno y atento. Este joven es uno de los misioneros voluntarios. Han venido cuatro meses a trabajar, precisamente a nuestra misión de Sucúa. Nada más llegar vinieron a saludarme. Son 23. Dieciséis jóvenes, seis señoritas y dos sacerdotes. El señor Guido Visini es el portador de esta carta. Se ha ofrecido a llevárosela y os dará noticias mías. Ha causado gran admiración ver cómo trabajan. Los hombres han construido una gran casa, la Federación, donde han puesto la radio transmisora para comunicar con todo el Ecuador, y muchas otras cosas para los salvajes, para conseguir atraerlos a la doctrina, prepararlos al matrimonio, etc. Este era nuestro deseo y el de todos los misioneros; pero no se podía

realizar por falta de dinero. El Señor ha provisto casi milagrosamente. Llegaron estos buenos jóvenes italianos, con su dinero propio y su persona. ¡Pobrecitos! Ahora están agotados y vuelven a Italia dejándonos con mucha pena. Han trabajado mucho. Una de las señoritas es enfermera. Ha traído muchas medicinas y ha curado a mucha pobre gente. Vestían a muchos pobres, especialmente a los niños. Visitaban a las familias en sus chozas, después les hacían la comida. Ahora la mayoría vuelven a Italia. Se queda un sacerdote salesiano que ya estuvo aquí anteriormente y otros cuatro jóvenes hasta Navidad, para terminar algunas cosas. El joven Guido Visini es de Tirano y conoce Aprica y Corteno. Se ha ofrecido a ir a verte, Catalina, y quería, no sólo llevarte la carta, sino llevarme a mí. Me decía: "Sor María, nosotros le pagamos el viaje entre todos y la llevamos a su casa; verá qué contentos se ponen los suyos". Les he dado las gracias por su generosidad, pero estoy ya muy vieja. En el cielo estaremos cerca y allí gozaremos por toda la eternidad, si Dios quiere. Catalina, gracias por tu última carta recibida hace dos días y por todas las noticias que me das. Por todos una intención. El Señor proveerá... También a mí me ha escrito el párroco invitándome a las fiestas del Ilustrísimo Monseñor Biachi. Le he dado las gracias al señor arcipreste; tú, personalmente dáselas de mi parte, etc.»

La vida reempeñó su ritmo, pero la construcción de la sede de la Federación Shuar era demasiado hermosa, demasiado vistosa, para que no suscitara en alguien un poquitin de envidia. Quien no había vivido los tiempos difíciles de la primera hora, cuando todo lo daba el misionero: remedios, medicinas, las primeras cabezas de ganado, carreteras, escuelas, gritaba: «¡Abajo los curas!».

Sor María sufría como si le dieran una puñalada en el corazón. Y, quizá, llegó a desear la muerte.

Uno de los cuatro italianos que se quedaron a terminar los trabajos la invitó a dar un paseo en coche.

—No sale nunca, *abuelita*.

—Voy a pedir permiso y vengo. Gracias. Pero lo primero de todo, lléveme al cementerio. Hace mucho tiempo que no lo he visto. Y yo quiero quedarme en la selva...

La directora, Sor Margarita Haro, le dio el permiso muy gustosa. Contaba después: «Era obedientísima. Decía siempre: "Como usted diga. Si a usted le parece así, así se hace". Y alegremente. Cuando ya no podía trabajar, asistía a todas las misas que se celebraban en la

iglesia reconstruida. Madre Genzone le había dado permiso para comer en el hospital a mediodía porque con sus piernas hinchadas le costaba subir las escaleras del comedor. Era mortificadísima. Se contentaba con una taza de leche y si la chica encargada de la cocina le llevaba algo más, bien; si no, callaba; no quería molestar. Rezaba muchísimo».

Cuando la directora tenía alguna dificultad iba a buscar a Sor María que, oído de qué se trataba, le decía: «No se preocupe. Voy a rezar. Todo se arreglará».

Sor Margarita Haro termina así: «Viví con ella una vida de cielo».

Un día, al caer de la tarde, Sor Victoria que estaba entusiasmada aprendiendo a conducir, viendo que no llegaban ni el Padre ni el coadjutor para llevar el camión y trasladar a las jibaritas de una lejana *chacra*, a casa, subió a la cabina y lo puso en marcha.

La carretera era un simple trazado con prados y campos a diestra y a siniestra, con lodazales y surcos profundos. El camión la enfiló bastante bien. Pero las ruedas de la derecha se hundieron de pronto en uno de aquellos surcos llenos de agua, hechos por el tractor, y salieron de la pista. Sor Victoria, asustada, detuvo la marcha cuando ya el camión estaba de morros en la hierba y con las ruedas traseras en alto.

No sabía qué hacer. Decirlo. ¿A quién? Corrió donde Sor María.

—¡Ay lo que he hecho!

—¿Qué ha hecho?

—El camión... (Y le explicó.)

—Eso no es nada. A otros más expertos que usted les pasan cosas peores. No sufra. Tome una pepsi-cola. La guardaba precisamente para usted. Y esta noche duerma, porque el camión no se escapa. Pero antes, dígame, ¿es verdad que gritan «Abajo los curas»?

—¡Por desgracia, Sor María!

La Federación Shuar celebró la asamblea general anual (la sexta) con ocasión de la inauguración de la sede.

La estación emisora, después de una cascada de notas festivas, comunicó su celebración y los jibaros, en sus cabañas, recibieron la invitación y acudieron.

Sucúa quedó invadida por los habitantes de la selva. Muchos iban por vez primera. El Padre Juan, liberado del cargo de director, se consagró exclusivamente a la Federación. Y con él trabajaba, especialmente para las transmisiones radiofónicas, otro checoslovaco, el Padre Mateo Krovina.

El 14 de julio terminaría el periodo de prueba establecido en el

contrato para las reservas shuar. Mucha gente pensaba que los jibaros no serían capaces aún; que haría falta otro periodo de prueba. En mayo, la cuestión estaba ya sobre el tapete. Los periódicos de la capital publicaron artículos tendenciosos y alarmantes, diciendo que los blancos quitaban las tierras a los shuar.

En mayo y junio llegaron a Sucúa los representantes del gobierno y presenciaron dos reuniones organizadas por los senadores y los diputados de la provincia Morona-Santiago, de las cuales resultó la efectiva y excelente preparación de los dirigentes de la Federación, tanto central como de la periferia. El presidente, Miguel Tankamasch, combatió las acusaciones con argumentaciones serias, inteligentes, irrefutables. La conclusión fue que los shuar no tenían ya necesidad de tutores en su casa y que podían administrar sus tierras, cosa que ya hacían en un provechoso cooperativismo.

Las autoridades procedentes de la capital se quedaron estupefactas y admiradas. ¡Qué fuerza poseía Oriente! Y todos aquellos hombres eran ecuatorianos; era una reserva humana para el mañana. Pero sin los misioneros hubieran podido ser o convertirse en una terrible avalancha.

Fue, muy probablemente, al ver aquel progreso y, no pudiendo hacer nada contra los shuar, que alguien, en Sucúa, decidió tomarla con los representantes legales, hasta aquel momento los misioneros.

Se escribió: «Sucúa es el crisol en el que ha tenido principio la fusión de dos razas enemigas, los jibaros, indígenas de la región, y los colonos blancos procedentes de la meseta. Recientemente (se entiende los primeros meses de 1969) nuevas fricciones han sido originadas por la avidez de los colonos... Los misioneros, naturalmente, se han puesto del lado de los más débiles. De aquí las iras de algún blanco».¹

Se ha de subrayar, por justicia, que las iras fueron de «algún blanco». No se puede decir de toda Sucúa. Además —es el Padre Juan quien lo dice— la selva es tan vasta que hay tierra para todos. Y si el jibaro ha aprendido a trabajar por cuenta propia en su casa, ¿quién se lo puede impedir?

Desgraciadamente, aquellos de los que habla el articulista (Padre Angel Botta) estaban precisamente furibundos ante la manifestación del apretado contingente humano-shuar que desfilara por las calles aquella mañana.

El nuevo director, Padre Gabrielli, contemplaba a su vez aquel desfile y le parecía ver, al rumor de aquellos pasos, a los primeros

¹ *Bollettino Salesiano*, n. 19, 1969.

sembradores, a los misioneros que habían partido ya a la Casa del Padre. ¡Cuánto trabajo, Dios mío!)

Estaba también el representante del grupo Achuara, el padre de Paulina, que había ido para conocer a Madre María.

Fue Sor Carlota Nieto —que hacía algunos meses que había vuelto a Sucúa— la que lo acompañó a la entrada del hospital.

—¿Tú madrina de mi hija?

—Sí, gran *unt*. Bienvenido. ¿Cómo está Paulina? ¿Y tu mujer? ¿Y todos los de tu jibaria? ¿Puedo hacer algo por ti?

El hombre la miraba encantado. Ella le regaló pañuelos de colores, un corte de tela para la mujer y otro para su hija, algunos espejos, peines...

—¡Qué preciosidad! ¡Que maravilla! «Yo volviendo jibaria diciéndolo lo que he visto. Precioso, precioso...».

Por aquellos días una joven colona, la señora Flora González, fue al hospital y preguntó por Madre María. Cuando la vio le dijo:

—Mi padre está mal, pero no quiere que nadie lo cure si no es usted.

Era mediodía. Sor Troncatti no dijo: «Después ire». O: «Tengo las piernas hinchadas y no puedo casi andar». Dijo, en cambio, «Vamos». Y, preparada la maletita médica, según las indicaciones recibidas sobre la enfermedad, partió con la joven colona.

En la plaza estaba el coche. Le costó un poco subir, pero, una vez sentada, volvió sonriente la mirada a los pocos viajeros y saludó efusivamente, con su acostumbrado afecto, a todos, incluido el conductor.

En Huambi bajó, ayudada también por Flora, y se dirigió a la casa donde era esperada.

El viejecito, apenas la vio, le dijo:

—Sólo usted puede curarme. ¡Nadie más!

—Demos gracias a Dios y a María Auxiliadora. ¡Animo! Ahora le pondré una inyección intravenosa de suero fisiológico-isotónico y otra intramuscular para reanimar el corazón. ¿Va bien?

—¡Madre María, ya me siento mejor!...

A los quince días, subía el viejecito al coche para ir a Sucúa a dar las gracias a su «médica», bastante más vieja que él. Sor Troncatti había cumplido los ochenta y seis años.

Se había puesto, con serenidad y alegría, el nuevo hábito religioso establecido en 1968.

El año escolar estaba a punto de terminar. Los exámenes estaban a la vista. El Padre Juan había anunciado una semana de estudio so-

bre el «Cooperativismo Agrícola» que tendría lugar del 29 de junio al 4 de julio.

Llegaron dos comisarios del Ministerio de Instrucción Pública para los exámenes finales y empezó la «semana» del Padre Juan. Estaban presentes, además de los participantes de los *anejos* vecinos, tres delegados de otros centros que fueron huéspedes de la misión. Igualmente los dos comisarios.

En Sucúa flotaba en el aire el descontento. Algunos agitadores azuzaban los ánimos de los colonos contra los Padres. Algunos mozalbetes merodeaban por los alrededores de la misión profiriendo insultos.

Madre Maria veía al Padre Juan muy desanimado. Le decía: «No, Padre, que la obra que usted hace es obra de Dios. Animo, continúe. Nosotras le ayudaremos». Y rezaba sin parar.

El 4 de julio el Padre Gabrielli reunió, como solía hacerse al terminar el año escolar, a los padres y madres de familia, a los profesores, a las autoridades locales y a los dos comisarios. Se encontró ante un número de oyentes jamás visto.

Empezó dando relación de los estudios, de los éxitos conseguidos en los exámenes. Como salesiano y como párroco hizo algunas recomendaciones para que los niños y las niñas no estuvieran abandonados a sí mismos durante las vacaciones.

Un pensamiento le angustiaba: la crítica situación que desembocaba ya en injurias, especialmente contra el Padre Juan, ¿no reclamaría una palabra suya?

Cuando quiso darse cuenta ya estaba hablando del asunto. Se oyó a sí mismo decir: «... Soy párroco de unos y otros... Y, ¿por qué, hermanos, tener envidia de los jíbaros?... Las personas de conciencia recta saben decir todo el bien que ha hecho el Padre Juan. Porque es una palabra que no debe aplicarse a ninguna criatura pero, si se pudiera, diría que tendríamos que "adorar" al Padre Juan»...

Tenía un nudo en la garganta. El silencio era sepulcral.

Hacia las veintitrés todos se retiraron.

Dos muchachos, al atravesar el patio, oyeron que alguien decía cerca del *jeep* de la misión: «Esto arderá esta noche». Pero no hicieron mucho caso. Creyeron que se trataba de una de las acostumbradas fanfarronadas. Y es que por aquellos días se decían y se hacían verdaderas arrogancias.

Pronto quedó todo sumido en la oscuridad y el silencio. Los jíbaros internos habían subido a su dormitorio, situado encima de la escuela, con su asistente, señor Cosme y con el Padre Domingo Bottasso.

Los misioneros se habían retirado a sus habitaciones, en el primer



Sucúa — La casa incendiada el 5 de julio de 1969.

piso de la casa de madera. En la planta baja dormían los huéspedes. La primera habitación la ocupaban los delegados Luis Jurado Flores y Francisco Peña.

A medianoche Luis Jurado se despertó con la luz de una linterna que en seguida se apagó. Pensó que sería uno de los misioneros que hacía un giro de inspección. Pero no estaba tranquilo. Esperó unos minutos, aguzó el oído y después despertó a Francisco Peña.

—¿Qué pasa? —preguntó aquél.

—¿Podrías decirme qué hora es?

Francisco miró el reloj fosforescente.

—Son las dos menos veinte.

—¿No has oído nada?

—No.

Los tres jibaros dormían en el salón-teatro. Vieron también ellos un rayo de luz que inspeccionó, despacio, la sala. Y vislumbraron un hombre alto y delgado, con su casaca, que se retiró apagando la linterna.

¿Estaba solo el hombre, alto y delgado? ¡Quién lo sabe! Probablemente a aquella hora, la única escalera que conducía al piso superior estaba rociada ya de gasolina. Y parece, que también toda la casa, alrededor de sus paredes exteriores.

Los dos blancos y los tres jibaros vieron arder de pronto la escalera como una antorcha. Saltaron de la cama y corrieron fuera gritando: «¡Fuego, fuego!»

La casa entera, en un abrir y cerrar de ojos, ardió desde la base: archivos, despachos, biblioteca, ochenta aparatos de radio de pilas, un aparato transmisor, el teatro, el depósito de viveres, el garaje, todo fue invadido por las llamas.

El Padre Juan, el Padre Gabrielli y un coadjutor, que dormían en el primer piso, se despertaron al crujido de las llamas. Corrieron al balcón gritando: «Poned una escalera».

No se encontraban escaleras. Y las llamas ya los rozaban. El pavimento abrasaba, daba chasquidos.

El Padre Juan se dio cuenta de que faltaba el Padre Krovina que dormía en el segundo piso. Corrió dentro, derribó la puerta de la habitación, lo cogió por los hombros y lo sacó fuera. El pobrecito no acertaba a explicarse lo que estaba sucediendo.

El Padre Gabrielli exclamó: «O nos tiramos abajo o morimos». Saltó la baranda del balcón, apoyó los pies descalzos sobre una puerta de hierro de la planta baja que se había abierto, se dejó caer a tierra y corrió a tocar las campanas. Los demás, entretanto, lo imitaban saltando en el vacío.

Sor Carlota se despertó al volteo de las campanas. Se dijo: «¿Ya es la hora del Ave María?» Abrió los ojos. ¡Dios mío!, exclamó. El cielo estaba todo rojo. Corrió a la ventana. Vio acudir gente de las casas vecinas, oyó crepitar las llamas, los gritos y un alboroto confuso.

Se acercó al lecho de Sor Troncatti:

—Parece que haya fuego en la casa de los Padres.

—¡Corre, corre a ver, Sor Carlota! Yo me levanto en seguida.

—No, usted no se mueva.

Sor Carlota salió inmeditamente. Y Sor María se vistió lo más aprisa que pudo. La otra volvió a decirle, llorando:

—La casa de los Padres está ardiendo como una antorcha...

—¿Y ellos?

—Están todos ilesos.

—Ven, Sor Carlota, vayamos a la iglesia a dar gracias a Dios que no ha permitido que hubiera víctimas... Vamos a pedir perdón para los que han hecho tanto daño.

Cuando Sor María vio, desde la sacristía, a los salesianos en

pijama, descalzos, comenzó a sollozar. Después, pronta y decidida como siempre, dijo:

En el hospital está vacía la sala de los hombres. Vamos a preparar las camas; busquemos algo para vestir a los misioneros...

Algunos de aquellos hombres que la noche anterior se habían ido a casa enojados, acudían llevando pantalones, chaquetas, zapatos. Y cuando los padres llegaron al hospital, encontraron a punto una taza de café y el rostro materno de Sor María que infundía valor.

La gente en la plazoleta miraba con horror el fuego que lamía las últimas ruinas, después de haberlo devorado todo. Hasta los cristales de la iglesia, cercana a la casa, se rompieron a causa del fortísimo calor.

Un colono, cuando se dirigía corriendo a la misión, vio a un tu-nante escondido entre unos naranjos y le gritó:

—¡Vamos, corre! ¿Qué haces ahí?

—Estoy viendo cómo se asan los curas —respondió y desapareció.

Desde las colinas circundantes los jíbaros vieron las llamas. Y resonó el *tantán*.

El día 5 de madrugada, como todos los sábados, se cantó el «rosario de la aurora». Y muchos vieron llorar a Sor María, mientras desgranaba las cuentas una a una.

Durante la misa, el rezo del *Pater noster*, las voces claras y firmes del ministro y de toda la asamblea dijeron: «... perdónalos como nosotros los perdonamos». Aquel incendio que hubiera podido reducirlos a ceniza, no consiguió remover el amor de aquellos heroicos misioneros.

El Padre Juan caminaba con paso cansado hacia la federación. Las llaves para abrir el edificio estaban bajo el montón de cenizas de la que había sido casa de la misión.

Delante del hospital encontró a Sor Imelda.

—Padre —le dijo, hemos descubierto que alguien ha intentado robar esta noche en el hospital. La última ventana del ala izquierda tiene los cristales rotos y la sala está revuelta.

—¿Lo sabe Sor María?

—Sí.

—No tendríais que habérselo dicho. ¿Falta algo?

—Parece que no. Quizá los ladrones huyeron al oír las campanas, el fuego...

—¡Cuánta tristeza en el corazón del Padre Juan! ¿Había relación entre los dos hechos? ¿Habían intentado entrar para robar o por desprecio?

Delante de la puerta de la Federación Shuar encontró unos veinte jibaros armados de fusiles y machetes. Estaban allí, esperándolo, desde las primeras luces del alba. Habló uno por todos:

—Padre, ¡empezamos!

El aspecto de sus rostros era terrible.

El Padre Shutka miró en derredor. La calle estaba desierta. Por el momento esperaba no ver sangre.

—Entrad, hablemos —les dijo.

Forzaron la cerradura y entraron.

—Esperad. Primero tengo que hacer la transmisión de la mañana.

Los jibaros se sentaron, con el machete sobre las rodillas.

El subió la escalera pesadamente. ¿Qué iba a decir a toda la selva, al Ecuador?

La acostumbrada onda musical esparció sobre el océano verde el usual saludo mañanero, con la voz de siempre. Después: «Amigos radioescuchas... Esta noche un incendio ha destruido la casa de la misión de Sucúa. No hay que deplorar víctimas».

Puede ser que el *tantán* dijera algo más. Desde hacía tiempo se gritaba: «¡Abajo el Padre Juan, abajo la Federación!» Y se atacaba a Miguel Tankamasch, poniendo a dura prueba su paciencia... Suerte que no estaba. Había ido a Yaupi. Y Sor María, antes de que partiera, le había hecho las últimas recomendaciones... «Protégete, Miguel. Yo rezaré por ti»...

El Padre Juan volvió a la sala de las reuniones.

—¡Nosotros haremos justicia! —decían los jibaros—. No saben los blancos de qué son capaces los «cortadores de cabezas!» ¿No se acuerdan de lo que pasó en Sevilla del Oro? Nosotros no necesitamos ni fuego ni carabina; pero mañana ¡no quedará uno vivo en Sucúa!

—No hermanos. No es esto lo que os hemos enseñado.

Dos horas largas necesitó el Padre Juan para calmar la sed de sangre de aquellos hombres inclinados a la venganza; aquella venganza que fluía de lo profundo de su ser, cultivada por miles de generaciones como una virtud.

A sus exhortaciones evangélicas respondían ellos:

—Pero, Padre, ¿esperas entonces, a que te maten?

—Hermanos, nuestra vida no es vida de venganza, sino de trabajo. Son fuertes únicamente los que saben dominarse. Vendrán días mejores...

Al fin callaron, pensativos. Uno se levantó, recogió el mudo sentimiento de los demás y dijo:

—Está bien. Dejémoslo estar. Pero si te pasa algo a ti o a los



Miguel Tankamasch, Teresa y el niño adoptado.

demás misioneros, no te obedeceremos más. ¡Haremos lo que sólo nosotros sabemos!

La gente de Sucúa los vio alejarse... Pero alguien dijo: «El Padre Juan ha armado a los jibaros».

Todos los transmisores del Ecuador habían recibido y retransmitido la noticia. La radio preguntaba por la cadena de la misión: «¿Cómo ha sido?»...

Al día siguiente, domingo, acudieron muchísimos jibaros a misa y a ver también a sus hijos internos. Contemplando las cenizas suspiraban. Algunos llevaban un tronco para ayudar a los Padres a reconstruir la casa. En todos ardía la indignación, la ira, la sed de venganza.

Naturalmente iban a saludar a Madre María. Y ella intentaba calmarlos, razonarlos.

—Hijos, ¡perdonad!

Le respondían:

—Madrecita, nosotros te queremos mucho. Pero tú no te entrometas: ¡ésta es nuestra partida de caza!

La vieron llorar.

El odio, después de tanto trabajo, después de tanta dedicación, ¿aniquilaría los corazones más aún que la casa destruida? Quizá. Pero, en aquella hora, entre Sor María que corrió a arrodillarse ante el altar; entre el Padre Juan que suplicaba perdón para los incendiarios; entre el Padre Gabrielli que, rodeado de colonos y jibaritos, retiraba los escombros y cenizas, renacía el amor.

Y el amor, ¿de qué no es capaz?

Hecha un mar de lágrimas, Sor María le decía a su Señor: «¡Si hace falta una víctima, tómame a mí!»

Alguien escribió, naturalmente, con sentido realístico: «Sor Troncatti, con su sacrificio y sus oraciones, no resolverá el problema de Sucúa». Pero por encima de nuestro realismo está la gracia, la fuerza omnipresente del amor.

La selva rugía, pero en todas las misiones del Oriente los misioneros no usaban más que palabras de perdón y de amor.

De la capital partió un avión cargado de soldados para Sucúa. La gente sintió aumentar el miedo. ¿Se hallaban ahora entre dos fuegos? La noche que siguió al incendio ningún colono durmió en su casa. Se fueron a las plantaciones por lo que pudiera ocurrir. Pero no ocurrió nada, a pesar de que, hasta los Achuaras, habían mandado a decir: «Estamos a punto. No tenéis más que hacernos una señal».

No ocurrió nada. Y aquélla fue la prueba de que el cristianismo

había echado profundas raíces en el pueblo shuar. No habían hecho falta muchas generaciones.

El oficial de las fuerzas armadas de Quito preguntó al Padre Gabrielli qué podían hacer en defensa de la misión. Y el Padre Gabrielli fue al hospital a consultar al Padre Juan:

—¿Qué pedimos?

—Ve a decirles que se vayan cuanto antes. El único favor que pueden hacernos es ése.

Ninguno buscó a los incendiarios. Los jibaritos internos volvieron a sus jibarias por vacaciones. Sus padres y parientes estaban calmados gracias a las palabras de Samiki, el marido de Marianita: «Que ninguno haga nada. Esta será la prueba de que amamos de veras a los Padres».

Eran ideas que estremecían y resquebrajaban columnas milenarias. Y brillaba vigorosa la luz que desciende de la cruz.

Sor María sufrió muchísimo. Amaba a los unos y a los otros. Y ahora decía con amargura: «¿Por qué se quiere desposeer a los jibaros hasta del terreno donde tienen su pobre choza? Y a las colonas que iban a verla: «¡Cuidado con tocar a un sacerdote! ¡No sabéis lo que puede ocurrir!»

Los Padres tenían los nervios destrozados. Llegó, entre los primeros, el inspector salesiano, Padre Botta, quien, dándose cuenta del desastre, regresó en busca de ayudas. Llevó consigo al señor Cosme Cossu, el más afectado. Había sido apresado, meses antes, por un vil pretexto: Como asistente de los jibaritos, era por eso mismo objeto de ojeriza para alguno. Sor María, que lo amaba como a un hijo, fue a la improvisada prisión y obtuvo poder llevarle una colchoneta y la comida caliente que ella misma le preparaba.

El inspector invitó también al Padre Shutka y al Padre Gabrielli para que fueran a restablecerse fuera de la selva, a Manta, ciudad marítima. Los dos se lo agradecieron (¡Dios sabe cuánto lo necesitaban!), pero esperaron hasta el 5 de agosto para presenciar aquel día, en Macas, la ordenación sacerdotal de dos jóvenes salesianos.

Iban llegando, entretanto, los Hermanos y las Hermanas de las misiones vecinas con mantas, ropas y víveres. Muchos bienhechores, cooperadores y ex alumnos de todos los puntos del Ecuador mandaban ayudas y expresiones de consuelo. Sor María seguía llorando y con ella, naturalmente, Sor Carlota.

Se sentían heridas por dos amores. Para ellas no había habido nunca enemigos; nunca dos pueblos, sino sólo hijos para amar y servir.

Decía Sor Troncatti a Teresa Tankamasch:

—¿Qué pretenden hacer? ¿Partir en dos mi pobre corazón? Pues bien, aquí lo tienen, si hace falta una víctima, estoy dispuesta.

A primeros de agosto llegaron en avión, a Sucúa, los dos ordenandos. Hugo Merino Villarreal corrió en busca de Sor María:

—Se lo suplico. ¡Venga a Macas a mi primera misa!

—Sí, Hugo, con mucho gusto. Iré en representación de tu pobre papá.

Y el 5 de agosto, en compañía de Sor Carlota y de mucha gente que iba a la fiesta de la Purísima, Sor María se encontró, por última vez, ante la puerta de la iglesia de Macas, en la colina sagrada.

Es un secreto entre ella y Jesús lo que dijo, contemplando la amable efigie de Nuestra Señora de Macas, circundada de símbolos entre cintas fluctuantes.

Terminada la función todos desfilaron ante los dos neosacerdotes que, sentados delante de la iglesia, daban a besar sus manos consagradas.

El Padre Hugo, extremadamente conmovido, tenía los ojos bajos. Vio acercarse un hábito negro. Alzó los ojos. Tenía delante a Sor Troncatti. Se puso de pie:

—¡Oh, Madre María, usted no me besa la mano. ¡Yo soy su hijo!

—Sí, tú eres mi hijo. Pero ahora eres sacerdote y te beso las manos —respondió ella—, y con suma reverencia, se las besó.

A primera hora de la tarde quiso ir con Sor Carlota al cementerio, a despedirse de los muertos.

Después contemplaron la orilla del Upano y miraron unos momentos hacia Sevilla.

—¡Pensar que tenía tanto miedo! Y después he atravesado el río una vez, y luego tantas veces...

—Y hasta se iba a las jibarias sola o con una muchacha...

—Y dormía en... Recuerdo que una vez fui a una tribu donde hasta el brujo había caído enfermo. Después de caminar un día entero, encontramos a aquella pobre gente en un estado que daba compasión. Imposible dejarlos solos. Ellos me pedían que no los abandonase. Pregunté dónde podía pasar la noche. Me señalaron una choza libre y me prepararon un lecho con hojas allí dentro. La choza estaba abandonada porque habían enterrado allí a varios jibaros muertos de aquella epidemia... Figúrate cómo pasaríamos la noche la muchacha y yo...

—Pero tuvo la alegría de salvar a aquellos pobrecitos.

—Gracias a María Auxiliadora... Y ahora, ahora me toca a mí. Bajando la colina, por donde antes era la «calleja» y ahora seme-



Se encontró por última vez delante de la iglesia, sobre la «colina sagrada».

jaba una gradería, observó los pocos árboles de chonta finos y rectos frente al Sangay y dijo:

—¿Recuerdas, Sor Carlota, cuando los plantamos?

Se despidió de la directora de Macas y de las muchas colonas que se disputaban por besarle la mano.

—He venido a despedirme de la Purísima —les dijo.

Y como una confidencia a la directora:

—Siento en mi interior un no sé qué, que me dice: la hora está cerca.

—No, Sor María, será la emoción. Será el susto del incendio.

—La hora está cerca... Lo presiento.

Dos compañías aéreas, la SAN y la TAO, hacían los vuelos regulares del Oriente ecuatoriano, en la medida de lo posible, y con aparatos estudiados ex profeso para el transporte de viajeros y, al mismo tiempo, de mercancías, que ordinariamente eran muy embarazosas.

La cría del ganado daba ya sus frutos. Se exportaba al otro lado de la cordillera carne descuartizada, preparada para el mercado. Las dos sociedades aéreas tenían cada una, junto a la pequeña oficina de pasajeros, una gran choza-matadero. Las vacas, por demanda via-radio, eran llevadas al aeropuerto y descuartizadas cuando el avión estaba ya en vuelo hacia Sucúa.

La portezuela de aquellos aviones no era como la de los otros, sino más grande.

Apenas descendían los viajeros, un empleado levantaba los asientos y los enganchaba a diestra y a siniestra de las paredes internas, formando un espacio vacío en el que colocaban la carne. Si había viajeros (generalmente pocos) se colocaban dos o tres asientos para ellos hacia el fondo del avión y se partía.

Raquel Delgado, esposa de Roberto Calle, era agente de la compañía TAO, operador-radio y azafata de tierra.

Tenía entonces diez hijos; el tercero, un muchachito de doce o trece años, estudiaba en el colegio militar. También él llamaba a Sor Maria *abuclita* y llevaba en el bolsillo de su elegante uniforme una fotografía: él con ella.

Sucúa vivía en calma. Las enfermeras jibaras del quinto curso volvieron a sus *ancjos*. El Padre Gabrielli y el Padre Juan partieron para Manta en la TAO.

En la misión no quedaron más que el Padre Krovina y el Padre Domingo Bottasso.

El 16 de agosto una joven esposa, encontrándose con Sor Carlota, le comunicó que su matrimonio estaba a punto de deshacerse. La

suegra, quizá con buen fin, se entrometía indebidamente. Sor Carlota le aconsejó: «Manda a tu marido a hablar con Madre María».

El hombre fue, se desahogó, lloró. Después Sor Troncatti mandó llamar a la suegra y le habló claro; hasta un poco severamente. Por fin hizo ir al hospital a la esposa. Y en aquella familia renació la paz.

Diez días más tarde, cada uno de los tres, decía llorando: «¿Por qué he hecho sufrir yo a una Madre tan buena?»

La directora, Sor Haro, había partido el 7 de agosto para Quito recomendando a Sor María:

—Rece por mí. No sé si volveré. Pero usted venga a Quito unos días antes de los ejercicios: nunca se sabe lo que puede suceder.

Sor María asintió.

—Sí, como usted diga. Así lo haré, esté tranquila. Nunca se sabe lo que puede suceder.

Después de un largo periodo de sequía, se abrieron las cataratas del cielo y, a causa de las lluvias, se produjo un hundimiento en la carretera de Pastaza a Quito.

Los ejercicios espirituales, en los que debía participar Sor Troncatti, comenzaban el primero de septiembre. Tenía que partir el 25 de agosto.

El 21 de agosto Teresa Tankamasch fue a verla. Ella le dijo:

—Teresa, quiero morir antes de que vuelva a suceder nada desagradable y maten a los Padres o a tu marido.

Teresa suspiró:

—Miguel está en Lima. Estará fuera un mes. Esperamos que para entonces...

—Sí, esperamos. Tú pórtate bien mientras él no está. Sigue siendo la de siempre. Yo presiento que voy a morir pronto. He ofrecido mi alma a Dios. Aquí quedará mi cadáver.

—No, Madre María. Es preferible que muramos nosotros.

—Teresa, en el cielo pediré por vosotros, por todos...

El niño adoptado por los Trankamasch tenía ya cuatro años y llamaba a Sor María madrina. Le besó la mano. Se despidieron.

Al día siguiente, habiendo recibido una carta de una de las señoritas de la «Operación 68», Sor Troncatti quiso contestarla y darle las gracias, también en nombre del Padre Juan y de Sor Imelda (la enfermera del hospital) por cuanto habían recibido de la misma.

«Hospital Pío XII-Sucúa, 22 agosto 1969.

Queridísima Juanita: No se puede imaginar mi alegría al recibir su carta tan afectuosa. Sentía verdadera necesidad de sus noticias en estos días de tantos sufrimientos: el incendio nos ha dejado muy im-

presionados. Le diré que el reverendo Padre Juan ha recibido la estu-
penda maleta llena de todo bien. ¡Si hubiera visto qué contento
estaba! Vino a abrirla a mi despacho, ¿recuerda?... Gracias, gracias de
mi parte por tanta caridad; el Señor le dará el ciento por uno. Ha
llegado muy a tiempo. Todo lo que tenía (el Padre) se ha quemado.
Usted ha pensado en todo, hasta en las medicinas. Ha hecho bien:
está muy decaído. Estos días no está aquí. El Padre inspector lo ha
mandado a Manta con el Padre director, don Gabrielli, a cambiar de
aires; estará allí tres semanas. Si viera qué delgados y pálidos están.
Quiera el cielo que con estos días de reposo se restablezcan un poco.
El 25 de este mes iré a Quito para hacer los ejercicios espirituales y
estaré allí unos veinte días; después volveré a Sucúa, si el Señor no
dispone otra cosa. Mi querida Juanita, la recuerdo mucho y espero
que vuelva pronto. Siempre rezo por usted y por su buena mamá.
Salúdela de mi parte. Sor Imelda le agradece mucho las agujas de
sutura que le mandó ¡qué buenas! Mi buena y generosa misionera,
termino con la pluma, pero la tengo siempre cercana con el corazón.
Cuenta siempre con mis oraciones. Usted rece por mí. En sus sufri-
mientos ponga una intención por esta misión... Un fuerte abrazo...»

El onomástico del señor Cosme caería durante los ejercicios de
Sor María. El 24 de agosto, pues, se sentó de nuevo ante su pobre
mesa y empezó la acostumbrada carta de felicitación:

«Apreciadisimo señor Cosme: Me apresuro a dirigirme a usted
con esta cartita. Le anticipo un poco mi saludo y felicitación con mo-
tivo de su onomástica. Y ahora, un ramillete espiritual, comenzado
hoy, 24 de agosto, con toda clase de flores: lirios, violetas, margaritas.
Que nuestro buen Jesús y María Auxiliadora le concedan las virtudes
simbolizadas en estas flores, en abundancia, hasta el fin de la vida,
in saecula saeculorum. Y ahora un pequeño obsequio (metió en la
carta trescientos sures) para que se compre alguna cosita personal
que necesite. Para que no sea un subterfugio, dígalo al Padre ins-
pector y basta. Le suplico una intención por mi pobre alma en estos
días de ejercicios espirituales. Su *abuelita* que tanto le aprecia, Sor
María Troncatti. ¡Viva Jesús!»

Llamó a Sor Victoria Bozza y le entregó la carta: «Entréguesela
la víspera de su onomástico».

El señor Cosme habló con la *abuelita* aquel día mismo, con calma,
pues era domingo y no se trabajaba en las *chacras*. Recordándolo
decía después: «Hablamos de varias cosas: del personal del hospital,
de las niñas, de la Federación, de la casa incendiada. Ella no acer-
taba a comprender cómo hubiera gente tan mala que quisiera matar

a los sacerdotes, quemándolos vivos. Se notaba que aquel intento le había dejado una amargura terrible. Yo le hablé de mi padre, que había tenido una trombosis. Y ella me dijo: "Si pudiera venir aquí, al hospital, yo lo curaría, ¿sabe?"... Mandó que me trajeran algo para beber. No era coñac ciertamente: era una naranjada; pero, os aseguro que hecha por ella, la preferiría a todas las bebidas del mundo».

El lunes, 25, Sor Victoria y las jibaritas fueron al río a lavar. Sor Carlota empezó a preparar la maleta a Sor Troncatti, cuyas piernas se resistían cada vez más a andar. Pero no se quejaba nunca. Sólo a Sor Catalina Rodondi le había dicho la última vez que se vieron:

—Estoy bien cuando puedo estirar las piernas en la cama.

A primera hora de la tarde el señor Cosme fue con el camión al río y trajo a casa a las lavanderas con la ropa seca.

Descargando el camión, oyó que Sor Carlota le llamaba:

—Madre María tiene un inconveniente para ir a los ejercicios. Dicen que por la carretera de Pastaza ha habido un hundimiento.

Fueron donde estaba sentada Sor María a punto para partir. Se había metido en el bolsillo un frasquito de «elixir» de su propia fabricación que sabía que le gustaba mucho a una Hermana:

—Se lo llevo, pobrecita. Le gusta mucho.

Cosme le preguntó bromeando:

—¿Pero es que usted no quiere ir a hacer ejercicios? ¿Es que no los necesita?

—Si el hundimiento mide más de cien metros, yo no puedo hacer el transbordo a pie.

—Sor María, serán varios kilómetros.

—Entonces no puedo. Haré los ejercicios aquí.

—Escuche, en el campo de aviación no hay sólo vuelo para Pastaza. Hay un SAN para Cuenca. Lo he visto al volver del río. Voy a comprar los billetes, así usted esta noche duerme tranquila en Cuenca y mañana toma el avión para Quito.

—Pero yo no quisiera ir en la SAN. Me da un poco de miedo.

—¿Tiene miedo de morir? (Bromeaban y la muerte estaba al acecho.) El Padre inspector viene siempre en la SAN.

—Yo preferiría ir en la TAO.

—Mire, voy a la pista y cojo los billetes.

—Pero hasta Quito, en avión cuesta mucho.

—Su vida vale mucho más para nosotros que todo el dinero del mundo. Así es que, obedezca.

—Bueno, está bien, *díamane*, obedezcamos.

El señor Cosme salió. Delante de la puerta del hospital estaba aparcado el jeep del doctor Contreras.

—Doctor, ¿vamos al aeropuerto?

—Vamos.

En el campo, con gran sorpresa para ellos, encontraron, además del SAN, un TAO, que había sido mandado para un envío de carne.

—¿Dónde cogemos el billete? —preguntó el doctor.

—Si Sor María tiene miedo de viajar en el SAN, cojámosle en el TAO.

El Jeep giró alrededor del avión en el cual estaban cargando las vacas descuartizadas. Cosme saltó y preguntó al marido de Raquel:

—Don Roberto, ¿hay tres billetes para Cuenca?

—Este Hermanito, que viene siempre a última hora... ¿Quién viaja?

—Madre María, Sor Blanca y Sor Imelda.

—Vaya a llamarlas aprisa. En todo caso haremos esperar el avión.

Los dos partieron a toda prisa, contentísimos. (Como si hubiera ganado diez millones con las quinielas, decía el señor Cosme.)

—Sor María, ¡se va! Y en el TAO, como usted desea.

Fue aquélla, quizá, la única vez que Sor María eligió por sí misma. Y eligió su muerte. Todo está escrito allí arriba.

Empezaron en seguida las idas y venidas. A la puerta del hospital se agruparon las Hermanas, la señora del doctor con sus tres hijos y las jóvenes enfermeras. El señor Cosme ayudaba a cargar las maletas; la señora, con sus hijos y dos Hermanas subieron a la parte trasera del jeep. Sor María se sentó junto al doctor que empezaba a dar marcha al motor.

Cosme se despidió y fue a buscar el tractor para transportar al patio de la misión unos tubos de cemento. El Padre Krovina descansaba, el Padre Botta había ido a Logroño con el jeep. Un coadjutor, el señor Granda, llegado hacía pocos días y todavía extraño, paseaba delante de la iglesia, en la plazoleta.

Sor Carlota saludaba con la mano sin poder hablar. De pronto estalló en sollozos y las lágrimas brotaron de sus ojos sin parar.

Sor María le preguntó:

—¿Por qué lloras, Sor Carlota?

—Porque se va usted. Soy llorona, lo se.

—No llores, Sor Carlota, volveré muy pronto.

El jeep partió.

Llegaron ante el avión que ya tenía encendidos los motores. El piloto tenía mucha prisa. Junto a él se sentó el co-piloto. El empleado

hizo subir a las Hermanas. Don Roberto retiró la escalerilla. La puerta del avión se cerró con un golpe seco.

Sor Blanca se ató en seguida el cinturón de seguridad. Sor María estaba sentada del lado de la puerta. Las otras dos, a la derecha. El empleado pasó por encima del bulto de la carne cubierta con la lona y entró en la cabina de mando. No había más viajeros.

El avión se elevó inmediatamente.

El doctor, la señora, los niños y don Roberto habían esperado viendo cómo el avión daba vueltas por el aeropuerto y tomaba altura.

El doctor Contreras se dirigió a su jeep. La señora y los niños subieron. Mientras abría la portezuela para subir él, oyó gritar a unos niños que jugaban en el prado cercano:

—¡Ha caído el TAO! ¡Se ha perdido el TAO!

Miró al cielo. Nada.

—Bajad —dijo a su mujer—. Voy a ver qué pasa.

—Uno de los hijos de Raquel, Gustavo, que estaba en casa con su abuela, doña Julia Calle, vio desde la ventana cómo se alejaba el avión. De pronto gritó:

—¡Abuelita, se ha estrellado el TAO!

Salieron fuera. Montó en su bicicleta y voló a avisar a Sor Carlota.

La gente corría hacia el aeropuerto. Decían: «¡Va Madre María en él!»

El señor Cosme Cossu, en el patio, descargaba los tubos.

El joven coadjutor Granda llegó corriendo:

—Oiga, señor Cosme, vaya al aeropuerto...

—¿Por qué?

—Porque... porque el avión no sale.

—Bueno, ya volverán en el jeep del doctor.

—Pero... es que puede ser que haya alguna avería.

—Una avería en tierra no es nada.

—¿Quién sabe? Vaya, vaya al aeropuerto.

Cosme no dijo nada más: miró al Hermano a la cara y puso en marcha el tractor. Giró hacia la derecha de la casa incendiada y entró en la plaza. Vio delante del hospital un montón de gente: unos lloraban, otros gritaban, otros callaban... todos miraban hacia la entrada. Frenó el tractor y bajó. Al primero que encontró le preguntó:

—¿Qué ha pasado, señor Zúñiga?

—Señor Cosme, ¡muévase, que también los muertos se han de traer a casa!



El avión estrellado.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Yo he llevado en mi *jeep* a Sor Blanca. Venga, vamos. Está por el camino de Huambinimi.

Cosme no veía el camino: el tractor hacía un ruido de mil diablos. Luis Zúñiga, a su lado, contaba:

—Ha caído en un campo: todos muertos...

Llegaron hasta la carretera de Huambinimi y detuvieron el tractor; después echaron a correr hacia el campo...

El doctor Contreras había sido el primero en llegar. Por allí cerca alguien estaba mirando y no osaba acercarse, porque el avión estrellado en tierra, zumbaba de una manera extraña y podía incendiarse de un momento a otro.

En aquel campo un viejo, pocos minutos antes, estaba arrancando hierba. De improviso creyó llegada su última hora. El TAO, que venía de la pista, parecía que iba a caerle encima, mientras los dos pilotos se arrojaban por la puerta de la cabina, y el empleado, por la puerta grande que había abierto de par en par: parecían muñecos por el aire.

Un motor se había desprendido. El otro funcionaba aún y la hélice giraba. El viejo había sido lanzado lejos por la fuerza del aire.

El doctor Contreras gritó a la gente que estaba en el cañaveral:

—¡Por favor, venid a ayudarme!

Y echó a correr.

Sor Imelda estaba de pie entre los restos esparcidos en su derredor. Tenía aún los lentes puestos. Pero parecía fuera de sí, atontada, como si no viese nada ni a nadie. Sor María yacía inclinada sobre la hierba.

El ruido del motor era ensordecedor; el calor, infernal. El doctor Raúl Contreras se agachó; dio la vuelta a Sor María y vio que estaba muerta. Preguntó:

—Sor Blanca, ¿dónde está Sor Blanca?

Le respondió un gemido. Sor Blanca Córdova, que se había atado el cinturón, estaba doblada y aprisionada por la chapa del avión.

El doctor comprendió que él solo no podía hacer nada. Volvió corriendo a donde estaba la gente:

—Pero vengan, ¡vengan, por favor!...

—Doctor, el avión se incendiará y estallará.

Uno, el señor Torres, lo siguió. Otros, si bien titubeando, lo imitaron.

Sor Imelda pareció despertarse. Miró a Sor María y dijo:

—¡Está muerta! ¿Y yo?... Señor, ¿no estaba preparada para comparecer ante ti?...

El avión continuaba zumbando. El señor Torres y el doctor sacaron a sor Blanca que sangraba abundantemente. Otro cogió por el brazo a Sor Imelda y la sacó fuera. El peligro estaba en que estallara el motor.

Dos hombres levantaron con suma delicadeza, como una dolorosa reliquia, el cuerpo de Sor Troncatti.

Cuando la estaban colocando en el jeep llegó Cosme («Me pareció que el sol se había apagado. Todos callaban. Todos sabían que estaba muerta, pero ninguno se atrevía a decirlo».) Al ligero movimiento del vehículo que avanzaba lentamente, el cadáver se movía: «¿Estaría viva?».

La gente, apiñada delante del hospital, abrió paso. Muchos lloraban.

En la sala operatoria el médico practicaba una cura de urgencia a Sor Blanca: se había dado cuenta de que tenía rota la espina dorsal: las extremidades inferiores estaban inertes e insensibles. Cosía las heridas de la cara y de la cabeza, a la par que daba órdenes:

—Decid a la compañía SAN que tenga a punto el avión. A Sor Blanca hay que trasladarla inmediatamente a Cuenca. Avisad a Cuenca...

Sor María, llevada en brazos por aquellos a los que había llamado hijos suyos durante tanto tiempo, fue colocada en la camilla del ambulatorio, en la sala de visitas. Sor Carlota le decía:

—Sí, *madrecita*, has regresado prontísimo. Pero ya no eres nuestra.

Lloraba y le limpiaba la sangre que seguía manando del oído. Aún con esperanza suplicó:

—¡Que venga el médico a verla!

El doctor se acercó:

—Está muerta.

Cosme sintió que la cabeza le daba vueltas; salió fuera. Y la gente le gritaba:

—Sor María es también nuestra. Decidnos cómo está. ¿Es verdad que no está muerta?

Una señora lo cogió por un brazo:

—Por favor, dígame, no está muerta, ¿verdad?

El no respondió. Los miró a todos y bajó la cabeza. De repente se sintió fulminado por una idea:

—¡Pero si he sido yo el que la animó a partir por la vía de Cuenca; yo, ¡yo la he matado!

Y corrió a la iglesia sollozando.

La gente, segura ya de lo irreparable, clamaba:

—Queremos verla, queremos verla.

Llegó el Padre Krovina y trazó la señal de la cruz sobre aquel corazón apagado.

La inspectora de Quito, avisada por radio, buscaba un avión. Para aquella noche fue imposible encontrarlo.

El operador de la torre de mando de Macas oyó claramente:

—Cuenca desde Sucúa. Cuenca, Cuenca... Se ha estrellado en tierra un TAO a quinientos metros de la pista. Un SAN está preparado para transportar a los dos pilotos, al empleado y a una Hermana grave; avisad al hospital. Enviad las ambulancias.

El operador de Macas llamó a Sucúa:

—Aquí Macas, Macas... Dime: ¿Qué ha pasado? ¿Hay muertos?

—Aquí Sucúa... Una víctima: Madre María Troncatti.

En un instante lo supo todo Macas.

Modesta Rivadeneyra estaba delante de su casa con un cesto de manteca. Oyó gritar:

—Ha caído el avión en Sucúa. Madre María ha muerto.

El cesto se le escurrió de las manos. Ella se cayó al suelo. Acudió su marido:

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—Ha muerto Madre María...

—¡Oh!... ¿Pero qué dices?

Modesta se agarró al brazo de su marido. Se levantó. Fue como una sonámbula a buscar su monedero. Lo metió en el bolsillo y dijo:

—Voy.

Subió al coche con muchos otros que acudían cuando el conductor estaba a punto de arrancar. El que no llegó a tiempo cogió la mula, el caballo o se fue a pie...

El Padre Albino Gómez-Coello, director de Macas, llamó por el teléfono de pilas de la misión a Sevilla Don Bosco:

—¿Oís? Ha muerto Sor Troncatti... Accidente aéreo... Si, yo voy.

Anochece. El Padre Krovina subió pesadamente la escalera de la sede «Federación Sucúa», abrió maquinalmente la puerta de la sala de transmisiones. Las dos jibaras, empleadas, lo esperaban: parecían estatuas.

Buscó un disco. (¡Cuántas Avemarias había sembrado su querida muerta por la selva!) Las notas del Ave María invadieron las chozas, acariciaron las copas de los árboles, rociaron la hierba, las flores...

—Amigos radioescuchas... Hoy, a las quince horas, un avión que partía de Sucúa a Cuenca, ha caído en un cañaveral a quinientos metros de la pista. Nuestra Madre, Sor María Troncatti, ha fallecido en el acto.

Una de las dos jíbaras tradujo en lengua shuar. Al pronunciar el nombre de la víctima no pudo contener los sollozos.

El Padre Krovina interrumpió las transmisiones. Volvieron a la iglesia.

Sor María estaba allí en el centro, sobre un catafalco. Dormía.

En Sucúa estaba aquella noche, además del doctor Contreras, otro médico interino para Morona-Santiago, como oficial provincial. Fue también él a comprobar la muerte de Sor Troncatti.

—Doctor Raúl, usted conoce la ley. Hay que hacer la autopsia —dijo.

Con ímpetu el doctor Contreras contestó:

—¡Ah, no! A Sor María no se la toca. Además está claro: fractura interna de cráneo.

¿Tocar aquel cuerpo? —decía él—, ¿a aquella santa?

—No me siento. No insista. ¿Quiere denunciarme? ¡Hágalo!

La terrible tensión de aquellas horas lo había trastornado.

—Sea razonable. La ley es ley.

Pero hasta el médico provincial se sintió sobrecogido de emoción, a pesar suyo.

—Déme un bisturí. Usted asista.

El doctor Raúl se mordió los labios hasta hacerse sangre y salió. Su mujer lo vio desde la entrada del hospital, pálido como un muerto.

El médico provincial se puso los guantes y cogió el bisturí. La joven enfermera que sostenía la cubeta dejaba caer en ella sus lágrimas y se esforzaba, sin conseguirlo, por contener los sollozos. Sor Carlota, que había taponado el oído, cepillado el hábito y cambiado el velo y la gorra a su Madre María, cerró los ojos. El doctor Contreras estaba de pie, con las manos atrás.

En la sien izquierda de la difunta una gran mancha azul indicaba el golpe contra la puerta del avión, cuando éste se inclinó y la arrojó fuera.

—Sor Carlota —dijo secamente el médico provincial—, levante un poco la gorra.

Y ella, abriendo desmesuradamente los ojos, levantó la gorra un poquito...

La noticia, captada por las estaciones radiofónicas de todo el Ecuador fue difundida en el diario hablado de aquella misma noche y repetida al día siguiente.

Llovían sin cesar las demandas de reserva de billetes para Sucúa, vía Cuenca o vía Pastaza, en las compañías aéreas de Quito, Guayaquil, Esmeralda, Riobamba y otras. Uno de los primeros en llegar fue el Hermano salesiano Marcos Beltrame, que había trabajado muchos años en Sucúa. Su director, el Padre Natalio Pulici, le vio desencajado ante el transmitente-receptor.

Vete. Vete en seguida —le dijo.

Y a los dos se les saltaba el corazón.

A medianoche, en un hospital de Quito, el piloto del TAO estrellado, gemía:

—Las monjitas, las monjitas...

Ni él ni sus dos compañeros de vuelo habían tenido fracturas graves: en veinte días estarían recuperados.

En una clínica de Cuenca operaron urgentemente a Sor Blanca. En medio de su dolor, repetía:

—Sufro mucho, sí, pero lo ofrezco por todos, por todos...

Los jibaros y los misioneros que, a la caída de la tarde, atravesaron el Upano, desde Sevilla Don Bosco, estaban llegando a Sucúa. De todos los *ancejos* otros jibaros partían a pie.

Yaupi, Santiago, Taisha, Chiguanza, Limón, Gualaquiza, las residencias misioneras pedían por radio... por la cadena de las misiones la avioneta... y no se sabía cómo avisar al Obispo, Monseñor Pintado, que se hallaba en el extremo sur del Vicariato.

La iglesia estaba abierta todavía. Continuamente entraba y salía gente. Sor Carlota Nieto, sentada al extremo del banco, junto a su querida muerta, estaba deshecha. Las otras Hermanas, las jibaritas internas, las enfermeras no se apartaban de su lado. Ni habían cenado, ni pensaban en dormir: sabían únicamente que la *abuclita* las había abandonado. Modesta Rivadeneyra con otros muchos maquenses (los macabeos y las macabeas de Sor María) rezaba y lloraba.

Tsetsem decía, aunque sin mover los labios: «*Madrecita*, ahora ya has visto a mi hijo. Te habrá dicho: ¡Bien venida, Mamató!».

—Vamos, Pedro, insistió el Padre Juan.

—Tú sufrirías mucho. Pero, ahora, celebremos la misa (vespertina) por su alma.

Al elevar la hostia y el cáliz, veían en transparencia espiritual aquel querido rostro, aquellas manos piadosas que tanto habían trabajado y tanto habían dado...

«...Sé propicio, Señor, con tu sierva María, que nos ha precedido con el signo de la fe... y duerme el sueño de la paz.»

Telefonearon al inspector, a Cuenca. Respondió: «No, quedaos ahí los dos. Estáis como dos esqueletos. Voy yo».

Sin proferir palabra, bajaron al mar. Sentados sobre una roca dejaron vagar la mirada por las aguas. El mar es profundo como la vida y misterioso como la muerte. Sentían un inmenso vacío.

El Padre Juan se miraba la punta de los zapatos. ¡Cuántas veces Sor María le dio dinero para comprarse otros! Pero siempre había, en el vasto mundo de la selva, alguien más necesitado que él... (... «Usted tiene que comprarse un par de zapatos. Tome, por favor, estos doscientos sucres»... Y después: «Veamos si la mula está enjaezada... ¿Tiene camisa para cambiarse si llueve?».)

—¿Sabes? —dijo Juan a Pedro—. Una vez me permití hacerle una observación...

El hospital, con su fachada nueva y las dos alas a derecha e izquierda, servía lo mismo para los colonos que para los shuar. Pero detrás, por la parte del patio, quedaban dos viejas habitaciones que sor Troncatti continuaba usando para los jibaros. El Padre Juan le decía: «¿Por qué estas distinciones? ¿No somos todos iguales delante de Dios?» Ella, dulce y buena, contestaba: «A veces llegan jibaros que no están acostumbrados a una verdadera habitación, a una cama como la nuestra. Y además, vienen con toda la familia y allí están tranquilos». Pero él insistía: «No me gusta» y se marchaba a hacer su gira semanal por los *anejos*. A su regreso encontró destruidas las dos habitaciones.

—¡Qué buena era y qué obediente!...

A Corteno llegó un telegrama. Catalina exclamó entre lágrimas: «¡Señor!, ¿cómo la has dejado morir así?...».

Santiago, Lucía y sus hijos y nietos lo supieron en seguida... «¿Morir así?».

«Fiat».

La señora Luisa se levantó a preparar el café a José Maria. En-

DIOS COLOCO SU ARCO
SOBRE LAS NUBES

Manta está junto al mar, en la bahía de su mismo nombre, entre los cabos Jaramijó y Charapotó: un sitio ideal para calmar los nervios. Los salesianos tienen allí una parroquia con oratorio y escuela elemental y media.

El Padre Shutka —estamos en la noche del 25 de agosto— bajó de su habitación al anochecer. Miró al mar que semejava un espejo de color marfil.

En la salita-comedor, poco después, estaba él solo. Enchufó la radio.

«... Amigos radioescuchas... Un avión de la compañía TAO, apenas alzado el vuelo en Sucúa, se ha estrellado en tierra a quinientos metros de la pista. Unicos viajeros, tres Hermanas. Una ha muerto al instante: Sor María Troncatti.»

El Padre Juan exclamó sobresaltado: «¡Dios mío!»... Dio algunos pasos... «¡Dice que está muerta! ¿Está muerta?... ¿Ella?»... Salió al rellano. En el piso superior apareció el Padre Gabrielli, que lo miró extrañado.

—Juan, ¿qué te pasa?

—...

—¿Duermes?

—...

—Pero, ¿qué tienes?

Parecía como si el Padre Shutka hubiera recibido un golpe en la nuca. Se pasó la mano por entre los cabellos y dijo en tono grave:

—Ha muerto Madre María.

—¡Juan!

—Se ha estrellado el TAO. Lo acaba de decir la radio. Ha sucedido hace poco.

—Vamos, vamos en seguida.

Entraron en la salita. La radio transmitía música clásica. La apagaron.

Y aquel señor:

—Por lo que ha sucedido temo que en Sucúa las cosas no irán bien. A partir del domingo volveré a frecuentar la iglesia y los sacramentos. Esta serie de acontecimientos (probablemente aludía también al incendio) quieren decir algo...

—Sí, sí... Mire a toda aquella gente en los bancos: hombres, mujeres, jóvenes, viejos...

Muchos tenían la cabeza entre las manos. Las mujeres desgranaban las cuentas del rosario mientras unas lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas.

—¿Sabe usted qué es lo que se pregunta aquella gente? El porqué de la muerte de Sor Maria... Pero que se ha ofrecido víctima por la paz de Sucúa es algo que nadie lo pone en duda...

Pensemos que el señor Cosme, cuando decía Sucúa, entendía decir jibaros y colonos de toda la selva, ya que ella no excluía a nadie de su amor y hubiera comenzado otra vez a caminar a lo largo de los senderos fangosos, si Dios lo hubiera querido, lo mismo que cuarenta y seis años atrás, aun sólo por un indio, por un solo colono, por un solo jibaro.

Pero estaba allí, en la iglesia de sus prolongados rezos. Y la lámpara, que cada mañana alimentaba antes de empezar el vía crucis, palpitaba como un corazón en pena...

¡Mañana otras manos la encenderán!

Modesta recordaba que ocho días antes había ido a Sucúa y se había sentado en el banco del vestíbulo del hospital, junto a Sor Troncatti y poniéndole la mano sobre el hombro, le había dicho: «¡Qué agotada estás, hijita. Ven, ven, el doctor Raúl te visitará en seguida». Después le había dado las medicinas, pero ella le había contestado: «Madre María, en realidad había venido por mi hija». «Mándamela pronto porque me voy...».

Don Daniel estaba sentado en un banco a la parte de los hombres, teniendo a uno y otro lado a sus dos hijos, Francisco, el profesor, y el otro, al que Sor María llamaba el hijo pródigo, vuelto a la casa paterna después de muchas lágrimas de los padres y muchas oraciones de la *abuelita*.

Francisco preguntó:

—Papá, Madre María, ¿habrá sufrido en la caída?

No podía soportar aquella idea. El la conocía íntimamente. Era, o creía ser, un poco, su benjamín. Cada tarde, al salir de la escuela, iba a sentarse en el banco, a su lado. Le decía: «*Abuelita*, ¿me cuenta cosas de cuando era pequeña?... ¿Por qué se hizo monja?... ¿Cuándo salió de su patria?»

Sor María, como una auténtica *abuelita*, se dejaba robar las confidencias y no sabía que Francisco lo anotaba todo, para prepararle la biografía...

El joven profesor repitió la pregunta:

—Papá, ¿habrá sufrido?

Don Daniel decía en su interior: «Ella me predijo que volvería». Miró a Francisco, extendió las manos hacia el altar y contestó al muchacho:

—Para Madre María la fatiga, el sufrimiento y el dolor fueron siempre una delicia.

Sor Victoria, con el rostro surcado por las lágrimas, hacía salir a las jibaritas para llevarlas a dormir. Don Daniel las miró. Dijo como continuando:

—Para ella cada jibarita era un ángel bajado del cielo.

Finalmente también el señor Cosme se levantó para ir a dormir. Quería olvidar en el sueño la tragedia. Al día siguiente le aguardaba mucho trabajo: llegaban huéspedes. Saliendo de la iglesia vio a un señor que desde el portal miraba hacia dentro, como si no se atreviese a entrar. Efectivamente, hacía años que no entraba. Cosme le dijo:

—Sor María está allí. Vaya.



El hospital de Sucúa. Abajo: la fachada nueva.



chufó la radio bajito para no despertar a su pequeño Glenn-Esteban. No tenían más que una habitación. José saboreaba las últimas gotas de descanso antes de ir al trabajo.

De pronto dijo Luisa:

—José, algo ha ocurrido!

Y aumentó el volumen.

El se acercó a la radio. Su mujer no había querido decirle de golpe la verdad. El locutor hablaba ya de otra cosa.

—Dice que Sor Maria Troncatti está gravemente herida en un accidente aéreo.

El pobre muchacho sintió un escalofrío de pies a cabeza. Se vistió en un instante y corrió a telefonar a la «Beneficencia».

—Sor Catalina, Sor Catalina...

—Sí, ¡ha muerto!

José permaneció algunos instantes dentro de la cabina, como loco. (Señor, era lo más grande que yo tenía.) Se sentía dos veces huérfano.

Corrió donde el director de la compañía eléctrica, en la que trabajaba, a pedir permiso para trasladarse a Sucúa, al funeral. ¡Qué de obstáculos de parte de los jefes para realizar un viaje rápido en coche y avión!

Cuando tuvo el permiso se dio cuenta de que no podía partir: contó el dinero que tenía y dijo: «¡Malditas estas manos despilfarradoras!».

Volvió a casa. Miró en derredor: ¿qué podría empeñar?

¿La cama?, ¡imposible! ¿Las pocas sillas y la mesa medio coja?, no. No había otra cosa... ¡Ah, sí: la máquina de coser.

—Luisa, empeñemos la máquina y vayamos.

—Es el regalo de boda de la madrina...

Ella lloraba con la cabeza apoyada en la mesa. El lloraba por la calle con la máquina de coser a cuestas.

El lento redoble de campanas se expandía por los poblados cercanos y lejanos, pero ya no llamaban a nadie: habían acudido todos, hasta las madres con sus hijos de pañales; hasta los viejos apoyados en su bastón.

Los aviones TAO, SAN y la avioneta del Oriente iban y venían trasladando continuamente pasajeros, con rostro afligido.

La gente se dirigía a la iglesia, sin palabras. Había personas a las que nadie conocía. Los militares, por ejemplo, ¿qué hacían allí?

Durante muchos años, cuando iban a Sucúa en misión permanente o bien de paso, Madre María los curaba si estaban enfermos y los acogía en el hospitalillo, ya que en el pueblo no había casa de huéspedes. ¡También ellos eran sus hijos!

Llegó de Cuenca la directora del «Corazón de María», Sor Angelita Brito, con la caja blanca... Llegaron Hermanas, misioneros, sacerdotes y coadjutores. Un SAN llevó al inspector y al procurador de las misiones, Padre Carollo. Hacia las once llegó la inspectora, Madre Julia Castaing, con su consejo.

Cosme Cossu preparaba las camas para los huéspedes.

Sor Victoria llegó con un montón de sábanas limpias.

—Señor Cosme, tengo que decirle a usted una cosa para que no llore más.

El no respondió:

—Señor Cosme, tengo una carta para usted.

—¡No me interesa nada, sea de quien sea!

—Señor Cosme, es de Madre María, para su onomástico.

Se la dio y se marchó.

Cosme sollozaba como si leyera la muerte de su padre y de su madre juntos...

La inspectora hubiera deseado trasladar el cadáver a Cuenca, pero no se atrevió a decir nada a la vista del espectáculo que ofrecía Sucúa. Antes bien, la gente de Macas suplicaba: «Dánosla, es ante todo nuestra».

Los miraba con compasión.

Una familia de colonos ofreció un lugar en la propia tumba hecha de ladrillos.

Algunos hombres segaron la hierba gigante del cementerio.

A las dieciséis, el Padre inspector y el procurador cantaron la Misa de *Requiem*.

El día se mantenía insólitamente sereno: ni una nube en el cielo, ni una gota de agua en todo el día.

Sor María, llevada a hombros por los hombres de Sucúa y de Macas, abandonó la iglesia y dejó la misión, pasando por delante del hospital.

Una fila interminable la seguía. Teresa Tankamash lloraba sin consuelo y su niño la imitaba.

Raquel, rodeada de sus hijos, caminaba, tropezando, pues las lágrimas no le dejaban ver el camino.

Luz-Maria seguía el féretro con la cabeza baja.

Sor Carlota, situada detrás mismo de la caja, meditaba las palabras que tantas veces le había repetido Sor Troncatti: «¿Y por qué sufrir? Ya estamos cerca del cielo. ¡Qué placer!». Una Hermana se le acercó:

—Ánimese —le dijo.

—¡Ah!, ¿es usted?

—Mire.

Y sacó del bolsillo la botellita de elixir.

—No se ha roto. Tómela.

Llegados al cruce, donde los Padres Redentoristas plantaron la cruz en recuerdo de su predicación, en 1958, y tomada la carretera que lleva al cementerio, Sor Teresa Filippozzi, secretaria inspectorial, alzó los ojos al cielo y vio un hermoso arco iris: semejaba un dosel sobre el cementerio. Lo advirtió a las que estaban a su lado.

Declaró que el arco iris no se desvaneció hasta que Sor María fue sepultada. «Dios puso su arco sobre las nubes».¹ Los estudiosos de la Biblia interpretan así esta frase de la Escritura: quiere decir que Dios depone su cólera y establece la paz.

Antes de cerrar la tumba, el Padre Domingo Bottasso pronunció unas breves palabras: «Madre María ha querido quedarse aquí. La superiora venida de Cuenca para llevársela, os la deja... Sé que no la olvidaréis nunca. Pero no olvidemos sobre todo sus consejos... (¿A quién iremos ahora?, pensaban todos.) Tengamos siempre sus ejemplos ante nuestros ojos. Su caridad continua no hacía distinciones. Dios quiera que en el amor de Madre María se realice la paz, la unión entre todos».

Parecían más emocionados los hombres que las mujeres.

Sor Luisa Flores, ecónoma inspectorial, escribió a las superiores de Turin: «Fue imposible sacarla de allí. Madre Julia (la inspectora), se impresionó muchísimo (era la primera vez que iba al Oriente). Volvió a Quito afligida por no haber sabido imponerse y haber tenido que dejar a Sor Troncatti en la selva. Pero dentro de dos o tres años

1 Gén. 9, 13.

podremos trasladarla a Cuenca como hemos hecho con otras Hermanas, ya que compramos un terreno y hemos hecho hacer un panteón...».

Creo que no será fácil sacar de la selva a la Madre de los jibaros, a la consoladora de los colonos, al médico de la primera hora. ¡Pienso que sería peligroso!

Sor Margarita Sarzosa, después del funeral, escribió a su hermano Vicente, que estaba en Méjico, para darle la noticia con los detalles de la desgracia. El le respondió: «He recibido tu carta y te contesto llorando, como si hubiera muerto mi madre, porque es a ella (a Sor Troncatti) a la que debo mi sacerdocio y el bien que estoy haciendo».

A la mañana siguiente el Padre Guerrero montó en su mula y tomó la carretera de Méndez. Mientras caminaba le decía a la mula: «La hemos visto el 5 de agosto por última vez en Macas, ¿eh? Y ahora ya está bajo tierra... ¡Pero cuantísimas veces hablé con ella en mi vida! También esta última vez le volqué mi corazón... Si, porque ahora algunos critican nuestra obra. Dicen aquí y allá que no lo hemos hecho bien; que debíamos haber hecho de otra forma, o sea, primero civilizar y después evangelizar... Ya hablamos de esto ella y yo. Pero ella decía: "Primero evangelizar". ¡Y con qué expresión y con qué fuerza! ¿No dice el Señor: "Buscad primero el reino de Dios?" (Mt. 6, 33.) Después civilizar, pero debemos estar atentos. Nosotros creamos nuevas necesidades y así, en cierto sentido, a nuestros jibaros los hacemos infelices... Respecto a la mujer, ¿qué no se ha hecho? Las misioneras, especialmente, ¡cuánto han trabajado! Era salvaje, esclava. Contempladla ahora en su noble maternidad... ¡nunca sabremos lo mucho que debemos a Madre María!... ¡En ella la persona honraba el cargo!... Y he aquí, que hoy, con las estadísticas en mano, la natalidad va en aumento. Así que (¿verdad, Madre María?) podemos decir que una raza primitiva ha sido salvada por estos pobres salesianos»...

La mula sentía ya el olor del heno y el Padre Guerrero monologaba aún.

El señor Cosme volvió del cementerio como transformado. Tenía en el bolsillo el «testamento» de la *abuelita*. ¡Y aquellos trescientos sucres! Los pondría en un cuadro. Encontró a Sor Victoria y le dio cien.

—No los gaste, ¿eh? Guárdelos mientras viva.

Miraba a su alrededor... «Parecía que hubiera caído en Sucúa una lluvia de paz. La gente caminaba con aire sencillo, bueno, afa-ble» —escribió.

Dolores Velín tenía la cara hinchada... Ya había vuelto a Macas y la vida reemprendía su ritmo. «¿Quién me curará ahora?», se preguntó. Sor María sugería con frecuencia una novena de oraciones especiales a María Auxiliadora o a Don Bosco, o a las almas del purgatorio...

Dolores hizo una novena a Madre María. Sin ninguna medicación todo pasó.

El 28 de agosto, de un SAN, aterrizado suavemente en la pista de Sucúa, bajaron José María, Luisa y Glenn-Esteban. Fueron directamente al Hospital Pío XII. José llevaba una corona mortuoria hecha de perlititas blancas.

Cuando Sor Carlota los vio rompió a llorar nuevamente. Luisa cogió la mano de José:

—Ten valor.

El tenía los ojos enrojecidos, los hombros caídos, le temblaba la barbilla.

—¡Ah, hijo mío! —exclamó Sor Carlota—, ¡cuánto ha sufrido tu madrina por ti!

José no pudo contener los sollozos.

—Ven, ven, vamos al cementerio. Está enterrada hace dos días. Tú, José, le ofrecerás la promesa de una buena conducta. Eres un hombre, ¿no?

Se fueron. Luisa depositó la corona sobre los ladrillos rojos. Sor Carlota rezó unos segundos.

José María, enjugándose los ojos, dijo:

—Tengo su testamento. Usted, Sor Carlota, puede estar tranquila: seré un hombre. La madrina, desde el cielo, me ayudará.

—¿Qué es este testamento?

—Son sus dos últimas cartas.

Las sacó del bolsillo y se las mostró a Sor Carlota.

El cementerio está situado sobre la última sima, junto al río, que allí corre profundamente encajonado. Luisa tenía de la mano a Glenn-Esteban para que no cayera al abismo. José María, con los brazos cruzados, contemplaba la tumba.

Transcribimos las dos cartas. En la primera, del 9 de enero de 1969,

Sor María hace una descripción de la vida de los jibaros en la selva, magnífica confirmación de las palabras del Padre Guerrero: «... Una obra maravillosa que nadie osará negar».

«Mi querido José María: Desde que te dejé en Guayaquil sigo pensando en ti con mucho afecto, aguardando, desde hace mucho, tus noticias. ¿Hasta cuándo durará este silencio sepulcral? No sé qué pensar. Temo que tus promesas no hayan sido sinceras. ¿Tendré razón en pensar que el afecto que me demostraste y las promesas que me hiciste no han sido verdad? Cuando fui encontré a Luisa algo enferma, pero no sé nada de nada. Este silencio me hace pensar otra cosa. ¿Te has dado a la bebida, quizá?... ¿Cuándo serás juicioso, José María? ¡Atento! A Dios no se le engaña. Puedes engañar a todos, pero no a Dios. Dios es justo. Espera un tiempo, pero después... Eres padre de familia. Tienes una buena esposa. Tienes serias obligaciones. Procura no derrochar el dinero, cuida de tu familia y mira a ver si puedes mejorar tu hogar y comprarte una casita. Piensa un poco en serio. Si tú no fueras despilfarrador, estarías en mejores condiciones, tendrías lo necesario. ¡Observa cómo aquí, tus paisanos, están bien! Los que son juiciosos tienen una buena familia y visten bien. Tienen sus buenas canoas. No verás tú a un jibaro que no tenga sus zapatos y ropas buenas. Mandan a sus hijos al colegio, sean chicos o chicas, también, bien vestidos. Les compran lo necesario para la escuela, y algunos la frecuentan hasta el ciclo básico (enseñanza media) pagando la pensión y la matrícula, lo mismo que los blancos, sin pedir nada a nadie. Aquí, en esta zona, ya no hay jibaros, la mayor parte son ecuatorianos. Muchos han hecho los cursos de Agronomía y ahora están empleados, ganando hasta 1.500 sucres al mes. Otros son veterinarios, o catequistas, o profesores, etc., educados aquí, en este ambiente. Miguel Tankamash es presidente de la «Federación Shuar». El y otros van a Quito cuando hay asamblea y hablan en público incluso delante de los grandes magnates hasta de Norteamérica. Ahora se ha hecho un préstamo de varios miles de sucres para ayudar a todos los socios de la Federación. El Padre Juan Shutka es el asesor y los ayuda y dirige en todo. La junta directiva se reúne cada mes, y cada tres meses, se celebra la asamblea general en la que participan todos los inscritos del vicariato. Todos viven felices, están bien formados y son muy sensibles a la palabra del misionero, especialmente del Padre Asesor, que da la vida por los jibaros... Y tú, que has recibido mil veces más que todos ellos, más educación, más instrucción, ¿dónde vas a parar? Se ve que has tenido malos compañeros que te han dañado. Me arrepiento mil veces de haberte apoyado para que te colo-

caras en la FAE. Tú no eras malo. Te has estropeado. Si te hubiera tenido a mi lado serías otro, habrías formado una buena familia; pero ahora ya es tarde... De todos modos, que el año 1969 sea un año de reforma, te lo suplico. Piensa que tienes una alma que salvar, una buena esposa y un hijo de los que tendrás que dar estrecha cuenta a Dios. Espero pronto tu respuesta. Saluda a Luisa. Un abrazo a tu hijo y, para ti, el deseo de unos buenos propósitos. Aún estás a tiempo. Cristo murió por los pecadores. ¿Verdad que harás unos buenos propósitos? Espero que sí. Te abraza tu madrina que sufre mucho por ti.»

Es una carta que no podía dejar de tocar el corazón de su ahijado. El le contestó, arrepentido:

He aquí la segunda: «Mi querido ahijado José María: ¡Qué gratísima sorpresa tuve cuando recibí tu deseada carta! También yo envío mis saludos a la queridísima Luisa, tu digna esposa, y a tu hijito. Me dices que no te has descarriado, que vives bien. Así sea. Supongo que no me engañarás. Espero que en estas fiestas pascuales (la carta lleva fecha 4 de abril) los dos habréis cumplido el precepto pascual, así Dios te bendicirá y preservará tu casa de toda desgracia. Me alegro de que hayas hecho amistad con tu *comadre*.² La saludarás de mi parte... A ver si puedes hacer un poco de economía para comprarte una casita. Vale la pena. Tus parientes están bien. Isolina (la hija de Marianita) se casó y tiene una niña. Tu hermana Mariana viene siempre a verme. Te recomiendo, si aún no has cumplido con Pascua, que lo hagas. Aún estás a tiempo. El favor que te pido es que vivas como un verdadero cristiano. Mando un abrazo para ti, para tu esposa y para tu hijo. Tu madrina que te quiere mucho.»

José María, antes de partir de Sucúa, mandó celebrar una misa por la madrina. Pero no sentía su ausencia. Por el contrario, una extraña sensación de presencia misteriosa le daba valor para empezar de nuevo la vida, tal como a la madrina le hubiera gustado.

El 21 de diciembre de 1969 el señor José se encontró en el locutorio de la «Beneficencia» con Sor Dominga Barale, Sor Catalina Rondón y la que escribe. La conversación fue larga (Glenn-Esteban se durmió sobre una silla y su padre lo tomó en brazos). Muchas de las cosas que se dijeron se han relatado ya en este libro.

Nos place referir las últimas, para consuelo de todos los misione-

2 La *comadre* que aquí se nombra es la madrina del hijo de José María.

ros y misioneras que trabajan en el Oriente ecuatoriano. ¡La semilla arrojada no fructifica sólo a última hora!

«Mi esposa y yo nos complacemos en expresar con profunda satisfacción la gratitud que, en la persona de mi madrina, debemos a la misión salesiana, a los Padres salesianos, a toda la Congregación en general. Recen para que la madrina, Sor María Troncatti, descanse en paz. Yo haré honor a los Padres salesianos y, especialmente, a las Madres salesianas por todo lo que han hecho por mí. Ellas formaron mi persona. Fueron ellas las que contribuyeron a la formación de este pobre huérfano que aquí habla... este ex alumno e hijo de Don Bosco...»

... La hierba gigante volvía a crecer en el pequeño cementerio y tapaba las pocas cruces, los signos de la muerte al borde del abismo en Sucúa.

La avioneta del Oriente me dejó en Sucúa.

El 10 de enero de 1970 me hallaba en la «Federación Shuar» con Sor Carlota Nieto. El Padre Shutka buscaba un disco.

—Discúlpeme —dijo volviéndose un poco—. Un momento de silencio. Una breve transmisión. Después estoy libre.

«... Amigos radioescuchas: Les ofrecemos el programa desfile cultural de los centros... Presentamos esta noche el centro de Saip (música). La orilla izquierda del Upano causó miedo hasta el 1953, cuando, por primera vez, visitó aquella zona el reverendo Padre Albino Gómez-Coello de paso hacia el sur... El trabajo comenzó en marzo de 1954, cuando la gente del lugar se mostró menos hostil a la visita del sacerdote... El mismo año se abrió la carretera que conduce a la actual plaza de Saip. En marzo de 1955 se celebró la primera fiesta de Santo Domingo Savio... El primer alcalde de Saip fue el señor Wating. En 1955 comenzó también a funcionar la primera escuelita... Fue en Saip donde se intentó envenenar al Padre Albino Gómez-Coello. En 1959 entró el primer transistor. En 1960 se comenzó una nueva capilla de madera con techo de cinc. En 1963 se realizó el primer campo de trabajo comunitario que duró una semana, con la participación de cuatro delegados de cada centro shuar de la asociación de Sucúa. Se construyó la nueva escuela, el nuevo teatro y la casa parroquial. En octubre del mismo año se abrió de nuevo la escuela (que en el intervalo estuvo cerrada) dedicada a Vicente Wamputzar, primer coadjutor salesiano shuar, muerto trágicamente en accidente aéreo en el volcán Tungurahua en 1949... El año pasado se presentó la petición para constituir Saip en parroquia independiente... Del último censo tenemos las siguientes cifras: 192 habitantes, 24 familias cristianas y doce no cristianas, 232 hectáreas de terreno cultivable y 141 cabezas de ganado. El maestro actual es el señor Alfredo Kuja, normalista shuar. El instituto de colonización intervino y legalizó la propiedad privada de las familias...»

Cuando terminó, el Padre Shutka se puso a nuestra disposición. Prometió llevarnos al cementerio, a ver la tumba de Madre Maria.

11 de enero. El Padre Shutka detiene ante el hospital su gran jeep que ha tenido ya más de un percance. Sor Carlota y la enfermera Sor Carla Formari, suben detrás. Yo me siento junto al Padre. La puerta hay que sujetarla con la mano porque hace más ruido que un tambor africano.

La callejuela por la que vamos, después de girar a derecha, está cubierta de hierba gigante: lodazales como pantanos y desolación de casas con el techo caído.

El Padre Juan detiene el jeep delante del cementerio, quizá un metro más adelante de lo debido (¡con aquella horrible hierba!). Baja. Gira en torno al jeep por delante. Y está a un paso del abismo. En tierra, el fango es viscoso.

El jeep empieza a deslizarse lentamente.

El Padre Juan se arroja con los brazos abiertos sobre el motor. Me grita:

—¿Sabe conducir?

—¡No! —respondo.

—No importa. ¡Gire el volante rápido a la derecha!

¿A su derecha? ¿A la mía?

Me equivoco y giro el volante de forma que las ruedas toman derecho el camino del abismo.

Al Padre Juan se le ponen los cabellos de punta.

29 de noviembre de 1970. Roma. Telefonean el Padre Juan y el Padre Gabrielli: «Estamos en Roma para ponernos al día. Vamos a verla».

En la sala de visitas, poco después, el Padre Gabrielli me entrega una fotografía de la cruz que ha sido colocada en el punto donde cayó el avión. Dice:

—El 25 de agosto, primer aniversario, celebramos una función muy hermosa en el cementerio. Por la mañana fuimos con el tractor a hacer una limpieza total.

El Padre Juan está absorto. Piensa, quizá, en las palabras que dijo la noche del 24 de agosto, por la transmisora de la Federación: «Hace un año que murió nuestra Madre»...

Continúa el Padre Gabrielli:

—A las diecinueve concelebramos en el cementerio. ¡Si hubiera visto cuánta gente!...

—De los *anejos* —dice el Padre Juan—, los que no pudieron ir, se unieron a nosotros.

—¡Cuántas comuniones!

—¿Recuerda —pregunta el Padre Juan, como despertándose— el *jeep* en el cementerio el año pasado? Te lo he contado, ¿verdad, Pedro?

—¡Caramba!

—Y estaba Sor Carlota, Pedro, Sor Carlota, ¿comprendes?...

Sor Maria debió tender la mano y sostener el *jeep* en equilibrio sobre el abismo. Por eso estamos hoy en Roma.

29 de marzo de 1971. Catacumbas de San Calixto. Bajo una lluvia finísima, de buena mañana, bajamos a la llamada capilla de los Papas, en el segundo piso de las catacumbas.

Los Padres Gabrielli, Juan Shutka, Domingo Barrueco, Germán Delgado y Natalio Pulici concelebran, presentando a Dios sus oraciones por el alma de Madre María. Providencialmente en Roma, los cinco, han leído estas páginas.

El Padre Juan, ayer por la noche, cuando me devolvió las cuartillas escritas a máquina, me dijo:

—¿Sabe? Antes de leerlas no tenía mucha confianza.

—Ni tampoco los otros —le dije.

Pero...

—¿Y ahora?

—Sí... Estamos contentos. Es ella.

Sor M. Dominga Grassiano - FMA.

Roma, 24 mayo 1971.



SOR MARIA TRONCATTI
INCOMPARABLE INTERPRETE
DE LA BONDAD DE CRISTO

<i>Prólogo</i>	7
I. Col D'Aprica	13
II. Regar un palo seco	25
III. Partir es morir un poco	37
IV. La laguna de las lágrimas	53
V. Un tiro de fusil	69
VI. Solas	85
VII. Yampauch	101
VIII. Bajo el soplo del Espíritu	119
IX. Al otro lado del río	137
X. Las razas superiores	157
XI. La tzantza	175
XII. Misericordia que previene	193
XIII. Los caballos del Apocalipsis.	209
XIV. Las plantaciones	229
XV. Sucúa	247
XVI. El Alma solitaria de Roma	265
XVII. Abuelita	283
XVIII. Federación Shuar	301
XIX. Fuego	319
XX. SAN - TAO	339
XXI. Dios colocó su arco sobre las nubes	353
<i>Apéndice</i>	365